

# La estrella apagada (La Alondra del Espacio)



Libros Tauro  
[www.LibrosTauro.com.ar](http://www.LibrosTauro.com.ar)

**Título original: The Skylark of Space**  
**Traducción: Jesús Silanes Larrosa**  
**© 1946 by E.E. Smith**  
**© 1961 Ediciones Cénit**  
**Marqués de Barbará 1 - Barcelona**  
**Nº de registro B1051-**

## Capítulo uno

Petrificado por el asombro, Richard Seaton miró hacia la tina de cobre en la que, unos momentos antes, había electrolizado su solución de «X», el metal desconocido. Tan pronto como había retirado la tapa de la tina que contenía el valioso metal, el pesado recipiente había saltado hacia arriba desde sus manos igual que si estuviera vivo. Había volado a una velocidad terrorífica sobre la mesa, machacando una docena de botellas llenas de reactivos a lo largo de su camino, y se había precipitado al exterior atravesando la ventana. Soltando rápidamente la tapa, Seaton había cogido los binoculares y los había enfocado sobre la tina voladora, que en esos momentos, sin los aparatos necesarios para observarla, habría parecido una mota en la distancia. A través de las lentes, observó que el recipiente no se precipitaba al suelo, si no que continuaba con su trayectoria rectilínea, disminuyendo rápidamente de tamaño y haciendo gala de la enorme velocidad que desarrollaba. Se hizo más y más pequeña. En segundos había desaparecido.

Bajando lentamente los binoculares, Seaton se volvió como si estuviera en trance. Miró con asombro, primero al montón de botellas rotas que cubrían la mesa, y luego a la cavidad en la que había reposado la tina durante tantos años.

Vuelto en sí por la entrada de su ayudante de laboratorio, se dirigió en silencio hacia los cristales para limpiarlos.

-¿Qué ha sucedido, doctor?

-Que me registren, Dan... a mí mismo me gustaría saberlo le respondió Seaton ausente, perdido en sus propias disquisiciones debido a lo que acababa de observar.

Ferdinand Scott, un químico de un laboratorio cercano, entró precipitadamente.

-Hola, Dicky, me pareció haber oído que algo se rompía... ¡Por el amor de Dios! ¿Qué has estado celebrando? ¿Has sufrido una explosión?

-Mm, mm -Seaton meneó la cabeza-. Algo verdaderamente divertido. Puñeteramente divertido. Puedo decirte lo que ha sucedido, pero nada más.

Así lo hizo, y mientras hablaba caminaba a través de la enorme habitación, examinando minuciosamente cada instrumento, dial, medidor, manómetro e indicador que se encontraba en la habitación.

La cara de Scott fue revelando un interés cada vez mayor, así como una sorpresa creciente, y también una preocupada alarma.

-Dicky, chaval, no sé en qué momento has perdido el juicio, ni sé si ese cuento ha salido del fondo de una botella o de la aguja de una jeringuilla pero, créeme, apesta. Además, es el mejor follón que he oído en mi vida. Más vale que te desenganches de lo que sea que estés enganchado.

Viendo que Seaton no le prestaba atención a lo que le decía, Scott abandonó la habitación meneando la cabeza.

Seaton se dirigió lentamente hasta su mesa, tomó su ennegrecida y maltratada pipa de brezo y se sentó. ¿Qué podría haber sucedido para que se hubieran roto de esa manera todas las leyes naturales por él conocidas? Una masa inerte de metal no podía volar hasta alcanzar el espacio sin la aplicación de una fuerza (en este caso, una

enorme fuerza, realmente tremenda), una fuerza de probablemente la magnitud de la energía atómica. Pero no había habido energía atómica de ningún tipo. Eso estaba por descontado. Definitivamente. No había registrado ningún tipo de radiación dura... sus instrumentos lo habrían indicado así, e incluso habrían registrado un centenar de milimicrocuries, y cada uno de ellos se encontraba registrando plácidamente el cero absoluto mientras se desarrollaba semejante espectáculo. *¿En qué consistía aquella fuerza?*

¿Y dónde residía? ¿En la pila? ¿En la solución? ¿En el recipiente? Aquellos tres elementos eran... todos los elementos que habían intervenido.

Concentrando toda la energía de su mente (ciego, sordo y mudo a cualquier estímulo externo) se sentó sin hacer movimiento alguno, con la olvidada pipa colgando entre los dientes.

Permaneció allí sentado hasta que la mayoría de sus colegas químicos terminaron la jornada laboral y se marcharon a casa; permaneció allí hasta que la sala se fue oscureciendo lentamente con la llegada de la noche.

Finalmente, se levantó y encendió las luces. Golpeando el pocillo de su pipa contra la palma de la mano, habló en voz alta. «Definitivamente, los detalles fuera de lo común de todo este experimento consistieron simplemente en una ligerísima desviación en la solución que se vertió sobre el cobre y sobre la que actuó el cortocircuito que produjeron los cables cuando levanté la tina... me pregunto si volvería a suceder...»

Tomó un trozo de hilo de cobre y lo introdujo en la solución del misterioso metal. Tras extraerlo, observó que el hilo había cambiado de aspecto, el X había reemplazado en apariencia la primera capa del metal original. Apartándose cuidadosamente de la mesa, tocó el cable con los conductores. Se produjo una pequeña chispa, un chasquido, y desapareció. Simultáneamente, se produjo un sonido agudo, como el que se produce por el impacto de una bala de rifle, y Seaton observó con asombro que se había abierto un pequeño agujero completamente redondo por el que había salido disparado el hilo atravesando la mesa pared de ladrillo. Ahí había energía... ¡y vaya energía! Pero fuera del tipo que fuera, era un hecho. Un hecho demostrable.

De repente, se dio cuenta de que tenía hambre, y, echando una ojeada a su reloj, vio que eran las diez en punto. Había concertado una cita para cenar a las siete con su novia en casa de ella, ¡su primera cena desde su compromiso! Maldiciéndose a sí mismo por ser tan idiota, abandonó precipitadamente el laboratorio. Atravesando el corredor, observó que Marc DuQuesne, un compañero dedicado también a la investigación, también se había quedado a trabajar hasta tarde. Abandonó el edificio, montó su motocicleta, y pronto estuvo atravesando a toda velocidad la Avenida Connecticut hacia la casa de su prometida.

Durante el camino, una idea le golpeó como un puño. Incluso se olvidó que estaba conduciendo su motocicleta, y sólo el instinto de un consumado conductor le salvó de un desastre durante las siguientes manzanas. Sin embargo, mientras se aproximaba a su destino, hizo un gran esfuerzo por concentrarse en la conducción.

-¡Qué idiota! -murmuró tristemente mientras consideraba lo que había hecho- ¡Qué estúpido idiota! Si de ésta no me manda a freír espárragos, no lo volveré a repetir. ¡Aún cuando llegue a vivir un millón de años!

## Capítulo dos

Mientras anocheecía y las luciérnagas comenzaban a brillar sobre los parterres de su lujoso chalet, Dorothy Vaneman subió las escaleras de la casa para arreglarse. Los ojos de la señora Vaneman siguieron la figura alta y elegante de su hija con algo más que aprensión. Dudaba de este noviazgo. Ciertamente, Richard era un chico agradable y podía labrarse una reputación en el futuro, pero en la actualidad era un don nadie y, socialmente, siempre sería un don nadie... y había habido hombres poderosos, ricos, de impecable status social que la habían cortejado... pero Dorothy... no, «testaruda» no era un calificativo lo suficientemente fuerte... cuando Dorothy tomaba una determinación...

Sin percatarse de la mirada de su madre, Dorothy subió feliz las escaleras. Echó un vistazo al reloj, observó que sólo pasaban unos minutos de la seis, y se sentó frente al tocador, sobre el que descansaba una fotografía de Richard. Un rostro con carácter, nada desfavorecido; los agudos y grandes ojos grises y las cejas anchas propias de un pensador, quedaban enmarcadas por un espeso y rebelde pelo oscuro; la mandíbula era cuadrada, propia de un luchador nato. Tal era el hombre cuya despierta personalidad, fiera impetuosidad e indomable perseverancia la había apartado de los demás hombres desde el momento en que se conocieron, y que había limpiado rápidamente el campo de otros aspirantes a sus favores. Su respiración se aceleró y sus mejillas tomaron un color más vívido mientras permanecía sentada, las luces jugaron con su larga melena castaño rojiza mientras que una cariñosa sonrisa asomaba a sus labios.

Dorothy se vistió con un cuidado inusual y, una vez que se hubo retocado el maquillaje, descendió las escaleras y salió al porche para esperar a su invitado.

Pasó media hora. La señora Vaneman se asomó a la puerta de la casa y dijo con ansiedad:

-¿No le habrá sucedido algo?

-Naturalmente que no. -Le respondió Dorothy tratando de mantener un tono de voz natural-. Habrá pillado algún atasco... o quizá lo ha parado la policía por volver a correr. ¿Puede Alice mantener la cena un poco más en la cocina?

-Naturalmente -le respondió su madre mientras desaparecía.

Pero cuando pasó media hora más, Dorothy entró, manteniendo la cabeza más erguida de lo habitual, y con una expresión en el rostro tipo «decid algo si os atrevéis».

La cena se realizó en un ambiente tal que parecía que eran extraños. La familia abandonó la mesa. Para Dorothy la noche estaba resultando interminable; en su momento dieron las diez, luego las diez y media, y entonces apareció Seaton.

Dorothy abrió la puerta, pero Seaton no entró. Permaneció cerca de ella, pero no la tocó. Sus ojos recorrieron la cara de la chica con ansiedad. Sus rasgos mostraban indecisión, más que temor... una expresión tan poco habitual en él que ella no pudo por menos que sonreír a pesar de sus esfuerzos.

-Lo siento mucho, cariño, pero no he podido evitarlo. Tienes todo el derecho a enfadarte y a mí me deberían de echar a patadas de aquí, ¿pero estás lo suficientemente enfadada como para no dejarme hablar durante un par de minutos?

-Nunca he estado tan loca por nadie en toda mi vida, había empezado a preocuparme como una tonta. Nunca me imaginé que pudieras hacer tal cosa a propósito. Entra.

Entró. Ella cerró la puerta. Él abriendo parcialmente los brazos, se detuvo dubitativo, como un cachorro que esperara una caricia pero que temiera una patada. La muchacha le hizo un gesto de desagrado y se abrazó a él.

-¿Pero qué es lo que ha sucedido, Dick? -le preguntó un momento más tarde-. Ha debido ser algo terrible para que actuaras de esa manera. Nunca te he visto hacer algo tan... tan divertido.

-No ha sido nada terrible, Dotty, sino extraordinario. Tan definitivamente extraordinario que antes de que comience a contártelo quiero que me mires a los ojos y me digas si tienes alguna duda sobre mi salud mental.

Ella lo condujo a la sala de estar, le levantó el rostro hasta que le dio de lleno la luz e hizo como si le estudiara los ojos.

-Richard Ballinger Seaton, certifico que se encuentra en plena posesión de sus facultades mentales... es usted el hombre más cuerdo que he visto en mi vida. Ahora cuénteme sus problemas. ¿Ha volado por los aires la Presidencia con una bomba C?

-Nada de eso -le respondió riendo-. Sencillamente creo que no puedo entenderlo. Ya sabes que he estado refundiendo los residuos de platino que hemos acumulado durante los últimos diez o quince años.

-Sí. Me dijiste que estabas reuniendo una pequeña fortuna en platino y otros metales. Pensaste que habías descubierto un metal nuevo ¿verdad?

-Y lo hice. Tras separar todos los componentes que pude identificar, aún quedaba una buena cantidad de metal... algo que no respondía a ninguna de las pruebas conocidas y que no aparecía en ningún texto.

"Esto nos trae al día de hoy. Como último recurso, ya que no quedaba otra cosa por hacer, comencé a realizar las pruebas de los transuránidos, y ahí apareció. Un isótopo estable... casi estable quiero decir; muy por encima de por donde se supone que son estables los isótopos. Muy por encima de donde jamás hubiera soñado que pudiera llegar un isótopo.

"Bien. Estaba tratando de hacerle la electrólisis cuando empezaron los fuegos artificiales. La solución comenzó a efervescer, así que me dispuse a retirar la tina con demasiada precipitación. Los cables entraron en contacto y todos los elementos, a excepción de la tapa, salieron volando por la ventana a seis o siete veces la velocidad del sonido y en línea recta, sin descender un sólo metro mientras los tuve a la vista con la ayuda de un par de buenos prismáticos. Y me temo que aún sigue volando. Eso es lo que ha sucedido. Es suficiente como para volver loco a cualquier físico, y con la ayuda de mi cerebro a piñón fijo me puse a meditar hasta que me di cuenta de que ya eran las diez pasadas. Todo lo que puedo decirte es que lo siento y que te quiero. Más de lo que jamás he querido o querré. Más, si es posible. Y siempre lo haré. ¿Puedes pasármelo por esta vez?

-Dick... ¡Oh, Dick!

Tras esto sucedieron más, muchas más cosas; pero al final, Seaton montó sobre su motocicleta y Dorothy paseó a su lado calle abajo. Un beso de despedida y el hombre se marchó.

Después de que las luces de posición del vehículo hubieron desaparecido en la noche, Dorothy se dirigió a su dormitorio, emitiendo un largo y levemente trémulo suspiro de profunda felicidad.

## Capítulo tres

Seaton había pasado su niñez en las montañas al norte de Idaho, una región que casi no había salido de su fase de colonización y que escasamente inducía a sus habitantes al esfuerzo intelectual. A su madre la recordaba muy poco, con la imagen de una mujer dulce y delicada que sentía un enorme amor por los libros; pero su padre, «Big» Fred Seaton, un hombre con un sólo amor, llenaba casi plenamente su necesidad de cariño. Fred era propietario de una enorme extensión de pino blanco virginiano para la tala, y en ese espléndido entorno había construido una casa para él mismo y su hijo.

Frente a la cabaña se extendía una porción de pradera, más allá de la cual se elevaba una enorme y nevada montaña cuya cima recogía los primeros rayos del sol.

Esta cima, que dominaba la totalidad de condado, era el desafío del chico, su duda y su secreto. Hizo frente al desafío escalando la montaña, merodeando por sus bosques y pescando en sus corrientes. Endureció su juvenil cuerpo a base de subir y bajar sus laderas. Se preguntó una docena de veces sobre su origen mientras yacía sobre las agujas de algún gigantesco pino. Le hizo sorprendentes preguntas a su padre, y cuando encontraba las escasas respuestas en los libros su regocijo era enorme. Más tarde descubrió algunos secretos de la montaña: algunas leyes que gobiernan el mundo de la materia, algo que la mente del hombre había comenzado a entender sobre la oculta y enorme simplicidad de los mecanismos de la Naturaleza.

Cada *sorbo* de conocimiento despertó su sed aún más. ¡Libros! ¡Libros! Devoró cada vez más; encontrando en ellos el alimento que necesitaba, respuestas a las preguntas que le acosaban.

Tras la muerte de "Big" Fred a causa del incendio que asoló su propiedad, Seaton le dio la espalda a los bosques para siempre. Tuvo que trabajar para poder estudiar en el instituto y se graduó. El estudio era un placer para su aguda mente y además le sobraba tiempo para el deporte, para cuya práctica su anterior vida en los bosques le había preparado sobradamente. Se dedicó a practicar todos, y sobresalió en el tenis y el rugby.

A pesar de que debía trabajar para poder estudiar, era muy popular entre sus compañeros de estudios, y su popularidad se veía aumentada por su facilidad casi profesional para la prestidigitación. Sus largos y fuertes dedos podía moverse con más rapidez que el ojo, y en una gran cantidad de fiestas se le vio asombrar a la gente que trataba en vano de sorprenderle en pleno truco.

Tras graduarse con los más altos honores como químico, fue nombrado ayudante de investigación en una importante universidad, donde consiguió doctorarse gracias a su investigación sobre las tierras raras (su discurso llevaba el impresionante título «Algunas observaciones sobre ciertas propiedades de ciertos metales, incluyendo ciertos elementos transuránidos»). Poco tiempo después conseguía su plaza en propiedad en el Laboratorio de Tierras Raras, en Washington D.C.

En aquella época ya presentaba una apariencia impresionante: medía casi un metro noventa, ancho de hombros, estrecho de cintura, un hombre en definitiva de una enorme fuerza física. Tampoco permitió que su cuerpo se ablandara por su trabajo en el laboratorio, sino que siguió manteniendo su estado físico. Gastaba la mayor parte de su tiempo libre en jugar al tenis, nadar y montar en moto.

Como jugador de tenis, pronto se le conoció en los clubes deportivos y sociales de Washington. Durante el Campeonato de Distritos, conoció a M. Reynolds Crane (conocido sólo por unos cuantos íntimos como «Martin»), el multimillonario deportista, explorador y arqueólogo que por entonces ostentaba el título de campeón en individuales. Seaton había alcanzado a situarse en la mitad inferior de la lista de jugadores y jugó contra Crane en la ronda final. Crane mantuvo su título sólo durante los primeros cinco sets del partido más reñido y duramente jugado jamás visto en Washington.

Impresionado por la fuerza de Seaton y por su durísimo juego, Crane le propuso que se entrenaran juntos para participar en los dobles. Seaton aceptó inmediatamente y el resultado fue un equipo altamente efectivo.

A fuerza de entrenar juntos todos los días, ambos llegaron a conocer al otro como si fuera a sí mismo, y tal conocimiento dio como resultado una profunda amistad. Cuando el equipo Crane-Seaton hubo ganado el Campeonato de Distritos y hubo llegado a las semifinales nacionales antes de perder, ambos se conocían de una manera que hubieran envidiado dos hermanos. Su amistad era tal que ni la inmensa fortuna y la elevada posición social de Crane ni la comparativamente pobre economía de Seaton y su carencia de estatus social podían interponerse entre ambos. Su camaradería era la misma, ya se encontraran en las humildes habitaciones de Seaton o en el palaciego yate de Crane.

Crane jamás había conocido la falta de nada que el dinero pudiera comprar. Había heredado su fortuna y poco tenía que trabajar administrándola, prefiriendo delegar tal trabajo a sus especialistas financieros. Sin embargo, no era en modo alguno un ricachón estúpido sin nada que hacer en la vida. A la par que explorador, arqueólogo y deportista, era ingeniero (y bueno) y un diseñador de cohetes sin competencia en el mundo entero.

La vieja mansión de los Crane en Chevy Chase pertenecía en esos momentos, naturalmente, a Martin, y éste la había mantenido tal cual, aunque había alterado la forma de una habitación, la biblioteca, y ahora reflejaba la personalidad del hombre. Era una habitación enorme, muy larga, con una gran cantidad de ventanales. En un extremo habían construido un gran hogar, ante el que tomaba asiento Crane con las largas piernas extendidas, estudiando uno o varios libros a la vez y que iba depositando en los estantes bajos que tenía a mano. Los muebles eran de una sobria sencillez, pero los tesoros que almacenaba hacían de la habitación un auténtico museo.

No tocaba ningún instrumento, pero en la esquina reposaba un espléndido piano, desnudo de cualquier adorno; y un Stradivarius<sup>1</sup> reposaba en una urna especial. A muy poca gente se le permitía tocar ninguno de estos instrumentos; pero a este escaso grupo, Crane los escuchaba en silencio, y sus breves palabras de agradecimiento demostraban su auténtico aprecio por la música.

Tenía pocos amigos, no por que dosificara su amistad, si no por que, a causa de su enorme fortuna, se había visto obligado a erigir una pantalla impenetrable a su alrededor.

---

<sup>1</sup> N.del T.: Exquisito violín construido en el siglo XVIII por el constructor Antonio Stradivarius y de los que se conservan escasos ejemplares en todo el mundo.



Con referencia a las mujeres, Crane las evitaba sin embagues, en parte a causa de que sus mayores intereses en la vida eran aquellos en los que la mujer tenía poco o nada que hacer, pero principalmente a causa de que durante años había sido el objetivo prioritario de las cazadoras de hombres novatas y de las madres casamenteras de tres continentes.

Dorothy Vaneman, con la que había trabado conocimiento por medio de su amistad con Seaton, había sido admitida dentro de su círculo de amistades. La sincera camaradería de la chica era una revelación continua, y había sido ella la que había tocado por última vez para él.

Ella y Seaton habían sido sorprendidos por un aguacero cerca de su casa y hacía ella se habían dirigido en busca de refugio. Mientras la lluvia caía fuera, Crane le propuso que interpretara algo en su violín. Dorothy, Doctora en Música, y una consumada violinista, se dio cuenta, en cuanto posó el arco sobre las cuerdas, que estaba tocando un instrumento que sólo había tocado en sueños, y a partir de ese instante se olvidó de todo. Olvidó la lluvia, el público, el tiempo y el lugar; sencillamente vertió sobre aquel maravilloso violín todo la belleza, ternura y maestría que poseía.

Con seguridad, precisión y entereza los tonos llenaron la gran habitación, y en la visión de Crane se formó un hogar lleno de feliz bullicio, de risas y camaradería. Sintiendo los sueños de la muchacha mientras la música llenaba sus oídos, se dio cuenta como nunca antes en su ocupada y resuelta vida lo que un hogar sería con la mujer adecuada.

En su mente no penetró un sólo pensamiento de amor hacia Dorothy; sabía que el amor que existía entre ella y Dick era tan firme que sólo la muerte podría modificarlo... pero supo que ella le había ofrecido inconscientemente un maravilloso regalo. A partir de ese momento, siempre se imaginó en sus horas de soledad aquel hogar soñado, y supo que nada que no fuera su consecución podría satisfacerle.

## Capítulo cuatro

De regreso a la casa de huéspedes, Seaton se desvistió y se metió en la cama totalmente desvelado. Sabía que había presenciado aquella tarde lo que muy bien podría ser un medio de navegación espacial... Tras una hora de infructuosos intentos por quedar dormido, se levantó, se dirigió a su escritorio y comenzó a estudiar. Cuanto más leía, más firmemente convencido se sentía que su primer pensamiento había sido el correcto... aquello podía convertirse en un medio para la navegación espacial.

Para el desayuno, ya había dado forma al comienzo de una primera teoría, y también había dado forma a una idea sobre la naturaleza y la magnitud de los obstáculos a los que iba a tener que enfrentarse.

Al llegar a su laboratorio, observó que Scott había dado alas a la noticia de su aventura y que su laboratorio era el centro del interés generalizado. Describió lo que había observado y hecho a una espontánea asamblea de científicos, y había comenzado a exponer sus deducciones cuando fue interrumpido por Ferdinand Scott.

-¡Aprisa, Dr. Watson, la aguja! -exclamó. Levantando una pipeta grande de su soporte, hizo el ademán de inyectar algo en el brazo de Seaton.

-Parece una mezcla de ciencia ficción con una novela de Sherlock Holmes -opinó uno de los oyentes.

-Don Nadie Holmes, querrá decir. -le respondió Scott, a lo que siguió un coro de chistes cariñosos pero llenos de escepticismo.

-¡Esperad un momento, mastuerzos ignorantes, y os lo demostraré! -les cortó Seaton. Dejó caer un trozo de alambre de cobre en su solución.

No se volvió marrón, y cuando lo tocó con los conductores, no sucedió nada. La audiencia se disolvió. Mientras sus compañeros se iban, algunos mantuvieron un respetuoso silencio, pero Seaton pudo escuchar un chiste a media voz y varias afirmaciones acerca de «venirse abajo a causa de la tensión».

Amargamente humillado por el fracaso de su demostración, Seaton miró ceñudo al humillante trozo de cable. ¿Porqué había funcionado el experimento dos veces el día anterior y ninguna hoy? Revisó su teoría y no encontró fallo alguno. *Algo* debió suceder la noche pasada que no había tenido lugar hoy... algo capaz de afectar a una estructura ultra delicada... debía encontrarse en el mismo laboratorio o muy cerca... ningún generador ordinario o aparato de rayos x podría haber causado efecto alguno.

Existía una sola posibilidad... sólo una. La máquina que se encontraba en el laboratorio de DuQuesne, justo al lado del suyo; la máquina que él mismo, poco a poco, había ayudado a reconstruir.

No se trataba de un ciclotrón, ni una betatrón. De hecho, aún no poseía un nombre oficial. Extraoficialmente, era un «quéestrón», o una «puedesertróm», o «nadadeesotrón», o cualesquiera de los nombres, menos descriptivos o más profanos, que el propio DuQuesne y los otros investigadores utilizaban entre ellos. No ocupaba mucho espacio. No pesaba diez mil toneladas. No necesitaba un millón de kilovatios para funcionar. Tampoco era capaz, en teoría, de afectar una estructura ultra delicada.

¿Pero estaba en el laboratorio de al lado? Seaton lo dudó.

Sin embargo, no existía un sólo factor más, y *había* estado funcionando la noche anterior... su brillo era único e inconfundible. Sabiendo que DuQuesne pondría en funcionamiento su máquina muy pronto, Seaton se sentó expectante, mirando fijamente el cable. De repente, el reflejo del familiar brillo apareció sobre la pared del pasillo que se veía a través de su puerta... y de repente el cable con el tratamiento se puso marrón.

Exhalando un profundo suspiro de alivio, Seaton tocó de nuevo el trozo de metal con los cables que partían de una pila Redeker. Desapareció instantáneamente con un sonido extremadamente agudo.

Seaton se precipitó hacia la puerta para invitar a sus vecinos a otra demostración, pero un pensamiento le hizo dudar en mitad del camino. No debía contar nada a nadie hasta que él mismo no supiera unas cuantas cosas sobre el fenómeno. Debía averiguar de qué se trataba, qué hacía, cómo y por qué lo hacía, y cómo (si era posible) podía ser controlado. Eso significaba tiempo, aparatos y, sobre todo, dinero. Dinero significaba Crane; y Mart se sentiría de todas manera muy interesado.

Seaton dejó que pasara el resto del día, y pronto estuvo conduciendo su moto por Connecticut Avenue hasta el paseo privado de la mansión de Crane. Haciendo patinar el vehículo a través de una lluvia de grava del paseo, pisó a fondo el pedal del freno hasta que fue a detenerse a escasos centímetros de la reja de entrada. En unos segundos estaba subiendo a saltos los escalones de la entrada y apretaba insistentemente el botón del timbre. La puerta fue abierta con rapidez por el sirviente japonés de Crane, cuya mirada se iluminó cuando vio quién era el visitante.

-Hola, Shiro. ¿Todavía está despierto el Honorable Hijo del Cielo?

-Sí, señor, pero en este momento se encuentra en el baño.

-Dile que salga, por favor. Dile que tengo algo cociéndose en el fuego que va a hacer que dé un auténtico brinco.

Señalándole al visitante un sillón de la biblioteca, Shiro se precipitó en busca de su señor. Cuando regresó al cabo, colocó una mesilla frente a Seaton con el *Herald*, el Post, un pote con la marca de tabaco favorita de Seaton, y añadió con su inevitable inclinación:

-El señor Crane aparecerá en menos de un minuto señor.

Seaton llenó y encendió su pipa de brezo y paseó por la habitación, fumando furiosamente. En breves momentos apareció Crane.

-Buenos días, Dick -le saludó estrechándole cordialmente la mano-. A tu mensaje le dieron forma propia durante su transmisión. Me llegó algo así como fuego y cocción. ¿Qué fuego? ¿Y qué va a romper a cocer?

Seaton le repitió el mensaje.

-Ah, sí. Ya me figuré que sería algo así. Mientras desayuno ¿comerás tú?

-Gracias, Mat, creo que sí. Esta mañana estaba demasiado excitado como para comer -Apreció una mesa rodante y ambos hombres tomaron asiento-. Me parece que te voy a dejar helado. ¿Qué te parece nada menos que trabajar conmigo en un ingenio que liberará y controlará la totalidad de la energía constituyente del cobre metálico? Nada de pequeñeces y tonterías tales como la fisión o la fusión, sino una conversión del cien punto, cero, cero, cero, cero. Nada de residuos provocados por la radiación, nada de subproductos (cosa que significa que no harían falta ni blindajes ni protecciones). Sencillamente la pura y total conversión de la materia en energía controlable.

Crane, que tenía una taza llena de café a medio camino de la boca, se detuvo en seco y miró a Seaton directamente a los ojos. Este detalle, en Crane el Imperturbable, delataba más excitación de la que Seaton hubiera visto nunca en este hombre. Terminó de llevarse la taza a los labios, tomó un trago, y volvió a dejar la taza cuidadosa, meticulosamente, en el centro exacto de su platillo.

-Indudablemente, eso constituiría el mayor avance tecnológico que haya visto jamás el mundo -dijo finalmente-. Pero, si me perdonas la pregunta, ¿qué parte de tu exposición es un hecho y qué parte es una fantasía? Quiero decir ¿Qué porcentaje de tu exposición has llevado a la práctica hasta este momento, y qué porcentaje tienes proyectado hacia un futuro más o menos lejano?

-Aproximadamente un uno por ciento... Puede que menos admitió Seaton-. Acabo de comenzar. No te culpo por dudar un poco... todos los del laboratorio piensan que estoy loco como una cabra. Así fue como sucedió... -y le describió el accidente con todo detalle-. Y ésta es la teoría que he podido formarme para justificarlo. -y continuó con su explicación.

-Así es como funciona -terminó Seaton con nerviosismo-. Esta es la forma más clara que tengo de exponértelo. ¿Qué opinas?

-Es una historia extraordinaria, Dick... Verdaderamente extraordinaria. Entiendo por qué los chicos del laboratorio pensaron lo que pensaron, en especial tras tu demostración fallida. Me gustaría ver por mí mismo cómo funciona, antes de que planeemos alguna acción o algún procedimiento posterior.

-¡Bien! Eso me viene de perilla... vístete y te llevaré al laboratorio en mi moto. ¡Si no consigo que se te salgan los ojos de las órbitas me la comeré desde el volante hasta los neumáticos!

Tan pronto como llegaron a las instalaciones, Seaton se aseguró de que el «loqueseatrón» estuviera en funcionamiento y preparó su demostración. Crane permaneció en silencio, pero observaba detenidamente todos los movimientos que Seaton realizaba.

-Voy a coger un trozo alambre de cobre ordinario -comenzó a hablar Seaton-. Lo voy a introducir en la solución de este recipiente. Así. Observa que se ha producido un cambio en su aspecto. Coloco el cable sobre este banco... bien... con su extremo apuntando a la ventana...

-No. Hacia la pared. Quiero ver cómo practica un orificio. -Muy bien... con su extremo apuntando hacia esa pared de ladrillo. Esto es una pila normal y corriente de ocho watos del modelo Redeker. Cuando toque el alambre tratado con estos polos, observa bien. La velocidad que se produce es supersónica, pero podrás oírla, ya puedas ver o no lo que suceda. ¿Listo?

-Listo -Crane clavó la vista en el alambre.

Seaton tocó el trozo de cobre con los polos de la pila Redeker, y de pronto desapareció rápida y fugazmente. Volviéndose hacia Crane, quien miraba alternativamente hacia el nuevo agujero en la pared y hacia el lugar donde había estado el alambre, gritó con entusiasmo:

-Bueno, Tomás el Incrédulo, ¿Has tocado la llaga o no? ¿Se ha movido ese alambre o no? ¿Se está cociendo algo o no?

Crane caminó hacia la pared y examinó el agujero detenidamente. Lo exploró con la punta de los dedos y finalmente se inclinó para mirar a través de él.

-Hm... vale... -dijo poniéndose en pie de nuevo-. Ese agujero es tan auténtico como los ladrillos de la pared... y verdaderamente no lo has hecho con una taladradora... si pudieras controlar esa energía... colocarla dentro de un casco... aprovecharla para la industria... ¿Me estás pidiendo que sea tu colega en este proyecto?

-Sí. No me puedo permitir abandonar este trabajo, no puedo pedir prestado nada que me obligue a hablar de este proyecto. Además, para este trabajo extra va a hacer falta más de un hombre. Va a hacer falta toda la materia gris de que disponemos los dos, además de bastante dinero para sacarlo adelante.

-Hecho. Acepto... y gracias por invitarme a participar. Las dos manos se estrecharon fuertemente. Crane dijo:

-Lo primero que tenemos que hacer, y que debemos hacer con toda la prisa posible, es hacernos con un poco de esa solución en limpio y que no haya sido tratada aún; lo que significa que hemos de tomar prestado algo que es propiedad del gobierno. ¿Qué me propones hacer en este caso?

Es propiedad del Gobierno... técnicamente... sí; pero no tenía valor alguno y normalmente una cosa así podría tirarse por la taza del váter y no pasaría nada. Me dediqué a este asunto por satisfacer mi propia curiosidad y por ver qué podía sacar en limpio. Sencillamente me limitaré a meterlo en una bolsa de papel y a sacarlo del laboratorio, y si a alguien se le ocurre preguntarme algo, les explicaré que me deshice de ello, tal y como se supone que debo hacer.

-No es suficiente. ¿Podemos conseguir un permiso firmado y sellado?

-Creo que sí... estoy casi seguro. Va a haber una subasta pública dentro de una hora... hay una cada viernes... y podré hacerme con la botella del reactivo con toda facilidad. No puedo imaginarme quién podría hacer una contraoferta por algo semejante. Me voy volando.

-Otra cosa. ¿Vas a encontrarte con algún problema a causa de tu dimisión?

-Ni uno -Seaton sonrió sin alegría-. Todo piensan que estoy como una cabra... se van a alegrar de poder deshacerse de mí.

-De acuerdo. Adelante... primero la solución química.

-Hecho -dijo Seaton; e inmediatamente la botella, sellada por el supervisor y etiquetada como *Elemento QX47R769BC: una botella conteniendo solución residual*, se encontraba en camino a la sala de subastas.

No existió dificultad alguna para que pudiera dimitir del Laboratorio de Lantánidos. Las noticias se extienden con rapidez.

Cuando el encargado de la subasta presentó el lote de «una botella», la miró con extrañeza. ¿Por qué habría de subastarse una botella sola cuando se subastaban cajas enteras? Pero poseía un sello y un número de serie, así que había que subastarla.

-Una botella llena de residuo, -anunció con voz avergonzada-. ¿Alguien oferta? Si no, la tiraré...

Seaton se inclinó hacia delante y abrió la boca para hacer su oferta, pero fue interrumpido por un golpe con un dedo en las costillas.

-Cinco centavos -oyó como Crane hablaba con voz tranquila.

-Una oferta de cinco centavos. ¿Alguien da más? A la una... a las dos...

Seaton habló tragando saliva:

-Diez centavos.

-Diez centavos. ¿Alguien da más? A la una... a las dos... a las tres» El objeto QX47R769BC ha sido adjudicado de forma oficial a Richard B. Seaton.

Una vez que la transferencia se completó, Scott vio a Seaton. -¡Hola, don Nadie Holmes! -se dirigió a él divertido-. ¿Era ésa la famosa solución cero? Me gustaría que nos hubiéramos dado cuenta antes... nos lo habríamos pasado bien vendiéndotela nosotros mismos.

-No demasiado, Ferdy -Seaton estaba lo suficientemente tranquilo ahora que la botella se encontraba en su poder definitivamente-. Ha sido una venta directa, ya lo sabes, así que tampoco nos habríais costado mucho.

-Eso es verdad -admitió Scott, ya no tan divertido-. Este pobre funcionario del Gobierno es pobre, como siempre. ¿Pero a quién te refieres con «nosotros»?

-Mr. Scott, le presento a mi amigo, M. Reynolds Crane -y, mientras los ojos de Scott se habría de puro asombro, añadió-. No cree que aún esté preparado para Santa Isabel<sup>2</sup>.

-Eso es una tontería, Mr. Crane -dijo Scott, llevándose un dedo a la sien-. Dick era un buen chaval, pero se ha venido abajo.

-¡Esa es su opinión! -Seaton dio un paso adelante, pero se detuvo incluso antes de que Crane lo detuviera-. Espera unas cuantas semanas, Scotty, y ya verás.

Ambos cogieron un taxi de vuelta a casa de Crane, ya que el contenido de la botella era demasiado valioso como para correr riesgos en la moto. Allí Crane vertió una pequeña cantidad de la solución en un vial, que colocó en un lugar seguro.

---

<sup>2</sup> N.del T.: Santa Isabel es un famoso manicomio de Estados Unidos

Posteriormente colocó la botella, cuidadosamente embalada, dentro de su enorme caja fuerte, en el sótano de la casa, afirmando:

-Así no arriesgaremos nada.

-De acuerdo -le dijo Seaton-. Bien, vamos a estar muy ocupados. Lo primero que tenemos que hacer es alquilar un pequeño laboratorio.

-Error. Lo primero que tenemos que hacer es organizar nuestra empresa... suponte que muero antes de que podamos llevar a cabo nuestro experimento. Te sugiero la siguiente: ninguno de nosotros desea dirigir una empresa como ésta, así que se hará cargo de toda una empresa de administración, con un capital de un millón de dólares repartido entre diez mil acciones. McQueen, que es quien lleva mis asuntos bancarios, puede ser el presidente; Winters, su abogado, y Robinson, su auditor, secretario y tesorero respectivamente; tu y yo seremos el presidente y el director general. Para ser siete contaremos con Mr. Vaneman y con Shiro. En lo que respecta al capital, pondré de mi bolsillo medio millón de dólares; usted pondrá sus ideas y su solución como compensación preliminar a este medio millón...

-Pero, Mart...

-Espera, Dick, déjame terminar. Valen mucho más que lo que vas a poner, naturalmente, pero más adelante aumentará su valor. Por algo hay que empezar...

-Espera tú un minuto. ¿Por qué invertir tanto dinero si todo lo que necesitamos es un millar de pavos?

-¿Unos cuantos miles? Piensa un momento, Dick. ¿Qué cantidad de material de ensayo vas a necesitar? ¿Cuánto habrá que invertir en salarios y nóminas? ¿Qué partes de una nave espacial puedes construir con un millón de dólares? y las plantas de energía queman por sí solas cien millones. ¿Convencido?

-Bueno, puede ser... excepto que, al principio, pensé...

-Ya verás como va a ser una cantidad muy pequeña al principio. Ahora vamos a convocar una reunión.

Llamaron a McQueen, el presidente del gran trust que manejaba su enorme fortuna. Seaton, escuchando la breve conversación, se dio cuenta de que nunca antes se había percatado del poder que poseía su amigo.

En un tiempo sorprendentemente corto, todos los implicados fueron convocados en la biblioteca de Crane. Crane abrió la sesión, hizo un esbozo de la naturaleza de la reunión y dio forma a la corporación; y la compañía Seaton-Crane, Ingenieros comenzó su existencia.

Una vez que los visitantes se hubieron marchado, Seaton le preguntó:

-¿Sabes a qué tipo de agente inmobiliario nos debemos dirigir para alquilar un laboratorio?

-Durante algún tiempo, el mejor sitio en el que podrás trabajar es éste.

-¡Aquí! ¿No querrás que ese tipo de materiales anden sueltos por aquí, verdad?

-Sí. Las razones son: primero, privacidad; segundo, conveniencia. Tenemos a mano gran parte de los materiales y el equipo que vas a necesitar, en el hangar y en las tiendas, y gran cantidad de espacio para instalar todo los aparatos nuevos que necesites. Tercero, nada de curiosos. Los Crane han sido inventores, chapistas y mecánicos durante tanto tiempo que ninguna comisión planificadora ha sido capaz de trasladar nuestros talleres al extrarradio; y nuestros vecinos más próximos (y nadie vive lo suficientemente cerca, como ya sabes, ya que nos rodean cuarenta acres de terreno)

están tan acostumbrados a mis extraños montajes que ya no prestan atención a nada de lo que aquí sucede.

-¡Bien! Si así lo quieres, la cosa me viene que ni al pelo. ¡A trabajar!

## Capítulo cinco

El Doctor Marc C. DuQuesne era un hombre alto, fuerte, de una constitución parecida a la de Richard Seaton. Su pelo espeso y ondulado era de un intenso color negro. Sus ojos, que no perdían su brillo ni en la oscuridad, estaban enmarcados por una espesas cejas negras, de las que nacía una aquilina nariz de delicado perfil. Su rostro, aunque no resultaba pálido, lo parecía debido a la oscura sombra de la barba que lo rodeaba, incluso aún tras un afeitado. Al inicio de la treintena, era conocido como uno de los más brillantes hombres en su terreno.

Scott llegó a su laboratorio inmediatamente después de la subasta, encontrándolo inclinado sobre la consola del «quéestrón», su severo aunque atractivo rostro se encontraba extrañamente iluminado por el resplandor azulado verdoso de la máquina.

-Hola, Blackie<sup>3</sup> -le saludó Scott-. ¿Qué opinas de Seaton? ¿Crees que está en sus cabales?

-Para terminar con el tema -le respondió DuQuesne sin dirigirle la mirada-, yo diría que ha invertido demasiadas horas en su trabajo y muy pocas en descansar. No creo que esté loco... podría jurar que es el loco más cuerdo que jamás he visto.

-Por mi parte creo que está como una cabra... lo que le pasó ayer fue que le dio un ataque, aunque parecía creérselo todo. Hizo que sacaran a subasta este medio día la solución residual y tanto él como M. Reynolds Crane se la subastaron por diez centavos.

-¿M. Reynolds Crane? -DuQuesne se las apañó para evitar traslucir su sorpresa-. ¿Y qué tenía que ver él en todo esto?

-Oh, él y Seaton son amiguetes desde hace un tiempo. Eso ya lo sabías. Es probable que le divirtiera la cosa. Tras conseguir la solución, llamaron a un taxi y alguien ha dicho que la dirección que le dieron al taxista fue la de la casa de Crane, en la zona rica; pero... oh, me llaman... hasta luego.

Cuando Scott se hubo marchado, DuQuesne se dirigió a largas zancadas a su escritorio con una nueva expresión en el rostro, en la que se mezclaban la envidia y la admiración. Levantó el teléfono y marcó un número. ¿Brookings? Al habla DuQuesne. Necesito verte lo antes posible. No puedo hablar por teléfono... Sí, voy para allá ahora mismo.

Abandono el edificio de los laboratorios y en breve se encontró en el despacho del director de la delegación de Washington, o «delegación diplomática», de la poderosa World Steel Corporation.

-¿Cómo está, señor DuQuesne? -le preguntó Brookings mientras su visitante tomaba asiento-. Parece excitado.

---

<sup>3</sup> N.del T. Blackie: Refiriéndose a la cualidad morena de DuQuesne, ésta puede interpretarse como «Morenillo». He preferido mantener la expresión inglesa por parecerme menos jocosa que ésta.

-No exactamente excitado, pero sí tengo prisa. Está a punto de producirse el mayor acontecimiento de la historia y debemos darnos prisa si queremos tomar parte en él. Pero antes de continuar... ¿Tiene usted la más mínima duda sobre la veracidad de lo que le voy a contar?

-Por supuesto que no, doctor, ni la más mínima. Lo conozco lo suficiente; nos ha ayudado en varias ocasiones con sus... colaboraciones.

-Dígalo, Brookings, «filtraciones de datos» son los términos adecuados. Sin embargo, ésta va a ser la más importante. Va a ser algo sencillo... una muerte accidental y un simple robo... y no va a hacer falta un asesinato en masa como en el caso del tungsteno.

-Oh, nada de asesinatos en masa, doctor. Fue un fatídico accidente.

-Llamo a las cosas por su nombre. No soy un melindroso. Pero lo que me ha traído aquí es que Seaton, de nuestra división, ha descubierto, de manera más o menos accidental, la conversión total de la energía atómica.

-Y eso significa...

-En términos que usted pueda comprender, eso significa mil millones de kilovatios por planta de energía a un coste totalmente amortizado de aproximadamente un cien por mil por kilovatio hora.

-¿Eh?

Una expresión de desconfianza cruzó el rostro de Brookings.

-Búrlese si lo desea. Su ignorancia no va a cambiar los hechos ni mi seguridad al respecto. Llame a Chambers y pregúntele qué sucedería si un hombre pudiera liberar la energía total de cien libras, de cobre en, digamos, diez microsegundos.

-Le ruego que me perdone, doctor, no pretendía insultarle.

Ahora mismo lo llamo.

Brookings hizo una llamada y se presentó un hombre vestido con una bata blanca. En respuesta a su pregunta, el recién llegado permaneció pensativo durante un momento y luego sonrió.

-Así de repente, podría hacer saltar el planeta por los aires y convertirlo en vapor, o podría desplazarlo de su órbita. Sin embargo, no deberían preocuparse por que algo así suceda, Mr. Brookings. Es imposible. No puede hacerse.

-¿Por qué no?

-Porque sólo dos reacciones liberan esa cantidad de energía: la fusión y la fisión. Sólo los elementos muy pesados entran en fisión; los elementos muy ligeros entran en fusión; los intermedios, tales como el cobre, no experimentan ninguna de las dos reacciones. Cualquier operación posible sobre el átomo del cobre, como su división, necesitaría absorber una energía muchísimo más vasta que la que liberaría. ¿Eso es todo?

-Eso es todo. Gracias.

-¿Lo ve? -dijo Brookings, cuando estuvieron solos de nuevo-, Chambers es un buen científico también, y dice que es imposible.

-Por lo que a él respecta, tiene razón. Yo dije lo mismo esta mañana. Sin embargo, tal experimento ya ha sido realizado. -¿Cómo? DuQuesne le contó algunos episodios de la historia de Seaton.

-Pero supongamos que ese individuo está loco. Podría estarlo ¿Verdad?

-Sí, está loco de pura lucidez. Si habláramos sólo de Seaton, lo aceptaría; pero a nadie se le ocurriría pensar que M. Reynolds Crane ha perdido un tornillo. Con él



respaldando a Seaton, puede apostar hasta su último dólar a que Seaton le ha tenido que demostrar una buena parte de su experimento.

Como en la cara de Brookings aparecía una expresión de credulidad, DuQuesne continuó hablando.

-¿No lo entiende? La solución era propiedad del gobierno y tuvieron que idear algo para que la gente pensara que no tenía ningún valor, así que tuvieron que sacarla a subasta. Fue una buena maniobra... habría sido una estupidez en cualquier otra persona. La razón por la que consiguió su ayuda es que siempre ha sido muy franco hablando; siempre dice lo que piensa. A mí me volvió loco, y no soy de los que se chupan el dedo.

-¿Cuál es su plan? ¿Qué pintamos nosotros en todo esto?

-Su tarea debe consistir en quitarle la solución a Seaton y a Crane, y poner los fondos para obtener más materia prima y para construir, bajo mi supervisión, una planta de energía como la que jamás ha visto el mundo.

-¿Por qué resulta imprescindible esa solución? ¿No sería más fácil refinar más residuos de platino?

-No es posible. Los químicos han estado recuperando el platino desde hace un centenar de años, y jamás ha sucedido algo parecido. Ese elemento, sea lo que sea, debió formar parte de algún lote de platino en particular. Naturalmente, no cuentan con toda la cantidad de ese elemento que existirá en el mundo, pero las probabilidades de encontrarlo sin saber exactamente qué es lo que hay que buscar es enormemente remota. Por el contrario, debemos obtener el monopolio sobre ello... Crane se conformará con un beneficio neto del diez por ciento.

No, deberemos poseer cada mililitro de esa solución y debemos deshacernos de Seaton... matándolo. Sabe demasiado. Me gustaría llevarme un par de tus muchachos y ocuparme de él esta noche.

Bookings pensó durante un instante, con la cara vacía por completo de expresión. Luego habló.

-Lo siento, doctor, pero no podemos hacerlo. Resultaría demasiado flagrante, demasiado arriesgado. En su lugar, podemos intentar comprárselo a Seaton una vez que se le demuestre que no tiene valor alguno.

-¡Bah! -exclamó DuQuesne-. ¿A quién se cree que van a engañar? ¿Cree que les he dicho todo lo que se, arriesgándome a que me aparten del plan? Quítese esa idea de la cabeza... y rápido. Sólo existen dos hombres en el mundo que pueden llevar a cabo tal empresa: R. E. Seaton y M.C. DuQuesne. Elija. Elija a otra persona para el proyecto... a *cualquier otra persona* y hará saltar por los aires a sí mismo y a todo el vecindario más allá de la órbita de Marte.

Brookings, pillado con la guardia baja y casi convencido por los argumentos de DuQuesne, temporizó.

-Es usted muy modesto, DuQuesne.

-La modestia alaba al hombre, pero yo prefiero el dinero al contado. Sin embargo, deberá creer en este momento que lo que le digo es cierto. Y yo tengo prisa. Las dificultades para hacerlos con la solución química se van haciendo mayores a cada minuto que pasa, y mi precio se eleva al mismo ritmo.

-¿Y cuál es su precio en este preciso minuto?

-Diez mil dólares al mes durante el desarrollo del proyecto, cinco millones al contado cuando la primera planta entre en funcionamiento, y un diez por ciento sobre los beneficios netos una vez que todas las plantas estén en marcha.

-Oh, vamos doctor, sea sensato. Está de broma.

-No bromeo cuando hablo de negocios. He hecho una buena cantidad de trabajos sucios para su gente y jamás he obtenido un buen beneficio. Jamás le he forzado sin ponerme a mí mismo en peligro; pero esta vez se han cambiado las tornas y voy a sacar provecho. Y todavía no puede matarme... yo no soy Ainsworth. No sólo porque va a necesitar tenerme a su lado, si no porque puedo hacer que les envíen a todos a Perkins<sup>4</sup>, a que se sienten en la silla<sup>5</sup>, o a no traicionarles.

-¡Por favor DuQuesne, por favor, no utilice ese lenguaje!

-¿Porqué no? -La voz de DuQuesne era fría y temperada ¿Qué más dan unas cuantas vidas más, mientras no sean la suya o la mía? Puedo confiar en usted en cierta medida, al igual que usted en mí, ya que sabe que puedo deshacerme de usted sin correr ningún riesgo. Si quiere que sea así, le dejo que lo intente sin mi ayuda... no llegará muy lejos. Así que decídase ahora mismo si me quiere a su lado ya más tarde. Si ha de ser más tarde, las dos primeras cifras que le he dado anteriormente se duplicarán.

-No podemos hacer tratos a esos términos -Brookings meneó la cabeza-. Podemos comprar los derechos de Seaton por mucho menos.

-Lo quieren por las malas ¿eh? -DuQuesne exclamó burlándose mientras se levantaba-. Adelante. Roben la solución. Pero no le den a su hombre una gran cantidad, no más que media cucharilla de te... Quiero que quede todo el material posible. Construyan el laboratorio lo más apartado posible de cualquier lugar... no es por que me importe un rábano de la cantidad de gente que matarán, pero no quiero saltar por los aires con ustedes. Y adviértanle a quien vaya a hacer el trabajo que utilice una cantidad *muy* pequeña de cobre. Adiós.

Mientras la puerta se cerraba a espaldas del cínico científico, Brookings sacó un pequeño instrumento, muy parecido a un reloj, de su bolsillo, tocó un botón, lo llevó a sus labios y habló:

-Perkins.

-Sí, señor.

-M. Reynolds Crane tiene guardado en su casa, en algún lugar, un pequeño frasco con una solución.

-Sí, señor. ¿Puede describirlo?

-Sin mucha exactitud -Brookings continuó explicándole a su hombre todo lo que sabía sobre el asunto-. Si el frasco fuera parcialmente vaciado y completado con agua, no creo que nadie notase la diferencia.

-Probablemente no, señor. Adiós.

A continuación Brookings se dirigió a su máquina de escribir y estuvo tecleando durante unos minutos. Entre otras cosas, escribió:

...y no utilice mucho cobre a la vez. Creo que con una o dos libras sería suficiente...

---

<sup>4</sup> N.del T. (1) Importante prisión de alta seguridad de EE.UU.

<sup>5</sup> Se entiende que se refiere a la silla eléctrica.

## Capítulo seis

Desde muy temprano hasta bien entrada la noche, Seaton trabajaba en el taller, a veces supervisando la tarea de los técnicos y otras veces trabajando a solas. Cada noche que Crane se dirigía a la cama, veía a Seaton sentado en su habitación, rodeado por una nube de humo, inclinado sobre varios planos o frente a su ordenador, realizando interminables cálculos. Sordo a las reconvenciones de Crane, se estaba llevando hacia límites de trabajo inhumanos, inmerso por completo en su proyecto. Si bien no había olvidado a Dorothy, su impresión era que tenía una enorme cantidad de trabajo pendiente y que éste no avanzaba. Constantemente se proponía ir a verla, y siempre se decía que lo haría en cuanto salvase tal obstáculo; pero a un obstáculo lo seguía otro, más complicado y difícil de resolver. Y así pasaba un día tras otro.

Mientras tanto, Dorothy se sentía cada vez más melancólica. Hacía una semana que se habían comprometido ¡Y vaya un compromiso que habían contraído! Antes de aquella famosa noche, se habían visto prácticamente todos los días. Habían paseado juntos en la moto, habían mantenido largas charlas y jugado al tenis, y él, con su arrollador ímpetu, se había abierto camino a través de todos los planes de ella. Ahora, una vez que ella le dijo que sí a su oferta de matrimonio, él la había llamado por teléfono una vez (a las once de la noche) con la mente puesta en otro lugar, y desde entonces no había vuelto a saber nada más de su prometido. Y ya habían pasado seis largos días. Un misterioso -problema de última hora en el laboratorio no parecía ser motivo suficiente para sus prolongadas ausencias, pero no se le ocurría otra cosa.

Turbada y herida, y sintiendo que no podría soportar por más tiempo las atenciones de su madre, salió de casa para dar un largo paseo sin rumbo fijo. No prestaba apenas atención a las señales primaverales que aparecían a su alrededor. Tampoco se percató de las pisadas que la seguían, y se encontraba demasiado sumida en sus ominosos pensamientos como para mostrar más que una leve sorpresa cuando Martin Crane le dirigió las primeras palabras. Durante unos instantes trató de parecer animada, pero su innata afabilidad parecía haber desaparecido y sus esfuerzos por parecerlo no consiguieron engañar a la aguda mente de Crane. Al poco, ambos caminaban juntos sumidos en un profundo silencio, un silencio que prontamente fue roto por el hombre.

-Acabo de dejar a Seaton -le dijo. Sin prestar atención a su sorprendida mirada, continuó hablando-. ¿Ha conocido jamás a alguien con un afán semejante por conseguir una meta? Naturalmente, ése es uno de los rasgos que le hacen ser quien es... Sus propios esfuerzos le están conduciendo al colapso. ¿Te ha dicho algo de abandonar el Laboratorio de Tierras Raras?

-No, no he vuelto a verlo desde la noche del accidente, o descubrimiento, o como quiera que se llame. Intentó explicármelo, pero, por lo poco que pude entender me sonó sencillamente ridículo.

-No puedo explicarte nada del asunto... ni el propio Dick me lo pudo explicar... pero puedo conseguir que te hagas una pequeña idea de lo pensamos que vamos a conseguir.

-Me gustaría que lo hicieras. Me sentiría muy feliz.

-Dick ha descubierto algo que convierte el cobre en energía pura. La tina salió despedida en línea recta...

-Eso es lo que me suena ridículo, Martin -le interrumpió la chica-, incluso cuando *tú* lo dices.

-Cuidado, Dorothy -la reconvino-. Nada de lo que está sucediendo ahora mismo, ni nada de lo que va a suceder es ridículo. Pero tal y como te he dicho, esa tina de cobre abandonó Washington en línea recta en dirección a algún lugar desconocido. Intentamos seguirlo en un vehículo adecuado.

Hizo una pausa, fijando su mirada en la cara de su compañera. Ella no dijo una sola palabra, y él continuó hablando con un tono absolutamente normal.

-A donde quiero llegar es a que vamos a construir un vehículo espacial. Como sabes, tengo casi tanto dinero como Dick cerebro; y algún día, antes de que el verano acabe, esperamos dirigimos a algún lugar... a algún lugar a una distancia considerable de este planeta.

Entonces, tras exigirle una absoluta discreción, le contó lo que había presenciado en el laboratorio y le describió brevemente el curso de las investigaciones.

-Pero si ya había planeado todo esto... si fue lo suficientemente brillante como para idear esa teoría y para disponerse a llevar a cabo algo tan impensado como un viaje espacial... todo basado en una observación tan simple... ¿Por qué no me lo *dijo* en aquel momento?

-Lo intentó por todos los medios. Aún lo está intentando. No pienses ni por un instante que su ausencia implique que su amor se haya enfriado lo más mínimo. Venía a visitarte para comunicártelo cuando te vi en la calle. Se está obligando a trabajar de una forma cruel. Apenas come y parece que no necesita dormir. Más vale que se lo tome con más calma o se vendrá abajo, pero nada de lo que le digo parece afectarle. ¿Se te ocurre algo que puedas hacer, o que podamos hacer los dos juntos?

Dorothy aún anduvo un rato en silencio, pero ya era una Dorothy diferente. Había recobrado su postura erecta y parecía más ligera, sus ojos resplandecían, todo su encanto y vitalidad volvieron con renovadas fuerzas.

-¡Haré todo lo que haga falta! -jadeó-. ¡Lo voy a agarrar de las orejas y lo voy a llevar hasta la cama inmediatamente después de que cene! ¡El muy idiota!

Esta vez fue Crane el que quedó sorprendido, tan sorprendido que se detuvo en mitad de un paso.

-¿Cómo? -le preguntó-. Y *tú* me estás diciendo que decimos cosas ridículas? ¿Cómo?

-Será mejor que te evite los detalles íntimos -le respondió riendo pícaramente-. Marty, no eres precisamente el mejor actor del mundo, y no quiero que Dick esté sobre aviso. Sencillamente, regresa a casa, y asegúrate de estar *presente* cuando yo llegue. Tengo que hacer algunas llamadas... estaré allí a las seis en punto, y dile a Shiro que no os haga la cena.

A las seis en punto ella había llegado.

-¿Dónde está, Marty? ¿En el taller?

-Sí.

Una vez en el taller, se dirigió directamente hacia el desprevenido Seaton.

-Hola, Dick ¿Qué tal te va?

-¿Eh? -el hombre dio un violento respingo que casi le hizo salir despedido de su taburete... y de repente saltó al suelo como si el conocimiento de que era

verdaderamente Dorothy quien se encontraba tras él le hubiera golpeado en medio de la frente. La abrazó con tal fuerza que la levantó del suelo; ella presionó cada centímetro de su cuerpo más y más fuerte contra el musculoso cuerpo de su prometido. Sus labios se unieron durante un largo rato.

Finalmente, Dorothy se liberó lo suficiente de su presa como para poder mirarlo a los ojos.

-Me estaba volviendo loca, Dick. La verdad es que no sabía si matarte o besarte, pero por esta vez he decidido besarte.

-Lo sé, cariño. He intentado por todos los medios el sacar un par de horas libres de algún sitio, pero las cosas van tan despacio... tengo la cabeza tan cargada que no consigo enfocar claramente una sola idea.

-¡Tranquilo! He estado pensando unas cuantas cosas esta última semana, especialmente hoy. Te quiero tal y como eres. Puedo hacer eso o renunciar a ti. Pero no me puedo imaginar tal cosa, por que podría estrangular fríamente con mi propio pelo a cualquier mujer que se le ocurriera poner sus ojos sobre ti... Venga, Dick, nada de trabajo esta noche. Os voy a invitar a cenar a Martin y a ti.

Entonces, mientras posaba la mirada involuntariamente sobre el ordenador a espaldas de Seaton, le dijo con más energía:

-He-dicho-que-nada-de-trabajo-esta-noche ¿O quieres pelea?

-¡No, no! He de decir que no... ¡Jamás se me habría ocurrido trabajar esta noche! - Seaton estaba sobrecogido por el terror-. Nada de peleas, Dottie. No contigo. Jamás. Por nada del universo. Créeme.

-Y te creo, amante mío -y, con los brazos alrededor de sus cinturas, ambos se encaminaron hacia la mansión.

Crane aceptó entusiasmado (por él) la invitación a cenar, y se retiró para ponerse un smoking, pero Dorothy lo detuvo.

-Es estrictamente informal -insistió-. Tal y como tú eres.

-Me voy a dar una ducha y estaré con vosotros en un segundo -les dijo Seaton mientras abandonaba la habitación. Dorothy se giró hacia Crane.

-He de pedirte un enorme favor, Martin. Vamos a ir en mi Cadillac (ya sabes que tiene aire acondicionado) ¿Podrías llevar contigo el Stradivarius? Podría haber traído mi mejor violín, pero prefiero utilizar toda la artillería pesada que tenga a mano.

-Ahora lo veo todo claro... -la cara de Crane se iluminó-. Por supuesto. Si hace falta, tócalo bajo la mismísima lluvia. Una estrategia propia de un maestro, Dorothy... propia de un maestro.

-Bueno, una hace lo que puede -le respondió Dorothy en un murmullo lleno de un humilde regocijo. Entonces, en cuanto Seaton apareció, les dijo a ambos hombres:- Vamos, chicos. La cena se servirá a las siete y media en punto, y debemos llegar con puntualidad.

Mientras se sentaban a la mesa, Dorothy volvió a estudiar los cambios que aquellos seis días habían efectuado sobre Seaton. Tenía la cara pálida y más delgada, y estaba ojeroso. Habían aparecido líneas en torno a los ojos y a las comisuras de la boca, y unos círculos difuminados pero claramente visibles torneaban sus ojos.

-Has estado haciendo demasiados esfuerzos, Dick. Debes parar.

-Oh, no, estoy bien. Jamás me he sentido mejor. ¡Sería capaz de atrapar con las manos una cascabel y darle el primer mordisco yo!

La muchacha se rió abiertamente, pero la mirada de preocupación no desapareció de sus ojos.

Mientras duró la cena, ninguno de ellos hizo el menor comentario a cerca del proyecto; las conversaciones se dirigieron hacia el tenis, la natación y otros deportes; y Seaton, cuyo plato fue llenado de manera evidente una y otra vez, comió de forma que no lo había hecho durante semanas. Tras el postre, todos se dirigieron al salón y se recostaron en unos acogedores sillones. Y mientras fumaban, los cinco continuaron con su conversación.

Tras un rato, tres de ellos abandonaron la sala. Vaneman se llevó a Crane para mostrarle un singular documento, mientras que la señora Vaneman se dirigió a la planta superior, haciendo hincapié en que *debía* finalizar un artículo que estaba escribiendo, y que sí lo dejaba por más tiempo *jamás* lo acabaría.

Dorothy dijo:

-Me he saltado el ensayo hoy, Dick, por sacaros de vuestro encierro, par de genios. ¿Aguantarías el suplicio de oírme tocar durante media hora?

-No seas tonta, Dottie Dudas. Sabes que no habría nada que me gustara más. Pero si lo que quieres es oírme rogar, lo haré. Por favor Pooor favoor... oh, hermosa y musical damisela, llenad esta atmósfera circunvolvente con vuestras gentiles notas.

-Recibido. Alto y claro -le respondió con voz nasal-. Cambio y corto.

Tomó el violín (el violín de Crane) y tocó. Primero sus temas favoritos: selecciones sueltas de óperas y solos de los grandes maestros, abundando sobre las armonías a dos cuerdas. Luego, comenzó a cambiar lentamente hacia melodías más delicadas y simples y luego hacia canciones muy, muy antiguas. Seaton, escuchándola con una profunda satisfacción, sentía que se relajaba más y más. La pipa se le consumió en las manos, los ojos se le entornaron y se recostó aún más en el sillón. La música cambió una vez más, gradualmente, hasta convertirse en un ensueño; cada pieza más delicada, más lenta, más soñadora que la anterior. Finalmente, comenzó a entonar nanas casi hipnóticas; y fue en este momento cuando el maravilloso instrumento y la consumada artista se fundieron para mostrar sus auténticas cualidades en todo su esplendor.

Dorothy hizo que la última nota disminuyera hasta fundirse con el silencio y permaneció de pie, inclinada, lista para comenzar de nuevo; pero no había necesidad de ello. Libre de la tiranía de su propio cerebro que tan cruelmente le había hecho trabajar, el cuerpo de Seaton había comenzado un sueño que habría de prolongarse durante largas horas.

Segura de que estaba durmiendo de verdad, Dorothy se dirigió de puntillas hacia la puerta del estudio y susurró:

-Se ha dormido en el sillón.

-De verdad que me lo creo -le respondió su padre sonriendo-. La última pieza parecía un frasco de valium. Crane y yo hemos hecho verdaderos esfuerzos por no caer dormidos. Eres una chica increíble.

-Es toda una intérprete -le dijo Crane. ¡Y vaya intérprete!

-En parte ha sido gracias a mí, pero... ¡vaya violín! ¿Pero que vamos a hacer con él? ¿Dejarle ahí dormido?

-No, estaría más cómodo sobre el sofá. Voy a por un par de mantas -dijo Vaneman.

Así lo hizo, y los tres se dirigieron juntos al salón. Seaton permanecía absolutamente inmóvil, sólo el movimiento de su fuerte pecho demostraba que estaba vivo.

-Agárralo por aquí... -Shhh... sh... -susurró Dorothy intensamente-. Lo vas a despertar, papá.

-¡Tonterías! No podrías despertarlo ahora ni a golpes de porra. Agárralo por la cabeza y los hombros, Crane. . . ¡aaarriba!

Con Dorothy como nerviosa espectadora de sus maniobras, e intentando ayudarlos, los dos hombres levantaron a Seaton del sillón y lo transportaron a través del salón hasta el sofá. Le quitaron la chaqueta; la muchacha dispuso los cojines y le colocó las mantas con cuidado, finalmente le dio un ligero beso en los labios.

-Buenas noches, cariño -susurró.

Los labios de él se movieron levemente y "snoches" murmuró en sueños.

Eran las tres de la tarde cuando Seaton, con un aspecto mucho más saludable, apareció por el taller. Cuando Crane lo vio aparecer y lo llamó con un saludo burlón, se volvió hacia él con una mirada aborregada.

-No digas ni una palabra, Martin; ya me he dicho yo todo lo que había que decir, y más cosas. Jamás me he sentido tan ridículo que cuando me desperté en el sofá de los Vaneman este medio día... no me queda la menor duda de que les ayudaste en el traslado.

-Que no te quede duda alguna -asintió Crane riéndose-, y escucha esto: habrá más de lo mismo, o peores cosas, si sigues portándote como hasta ahora.

-No me lo restringues más... ¿No ves que estoy panza arriba y de uñas? Seré bueno. Me iré a la cama todas las noches a las once e iré a visitar a Dottie todas las tardes, y el domingo durante todo el día.

-Me parece muy bien, si es verdad... y será mejor que sea verdad.

-Es mi determinación, así que espero tu ayuda. Bueno, mientras estaba desayunando esta mañana (vale, este mediodía) vi claro cual es el factor que nos falla en toda la teoría. Y no me digas que se debió a que estaba descansado y había dormido... ya lo sé.

-Estaba haciendo un heroico esfuerzo por no mencionar tal hecho.

-Quedo agradecido. Bien, nuestro nudo gordiano era, si lo recuerdas, cuál podría ser el posible efecto de una pequeña corriente eléctrica para liberar la energía. Creo que ya lo tengo. Deberá desplazar el plano epsilon-gama-theta... y si lo consigue, la tasa de liberación deberá ser cero cuando el ángulo theta sea de valor cero, y deberá aproximarse al infinito mientras theta se aproxima a Pi elevado al cuadrado.

-No es así -le contradijo Crane con sencillez-. No puede hacerlo. La orientación de ese plano está sometida a la temperatura... a nada *más* que la temperatura.

-Normalmente así debería ser, pero es ahí donde X entra en juego. He aquí la prueba...

Una y otra vez se combatieron los argumentos. Los trabajos de referencia se amontonaban sobre la mesa y se desperdigaban por el suelo, los bocetos y los borradores se apilaban, mientras que los dos ordenadores no cesaban de hacer cálculos.

Ya que los detalles matemáticos del Efecto Seaton-Crane resultan en este caso de poco o ningún interés, será suficiente con mencionar algunas de las conclusiones que obtuvieron los dos hombres. La energía podía controlarse. Podía impulsar (o empujar)

una nave espacial. Podía utilizarse como un explosivo, con una violencia que podía limitarse a la carga de un cartucho de veinte milímetros o elevarse hasta los límites deseados, aun cuando estos fueran tan fantásticos como para hablar de megatonnes de T.N.T. Existían otras muchas posibilidades inherentes en sus ecuaciones finales, posibilidades que hasta ese momento el hombre no había explorado.

## Capítulo siete

-Oye, Blackie -dijo Scott desde la puerta del laboratorio de DuQuesne-, ¿Has oído la noticia que han dado desde la KSKMTV? Han hablado de la calle donde vives.

-No. ¿Qué ha sucedido?

-Alguien ha juntado un millón de toneladas de tetril, TNT, ácido pícrico, nitroglicerina y un montón de cosas más en la colina y lo ha activado todo ¡Boom! Todo el barrio de Bankerville, Virginia Occidental (población doscientos habitantes) desaparecido. Ni un superviviente. Ha dicho el locutor que no quedan ni los cascotes. Sólo hay un agujero de cuatro kilómetros de diámetro y de una profundidad que sólo Dios sabe.

-¡Puñetas! -exclamó DuQuesne-. ¿Qué podría estar haciendo alguien allá arriba con una bomba atómica?

-Esa es la parte divertida de la noticia... *no era* una bomba atómica. No se han encontrado señales de radioactividad, ni rastro. Sólo millones, mogollones y bestiallones de toneladas de alto explosivo y nadie parece tener una respuesta. La noticia decía que "Todos los científicos están asombrados". ¿Y tú, Blackie? ¿También estás asombrado?

-Yo también lo estaría. Si me creyera semejante historia.

DuQuesne volvió a su trabajo.

-Vale... No me eches los perros a mí. Te estoy diciendo lo que acaba de contar Fritz Habelmann.

Como DuQuesne no mostraba el menor interés por lo que le acababa de contar, Scott se perdió pasillo abajo.

-El muy imbécil lo ha hecho. Eso le enseñará a no tocar las pelotas más... Espero -murmuró mientras levantaba el auricular del teléfono.

-¿Operadora? Al habla DuQuesne. Llevo toda la tarde esperando una llamada. Le ruego que la desvíe a mi casa, Lincoln seis cuatro seis dos... bien... gracias.

Abandonó el edificio y salió en su coche del aparcamiento. En menos de media hora llegó a su casa, en Park Road, desde la que se observaba una maravillosa vista del parque Rock Creek. En la casa sólo habitaba él aparte de un par de sirvientes de color.

En el momento de más trabajo de la tarde, Chambers penetró precipitadamente en el despacho de Brooking con el rostro blanco y portando un periódico.

-¡Lea esto, Mr. Brooking! -jadeó.

Brooking leyó la noticia y su rostro adquirió un color ceniciento.

-Naturalmente, es cosa nuestra.

-Nuestra -le confirmó con gravedad Chambers.

-¡El muy estúpido! ¿No le advirtió de que trabajara con cantidades muy pequeñas?



-Lo hice. Me dijo que no había de qué preocuparse, que no tenía grandes cantidades, que no tendría a mano en el laboratorio más que un gramo de cobre por cada ensayo.

-¡Me... van... a... matar... por esto! -tomando lentamente el teléfono, Brooking marcó un número y preguntó por el doctor DuQuesne; luego marcó otro número.

-Brookings. Me gustaría verle tan pronto como sea posible... Estaré ahí en una hora... Adiós.

Brooking llegó y fue introducido en el estudio de DuQuesne. Se dieron la mano automáticamente y se sentaron. El científico esperó a que el otro comenzara a hablar.

-Tenía razón, doctor -dijo Brooking-. Nuestro hombre no fue capaz de manejarlo. Tengo aquí unos contratos...

-¿Al veinte y al diez? -DuQuesne sonrió, con una sonrisa fría y vacía de humor.

-Al veinte y al diez. La compañía será generosa pagando sus errores. Aquí están.

DuQuesne echó un somero vistazo a los papeles y los guardó en un bolsillo.

-Esta noche los revisaré junto con mi abogado y mañana le enviaré por correo una copia si me asegura que todo está como es debido. Mientras tanto, perfectamente podríamos comenzar.

-¿Qué me sugiere?

-Primero, la solución. Usted la robó y yo...

-¡No utilice ese lenguaje, doctor!

-¿Por qué no? Voy directamente al grano; al comienzo, al final, y durante toda la mitad. Este asunto es demasiado importante como para andarse con palabras tontas.

¿Lo ha traído con usted?

-Sí. Aquí tiene.

-¿Dónde está el resto?

-Todo lo que pudimos encontrar está aquí, excepto una cantidad equivalente a media cucharilla de café que tenía nuestro experto en su laboratorio. Tampoco utilizamos la totalidad, sólo la mitad. El resto lo diluimos en agua para evitar que se extraviara. Podemos conseguirle el resto más tarde. Podrá producirse cierto alboroto, pero lo asumiremos...

-¡La mitad! No tiene ni la vigésima parte aquí. Seaton poseía casi cuatrocientos mililitros... casi una pinta del elemento. ¿Me pregunto... quién la tendrá... o quién estará haciendo doble juego? -No... no me refiero a usted -continuó mientras Brooking protestaba por su inocencia. -Eso no tendría sentido. Su ladrón regresó sólo con esta cantidad. Podría habernos engañado... no, eso tampoco tiene sentido.

-No. Usted no conoce a Perkins.

-Entonces no tomó la botella principal. Por ese motivo sus métodos me producen dolor de estómago. Cuando yo quiero conseguir algo, lo hago por mis propios métodos. Pero aún no es demasiado tarde. Présteme un par de sus chicos para que me acompañen esta noche.

-¿Y qué van a hacer exactamente?

-Matar a Seaton, abrir la caja fuerte, coger la solución, los planos y las notas. También el dinero que haya... se lo daré a los chicos.

-No, no, doctor. Hacer todo eso a la vez es demasiado. Eso lo permitiría sólo como último recurso.

-Es lo que le dije que hiciera la primera vez. Estoy harto de sutilezas y malabarismos con Seaton y Crane. Seaton ya ha avanzado mucho y Crane jamás ha sido un tonto. Son un equipo difícil de vencer, así que vamos a ir a por todas y nos llevaremos lo que hemos ido a buscar.

-¿Por qué no comenzamos a trabajar con la cantidad de solución que tenemos y vamos después a buscar el resto? Entonces, si Seaton tiene un accidente, podremos demostrar que nosotros descubrimos el material mucho antes que él.

-Porque cualquier trabajo de investigación con ese material es de alto riesgo, como ya se habrá dado cuenta. También, por que podría transcurrir mucho tiempo. ¿Porqué tendríamos que pasar por toda una serie de problemas y gastos cuando ellos ya tienen todo ese trabajo adelantado? La policía podría andar husmeando algunos días, pero ni sabrían ni encontrarían nada. Nadie sospechará nada a excepción de Crane... si sobrevive... y no será capaz de hacer nada.

Como los argumentos se mostraban con absoluta claridad, Brooking estuvo de acuerdo con DuQuesne en la teoría, pero no apoyaría sus métodos, sosteniendo que el apoyaba métodos menos expeditivos y más sutiles. A final, aceptó a regañadientes llamar a Perkins. Le habló acerca de la botella más grande de solución, ordenándole que se hiciera con ella y que la trajera junto con los planos, notas y todo el material que encontrara a mano. Luego, entregándole a DuQuesne un instrumento como el que él mismo llevaba, Brookings se marchó.

Al anoecer del día de la explosión, Seaton subió a la casa de Crane con un mazo de notas en la mano.

-Tengo algo, Mart. La energía que desarrolla es la que intuimos... se acerca al infinito. Y tengo las tres respuestas que buscabas. Primero, la transformación se ha completado. No existen residuos, ni elementos secundarios, ni radiación ni nada parecido. Por tanto, no existe peligro ni son necesarios escudos ni protecciones. Segundo, X actúa sólo como un elemento catalizador y no se consume. Luego sólo hace falta un baño de un grosor infinitesimal. Tercero, la energía es ejercida como una línea recta a lo largo del eje de la figura x, sea lo que sea, enfocada hacia el infinito.

-También he investigado esas dos condiciones inciertas. En una de ellas, se genera una fuerza de atracción enfocada sobre el objeto más cercano en línea con el eje de x. La segunda genera una fuerza de repulsión absoluta.

-Esléndido, Dick -Crane se mantuvo pensativo un minuto o dos-. Creo que son datos suficientes como para continuar adelante. Particularmente me gusta el primer caso dudoso. Podrías denominarlo un objeto-compás. Enfocando el uno sobre la tierra podríamos encontrar nuestro camino de regreso siempre que quisiéramos, sin importar cuán lejos nos halláramos.

-Vaya, eso es cierto... Nunca se me ocurrió algo parecido. Pero para lo que he venido es para comunicarte que hemos construido un modelo con el que nos apañaremos. Tiene más empuje que un estatorreactor, con lo pequeño que es... Por lo menos desarrolla diez G. ¿Quieres verlo en acción?

-Por supuesto.

Mientras se dirigían a campo abierto, Shiro les llamó y regresaron hacia la casa, con la noticia de que Dorothy y su padre acababan de llegar.

-Hola, chicos -Dorothy les sonrió radiante, remarcando sus hoyuelos-. Papá y yo hemos venido para ver qué hacíais... y cómo.

-Habéis venido justo en el momento oportuno -le respondió Crane-. Dick ha construido un modelo e íbamos a probarlo. Venid a echar un vistazo.

En el campo, Seaton se puso a manejar un pesado arnés lleno de gran cantidad de palancas, resortes, cajas y otras piezas. Pulsó el relé que ponía en funcionamiento el "loqueseatron", y entonces movió una corredera sobre un tubo fluorescente que estaba sujeto al arnés por un cable de acero ajustable del que tiraba con ambas manos.

Se produjo un crujido como si se pusiera en tensión un trozo de piel y el científico salió disparado por los aires hasta una altura de cien metros, donde se detuvo y permaneció flotando durante varios segundos. Entonces salió despedido: se movió hacia delante y hacia atrás, hacia arriba y hacia abajo, describiendo zigzags, bucles y círculos y figuras en ocho. Tras unos cuantos minutos de demostración, descendió mientras disminuía la energía, lentamente hasta realizar un aterrizaje perfecto.

-Aquí lo tenéis, oh hermosa damisela y gentiles caballeros... -comenzó a hablar tras realizar una lenta inclinación y un elegante floreo, de repente se escuchó un agudo chasquido y se vio lanzado contra el suelo de costado. Al realizar el floreo, su pulgar había desplazado la corredera una fracción de pulgada y el tubo de energía se había desplazado a un lado de la abrazadera. Ahora se encontraba en un extremo del cable, tirando de su carga con gran velocidad en dirección a una pared de piedra.

Pero Seaton se recuperó en un segundo. Desplazando su cuerpo oblicuamente y trepando a lo largo del tenso cable consiguió invertir la dirección del aparato, por lo que se vio deslizando hacia el grupo y el campo abierto. Dorothy y su padre observaban la escena completamente inmóviles, mientras que Crane se precipitó a toda velocidad hacia el taller.

-¡No toques ese botón! -le gritó Seaton-. ¡Yo solo puedo con este maldito aparato!

Ante tal evidencia de que Seaton podía controlar la situación por completo, Crane rompió a reír aun cuando mantenía un dedo muy cerca del interruptor del "loqueseatron". Dorothy, observando que ya no existía peligro alguno, comenzó a agitarse con una risilla sofocada. La barra se encontraba justo enfrente de él, yendo unas veces hacia la izquierda y otras a la derecha, a una velocidad que le sería imposible alcanzar a hombre alguno y lanzándolo unas veces en una dirección y otras en dirección contraria. Seaton, corriendo locamente como si se tratara de un chico arrastrado por una cometa fuera de control, recorría el terreno a prodigiosos saltos mientras que avanzaba, mano sobre mano, en dirección al tubo. Finalmente consiguió alcanzarlo, lo asió con ambas manos, y una vez más fue lanzado hacia los aires yendo a aterrizar poco después al lado del grupo, que ya estaba retorciéndose de risa.

-Ya os dije que podría ser una prueba poco digna les dijo jadeante, pero riéndose también-. Pero no creo que la cosa quede así.

Dorothy alargó una mano. ¿Estás herido, Dick?

-Ah-ah. Ni un poquito.

-Por un momento me asusté de verdad, pero cuando le dijiste a Martin que podías controlar la situación, me entró un ataque de risa. ¿Qué tal si lo repites y te hago unas fotos a todo color?

-¡Dorothy! -la increpó su padre. ¡Puede que la próxima vez no sea tan divertido!

-No va a haber una próxima vez con este tipo de aparejo -le respondió Seaton-. A partir de aquí nos vamos a dedicar al diseño de una astronave a escala real.

Mientras Seaton y Dorothy se dirigían hacia la mansión, Vaneman se volvió hacia Crane.

-¿Qué planes tenéis para comercializarla? Dick, naturalmente, ni siquiera ha pensado en otra cosa que en su astronave. Igualmente te habrá sucedido a ti.

Crane frunció el ceño. Sí. He tenido a un grupo de diseñadores trabajando durante semanas en el proyecto. Si vendiéramos esta energía en unidades de millones de kilovatios o en fracciones de millones, no estaríamos vendiendo más que el equivalente a una millonésima parte. Sin embargo, cuanto más avanzamos más parece que va a dejar obsoletas a las plantas de energía más poderosas.

-¿Cómo puede ser eso?

-Unidades independientes en lugares lejanos... Pero pasará cierto tiempo hasta que dispongamos de los suficientes datos como para que podamos poner en marcha tal máquina.

La tarde pasó rápidamente. Cuando los invitados estaban a punto de irse, Dorothy preguntó:

-¿Cómo vais a llamarla? La habéis llamado los dos de cuarenta maneras diferentes esta tarde, y no me gustaba ninguna.

-Bueno... astronave, naturalmente -dijo Seaton.

-Oh, no me refiero a su tipo, me refiero a su nombre propio.

Sólo existe un nombre posible para ésta: la *Alondra del Espacio*.

-Muy bien, Dorothy -Le respondió Crane.

-¡Perfecto! -la aplaudió Seaton-. Y tú la vas a bautizar, Dottie, con una botella de litro llena de nada. Yo te bautizo la *Alondra del Espacio*... ¡bang!

Como si recordara algo de repente, Vaneman extrajo un periódico de su bolsillo.

-Ah, sí. Compré el *Clarion* mientras veníamos. Viene la noticia de una explosión extraordinaria... al menos la historia sí es extraordinaria. Puede que no sea cierta, pero sí será interesante para dos científicos como vosotros. Buenas noches.

Seaton acompañó a Dorothy hasta el coche. Cuando regresaban, Crane le pasó el periódico sin decir palabra. Seaton leyó.

-Es el X, sin duda alguna. Ni siquiera un periodista del *Clarion* podría haberse inventado semejante historia. Algún pobre diablo se puso a manejar el elemento sin llevar en el bolsillo mi pata de conejo.

-¡Pero piensa en esto, Dick! Hay algo que no cuadra. Dos personas *no pudieron* descubrir el X al mismo tiempo. Alguien te ha robado la idea, pero la idea no tiene valor alguno sin el metal. ¿De dónde lo han sacado?

-Cierto. El material es extremadamente raro. De hecho, se supone que no existe. Te apuesto hasta el último pavo a que poseemos cada microgramo del que tiene conocimiento la ciencia.

-Vale... de acuerdo -le dijo Crane con su mentalidad práctica-. Pero más vale que nos, aseguremos que aún tenemos toda la cantidad con la que empezamos a trabajar.

La botella con el precipitado parecía estar casi llena y con el precinto intacto; el vial parecía estar exactamente igual que lo había guardado Seaton.

-Parece que está todo aquí -dijo Crane.

-No puede ser -le aseguró Seaton-. Es demasiado extraño... las coincidencia *no pueden* llegar tan lejos... Lo voy a comprobar midiendo las densidades.

Así lo hizo, descubriendo que la solución del vial poseía una densidad menor que la del líquido de la botella.

-Así es, Mart. Alguien ha robado la mitad del contenido del vial. ¿Pero por dónde ha entrado... vaya... crees que...?

-Yo sí. Exactamente eso.

-Y la dificultad entraña en averiguar quién, de entre la docena de sospechosos interesados en el vial, es el que lo tiene.

-Piensa. Han debido de tomar la idea (estoy seguro) de la demostración que quisiste hacer. O, de otra manera, alguien dedujo, por el destrozo que se produjo en tu laboratorio, que la demostración no habría fallado si todos los factores que se dieron en su momento hubieran estado presentes. ¿Quiénes estaban allí?

-Oh, un montón de gente estuvo presente en un momento u otro, pero tu idea final reduce el ámbito a cinco personas: Scott, Smith, Penfield, DuQuesne y Roberts. Hmm... veamos... Si el cerebro de Scott fuera de ciclonita sólida, la detonación ni le habría cascado el cráneo; Smith es un teórico puro; Penfield no se llevaría ni la basura de una papelera sin pedir permiso a alguna autoridad; DuQuesne es... mmm... quiero decir, DuQuesne no es... Vaya, que Du...

-DuQuesne es, por tanto, nuestro sospechoso número uno.

-¡Espera un momento! Yo no he dicho...

-Exacto. Eso hace que él sea el sospechoso número uno. ¿Qué hay del quinto, Roberts?

-No es el tipo de hombre que buscamos. Eso es definitivo. Es un hombre de carrera. Si fuera expulsado del Servicio Gubernamental, todos los relojes de la ciudad se pararían.

Crane levantó el auricular del teléfono y marcó un número.

-Soy Crane. Le ruego que me facilite un informe completo del Dr. Marc C. DuQuesne, del Laboratorio de Tierras Raras, a la mayor brevedad posible... Sí, completo... sin límites... y le ruego que me envíe dos o tres vigilantes ahora mismo. Hombres en los que tenga plena confianza... Gracias.

## Capítulo ocho

Seaton y Crane pasaron la mayor parte del tiempo desarrollando el "objeto-compás". Realizaron varios modelos engastados sobre cardanes colocados en unos soportes a prueba de golpes. Siguiendo escrupulosamente la Teoría Seaton, los instrumentos eran de una extremada sensibilidad; debería estar enfocado sobre un diminuto objeto situado a gran distancia (una cuenta de cristal a cinco mil kilómetros de distancia) con el que formaría una línea recta en menos de un segundo.

Habiendo salvado el problema de navegación, fabricaron una serie de balas "X-plosivas" graduadas, cada una de las cuales tenía su gemela en el calibre 45 estándar. Guardaron sus planos y notas en la caja fuerte, como era habitual, llevándose con ella nada más que aquellos que tenían que ver con el "objeto-compás" y las balas "X-plosivas", ya que aún estaban desarrollando ambos proyectos. Advirtieron a Shiro y a

los tres guardianes para que vigilaran todo cuidadosamente hasta que ambos regresaran. Salieron en el helicóptero para hacer pruebas con la nueva arma en algún lugar en el que las explosiones no pudieran causar daño alguno.

La prueba cubrió por completo las expectativas. La descarga de un Mark One, disparada por Crane sobre un tocón a cien metros del desnudo montículo sobre el que habían aterrizado había levantado por el aire el objeto y lo había convertido en astillas. La fuerza de las explosiones hizo que ambos se tambalearan.

-¡Guau! -exclamó Seaton-. ¿Me pregunto qué efecto produciría un Mark Five?

-Cuidado, Dick. ¿A qué esperas dispararle?

-A aquellas rocas al otro lado del río. El telémetro señala que están a trescientos metros. ¿Te apuestas un pavo a que no las alcanzo?

-¿Al campeón de tiro del distrito? ¡Lo dudo!

La pistola tronó, y cuando la bala alcanzó su destino una de las rocas fue destruida en medio de una enorme bola de... de *algo*. No era exactamente (al menos en su mayor parte) fuego. Tampoco poseía la abrasadora, asesina e insoportable radiación de una bomba atómica. Aparentemente, tampoco parecía mucho más caliente que la esfera primaria de acción de una carga masiva de explosivo de alta potencia. Ni siquiera se asemejaba a nada que el hombre hubiera visto antes.

Sus observaciones se vieron interrumpidas por la llegada de la onda expansiva. Esta les volteó violentamente hacia atrás, derribándolos y pegándolos contra el suelo. Cuando pudieron ponerse de nuevo en pie, ambos observaron en silencio la enorme nube en forma de hongo que se elevaba por el aire hasta alcanzar una distancia asombrosa mientras que se expandía con igual velocidad.

Crane examinó el contador geiger y el espectrómetro, observando que ambos aparatos sólo señalaban niveles de radiación normales. Seaton tomó algunos datos y utilizó su regla de escalas.

-No puedo hacer mucho desde esta distancia, pero medirá probablemente cincuenta metros y aún sigue creciendo. Se... va... a... salir... de la escala.

Ambos permanecieron durante unos minutos en silencio, apabullados por las increíbles fuerzas que acababan de desatar. Entonces Seaton soltó el eufemismo de su larga vida.

-No creo que dispare jamás un Mark Ten por estos lugares.

-¿Aún no han conseguido nada? -preguntó Brookings.

-No puedo conseguirlo, Mr. Brookings -le respondió Perkins. Es difícil llegar a un acuerdo con los hombres de Prescott.

-Lo sé, pero es *muy probable* que pueda llegar a un acuerdo con alguno.

-Pero no al diez, que fue el límite que usted puso. Veinticinco o no hay trato.

Brookings comenzó a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

-Bien... si tenemos que llegar hasta ahí... -y escribió una nota para el cajero por valor de veinticinco mil dólares en billetes pequeños-. Le veré en el café, mañana a las cuatro en punto.

El lugar al que se refería era el Perkins Café, un restaurante de la avenida de Pennsylvania. Era el lugar preferido de diplomáticos, políticos, financieros y miembros de la élite de Washington para comer, y ninguno de ellos sospechaban ni remotamente

que el lugar había sido diseñado y pertenecía a la World Steel Corporation que lo utilizaba como centro y eje de sus nefastas actividades a todo lo largo del planeta.

A las cuatro de la tarde del día siguiente, Brookings fue conducido hasta la oficina privada de Perkins.

-Maldita sea, Perkins ¿No puede hacer nada bien? –le reconvino.

-No podía hacerse nada -le respondió Perkins mansamente-. Todo estaba medido al segundo, pero el japo se olió algo y nos hizo saltar por encima de la valla. Yo me las apañé para salir bien parado, pero a Tony lo dejaron frío. Pero no se preocupe... He enviado a Silk Humphrey y a un par de chicos para que se hagan cargo del hombre. Les dije que se presentaran a las cuatro y diez. Falta poco.

No había pasado ni un minuto cuando zumbó el intercomunicador de Perkins.

-Es el detective, no Silk -dijo una voz muy, muy tenue.

-Está muerto, al igual que los dos matones. Ese japo parece una máquina de matar bien engrasada. Se deshizo de los tres. ¿Puedo hacer algo más por usted?

-No. Su trabajo ha terminado -Perkins cortó la comunicación, fundiendo el intercomunicador en una masa de metal mientras Brookings llamaba a DuQuesne.

-¿Puede venir a mi oficina o le están siguiendo?

-Sí a ambas cosas. Seguido por proa y por popa; con los hombres de Prescott delante, detrás, a los lados y hasta subidos en los árboles. Voy enseguida.

-¡Espere...!

-Relájese. ¿Cree que pueden seguirme a mí? Sé más sobre el espionaje y el seguimiento (y el contraespionaje) que Prescott y sus sabuesos sabrán jamás.

En la oficina de Brookings, DuQuesne habló largamente, y con saturnina diversión, a cerca de los apaños que había hecho para desinformar a los investigadores. Luego escuchó cómo Brookings desgranaba su recital de fracasos.

Cuando aquel terminó, dijo:

-Sabía que fracasarían, así que hice mis propios planes. Ahora bien, quiero que algo quede de una claridad meridiana. A partir de ahora, yo doy las órdenes. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

-Consígame un helicóptero exactamente igual al de Crane.

Búsqueme un yonqui que mida dos metros y pese doscientos kilos. Manténgalo sobrio durante tres horas. Consígame ambos para dentro de un par de horas.

-Cuenta con ello.

DuQuesne regreso al cabo de las dos horas, al igual que el aparato y el hombre inconsciente. Ambos cumplían exactamente con los requisitos especificados. Despegó, se elevó suavemente y describió una amplia curva de oeste a norte.

Shiro y los dos vigilantes, al oír el ruido de los motores, levantaron la vista y vieron aproximarse lo que creían que era el aparato de Crane descendiendo verticalmente. Con gran lentitud, el helicóptero se aproximó a ellos. Un hombre, reconocible como Seaton por sus ropas y su figura, se puso en pie, gritó algo con voz ronca, señaló a la figura más delgada y aún irreconocible, llamó por señas con ambas manos y se desplomó en el suelo completamente inerte.

Los tres hombres se precipitaron en su ayuda.

Se escucharon tres estampidos sordos y tres hombres cayeron al suelo.

DuQuesne descendió con agilidad del helicóptero y palpó los tres cuerpos. Los dos vigilantes estaban muertos, pero Shiro, para su disgusto, mostraba débiles señales de vida. Pero demasiado débiles... no viviría mucho.

Se puso unos guantes, se dirigió a la casa, voló la caja fuerte y la desvalijó. Encontró el vial con la solución, pero no pudo hallar por lado alguno la botella ni pistas que indicaran su localización. Luego recorrió la casa desde el ático hasta el sótano. Encontró la bóveda, cuidadosamente oculta a pesar de su puerta de acero; no pudo hacer nada para abrirla. Decidió que tampoco había necesidad alguna mientras la miraba fijamente, con el rostro inmutable a excepción de un leve fruncimiento de los ojos que delataba una gran concentración. La mayor parte de la solución se encontraría en la que probablemente sería la más segura, profunda y segura bóveda del país.

Regresó al helicóptero. Poco después estaba de regreso en su despacho, inclinado sobre planos y notas.

De regreso al anochecer, Crane y Seaton comenzaron a preocuparse al ver que las luces de aterrizaje no estaban encendidas. Tuvieron que tomar tierra a oscuras y se dirigieron a toda prisa a la casa. Escucharon un débil gemido y volvieron sobre sus pasos, mientras Seaton sostenía con una mano una linterna y con la otra su pistola automática. Rápidamente guardó la pistola y se reclinó sobre Shiro, tras comprobar con premura que los otros dos cuerpos estaban más allá de cualquier ayuda. Levantaron a Shiro y lo transportaron hasta su propia habitación. Mientras Seaton le aplicaba los primeros auxilios a la horrible herida que Shiro tenía en la cabeza, Crane llamó a un médico, al forense, a la policía y finalmente a Prescott, con el que mantuvo una larga conversación.

Habiendo hecho todo lo posible por el herido, permanecieron junto a su cama, mascando una ira que crecía en medio del silencio. Seaton permanecía con todos los músculos tensos. Su mano derecha, blanca por la fuerza con que apretaba, estaba cerrada en torno a la culata de su pistola, mientras que, bajo la presión de su mano izquierda, el cabecero de latón de la cama comenzaba a combarse. Crane permanecía impassible, pero tenía el rostro blanco y toda su figura parecía tallada en mármol. Seaton fue el primero en hablar.

-Mart -masculló, jadeante por la furia-. Un hombre que abandona a otro agonizando de esta manera no es un hombre... es un ser inhumano. Le dispararé con la carga más poderosa que poseamos... No, no voy hacer eso, lo voy a descuartizar con las manos desnudas.

-Lo encontraremos, Dick -el tono de voz de Crane era bajo, átono, mortal-. Esta es una de las cosas que puede hacer el dinero.

La tensión cedió ante la llegada del médico y las enfermeras, que comenzaron a trabajar con la indiferencia y la precisión propias de su especialidad. Tras un tiempo el médico se dirigió a Crane.

-No ha sido más que un desgarró del pericráneo, Mr. Crane.

Estará de pie en unos días.

La policía, Prescott y el forense llegaron en ese orden. Todo fue puesto boca arriba, revisado centímetro a centímetro e investigado minuciosamente. Y algunos de los esfuerzos dieron sus frutos. Existían muchas pistas y algunas deducciones eran lógicas.

Y Crane ofreció una recompensa de un millón de dólares limpios por cualquier información que condujera al arresto y el encarcelamiento del asesino.



## Capítulo nueve

Tras una noche en vela, Prescott se unió a Crane y Seaton para desayunar.

-¿Qué avances han hecho?" Le preguntó Crane.

-Muy pocos de momento. Quien quiera que lo hizo, conocía con exactitud cada uno de los movimientos de usted.

-Vale. Y ya sabe lo que *esto* significa. El tercer vigilante. El que escapó.

-Sí. La cara del gran detective se torció. Nos va a costar más de un esfuerzo demostrar algo contra él.

-Segundo. Era de su altura y peso, Seaton; se parecía lo suficiente a usted como para engañar a Shiro y hacer que se aproximara lo suficiente.

-DuQuesne. Por todo el té de China, ése era DuQuesne.

-Tercero, es un reventador de cajas experto, y ese detalle deja a DuQuesne fuera de juego. Debería ser un experto en este terreno como usted lo es en el suyo, porque hizo un trabajo estupendo con la caja... verdaderamente bueno.

-Aún así, sigo en mis trece. -Insistió Seaton-. No olvide que DuQuesne es una enciclopedia viviente y mucho más inteligente que cualquier ratero de tres al cuarto. Bastaría con que escuchara la lección de un reventador durante quince minutos para superarlo a continuación; y tiene los redaños suficientes como para enfrentarse a puñetazo limpio con un regimiento.

-Cuarto. *No podría* haber sido DuQuesne. Mis hombres lo han estado vigilando continuamente. Sé exactamente donde ha estado cada minuto del día.

-Eso cree usted. -Le corrigió Seaton-. Sabe más de electrónica y electricidad que el mismísimo tío que la inventó. Le voy a hacer una pregunta: ¿Tiene a un hombre dentro de su casa?

-Bueno... no exactamente... pero no lo considero necesario en este momento.

-Pues en este caso podría serlo. Pero no lo intente. A menos que me equivoque de medio a medio, le resultará imposible.

-Eso me temo. Le dio la razón Prescott. Pero me quiere conducir a algún lado, Seaton. ¿De qué se trata?

-De esto. Seaton colocó el objeto-compás sobre la mesa. Le coloqué esto la otra noche, y no abandonó su casa en toda la noche... cosa que puede significar algo o nada. El extremo de esa aguja le estará señalando a partir de ahora, vaya a donde vaya y se interponga por medio lo que se interponga, y por lo que sé (y admito humildemente que se del tema todo lo que se puede saber) no puede interferirse. Si *de verdad* quiere saber dónde se encuentra DuQuesne, coja este aparatito y obsérvelo. Naturalmente, es alto secreto.

-Naturalmente. Me encantará... ¿Pero cómo demonios funciona un aparato como éste?

Tras una breve explicación que dejó al detective, un hombre lleno de sentido común, aún más sumido en las tinieblas, Prescott se fue.

Esa misma noche, se reunió con sus hombres frente a la casa de DuQuesne. Todo estaba tranquilo. El científico estaba en su estudio: los altavoces registraban los ruidos habituales que producía un hombre trabajando. Pero después de un rato, y mientras un

altavoz emitía ruido de papeles moviéndose, la aguja comenzó a moverse lentamente... hacia la planta baja. Simultáneamente, una sombra de perfil inequívoco se proyectó sobre una ventana mientras que, en apariencia, cruzaba la habitación.

-¿Puede oírlo moverse? Preguntó Prescott.

-No. Hay alfombras muy espesas... y para ser un hombre de su tamaño se mueve con mucha agilidad.

Prescott observó asombrado la aguja mientras ésta bajaba más y más en su escala; cada vez más abajo y tras él, ¡como si DuQuesne se encontrara en esos momentos bajo él! En ese momento no sabía que creer, aún así siguió el camino que marcaba la aguja. Le condujo a Park Road, colina abajo hasta el largo puente que formaba una entrada a Rock Creek Park. Prescott abandonó la carretera y se ocultó tras un macizo de arbustos.

El puente tembló bajo el paso de un veloz coche que rebajó su marcha bruscamente. DuQuesne, portando un rollo de papeles, comenzó a trepar por el armazón del puente y se subió al vehículo, que reanudó su marcha. Este era de un modelo y color populares, y tenía las matrículas tan sucias que no podía verse ni el color. En ese momento, la aguja señalaba hacia el lejano coche.

Prescott regresó a donde se encontraban sus hombres.

-Coja su coche," le dijo a uno de ellos. Ya le diré sobre la marcha a dónde nos dirigimos.

En el automóvil, Prescott fue dando instrucciones a medida que echaba breves miradas al compás que llevaba en la mano. El destino del viaje resultó ser la casa de Brookings, el director general de World Steel. Prescott le dijo a su hombre que aparcara en cualquier lugar y se mantuviera a la espera; el mismo se acomodó en su asiento para observar atentamente.

Tras cuatro horas un coche pequeño con matrícula de un estado lejano (y que más tarde se descubrió era desconocido para las autoridades locales) aparcó frente a la casa, y los vigilantes observaron que DuQuesne, ya sin los papeles, se subía en él. Sabiendo ya a qué atenerse, los detectives se dirigieron a toda velocidad al puente de Park Road y se ocultaron.

El coche llegó al puente y se detuvo sobre el mismo. DuQuesne descendió de su interior (era difícil reconocerlo con aquella oscuridad, pero la aguja señalaba directamente hacia él) y, medio caminando, medio deslizándose, bajó hasta el embarcadero. Allí permaneció, una sombra recortada en negro sobre el gris de los contrafuertes. Alzó una mano sobre la cabeza, una rectángulo negro rodeó la figura, y una vez más el contrafuerte se convirtió en una masa gris sólida.

Con la ayuda de su linterna, Prescott buscó la más imperceptible grieta que delatara una puerta oculta, y así pudo encontrar el resorte que había hecho funcionar DuQuesne. Sin embargo, no lo presionó, si no que regresó a su casa para descansar unas horas antes de presentarse ante Crane.

Ambos hombres se encontraban vigilando cuando apareció. Shiro, con la cabeza vendada, había insistido en que era perfectamente capaz de trabajar, y despidió ceremoniosamente al hombre que había contratado para que lo sustituyera en la cocina.

-Bueno, caballeros, su compás funcionó adecuadamente, y Prescott les dio una detallada explicación de lo sucedido.

-Me gustaría golpearlo con una porra hasta la muerte, -dijo Seaton salvajemente-. La silla eléctrica es demasiado poca cosa para él.

-Ahora mismo no corre ningún peligro de que lo puedan sentar en la silla, -le dijo Crane con una extraña expresión en la cara.

-¿Cómo? ¡Sabemos que lo hizo él! ¿Verdad que podemos demostrarlo?

-Saberlo y presentarlo en condiciones ante un jurado son dos gatos de diferente raza. No tenemos ni una mala evidencia. Si pidiéramos un juicio, nos echarían del juzgado a carrajada limpia. ¿Vale, Mr. Crane?

-Vale.

-Ya he investigado antes a la Steel. Hacen casi la mitad de mi facturación, y también marcan el noventa y nueve por ciento de mis fracasos. Y lo mismo puede aplicarse a las demás agencias de la ciudad. La poli los ha estado vigilando una y otra vez con casi cualquier motivo, y no ha conseguido nada. Lo mismo le ha pasado al F.B.I. Todo lo que hemos podido conseguir ha sido un pez pequeñito.

-¿Entonces, opina que no hay nada que hacer?

-No exactamente. Seguiré trabajando por mi cuenta. Tengo una deuda que cobrarme por mis hombres asesinados, y tengo que devolverles algunos favores que me hicieron en el pasado. Pero no creo que debamos mantener falsas esperanzas.

-Un chico optimista ¿eh? -Dijo Seaton mientras Prescott se alejaba.

-Tiene motivos para serlo, Dick. El informe dice que asesinan, incendian y hacen lo que sea necesario para conseguir sus propósitos. Pero aún no los han cogido.

-Bueno, sabiendo ahora lo que sabemos, lo tenemos claro. No van a poder hacerse con el monopolio...

-¿No? Has dado en el clavo. Si ambos muriéramos... digamos que accidentalmente ¿qué pasaría?

-No podrían hacer eso, Mart; eres demasiado importante. Yo soy un don nadie, pero tú eres M. Reynolds Crane.

-Eso no sirve de nada, Dick, de nada. Los aviones se siguen estrellando, y de vez en cuando le pasa lo mismo a algún helicóptero. Lo que es peor, ¿no se te ha ocurrido encargarle a la World Steel la confección de la estructura y el esqueleto de la Alondra del Espacio, verdad?

-¡Infiernos... mentirosos... liantes! Exclamó Seaton absolutamente abatido. ¿Y qué podemos hacer, si aún podemos hacer algo?

-Muy poco, hasta que nos llegue el cargamento, aparte de buscar alguna fuente de suministros independiente.

DuQuesne y Brookings se encontraron en el Perkins Café.

-¿Qué opinan sus ingenieros independientes a cerca de la planta de energía?

-Los informes han sido muy favorables, doctor. El elemento ha resultado ser de la naturaleza que usted dijo. Pero hasta que consigamos el resto de la solución... Por cierto ¿qué tal progresa esa investigación para obtener más X?

-Exactamente de la misma manera que le dije que progresaría... cero absoluto. El elemento X *no puede* existir de manera natural en ningún planeta en el que exista la más mínima cantidad de cobre. Ya fuera el cobre, o el planeta entero, uno de los dos dejaría de existir. El elemento X de Seaton fue algo accidental. Se encontraba formando

parte de un lote de platino, y probablemente ése sea todo el X que exista. A pesar de todo, mis muchachos siguen investigando. Por si acaso.

-Bueno. Algún día, y de alguna manera, tendremos que hacer algo con Seaton. ¿Ya ha decidido cómo hacerlo?

-No. Esa solución se encuentra encerrada en la caja fuerte más segura del mundo, probablemente estará a nombre de Crane, y las llaves de acceso deben estar encerradas en otra caja, cuya llave debe estar en otra, y así *ad infinitum*. Debemos hacer que nos la traiga él mismo y voluntariamente. No resultaría difícil doblegar a Seaton ¿Pero se le ocurre algo en el mundo que pueda hacerle doblar las rodillas a M. Reynolds?

-No, no se me ocurre nada... no. Pero usted dijo en cierta ocasión que usted está especializado en la acción directa. ¿Qué tal si habláramos con Perkins...? No, ya nos ha fallado tres veces.

-Sí, hágalo venir. Falla a la hora de plantear las acciones, pero no en planearlas. A mí no me sucede eso.

Perkins fue convocado, y estudió el problema durante varios minutos. Finalmente, dijo:

-Sólo existe una manera. Necesitaremos un punto débil...

-¡No sea estúpido! -Le cortó DuQuesne-. A esos hombres no puede doblegarlos con ningún punto débil... ¡No tienen ninguno!

-Me ha entendido mal, doctor. Se puede doblegar a cualquier hombre que camine sobre la tierra, si sabe lo suficiente sobre él. Y no necesariamente sobre su pasado; el presente o el futuro siempre son más efectivos. Dinero... poder... posición... fama... mujeres... ¿Ha considerado a las mujeres en el caso que nos ocupa?

-Mujeres ¡bah! -bufó DuQuesne-. A Crane lo han perseguido durante tanto tiempo que está inmunizado contra las mujeres, y Seaton es peor aún. Está prometido con Dorothy Vaneman, lo que le ha vuelto ciego a cualquier otra mujer.

-Mejor que mejor. He ahí su punto débil perfecto, caballeros; no sólo es la llave a la solución, si no a cualquier otra cosa que deseen una vez que Seaton y Crane hayan sido puestos fuera de circulación.

Brookings y DuQuesne se miraron llenos de perplejidad. Entonces, DuQuesne le dijo:

-De acuerdo, Perkins, después de esta sorpresa comienzo a confiar plenamente en su capacidad. Háganos un resumen.

-Construyan una nave espacial a partir de los planos de Seaton y metan a la chica dentro. Háganla desaparecer (naturalmente, deberá haber testigos que sean capaces de jurar que estaba dentro de la nave y que ésta salió despedida de la Tierra). Una vez que la nave se pierda de vista, lleven a la chica a un lugar seguro; no sé... quizá con la nena de Spencer, y luego comuníquenle a Seaton y a Crane que su chica está en Marte y que se quedará allí hasta que se pudra si no se avienen a negociar. Ellos aceptarán y no se les ocurrirá por nada del mundo el ir a la poli con semejante historia. ¿Ven algún fallo por algún sitio?

-Ninguno por el momento... Brookings comenzó a tamborilear pensativo sobre el escritorio. ¿Sucedería algo si nos persiguieran en su propia nave... en las condiciones en que se va a encontrar?

-Nada, -afirmó DuQuesne-. Sería aún mejor... desaparecerían, y en medio de un accidente que explicaría todo de una manera que a nadie se le ocurriría hacer una investigación post-mortem.

-Cierto. ¿Quién va a pilotar la nave?  
-Yo, -le respondió DuQuesne-. Sin embargo, necesitaré ayuda. Un hombre para el círculo interior. Usted o Perkins. Perkins, mejor.  
-¿Es seguro? -Le preguntó Perkins-.  
-Absolutamente. Ha cumplido todas las expectativas.  
-Entonces le acompañaré. ¿Eso es todo?  
-No, -le respondió Brookings-. Ha mencionado a Spencer. ¿Aún no se ha conseguido el material de esa basura?  
-No. Es terca como una mula.  
-El tiempo se nos acaba. Dale un paseo y no vuelvas con ella. Ya conseguiremos el material de otra forma.  
Perkins abandonó la habitación; tras una larga discusión sobre los detalles, DuQuesne y Brookings abandonaron el restaurante, cada uno por un camino diferente.

## Capítulo diez

El enorme esqueleto que debería dar forma a la *Alondra del Espacio* llegó y fue depositado en la sala de pruebas, donde los rayos X descubrieron fisuras en algunas partes. Seaton, tras señalar cuidadosamente sobre los planos ortométricos las imperfecciones, se dedicó durante una hora a hacer cálculos con los calibres y las reglas deslizantes.

-Es lo suficientemente maciza como para aguantar las planchas y los motores, y quizá aguantara también... quizá un G de aceleración dentro de la atmósfera. Pero cualquier impulso brusco de los motores o cualquier giro brusco y ¡Pop! Explotaría como una burbuja de jabón. ¿Quieres repasar mis cálculos?

-No. -Frente a la expresión de asombro de Seaton, Crane siguió hablando-. He estado pensando en esta posibilidad durante mucho tiempo. Si rechazamos este esqueleto, intentarán matarnos (sin demora) de cualquier otra manera; y puede que en el siguiente intento triunfen. Por otro lado, si seguimos adelante y utilizamos el esqueleto sin levantar sospechas, nos dejarán tranquilos hasta que la *Alondra del Espacio* haya sido finalizada. Esto nos va a dar varios meses de tiempo, tranquilo y sin sobresaltos. Un tiempo muy caro, te lo garantizo; pero merecerá la pena cada dólar invertido.

-Puede que sí. Como socio capitalista, a ti te toca juzgar esa parte. ¡Pero así no vamos a poder elevamos ni medio metro, Mart!

-No, pero mientras trabajemos con este esqueleto como si no sospecháramos nada, podremos construir otro, cuatro veces más grande, en completo secreto.

-¡Mart! ¡Dices cosas sin sentido! ¿Cómo crees que vamos a mantener en secreto la fabricación de semejante estructura a espaldas de Steel?

-Puede hacerse. Tengo un amigo que posee una fundición de acero... relativamente insignificante, que aún no ha sido ni comprado ni eliminado por la Steel. Le he echado una mano de vez en cuando, y me ha asegurado que estaría encantado de cooperar. No podremos permitirnos el lujo de vigilar los avances en su fabricación, lo que significa un obstáculo. Sin embargo, podemos hacer que MacDougall lo haga por nosotros.

-¿MacDougall? ¿El hombre que construyó el Intercontinental? ¡No se molestaría por un trabajo como éste no de broma!

-Al contrario, está deseando hacerlo. Ya sabes que significa la construcción de la primera nave espacial.

-Creo que es demasiado importante como para desaparecer así como así. ¿No le seguirá los pasos la Steel?

-Antes no lo hicieron, cuando él y yo estuvimos lejos de la civilización durante tres o cuatro meses.

-Vale, pero eso nos va a costar más que todo nuestro capital.

-No me hables de dinero, Dick. Tu contribución a la empresa vale más que todo lo que poseo.

-Vale. Si quieres hacerlo de esa manera, a mí me parece de perlas... y no se me ocurren más objeciones. Cuatro veces más grande... ¡Madre mía!... ¡Una varilla de cien kilos!... ¡La leche! ¿Y por qué no construimos un tractor... algo parecido al objeto-compás, pero que en lugar de tener una aguja tenga una barra de cinco kilos, para que en el caso de que algo nos persiga por el espacio nos percatemos a tiempo y podamos darle un buen meneo... o hacer que los cañones disparen Marks Uno y Diez a través de las juntas de presión de las paredes? Personalmente no me apetece la perspectiva de salir corriendo de una manada de monstruosidades extraterrestres semiinteligentes sencillamente porque no poseo nada de mayor calibre que un rifle para dispararles.

-Todo lo que tienes que hacer es diseñarlo, Dick; y no creo que te resulte muy complicado. Pero, hablando de emergencias, la planta de energía debería poseer un factor de seguridad verdaderamente grande. ¿Digamos que seiscientos kilos y todas las piezas por duplicado, desde las barras de energía hasta los pulsadores?

-Lo compraré todo.

Pronto comenzaron los trabajos de construcción de la enorme nave en la planta de acero independiente, por hombres que llevaban trabajando en el terreno durante años y bajo la supervisión directa de MacDougall. Mientras se construía aquella, Seaton y Crane continuaron trabajando en la nave original. Sin embargo, prácticamente todo su tiempo lo invirtieron en perfeccionar los elementos esenciales que compondrían la verdadera *Alondra del Espacio*.

De este modo, para los elementos corruptos que estaban atareados en la nave original se estaban montando elementos imperfectos sobre un esqueleto lleno de fallos. Ni tan siquiera una inspección rutinaria podría haber descubierto este sabotaje, ya que la construcción estaba siendo llevada a cabo por expertos... controlados por Perkins. Para afinar más el engaño, la Steel desconocía que la gran cantidad de sofisticados instrumentos que estaban instalando Seaton y Crane no eran exactamente el tipo de instrumentos que deberían ser.

En su debido momento "El Cascajo" (un apelativo que Seaton pronto acertó a "Cas") fue finalizado. El capataz escuchó una conversación entre Crane y Seaton en la que se habló de la decisión de no comenzar las pruebas hasta pasadas un par de semanas, ya que primero debían finalizar algún tipo de libro con cartas de navegación. Prescott les comunicó que la Steel todavía andaba cruzada de manos esperando el primer vuelo. MacDougall les comunicó que la *Alondra del Espacio* estaba lista. Crane y Seaton

realizaron un viaje en helicóptero a algún sitio con el objeto de realizar algunas pruebas definitivas.

Una cuantas noches más tarde, una inmensa esfera aterrizó sobre los campos de Crane. Se movía con ligereza, grácilmente, demostrando sus miles de toneladas de peso por el enorme cráter que dejó sobre el destrozado suelo. Seaton y Crane salieron de su interior.

Dorothy y su padre estaban esperando. Seaton la alzó del suelo y la besó apasionadamente. Luego, con una sonrisa de absoluto triunfo en la cara, le tendió una mano de Vaneman.

-¡Vuela!" ¡Y cómo vuela! ¡Hemos rodeado la Luna!

-¿Qué?" -Gritó Dorothy.- ¿Sin tan siquiera consultármelo? ¡Si lo hubiera sabido me habría puesto verde como un guisante de pura preocupación!

-Precisamente por eso, -le respondió Seaton.- Así no tendrás que preocuparte la próxima vez que despeguemos.

-Pero me preocuparé igualmente, -protestó, aunque Seaton estaba atendiendo a Vaneman.- ¿... habéis tardado?

-No ha llegado a una hora. Y podríamos haberlo hecho en mucho menos tiempo.

La voz de Crane demostraba gran calma, así como su rostro; pero para aquellos que lo conocían bien, cada gesto suyo demostraba una gran emoción.

Ambos científicos se sentían en la cima, arrastrados por un éxito que ninguno de los dos hubiera sido capaz de prever, por el triunfo que habían alcanzado tras un durísimo trabajo.

Shiro rompió la tensión al inclinarse de una manera que casi le hizo rozar el suelo con la frente.

-Dama y caballeros, me veo obligado a romper este extremo sentimiento que están disfrutando. Si me lo permiten, me sentiría muy honrado en prepararles un lujoso banquete.

Una vez recibida la autorización, trotó de vuelta a la mansión y los descubridores invitaron a sus visitantes a inspeccionar su nueva nave.

Aunque Dorothy ya sabía que esperar, gracias a los planos, los dibujos y su propio conocimiento de "El Cascajo", se le cortó la respiración en el momento en que vio el iluminado interior del enorme explorador espacial.

Se trataba de una esfera hueca de acero endurecido de gran grosor, de aproximadamente ciento veinte metros de diámetro. Su verdadera forma no podía precisarse desde el interior, ya que estaba dividida en niveles y compartimentos por medio de paneles y muros. En su centro se encontraba una estructura esférica compuesta por vigas y travesaños. En su interior se encontraba un instrumento similar, lleno de marcas y parecido a un compás de navegación que era capaz de rotar en cualquier dirección. La esfera interior estaba repleta de maquinaria que rodeada un brillante cilindro de cobre.

Seis enormes columnas formando radios seccionaban la totalidad del interior de la nave. El suelo estaba confeccionado de algún material de gran resistencia y tenía una apariencia mullida, al igual que la docena de asientos repartidos por varios lugares. En la sala se habían construido dos cuadros de mando de brillante plástico, cristal y metal sobre los que brillaban una miríada de luces.

Los dos Vaneman comenzaron a realizar preguntas a la vez y Seaton les mostró las principales características de la nueva nave. Crane los acompañaba en silencio, haciendo visible su placer y su orgullo por aquella increíble nave estelar.

Seaton hizo hincapié en el enorme tamaño y fuerza de una de las columnas de carga lateral, y posteriormente les condujo hacia la columna vertical que atravesaba el suelo. Tan grande como era el soporte lateral, parecía insignificante al lado de aquella monstruosidad de acero. Seaton les explicó que las dos columnas verticales debían ser más fuertes que las cuatro laterales ya que el centro gravitacional de la nave había sido situado justo bajo su centro geométrico, con el objetivo de que el movimiento subjetivo del vehículo fuera siempre hacia arriba. Posando una mano sobre la enorme estructura, les explicó exultante que significaba el último avance en resistencia de materiales, y que estaba fabricada de la aleación de acero más dura, resistente a la tensión e ignífuga conocida.

-¿Pero porqué había que llegar a estos extremos? -Le preguntó el abogado.- Parece tan resistente que podría soportar el peso de un puente.

-Así tenía que ser. Lo diseñamos así por si en alguna ocasión tenemos que utilizar plena potencia. ¿Tiene una idea de las velocidades que puede alcanzar esta nave?

-He oído algo de que se puede aproximar a la velocidad de la luz, pero eso es un poco exagerado ¿Verdad?

-En absoluto. Si no fuera por Einstein y su famosa teoría de la relatividad, podríamos desarrollar una aceleración que doblaría la velocidad de la luz. Como no puede ser así, vamos a experimentar hasta qué punto podemos aproximarnos... y créame si le digo que vamos a andar muy cerca. Evidentemente, me refiero al espacio exterior. Dentro de la atmósfera nos vemos limitados a triplicar o cuadruplicar la velocidad del sonido, naturalmente manteniendo en los límites normales los refrigeradores y los disipadores de calor.

-Pero, por lo que he oído acerca de los reactores, resistir diez gravedades durante diez minutos puede resultar mortal.

-Correcto. Pero los suelos de la nave están fabricados de un material especial, y los asientos de uno aún más especial. Ese fue uno de los trabajos más complicados; el diseñar superficies que pudieran mantener seguro a un hombre contra fuerzas que de ordinario los aplastarían hasta convertirlo en una hoja de papel.

-Entiendo. ¿Cómo se gobierna la nave? ¿Y qué planos de referencia utilizan para manejarla? ¿O sencillamente piensan apuntar hacia Marte, Venus o Neptuno o Aldebarán, si llegara el caso?

-Eso no sería muy acertado. Durante un tiempo pensamos hacerlo así, pero a Mart finalmente no le gustó la idea. La planta de energía es un elemento totalmente independiente del resto de la nave, situada en el centro de una esfera interior, alrededor de la cual la esfera exterior y la nave pueden rotar libremente. Incluso si la nave gira sobre su eje horizontal o cabecea, el compás seguiría apuntando hacia su destino. Esas seis grandes columnas contienen giróscopos que se ocupan de mantener permanentemente a la esfera en la misma posición.

-¿Con relación a...? -Le preguntó Vaneman.- Parece que se ha movido desde que estamos aquí... Sí, si la observa detenidamente, puede apreciar que se mueve.

-Naturalmente. Ummm... Nunca lo observé desde ése ángulo... lo que sucede es que su orientación no se ve afectada por la posición de la nave o de la planta de energía. Pero si quiere que sea más puntilloso, fue sólidamente orientada hacia las tres



dimensiones en la planta de tratamiento de acero en el momento en que MacDougall montó los giróscopos con una velocidad de rotación dada. Aunque tal extremo no signifique nada en este momento, les puedo decir que aproximadamente está apuntando hacia cinco estrellas en concreto. O, por decirlo de otra manera, a efectos de la masa de la galaxia, como un todo..."

-Por favor, Dick, -le interrumpió Dorothy,- ya he tenido suficiente jerga técnica. Muéstranos las cosas importantes... la cocina, los dormitorios, los baños...

Seaton así lo hizo, explicándoles detalladamente algunas de las diferencias más importantes entre la vida cotidiana en la Tierra y en una nave en la que las comodidades serían escasas una vez que se encontraran en el espacio exterior; sin luz, aire ni calor.

-Oh, pues estoy deseando salir contigo, Dick. ¿Cuándo me llevarás afuera?

-Pronto, Dottie. En cuanto estemos seguros de que no queda ningún cabo suelto. Tú serás la primera pasajera, así que espero que me ayudes.

-¿Lo habéis previsto todo? ¿Qué pasa con el aire y el agua? ¿Cómo mantendréis el frío o el calor, en caso necesario? -Vaneman le hizo estas preguntas como si estuviera examinando a un alumno.- ¿No, perdóname, ya has mencionado los calentadores y los disipadores de calor.

-Los pilotos tienen una vista exterior, de la totalidad de la esfera, a partir de unos instrumentos especiales, parecidos a periscopios pero muy diferentes... electrónicos. Los pasajeros pueden observar el exterior descubriendo las ventanas... están fabricadas de cuarzo refundido. Llevamos oxígeno, aire, nitrógeno, helio y argón en depósitos, aunque no necesitaremos utilizar mucho los de aire gracias a los purificadores y a las unidades de recuperación. También tenemos a bordo, para los casos de emergencia, aparatos generadores de oxígeno.

-Llevamos agua suficiente para tres meses... o para un tiempo indefinido si fuera necesario, ya que podemos recuperarla como si fuera H<sup>2</sup>O químicamente pura. ¿Algo más?

-Mejor será que te rindas, papá, -le dijo Dorothy riendo.- ¡En lo que a mí respecta, es perfectamente segura!

-Así parece. Pero mejor será que dejemos todo esto para mañana por la mañana, y será mejor que nos vayamos a casa para que todos podamos dormir.

-Vale, y que conste que he sido yo la que le ha estado pidiendo a Dick que se fuera todos los días a la cama a las once. Voy a empolvarme la nariz... pero volveré.

Vaneman, una vez que Dorothy se hubo marchado, le dijo a Seaton:

-Han mencionado muy de pasada "ciertos cabos sueltos..."

-Y usted ni los ha mencionado," contraatacó Seaton.

-Naturalmente que no, -le respondió señalando con la cabeza la dirección que había tomado su hija.- ¿Cómo va *de verdad* la cosa, chicos?

-Maravillosamente, de verdad que... Comenzó a dar explicaciones Dick.

-Dímelo tú, Martin.

-Por lo general, bastante bien. Naturalmente que hemos hecho un vuelo muy corto, pero no encontramos ninguna anomalía en los motores o en los controles; estamos completamente seguros de que no hará ninguna falta una sola rectificación. El sistema óptico necesita algunos ajustes; los tractores y repelentes no están tan ajustados ni son tan exactos como debieran. Las armas funcionan a la perfección. Los purificadores de aire no eliminan la totalidad de los olores, pero el aire, una vez purificado, es

perfectamente consumible y psicológicamente adecuado. Los sistemas de recuperación de agua no funcionan en absoluto... lo que devuelven son aguas fecales.

-Bueno, no parece ser una cosa muy seria contando con todo el agua que lleváis.

-No, pero funciona tan rematadamente mal que se ha cometido algún error importante... es evidente. Debería resultar fácil de localizar y arreglar. Pero para un aparato tan novedoso estamos muy satisfechos.

-¿Entonces estáis listos para la Steel? No sé cómo van a reaccionar cuando se enteren de que ni tan siquiera habéis tocado "El Cascajo"; pero podéis estar seguros de que algo intentarán.

Tengo la esperanza de que antes vuelen por los aires, -le respondió Seaton con la voz cargada de odio.- Estamos listos para hacerles frente, con algo que no se esperan y que no les va a gustar nada de nada. Denos cuatro o cinco días para corregir los errores que le ha comentado Mart... y que luego intenten hacer lo que les venga en gana.

## Capítulo once

Al atardecer del día siguiente al aterrizaje de la *Alondra del Espacio*, regresaron de un largo paseo a caballo por el parque. Una vez que Seaton se hubo marchado en su moto, Dorothy se situó bajo la sombra de un viejo olmo para observar un partido de tenis en el jardín de la casa vecina. Acababa de sentarse, cuando una gran esfera de cobre fue a aterrizar justo frente a ella. Una puerta se abrió y de su interior salió una enorme figura vestida enteramente de cuero. El rostro del hombre se hallaba cubierto por un casco y los ojos estaban ocultos tras unas gafas de color ámbar.

Dorothy se puso en pie de un salto mientras soltaba un agudo grito... Seaton acababa de dejarla y aquella nave era demasiado pequeña para tratarse de *La Alondra*... aquella era la imagen de "El Cascajo", pero Dorothy sabía que aquello nunca volaría. Mientras estos pensamientos le corrían por la cabeza, volvió a gritar y se giró iniciando una corta carrera; pero el extraño la alcanzó en tres zancadas y la chica se encontró atrapada por unos brazos tan fuertes como los de Seaton.

Levantándola con facilidad, DuQuesne atravesó el césped con la muchacha en brazos y la introdujo en la nave. Dorothy gritó con todas sus fuerzas sabiendo que sus forcejeos no podrían liberarla de su captor. Sus uñas arañaron sin efecto los cristales de las gafas y la cobertura de cuero del casco; sus dientes fueron igualmente de inútiles contra los guantes de piel.

Con la chica en sus brazos, DuQuesne se introdujo en la nave y la puerta se cerró con un golpe metálico tras ellos. Dorothy echó un vistazo alrededor y observó que otra chica se encontraba fuertemente atada sobre uno de los sillones.

-Átale los pies, Perkins, -ordenó DuQuesne, levantándola por la cintura para que sus pies colgaran.- Se debate como una gata salvaje.

Mientras Perkins le rodeaba los tobillos con una cuerda corta, Dorothy encogió las rodillas y alzó los pies tanto como pudo para apartarlos del alcance del hombre. El se acercó descuidadamente para agarrarla por los tobillos y la muchacha estiró los pies con toda la fuerza que le fue posible reunir, clavando los tacones de sus botas de montar en la parte superior del estómago con un gran impacto.

Fue un golpe en el plexo solar en toda regla; y, completamente noqueado, Perkins salió disparado hacia el tablero de instrumentos. Su brazo inerme golpeó contra la palanca de aceleración llevándola hasta el punto más alto, haciendo que la energía liberada corriera por la barra de dirección, que en ese momento estaba apuntando hacia el cénit, tal y como la había dejado cuando tomaron tierra.

Se escuchó un crujido que recorría toda la estructura de acero haciéndola vibrar hasta el límite mientras la nave salía despedida hacia arriba a una velocidad asombrosa, y sólo gracias a las propiedades ultra protectoras y súper resistentes del material que recubría el suelo de la nave salvaron la vida mientras la aceleración aplastaba sus cuerpos con una enorme fuerza.

La nave fuera de control rompió a través de la fina capa de la atmósfera en unos instantes, la atravesó y se internó en el vacío perfecto del espacio interplanetario incluso antes de que a la espesa cobertura de acero le hubiera dado tiempo a calentarse.

Dorothy estaba tirada sobre sus espaldas, inmovilizada en la misma la postura en la que había caído, incapaz incluso de mover los brazos y ganándose los sorbos de aire con un enorme esfuerzo. Perkins se encontraba tirado bajo el tablero de instrumentos con una apariencia de muñeco roto. La otra cautiva, la ex secretaria de Brookins, se encontraba en una situación mucho mejor, ya que las ataduras la habían sujetado firmemente mientras permanecía recostada en una postura óptima para la situación... aplastada contra el respaldo del asiento y rodeada por el respaldo envolvente, tal y como lo había planeado el diseñador. La muchacha, al igual que Dorothy, luchaba por mantener la respiración; sus músculos en tensión eran escasamente capaces de introducir el aire en los pulmones a causa del peso paralizante que aplastaba su pecho.

DuQuesne fue el único capaz de moverse, y requirió de toda su hercúlea fuerza para arrastrarse como una serpiente hacia el tablero de instrumentos. Finalmente, alcanzada su meta, reunió todas sus fuerzas para agarrar, no ya la palanca de control, que sabía que se encontraba fuera de su alcance, si no un interruptor de corriente que se encontraba a medio metro por encima de su cabeza. Con una serie de movimientos convulsos luchó por alcanzarlo, levantándose sobre rodillas y codos, hasta que tomó una postura acuclillada. Luego, colocando su mano izquierda bajo la derecha, realizó el esfuerzo final. El sudor le corría por la cara; los músculos se le hinchaban en poderosos nudos visibles incluso a través de la gruesa chaqueta de cuero y los labios separados en una mueca dejaban ver los dientes apretados mientras ponía en juego cada gramo de su poderoso cuerpo en un esfuerzo por llevar su mano derecha hasta el interruptor. Esta se aproximó lentamente, se cerró sobre la palanca, y tiró lentamente de ella.

El resultado fue sorprendente. Con la energía cortada en seco, y sin otra fuerza de gravedad que equilibrara el tremendo esfuerzo de DuQuesne, éste se vio impulsado hacia el centro de la nave y lanzado contra el tablero de instrumentos. La palanca, aún atrapada en su mano, volvió a su posición inicial. Sus hombros chocaron contra los controles de dirección del compás haciéndolos girar en un amplio arco. Mientras la nave salía despedida hacia una nueva dirección con la misma aceleración que anteriormente, DuQuesne se vio aplastado contra el tablero, se golpeó contra una esquina y cayó inconsciente al suelo. Tras lo que pareció ser una eternidad, Dorothy y la otra muchacha sintieron que el sentido las abandonaba lentamente.

Con sus cuatro pasajeros inconscientes, la nave se lanzó a través del espacio vacío, aumentando a cada segundo su tremenda velocidad y aproximándose peligrosamente

al límite de la luz... impulsada con furia por la enorme energía liberada por la barra de cobre en desintegración.

Seaton se había alejado sólo unos centenares de metros de la casa de su prometida, cuando pensó que había oído gritar a Dorothy por encima del ruido del motor. No esperó a estar seguro e hizo girar en redondo su vehículo y el ronroneo del motor se convirtió en un aullido cuando abrió gas. La grava salía disparada bajo los neumáticos mientras se precipitaba a una velocidad suicida hacia el hogar de los Vaneman. Llegó al lugar a tiempo para ver cómo se cerraba la puerta metálica de la nave. Antes de que pudiera aproximarse, la nave desapareció sin más señales de sus movimientos que un pequeño remolino que se formó sobre el césped, arrancando hierba y tierra a causa del vacío provocado por su despegue. Para los impresionados tenistas y para la desesperada madre de la muchacha, pareció que la enorme esfera de metal desaparecía bruscamente. Sólo Seaton, siguiendo la estela de tierra y hierba que caía del cielo pudo ver, por una fracción de segundo, un diminuto punto negro que desaparecía en el cielo.

Interrumpiendo el parloteo de los testigos, cada uno de los cuales intentaba explicarle a su manera lo que había sucedido, se dirigió a la señora Vaneman hablándole rápida pero suavemente:

-Señora Vaneman, Dorothy está bien. La Steel la tiene en su poder, pero no por mucho tiempo. No se preocupe, la traeremos de vuelta. Puede que tardemos una semana o un año ¡Pero la traeremos de vuelta!

Saltó sobre su moto y, saltándose todos los límites de velocidad, se lanzó en dirección a la casa de Crane.

-¡Mart! -Gritó.- Tienen a Dottie. En una nave copiada de nuestros planos. ¡En marcha!

-Tranquilo... no te lances a lo loco. ¿Qué tienes en mente?

-¡En mente! Simplemente darles alcance y matarlos.

-¿En qué dirección se fueron y cuándo?

-Hacia arriba. A toda potencia. Hace veinte minutos.

-Hace mucho. *Hacia arriba* se ha desplazado en este tiempo cinco grados. Han podido cubrir en este tiempo un millón de kilómetros, o puede que hayan tomado tierra a pocos kilómetros de aquí. Siéntate y piensa... utiliza el cerebro.

Seaton se sentó y sacó su pipa, luchando por mantener su auto control. De repente se levantó y salió corriendo hacia su habitación, regresando con un objeto-compás cuya aguja señalaba hacia arriba.

-¡DuQuesne lo ha hecho! -Gritó exultante.- Este aparato aún apunta en su dirección. ¡Vamos, atrapémoslo!

-Aún no. ¿A qué distancia se encuentran?

Seaton tocó el interruptor que hacía oscilar la aguja y puso en marcha el cronómetro de milisegundos. Ambos observaron con absoluta atención cómo iban pasando lentamente los segundos mientras la aguja continuaba oscilando. Finalmente, el cronómetro se detuvo y Crane comenzó a introducir datos en el ordenador.

-Cuatrocientos millones de kilómetros. A medio camino de salirse del sistema solar. Eso significa que están acelerando hasta aproximarse a velocidad luz.

-*Nada* puede ir tan deprisa, Mart. E igual a  $M C$  al cuadrado.

-La Teoría de Einstein es aún una teoría. Esta distancia es un hecho constatado.

-Y las teorías se modifican para que se ajusten a los hechos. Vale. Están fuera de control... algo se les ha ido de las manos.

-Sin duda alguna.

-Desconocemos el grosor de su barra, así que desconocemos hasta dónde vamos a tener que ir para atraparlos. ¡Por el amor de Dios, Mart, pongámonos en marcha!

Corrieron hacia la *Alondra* y realizaron algunas comprobaciones precipitadas. Seaton estaba cerrando la escotilla cuando Crane lo detuvo mientras señalaba la planta de energía.

-Sólo tenemos cuatro barras, Dick... dos por motor. Hace falta una para ponerlos en marcha, y al menos una para detenerlos. Si queremos regresar mientras vivamos, necesitaremos otras dos para el regreso. Incluso sin dejarle un solo margen a lo inesperado, andamos bastante cortos de energía.

A pesar de sus ansias por despegar, Seaton mantuvo la calma.

-Vale. Será mejor que nos hagamos con otro par de barras... mejor cuatro. Y también será mejor que nos hagamos con una buena cantidad de comida y munición.

-Y agua, -añadió Crane.- Especialmente agua.

Seaton telefoneó a la fundición. El director tomó nota del pedido, pero le explicó con muchísimos rodeos que no había tal cantidad de cobre en toda la ciudad, y que haría falta al menos diez o quince días para reunir tal cantidad de material. Seaton le sugirió que fundieran algunos productos terminados (barras de autobús y cosas parecidas) sin que importara el precio, pero el director se negó: no podía violar las reglas de prioridad.

Seaton realizó llamadas a todos los lugares que se le ocurrieron y que pudo encontrar en la guía telefónica, intentando comprar todos los objetos que estuvieran fabricados en cobre: barras, láminas, esculturas, cables de alta tensión, conexión o para uso doméstico. Nadie tenía una cantidad suficiente como para cubrir sus necesidades.

Tras una hora de llamadas telefónicas inútiles le comunicó a Crane sus resultados completamente desanimado.

-No me resulta sorprendente. La Steel debe querer que no dispongamos de suficiente cobre.

Los ojos de Seaton desprendieron chispas.

-Me voy a hacer una visita a Brookings. Más le valdrá que me facilite cobre o algunos átomos de su esqueleto van a aterrizar en Andrómeda. Le dijo dirigiéndose a la puerta.

-¡No, Dick, no! -Crane agarró a Seaton por el brazo.- Con eso solo conseguirías que nos demoráramos infinitamente.

-¿Entonces qué? ¿Qué hacemos?

-Podríamos llegar a la fábrica de Wilson en cinco minutos. Tiene almacenada alguna cantidad de cobre, y podría conseguirnos más. La *Alondra* está lista para despegar.

En pocos minutos se encontraron en la planta en la que había sido construida su nave. Cuando le hicieron saber al jefe de planta sus necesidades, éste meneó la cabeza.

-Lo siento, pero no creo que disponga ahora mismo de cien kilos de cobre, ni tan siquiera transformado.

Seaton comenzó a explotar, pero Crane lo silenció y le contó a Wilson el problema.

Wilson estrelló el puño contra su escritorio y gritó:

-¡Les conseguiré el cobre aunque tenga que desmontar todo el techo de la mismísima iglesia! Luego añadió más tranquilo, -vamos a tener que ensamblar un horno y un crisol... y diseñar los moldes... y alquilar un torno de los grandes... pero tendrán sus barras tan rápido como me sea posible.

Pasaron dos días antes de que los relucientes cilindros de bronce estuvieran listos. Durante este lapso, Crane añadió a la nave cualquier tipo de equipamiento que consideró pudiera servir de alguna utilidad, mientras que Seaton se deshacía en una furia impaciente. Mientras cargaban las barras, realizaron otra comprobación en el objeto compás. Los rostros se tensaron y los corazones se paralizaron cuando vieron que el cronómetro hacía pasar los minutos mientras la aguja oscilaba de un lado a otro. Sin embargo, finalmente se detuvo. La voz de Seaton casi se quebró cuando dijo:

-Casi doscientos treinta y cinco años luz. No podemos establecer la distancia exacta, pero la aproximación es bastante correcta. Se han perdido como jamás nadie se perdió. Hasta pronto, muchacho, -dijo mientras extendía la mano.- Ha sido estupendo conocerte. Dile a Vaneman que cuando regrese la traeré de vuelta conmigo.

Crane se negó a estrecharle la mano.

-¿Desde cuando se supone que yo no voy, Dick?

-Desde ahora. No tiene sentido que me acompañes. Si Dottie ha desaparecido, a mí me pasará otro tanto; pero no tiene porqué sucederle lo mismo a M. Reynolds Crane.

-Estupideces. Este viaje va a ser un poquito más largo que el que planeamos al principio pero no existe una diferencia real. Hay tanta seguridad en alejarse mil años luz que en uno, y disponemos de una buena bodega. En cualquier caso, yo voy. ¿Con quién te crees que estás tonteando?

-Gracias, campeón.

Esta vez las manos se estrecharon con fuerza.

-Vales por tres como yo.

-Voy a telefonar a Vaneman, le dijo Crane con rapidez.

No le dijo al abogado la verdad, ni siquiera la dejó entrever. Sencillamente le comunicó que la persecución sería más larga de lo calculado y que las comunicaciones serían probablemente imposibles, que estarían fuera probablemente por mucho tiempo, y que no sabía cuánto sería.

Cerraron las escotillas y despegaron. Seaton le dio todo el impulso a la nave, hasta que Crane, leyendo los medidores de temperatura, le pidió que redujera; la cobertura se estaba calentando peligrosamente.

Libres de la atmósfera, Seaton volvió a dar todo el impulso a la nave, haciendo avanzar la palanca muesca a muesca, hasta que ya no pudo aguantar el peso de su propia mano. Sin embargo, para esos casos, existía un resorte en el brazo del asiento. Empujó la palanca unos centímetros más y se vio aplastado violentamente contra el respaldo del sillón, el cual se había aproximado automáticamente al tablero de mandos para que el piloto pudiera seguir controlando la nave. Aún hizo avanzar un poco más el control, hasta que supo que no podría aguantar mucho más.

-¿Qué.. tal... lo... llevas? Susurró al micrófono. Casi no podía hablar.

-Bas... tan... te... bi... ..en. -La respuesta de Crane fue apenas audible.- Si... tu... lo... so... por... tas.

Seaton redujo algunas muescas.

- ¿Qué tal ahora?
- Pues así lo llevo mucho mejor, creo. Estaba en el borde.
- Entonces la dejaré a esta velocidad. ¿Durante cuánto tiempo te parece?
- Cuatro o cinco horas. Luego, será mejor que comamos y hagamos otra lectura.
- De acuerdo. Me cuesta bastante hablar, así que si es demasiado para ti, grita mientras puedas. Me alegro de que ya estemos en marcha.

## Capítulo doce

A lo largo de cuarenta y ocho horas, el descontrolado motor lanzó a la nave de DuQuesne a través del vacío del espacio con un peligroso aumento constante de velocidad. Entonces, cuando sólo quedaban unos pocos trozos de cobre, la aceleración comenzó a descender y el suelo y los asientos recuperaron su forma natural. Cuando se hubo atomizado la última partícula de cobre, la velocidad de la nave se volvió constante. En aparente inmovilidad para los ocupantes, en realidad se movía a una velocidad miles de veces superior a la de la luz.

DuQuesne fue el primero en recuperar la consciencia. Su primer esfuerzo por levantarse lo elevó del suelo y flotó lentamente hacia el techo, golpeándolo suavemente y permaneciendo quieto a media altura. Los otros, que no había intentado moverse, se le quedaron mirando llenos de asombro.

DuQuesne alargó una mano, agarró un asidero y se condujo hasta el suelo. Con gran cuidado se quitó el traje, volviendo a colocarse las dos pistolas automáticas que llevaba enfundadas. Sintióse otra vez dueño de su cuerpo, comprobó que no había huesos rotos. Sólo entonces echó un vistazo alrededor para comprobar cómo se encontraban sus compañeros.

Todos estaban aún sentados y agarrándose a algún sitio. Las chicas permanecían quietas, mientras que Perkins se estaba quitando su traje de cuero.

-Buenos días, Dr. DuQuesne. Algo debió suceder cuando pateé a su amigo.

-Buenos días, señorita Vaneman, -le sonrió DuQuesne, más que aliviado.- Han sucedido varias cosas. Cayó sobre los controles, sacándoles todo el jugo, por lo que corrimos un poco más de lo que tenía planeado. Intenté llegar a los controles pero me fue imposible. Luego nos echamos todos a dormir y ahora hemos despertado.

-¿Tiene alguna idea de dónde estamos?

-No... pero puedo hacer una buena aproximación.

Miró en la cámara vacía donde se había volatilizado el cilindro de cobre; cogió un bloc, un bolígrafo y una regla deslizante y estuvo haciendo cálculos durante varios minutos. Se asomó a una de las ventanillas y estuvo observando afuera, luego se aproximó a otra ventanilla, y más tarde a otra. Tomó asiento frente al tablero de mandos cuyas luces titilaban locamente y estuvo trabajando en el computador durante unos instantes.

-No sé que pensar exactamente de esto. -Le dijo a Dorothy con tranquilidad.- Como no teníamos energía más que para un vuelo de cuarenta y ocho horas, no deberíamos de estar más que a dos días luz del sol. Sin embargo, resulta evidente que no es así. Podría reconocer algunas de las estrellas fijas y de las constelaciones desde cualquier ángulo dentro del perímetro de un año luz a partir del Sol, pero no veo nada que me

resulte familiar. Por tanto, deduzco que hemos debido estar acelerando constantemente. Debemos encontrarlos aproximadamente a unos dos mil trescientos setenta años luz de casa. Para los que no saben lo que es un año luz, se reduce aproximadamente a nueve mil cuatrocientos sesenta y un millones de kilómetros... multiplicados por mil.

La cara de Dorothy adquirió una palidez extrema; Margaret Spencer se desmayó y Perkins se limitó a desorbitar los ojos mientras su cara se convulsionaba.

-¿Entonces, jamás regresaremos? -Le preguntó Dorothy.-

-Yo no diría eso...

-¡Usted nos ha metido en esto! Gritó Perkins, y saltó hacia Dorothy, mientras la miraba con ojos asesinos y engarfiaba las manos. Sin embargo, en lugar de alcanzarla, comenzó a bracear grotescamente mientras flotaba en el aire. DuQuesne, con un pie anclado a la pared y agarrándose con la mano izquierda a un asidero, lanzó un gancho con la derecha que alcanzó de lleno a Perkins haciéndolo atravesar la habitación.

-Nada de eso, estúpido. -Le dijo DuQuesne perentoriamente.- Una tontería más y lo expulso de la nave al vacío. No es culpa de ella que nos encontremos aquí, es nuestra. Y sobre todo suya... si hubiera tenido sólo tres neuronas trabajando a la vez, la joven no lo habría pateado. Pero eso pertenece al pasado. Lo único que nos debe ocupar ahora es regresar.

-Pero no podemos regresar. -Farfulló Perkins.- Nos hemos quedado sin combustible, los controles están destrozados y usted acaba de reconocer que está perdido.

-Yo no he dicho eso. -La voz de DuQuesne era fría como el hielo.- Lo que dije es que no sé dónde nos encontramos... una afirmación completamente diferente.

-¿Existe alguna distinción en esa diferencia? -Le preguntó ácidamente Dorothy.

-Por supuesto, señorita Vaneman. Puedo reparar el tablero de mandos. Tenemos dos barras extras de combustible. Una de ellas, con la dirección completamente invertida, nos detendrá y nos situará en dirección a la Tierra. Consumiremos la mitad de la otra, ya arrumbados, en reconocer las estrellas fijas y las constelaciones y en triangularlas. Así fijaré nuestra posición. Así sabré dónde se encuentra nuestro sistema solar y podremos regresar. Mientras tanto, les sugiero que consumamos algún alimento.

-¡Una idea excelente y muy acertada! -Exclamó Dorothy.- Estoy famélica. ¿Dónde tienen la nevera? Pero primero una cosa. Me siento sucia, y ella también debe sentirse así. ¿Dónde está nuestro camarote? Quiero decir ¿Tenemos un camarote, verdad?

-Correcto. Ese de ahí, y aquello es la cocina, por allí. Estamos muy estrechos aquí, pero podrán apañárselas. Permita que le diga, señorita Vaneman, que en verdad admiro su temple. No esperaba que ese estúpido se viniera abajo; aunque lo esperaba de ambas. La señorita Spencer puede que todavía lo haga, a menos que usted...

-Haré lo que pueda. Naturalmente que estoy asustada, pero venirme abajo no me va a servir de nada... y sencillamente *tenemos* que regresar.

-Lo haremos. Al menos dos de nosotros.

Dorothy le dio un leve codazo a la otra chica, que apenas había prestado atención a nada de lo que sucedía a su alrededor, y la ayudó a moverse a lo largo del pasamanos. A medida que avanzaba no pudo evitar pensar (con algo más que un poco de admiración) en el hombre que la había raptado. Tranquilo, frío, controlándose a sí mismo y a la situación, sin hacer caso de las enormes magulladuras que le llenaban la



cara y, sin lugar a dudas, más de la mitad de su cuerpo... tuvo que admitir que fue su ejemplo lo que la mantuvo en calma.

Mientras pasaba sobre el traje de Perkins, recordó que no le había visto extraer ningún arma del mismo, por lo que con un vistazo se aseguró de que Perkins no la estaba mirando. Rebuscó por entre la ropa rápidamente y encontró dos pistolas automáticas. Observó con alivio que ambas eran armas convencionales del calibre 45, por lo que las introdujo en sus bolsillos.

Ya en la habitación, Dorothy miró detenidamente a la otra chica, luego se dirigió a la cocina y regresó.

-Ten, tráгатelo. -Le ordenó.-

La joven así lo hizo. Temblaba incontroladamente, pero comenzó a estabilizarse.

-Así está mejor. Ahora tranquilízate. -Le dijo Dorothy con firmeza.- No estamos muertas, ni vamos a morir.

-Yo sí. -Le respondió con tristeza.- No conoces a ese bestia de Perkins.

-Sí que lo conozco. Y aún mejor, sé cosas que ni DuQuesne ni Perkins sospecharían nunca. Dos de los hombres más maravillosos que jamás han existido están pisándonos los talones, y cuando nos encuentren... bueno, no me gustaría estar en el lugar de esos dos por nada del mundo.

-¿Qué? Las palabras de Dorothy, llenas de confianza, y el fuerte calmante, comenzaban a hacer efecto. La chica recuperaba rápidamente a la normalidad y a la tranquilidad. ¿De verdad?

-De verdad. Tenemos muchas cosas que hacer, y lo primero es asearnos. Y esta falta de gravedad... ¿hace que te sientas mal?

-Sí, fatal, pero no me queda nada dentro. ¿A ti no te afecta?

-No mucho. Me resulta molesto, pero estoy empezando a acostumbrarme. Y me parece que no sabes de qué se trata.

-No. Todo lo que sé es que siento como si cayera, y es casi insoportable.

-No es algo agradable. Lo he estudiado a fondo... en teoría... y mis muchachos dicen que lo único que tienes que hacer es olvidarte de esa sensación de caída. Yo todavía no lo he conseguido, pero lo estoy intentando. Lo primero, un baño, luego...

-¡Un baño! ¿Aquí? ¿Cómo?

-El baño-esponja. Te enseñaré. Luego... han traído un montón de ropa para que me la ponga, y tú eres casi de mi talla... y te sentará estupendamente el verde...

Una vez que se hubieron lavado y cambiado de ropa, Dorothy dijo:

-Esto está mucho mejor.

Cada una de ellas miró a la otra, y a cada una de ellas le gustó lo que vio.

La desconocida debía tener veintidós años, y poseía un pelo espeso y negro lleno de ondas. Sus enormes ojos eran marrones y llenos de viveza; tenía la piel clara y de un suave color marfil. Dorothy pensó que en circunstancias normales sería una preciosidad; incluso ahora lo era, aún cansada, sin arreglar y llena de miedo.

-Hagamos las presentaciones antes de continuar, -le dijo a Dorothy.-

-Me llamo Margaret Spencer, antigua secretaria personal de su Alteza Real el señor Brookings de la Steel. Le robaron a mi padre un invento que le habría reportado millones y luego lo mataron. Me puse a trabajar con ellos para ver si podía descubrirlos, pero no pude probar nada antes de que me descubrieran. Así que, tras dos meses de hacerme cosas que no te creerías, aquí estoy. Hablar jamás me ha reportado ningún bien... y esta vez estoy segura de que tampoco. Perkins va a matarme... o, si es cierto

lo que me has dicho, al menos lo intentará. Esta es la primera vez que puedo agarrarme a alguna esperanza.

-¿Pero qué me dices del doctor DuQuesne? Probablemente no le dejará.

-No conocía de antes a DuQuesne, pero por lo que he oído en la oficina; es peor que Perkins... de forma diferente, naturalmente. Es absolutamente frío y duro... un demonio perfecto.

-Oh, venga ya, eres demasiado severa con él. ¿Viste el puñetazo que le pegó a Perkins cuando se precipitó a por mí?

-No... bueno, apenas sí me di cuenta. Pero eso no significa nada. Probablemente te querrá viva... eso está claro, después de todo lo que ha tenido que pasar para raptarte. De otra manera, habría dejado que Perkins te hubiera hecho lo que le hubiera dado la gana sin mover ni un dedo.

-No puedo creerlo. -Aún así, una mano helada estrujó el corazón de Dorothy mientras recordaba los inhumanos crímenes que se le atribuían a aquel hombre.- Nos ha tratado con tanta consideración... esperemos lo mejor. Sea como sea, estoy segura de que regresaremos a casa sanas y salvas.

-Sigues convencida de ello. ¿Qué te hace estar tan segura?

-Bueno, soy Dorothy Vaneman, y estoy prometida a Dick Seaton, el hombre que inventó esta nave, y estoy completamente segura de que ahora mismo va tras nosotros.

-¡Pero si eso es lo que ellos quieren! -Exclamó Margaret.- Escuche algo sobre eso que se suponía era alto secreto. Acabo de recordar tu nombre y el de Seaton. Su nave ha sido sabotada de alguna manera ¡Va a saltar por los aires la primera vez que la pongan en marcha!

-Eso es lo que ellos creen, -la voz de Dorothy estaba llena de sarcasmo.- Dick y su amigo... ¿has oído hablar de Martin Crane, verdad?

-Escuché su nombre junto al de Seaton, pero nada más.

-Vale. Es un gran inventor, y tan maravilloso como Dick. Juntos descubrieron el sabotaje y construyeron otra nave de la que la Steel no tiene noticia. Más grande, más rápida y mejor que ésta.

-Eso hace que me sienta mejor. -En verdad que la cara de Margaret se iluminó por primera vez.- No me importa lo difícil que sea este viaje, a partir de ahora me lo tomaré como si fueran unas vacaciones. Si además tuviera un arma...

-Toma, y mientras Margaret miraba fijamente la pistola, Dorothy añadió: Tengo otra. Las he cogido del traje de Perkins.

-¡Por todos los santos! -Exclamó encantada Margaret. ¡Existe un bálsamo en Gilead<sup>6</sup>! Espérate a que la próxima vez me amenace Perkins con sacarme el corazón con un cuchillo... Por cierto, será mejor que hagamos esos emparedados ¿verdad? Y llámame Peggy, por favor.

-De acuerdo, mi querida Peggy... vamos a ser muy buenas amigas. Tú llámame Dot, o Dottie.

En la cocina, las muchachas se dedicaron a preparar unos deliciosos emparedados, aunque su confección resultó un tanto complicada. Margaret resultó ser particularmente torpe. Las rebanadas de pan volaban por un lado y los pegotes de mantequilla por otro, mientras que el jamón y las salchichas parecían aves en pleno vuelo. Agarró dos

---

<sup>6</sup> N.del T.: Evidentemente, hace referencia al pasaje del Génesis (31, 44-54), con el acuerdo entre Jacob y Labán para repartirse las tierras de pastoreo al norte de esta ciudad de Jordania.

bandejas y trató de atrapar la comida entre ambas... pero en su aventura, se soltó del pasamanos y salió volando por la habitación.

-¿Oh, Dot, qué vamos a hacer ahora? -se lamentó.- ¡Parece como si la comida tuviera voluntad propia!

-No me pienso rendir... aunque desearía tener una jaula para que pudiéramos mantener quieto todo antes de que se escapara.. Creo que será mejor que trabemos todo y que cada uno le dé un mordisco a lo que más le apetezca. No sé cómo vamos a beber. Me estoy muriendo de sed, pero tengo miedo de abrir esa botella, dijo mientras sujetaba una botella de cerveza con la mano izquierda y un abridor en la derecha, mientras se sujetaba al pasamanos vertical con una pierna. -Me temo que va a desperdigarse en un millón de gotitas y Dick dice que si las respiras, te colocas al borde de la muerte.

-Seaton tenía razón... como siempre.

Dorothy se giró bruscamente. DuQuesne estaba observando la habitación, con un brillo de diversión en su ojo sano.

-Les recomiendo que no jueguen con los líquidos mientras nos encontramos sin gravedad. Esperen un instante... traeré una red.

Así lo hizo, y mientras recogía con habilidad los trozos de comida flotantes, continuó hablando:

-Los alimentos, flotando por el aire, son algo verdaderamente peligroso a menos que lleve una máscara. Una vez que aprendan a hacerla, podrán tomar líquidos no gaseosos con una pajita. Tendrán que concentrarse en el acto de tragar, y deberán hacerla voluntariamente al encontrarse sin gravedad. Pero para lo que he venido es para comunicarles que estamos a punto de aplicar un punto de aceleración, así que disfrutaremos de una gravedad normal. Lo haré sin brusquedades, pero estén atentas.

-¡Qué alivio más grande! -Exclamó Margaret cuando todo recobró su peso normal.- Nunca pensé que me resultaría tan agradable el volver a posarme sobre algo plano y sentir mi propio peso ¿verdad?

Naturalmente, la preparación de los alimentos se convirtió en algo rutinario. Mientras comían los cuatro, Dorothy notó que el brazo izquierdo de DuQuesne estaba casi inutilizado, y que masticaba los alimentos con gran dificultad a causa de la hinchazón de su cara. Tras comer, se dirigió al armario de primeros auxilios y cogió frascos, torundas y gasas.

-Acérquese, doctor. Le acaban de recetar primeros auxilios.

-Estoy bien... comenzó a decir, pero frente al imperioso gesto de la muchacha, se levantó con dificultad y se acercó a ella.

-Tiene el brazo muerto. ¿Dónde está el golpe?

-Lo peor es el hombro. Me lo machaqué contra el tablero.

-Quítese el jersey y póngase aquí.

Así lo hizo y Dorothy quedó impresionada por los daños que había sufrido el hombre.

-Tráeme toallas y agua caliente ¿quieres, Peggy?

Estuvo trabajando afanosamente durante varios minutos, limpiando la sangre coagulada, aplicando antisépticos y vendando.

-Estas heridas... no había visto antes nada igual. No soy enfermera. ¿Qué utilizaría usted? ¿Tripidiageno o...?

-Amilofeno. Extiéndalo con un masaje mientras yo voy moviendo poco a poco el brazo.

No soltó exclamación alguna y su expresión no cambió; pero comenzó a sudar copiosamente y empalideció. Ella se detuvo.

-Continúe, enfermera. -Le ordenó fríamente.- Lo que está haciendo podría considerarse intento de asesinato, pero funciona y es la manera más rápida.

Cuando hubo terminado y él comenzó a ponerse el jersey, le dijo:

-Gracias, señorita Vaneman... muchas gracias. Me siento cien por cien mejor. ¿Pero por qué lo ha hecho? Creo que preferiría abrirme la cabeza con la palangana.

-Eficiencia, -le sonrió ella.- Como el capitán de esta nave, no quiero que se muera ahora.

-Tiene lógica... pero... me pregunto...

Ella no siguió escuchándolo, si no que se volvió hacia Perkins.

-¿Cómo se encuentra usted, señor Perkins? ¿Necesita cuidados médicos?

-No, -gruñó Perkins.- Manténgase alejada de mí o le sacaré el corazón.

-Cállese! Le cortó DuQuesne.

-¡No he hecho nada!

-Quizá no me haya entendido con la suficiente claridad, así que me explayaré un poco más. Si no es capaz de hablar como un hombre, manténgase callado. No se meta con la señorita Vaneman... ni de palabra, acción o pensamiento. Soy responsable de ella y no permitiré que sufra daño alguno. Esta es la última vez que lo aviso.

-¿Y qué hay de Spencer?

-Ella es responsabilidad suya, no mía.

Una luz demoníaca brilló en los ojos de Perkins. Agarró un cuchillo de diabólica apariencia y comenzó a clavarlo lentamente en el asiento del sillón mientras miraba de reojo a su víctima.

Dorothy comenzó a protestar, pero un gesto de Margaret la silenció mientras extraía lentamente la pistola de su bolsillo. Amartilló el arma y la sostuvo con un dedo.

-No te preocupes del cuchillo; lo ha estado afilando frente a mí durante el último mes. No significa nada. Pero no deberías de jugar con él, Perkins, por que podrías sentir la tentación de lanzarlo, así que tíralo al suelo y dale una patada en esta dirección. Antes de que cuente tres. Una... -La enorme pistola se alineó con el pecho del hombre mientras un delicado dedo comenzaba a presionar sobre el gatillo.

-Dos... Perkins obedeció y Margaret levantó el cuchillo.

-¡Doctor! -Perkins apeló a DuQuesne, que observaba la escena sin mover un solo músculo y con una sonrisa de diversión sobre su cara saturnina.- ¿Por qué no dispara? ¡No se quede ahí sentado mientras observa cómo me mata!

-¿Ah, no? Me resulta absolutamente indiferente cual de ustedes dos mata al otro, o si se matan los dos, o ninguno. Ha llegado a esta situación por sus propios méritos. Cualquier persona, con un mínimo de cerebro, jamás dejaría una pistola por ahí tirada. Debería haber observado cómo las cogía la señorita Vaneman... yo lo hice.

-¿ Vio cómo lo hacía y no me avisó? -Croó Perkins.-

-Ciertamente. Si no es capaz de cuidar de sí mismo, yo no voy a hacerlo. Especialmente después de cómo se ha estado conduciendo en este asunto. Yo habría sido capaz de recuperar en una hora lo que la muchacha le quitó a ese estúpido de Brookins.

-¿Cómo? -Bufó Perkins.- ¿Si es tan bueno por qué ha necesitado que le ayudara con Seaton y Crane?

-Por que mis métodos no funcionarían y los suyos sí. Tal y como le dije a Brookins, usted es eficiente planeando... no ejecutando.

-Vale ¿y qué piensa hacer con ella? ¿Piensa quedarse sentado ahí todo el día leyendo?

-No pienso hacer nada en absoluto. Luche en sus propias batallas.

Dorothy rompió finalmente el silencio que se había producido.

-¿Me vio coger las armas, doctor?

-Así fue. Ahora mismo usted esconde una en su bolsillo derecho.

-¿Y porqué no intento, o no intenta ahora, desarmarme? Le preguntó la muchacha llena de asombro.

-Intentar es un término incorrecto. Si no hubiera querido que cogiera las armas, usted no habría tenido la más mínima posibilidad. Si ahora mismo no quisiera que la tuviera, se la quitaría de inmediato, -y sus ojos negros miraron fijamente dentro de los violáceos de la muchacha con una certeza tan absoluta que ella sintió que el corazón se le detenía.-

-¿Tiene Perkins más pistolas, cuchillos u objetos peligrosos en su habitación? -Le preguntó Dorothy.-

-Lo ignoro, -le respondió indiferente.-

Entonces, mientras las dos muchachas se dirigían a la habitación de Perkins, DuQuesne las detuvo.

-Siéntese, señorita Vaneman. Déjelos con sus problemas. Perkins tiene órdenes concretas sobre usted, así que ahora le voy a dar órdenes concretas a usted sobre él. Si se sobrepasa, mátelos; de otra manera, déjelo en paz... en todos los sentidos.

Dorothy levantó la cabeza desafiante; pero, al enfrentarse a su mirada completamente fría, se detuvo antes de responderle y se sentó mientras que la otra muchacha continuaba su camino.

-Eso está mejor, -le dijo DuQuesne.- Por otro lado, creo que esa jovencita no necesita ayuda alguna.

Margaret regresó de su registro y volvió a guardar su pistola.

-Ya está. -Declaró.- ¿Se va a comportar como es debido o voy a tener que encadenarlo por el cuello a un poste?

-No me va a quedar más remedio, visto que el doc me vuelve la espalda. -Gruñó Perkins.- Pero ya arreglaremos cuentas cuando regresemos, pedazo de...

-¡Basta! -Le gritó Margaret.- Ahora escúcheme. Vuelva a insultarme y comenzará el tiroteo. Un insulto, un tiro, dos insultos, dos tiros, y así en adelante. Cada disparo será dirigido a una parte de su cuerpo cuidadosamente seleccionada. Adelante.

DuQuesne rompió el silencio que se produjo:

-Bien. Ahora que la batalla ha finalizado, nos hemos alimentado y hemos descansado, pondré en marcha la nave. Que todo el mundo se dirija a sus asientos.

Durante sesenta horas estuvieron navegando a través del espacio, reduciendo la aceleración durante las horas de comida, cuando necesitaban ejercitar sus agotados cuerpos o cuando surgía alguna necesidad imperiosa. No cortaron la potencia ni tan siquiera para dormir; todo el mundo dormía de la mejor manera que le era posible.

Dorothy y Margaret estaban continuamente juntas y entre las dos nació una auténtica amistad. Perkins se mantuvo casi todo el tiempo tranquilo. DuQuesne trabajaba incesantemente durante las horas de vigilia, deteniéndose tan sólo para comer; y en

esos momentos mostraba una conversación fluida y entretenida. Nunca demostraba animosidad en sus gestos o en sus palabras; pero su disciplina era inquebrantable y sus castigos extremadamente severos.

Cuando la barra de energía se consumió, DuQuesne introdujo el único cilindro restante en el motor añadiendo:

-Bien, deberíamos de encontrarlos en una órbita estacionaria con relación a la Tierra. Ahora comenzaremos el regreso.

Hizo avanzar la palanca de energía, y durante las largas horas siguientes la rutina volvió al interior de la nave. En un momento dado, DuQuesne observó que la barra direccional no se encontraba en posición perpendicular al suelo, sino que se había inclinado levemente. Hizo una lectura del ángulo de inclinación en las grandes muescas de la rueda y posteriormente exploró el sector del espacio en el que se encontraban. Redujo la energía hasta que sintieron que la nave daba un bandazo a causa de la inclinación que iba adoptando. Volvió a leer el nuevo ángulo con gran concentración y volvió a aplicar la velocidad de crucero. Se sentó ante la consola y comenzó a introducir datos en el ordenador, lo que le supuso un enorme esfuerzo con aquella aceleración.

-¿Qué sucede, doctor? -Le preguntó Dorothy.

-Nos hemos estado apartando un poco de nuestra ruta.

-¿Eso es malo?

-De ordinario, no. Cada vez que pasamos cerca de un cuerpo celeste, su masa nos desvía un poco de nuestro camino. Pero el efecto es casi inapreciable, no dura mucho, y el efecto del siguiente cuerpo anula al anterior. Pero esta última desviación ha sido más importante y ha durado demasiado tiempo. Si seguimos así, perderemos la dirección hacia nuestro sistema solar; y no soy capaz de encontrar alguna referencia que nos dirija.

Observó con atención la barra, esperando verla recuperar su verticalidad, pero el ángulo se mantuvo. Volvió a reducir la potencia y volvió a inspeccionar el espacio en busca del cuerpo que los desviaba.

-¿Ya puede verlo? -Le preguntó Dorothy nerviosa.

-No; aunque el sistema óptico podría mejorarse. Creo que podría arreglarse todo con un sistema de visión nocturna.

Se puso un par de anteojos de aspecto extraño y se asomó a la ventana cenital, donde estuvo observando el vacío durante casi cinco minutos.

-¡Buen Dios! -Exclamó.- ¡Es una estrella muerta y nos dirigimos directamente a ella!

Dirigiéndose a toda prisa al tablero de instrumentos, giró la barra hasta que la puso completamente vertical, y midió el diámetro aparente del cuerpo celeste. Luego, tras avisar a los otros, aplicó al motor más energía de la que había aplicado anteriormente. Tras un cuarto de hora, cortó la energía y volvió a realizar las mediciones. Viendo su expresión, Dorothy estuvo a punto de preguntarle, pero él se le adelantó.

-Hemos perdido aún más la ruta. Debía ser un cuerpo mucho más grande que cualquier cosa que hayan observado o medido jamás los astrónomos. No estoy intentando apartarme de ella, si no rodearla por medio de una órbita. Vamos a tener que acelerar al máximo ¡síntense!

Aplicó toda la energía hasta que casi se hubo consumido toda la barra y volvió a efectuar las mediciones.

-No es suficiente. -Murmuró.

Perkins gritó y se levantó de un salto; Margaret se llevó ambas manos al pecho; Dorothy, aunque sus ojos parecían dos manchas negras en su pálido rostro, lo miró con tranquilidad y le preguntó:

-¿Entonces, ha llegado el fin?

-Aún no. -Su voz estaba calma y baja. Necesitaríamos dos días, más o menos, para caer en su interior, y aún tenemos cobre para un último impulso. Voy a calcular el ángulo en el que nos pondremos en movimiento para hacer el impulso lo más afectivo posible.

-¿No servirá de nada la capa exterior protectora?

-No, la habremos perdido mucho antes de nuestro impulso. La desmontaría y la utilizaría para alimentar el motor si supiera cómo hacerlo.

Encendió un cigarrillo y se sentó a frente al ordenador. Estuvo ahí, haciendo cálculos y fumando, durante una hora. Entonces comenzó a variar la inclinación de la barra lentamente.

-Ahora vamos a buscar cobre, -dijo.- No hay en la nave... todos los conductores eléctricos son de plata, desde los plafones de las lámparas hasta la base de los focos. Pero revisaremos todo el mobiliario y todo lo que llevan encima... *cualquier* cosa que contenga cobre o latón. Eso incluye al dinero en metálico... peniques, cuartos de dólar y dólares.

Encontraron algunos elementos, pero eran escasos. DuQuesne incluyó su reloj de pulsera, su gran anillo de graduación, las llaves, su pasador de corbata y los cartuchos de su pistola. Se aseguró de que Perkins no se reservaba nada. Las chicas aportaron todo el dinero que llevaban, los cartuchos y todas sus joyas, incluyendo el anillo de compromiso de Dorothy.

-Me gustaría guardarlo, pero... -Dijo mientras lo añadía al montón.-

-Todo lo que contenga cobre hará falta, y me alegro de que Seaton fuera lo suficientemente caballeroso como para regalarle un anillo de platino. Pero, si salimos de ésta, dudo mucho que le importe si su anillo es de platino o cobre. Hay muy poco cobre en él... pero cualquier mili gramo nos hará falta.

Introdujo todo el metal en la cámara de energía y avanzó la palanca. El material se consumió rápidamente, y una vez realizadas las observaciones finales, y mientras los demás esperaban llenos de tensión, anunció con una voz cortante:

-No ha sido suficiente.

Perkins, que era un hombre emocionalmente débil, se volvió de repente loco. Con un aullido bestial se tiró sobre el inmóvil científico, que lo derribó con un golpe de culata de la pistola mientras se apartaba de un salto. La fuerza del golpe aplastó la cabeza de Perkins y lo lanzó rodando al otro extremo de la nave. Margaret observó la escena como si estuviera a punto de desmayarse. Dorothy y DuQuesne se miraron el uno al otro. Para asombro de la muchacha, él se encontraba tan tranquilo como si se encontrara en su despacho en su hogar de la Tierra. Ella hizo un esfuerzo por hablar en un tono tranquilo:

-¿Y ahora qué, doctor?

-No lo sé con exactitud. Aún no he sido capaz de idear un método para recuperar la cubierta de cobre... es tan fina que no contiene una gran cantidad de cobre, incluso para cubrir una esfera tan grande como ésta.

-Incluso si pudiera recuperar la cobertura, incluso aunque fuera suficiente... moriríamos por falta de alimentos ¿verdad? -Dijo Margaret haciendo auténticos esfuerzos por hablar calmadamente.

-No necesariamente. Sin este problema, podría centrarme en solucionar otros.

-No deberá preocuparse por nada más, -le aseguró Dorothy.- Puede que incluso ni tenga que ocuparse de este problema. ¿Ha dicho que dos días?

-Mis observaciones fueron en bruto, pero sí que serán aproximadamente dos días... unas cuarenta y nueve horas y media ¿Por qué?

-Porque Dick y Martin Crane nos encontrarán mucho antes. Puede que incluso que en menos dos días.

-No sucederá en esta vida. Si han tratado de seguimos, habrán muerto ambos.

-¡En eso está usted equivocado! -Le respondió con rapidez. Supieron en todo momento lo que ustedes estaban haciendo con la antigua *Alondra del Espacio*, por tanto, construyeron otra de la que nunca tuvieron ustedes noticia. Por otro lado, tenían grandes conocimientos sobre ese nuevo metal del que jamás oyó hablar su gente, ya que no entraba en los planes que usted lo robara.

DuQuesne fue directamente al fondo del asunto sin prestar atención a las observaciones mordaces de la muchacha:

-¿Pueden seguimos por el espacio sin tenemos a la vista? -Le preguntó.

-Sí. Al menos eso creo yo.

-¿Por qué método lo hacen?

-No lo sé ¡Y tampoco se lo diría si lo supiera!

-¿Eso cree? Por ahora no le discutiré esa aseveración. Si pueden localizamos (cosa que dudo) espero que puedan detectar esta estrella muerta y mantenerse lejos de ella... y de nosotros.

-Pero ¿porqué? -Jadeó Dorothy.- Ha estado intentando matar a ambos... ¿No le alegraría arrastrarlos a la muerte junto con nosotros?

-Por favor, intente razonar con lógica. Ni mucho menos. Ambas cosas no tienen relación alguna. Sí, he intentado matarlos por que se cruzaron en mi camino para desarrollar ese nuevo metal. Sin embargo, si no voy a ser yo el que lo desarrolle... espero sinceramente que sea Seaton el que lo haga. Con mucho, es el mayor descubrimiento jamás realizado; y si Seaton y yo, los dos únicos hombres capaces de sacar adelante este proyecto, morimos, se perderá todo, quizá durante miles de años más.

-Si lo vemos así... yo también espero que no nos localicen... pero no lo creo. Tengo la seguridad de que sabría cómo sacamos de aquí.

Continuó hablando, más despacio, casi como si hablara con ella misma, perdiendo la voz al mismo tiempo que sentía cómo se le encogía el corazón.

-Está tras nosotros, y no se detendrá incluso sabiendo que no tendrá salvación posible.

-Resultaría absurdo negar que nuestra situación es crítica; pero mientras esté vivo podré pensar. Voy a centrarme en el problema de cómo obtener el cobre que nos envuelve.

-Espero que lo solucione. -Dorothy consiguió impedir que se le rompiera la voz con un gran esfuerzo.- Peggy se ha desmayado. A mí también me gustaría. Estoy hundida.

Se echó sobre uno de los asientos y fijó la mirada en el techo, luchando contra un impulso casi irreprimible de gritar.



Y así transcurrió el tiempo: Perkins muerto, Margaret inconsciente, Dorothy recostada en su asiento, con una oración dándole vueltas por la mente, manteniéndose firme sólo gracias a su fe en Dios y en su amante; DuQuesne con un absoluto autocontrol, fumando un cigarrillo tras otros, con su aguda mente luchando contra el más desesperante de los problemas, enfrentándose firmemente a las dificultades hasta el último instante de su vida... mientras la poderosa nave espacial caía a una velocidad increíble, rápido, cada vez más rápido, hacia aquel frío y desolado monstruo del espacio.

### Capítulo trece

Seaton y Crane condujeron la *Alondra del Espacio* a una elevadísima velocidad en la dirección que señalaba el compás, cada hombre cubriendo un turno de doce horas.

La *Alondra del Espacio* justificó la fe que tenían en ella sus constructores, y los dos hombres, absolutamente seguros de su éxito; navegaron más allá de donde el hombre jamás había imaginado que llegaría. Si no hubiera sido por el temor que les embargaba a causa del peligro que estuviera corriendo Dorothy, el viaje se habría convertido en un absoluto triunfo, e incluso aquella ansiedad no conseguía empañar del todo la profunda satisfacción que les producía la empresa.

-Si ese simio presumido cree que pilotando ese cacharro va a conseguir despistarnos, más le vale que piense en otra cosa. Afirmó Seaton tras fijar la posición de la otra nave tras unos cuantos días de vuelo. Esta vez va a salir escaldado, y lo vamos a agarrar por las pelotas. Ahora mismo están a unos centenares de años luz. Será mejor que vayamos frenando ¿verdad?

-No sé que decirte... no sé que decirte, la verdad. Nuestra última medición parados nos indicaba que habían comenzado a retroceder; pero las mediciones hechas al páiro no son muy fiables, y no poseemos puntos de referencia.

-Vale, pero esas mediciones son las únicas que tenemos, y, de cualquier manera, ahora mismo no nos podemos permitir el ser muy perfeccionistas. Un año luz más o menos no va a marcar una gran diferencia.

-No. Supongo que no. -Y Seaton volvió a leer los datos que, si eran exactos, pondrían a la *Alondra* en la misma ruta, y a la misma velocidad, que la otra nave hasta llegar a un punto de encuentro.

La enorme nave viró, a gran velocidad, marcando un enorme semicírculo marcado por la deriva del compás. Sabían que se movían en una dirección que podría denominarse "hacia abajo", aun cuando les parecía estar moviéndose "hacia arriba".

-¡Mart! Ven aquí.

-Aquí estoy.

-Estamos experimentando una desviación. Es una desviación demasiado grande como para que haya sido producida por una estrella... a no ser que se trate de otra S-Doradus... y no veo nada... teóricamente debería reflejarse en el radar. Quiero una comprobación rápida de nuestro verdadero curso y de la velocidad. ¿Existe alguna

manera de medir un campo gravitatorio hacia el que estás cayendo libremente sin disponer de medidas de longitud? *Cualquier* aproximación me vendría bien.

Crane hizo varias mediciones, las introdujo en la computadora y le comunicó que la *Alondra* estaba experimentando una gran atracción por algún cuerpo que se encontraba prácticamente frente a ellos.

-Será mejor que utilicemos los visores nocturnos y echemos un vistazo... tal y como me dijiste, el sistema óptico debería ser más potente. ¿A que distancia estarán?

-A diez horas y pocos minutos.

-¡Vaya! Eso es malo... de hecho es *muy* malo. Aún echando el resto, podríamos alcanzarles en tres o cuatro horas... pero... aún así... te... "

-Aún así. Los dos estamos en esto, Dick; hasta el final. Vamos a echar el resto.

A medida que se aproximaba el momento teórico del encuentro, rastreaban el espacio cada pocos minutos. Seaton extrajo de la nave toda la energía que le fue posible, hasta que se aproximaron al otro vehículo y se pusieron a su altura, luego apagó los motores. Ambos hombres se precipitaron a la bodega de carga y, a través de los visores nocturnos, se dedicaron a escrutar el negro vacío.

-Naturalmente, -comentó Seaton mientras vigilaban el espacio-, es teóricamente posible que exista un cuerpo lo suficientemente grande como para provocar esta fuerza de atracción, y sin embargo no mostrarse a simple vista, pero yo no lo creo. Dame un buen ángulo de visión y en tres o cuatro minutos lo localizaré, pero..."

-¡Allí! -Le interrumpió Crane. A medio grado desde el ángulo de visión. A las once, muy arriba. No brilla, es densamente oscuro. Casi invisible.

-Ya lo veo. ¿Y esa manchita justo en el borde de la corona, a las cuatro? ¿La máquina de DuQuesne?

-Eso creo. No hay nada más a la vista.

-¡Agarrémosla y salgamos de aquí mientras estemos enteros!

En unos pocos segundos redujeron la distancia hasta que les fue posible ver a la otra nave en todos sus detalles: una pequeña esfera negra contra el negro aún más intenso de la estrella muerta. Crane encendió las luces de posición y los focos. Seaton enfocó su tractor más potente y lo hizo funcionar al máximo. Crane cargó una de las armas con munición sólida y comenzó a disparar ráfagas muy cortas y arrítmicas.

Tras un silencio interminable, DuQuesne se levantó de su asiento. Tomó una larga calada de su cigarrillo, aplastó cuidadosamente la colilla en un cenicero y se colocó su traje de vacío dejando el frontal del casco abierto.

-Voy a por ese cobre, señorita Vaneman. No sé exactamente qué cantidad seré capaz de recuperar, pero espero...

Una luz penetró por una de las ventanillas. DuQuesne fue aplastado contra el suelo mientras la nave detenía bruscamente su caída libre.

Escucharon un insistente repiqueteo sobre la nave que el doctor reconoció instantáneamente.

-¡Un arma automática! -Exclamó lleno de asombro. -Qué demonios... espere un minuto... ¡es Morse! E-S-T-A-N... ¿están... T-O-D-O-S... todos... V-I-V-O-S... vivos?

-¡Es Dick! -Gritó Dorothy-. Nos ha encontrado... ¡Sabía que lo haría! ¡No podría vencer a Dick y a Martin ni en un millón de años!

Las dos muchachas se abrazaron en una explosión histórica de alivio; el balbuceo incoherente de Margaret y las alabanzas de Dorothy hacia su novio se mezclaban con el llanto de ambas.

DuQuesne había subido a la primera cubierta; recorrió la pantalla protectora de una ventanilla y realizó con una linterna la llamada de socorro internacional.

El foco de la otra nave se apagó.

-Entendemos. ¿La tripulación O.K.? -Esta vez se comunicaron con luces, no con disparos.

-O. K. -Naturalmente, DuQuesne sabía a qué "tripulación" se estaba refiriendo. Perkins no contaba.

-¿Trajes vacío?

-Sí.

-Uniremos una escotilla a otra sin manguera.

-O.K.

DuQuesne les comunicó brevemente a las muchachas lo que iban a hacer. Los tres se pusieron trajes de vacío y se metieron en la pequeña cámara de descompresión. El aire comenzó a salir. Se escuchó un tremendo crujido cuando la otra nave se aproximó y pegó su escotilla. Las válvulas exteriores se abrieron mientras el aire residual aullaba escapando hacia el vacío interestelar. La humedad se condensó sobre las escafandras, haciendo que ver resultara casi imposible.

-¡Mierda! Se oyó la voz de Seaton por los intercomunicadores.

-No veo apenas ¿Puedes ver tú, DuQuesne?

-No, y además las articulaciones no se mueven con soltura.

-Estos trajes necesitan una revisión a fondo. Vamos a tener que movemos por medio del tacto. Impúlsalas hacia aquí.

DuQuesne agarró a la chica que se encontraba más cerca de él y la impulsó a través de la escotilla hacia donde se suponía que debía encontrarse Seaton. Seaton alcanzó a la muchacha, la abrazó y comenzó a apretar el traje hasta que sintió las formas de su novia entre las manos.

Se sintió ridículo cuando vio que la muchacha se resistía mientras gritaba:

-¡No! ¡Soy yo! ¡Dottie viene detrás!

Efectivamente así fue, y Dorothy puso mucho más fervor en el encuentro que el que él había puesto anteriormente con Margaret. A modo de abrazo de amantes, la cosa fue bastante insatisfactoria, aunque fue un abrazo lleno de ansiedad.

En cuanto DuQuesne se deslizó a través de la escotilla; Crane golpeó el cierre que bloqueaba las puertas. La presión y la temperatura volvieron a la normalidad y al fin se pudieron deshacer de los trajes. Seaton y Dorothy se precipitaron uno en los brazos del otro, y esta vez sí que se trató de un auténtico abrazo de amantes.

-Será mejor que nos pongamos en marcha, -dijo la incisiva voz de DuQuesne. Cada minuto cuenta.

-Primero, un pequeño detalle. -Le dijo Crane. ¿Qué crees que deberíamos hacer con este asesino, Dick?

Seaton, que se había olvidado temporalmente de DuQuesne, se giró en redondo.

-Devuélvelo a su cacharro y que se vaya al infierno. -Le dijo con los ojos cargados de un brillo salvaje.

-¡No, Dick! -Protestó Dorothy mientras extendía una mano. Nos ha tratado con total corrección, y una vez me salvó la vida. Además, no puedes convertirte en un asesino a sangre fría sólo por que él lo es. Sabes que no puedes.

-Lo se... De acuerdo, no vamos a matarlo... a menos que no sea capaz de darme aunque sea media excusa... ¿Eres capaz?

-Eso está fuera de dudas, Dick, -dició Crane. Lo que podría hacer es ganarse su vuelta a casa.

-Eso sí sería posible. Seaton se detuvo a pensar durante unos instantes, con la ira aún reflejándose en su cara. Es tan inteligente como el mismísimo diablo y tan fuerte como un toro... y si hay algo en este mundo que no es, es mentiroso.

Miró fijamente a DuQuesne, unos ojos grises reflejándose en otros negros como la noche.

-¿Nos das tu palabra de comportarte como uno más de la tripulación?

-Sí. DuQuesne se recostó contra la pared impávido. Su expresión de inmutabilidad no había cambiado durante toda la conversación y tampoco cambió ahora. - Naturalmente, se entiende que tengo derecho a abandonaros cuando lo considere oportuno... "escapar" me resulta una palabra excesivamente melodramática, pero primero dejemos las cosas claras... si demuestro que puedo abandonaros sin afectar en absoluto a la nave, a vuestro proyecto, o a cualquier persona colectiva o individualmente.

-Tú eres el abogado, Mart ¿Su póliza cubre este supuesto?"

-Admirable. -Le respondió Crane. -Breve, pero bien explicado. El hecho de que se reserve a abandonarnos significa que dispone de los medios para hacerlo.

-En ese caso, estás admitido. Le dijo Seaton a DuQuesne, aunque no le ofreció la mano para cerrar el trato. -Y ya que posees la información ¿Puedes explicarnos cómo salir de aquí?

-No podéis aplicar toda la potencia de los motores (y salir vivos) pero...

-Por supuesto que podemos. Nuestra planta de energía puede duplicar la potencia en un caso de emergencia.

-He añadido y *salir vivos*.

Seaton, recordando lo que significaba darle toda la potencia a los motores, se mantuvo callado.

-Lo mejor que podemos hacer es formar una órbita hiperbólica, y creo que para obtenerla vamos a tener que utilizar todo el combustible que poseemos. Con cinco kilos más de cobre puede hacerse, pero aún así iríamos un poco justos. Tu nave posee unas herramientas de las que yo carecía, Crane. ¿Deseas volver a hacer los cálculos, o prefieres darle un buen impulso a la nave y hacerlo más tarde?

-Un buen impulso. ¿Qué me sugieres?

-Haz que la nave se dirija hacia una órbita hiperbólica y dale todo el impulso durante, digamos una hora.

-Todo el impulso, -dijo Crane pensativo-. No creo que pueda aguantarlo durante mucho tiempo, pero...

-Yo tampoco lo aguantaré, -le apoyó Dorothy con los ojos llenos de presentimiento-. Ni Margaret.

-... si es necesario, -continuó hablando Crane como si la muchacha no hubiera dicho nada, que así sea. ¿De verdad que es imprescindible, DuQuesne?

-Definitivamente. Y si pudiéramos aplicar más que eso, sería mejor. Y cada minuto que pasa va a ser peor.

-¿Cuánto empuje es capaz de aguantar? -Le preguntó Seaton. Más del necesario. No mucho más, pero es suficiente.

-Si tú puedes, yo también podré. Seaton no estaba echándose faroles, sencillamente se limitaba a constatar un hecho. Esto es lo que vamos a hacer. Doblaremos el empuje de los motores. DuQuesne y yo vigilarémos los controles hasta que uno de los dos no pueda más. Navegaremos así durante una hora y luego haremos los cálculos ¿De acuerdo?

-De acuerdo -Dijeron Crane y DuQuesne al mismo tiempo, y los tres hombres se pusieron a trabajar con furia. Crane se dirigió a la sala de máquinas, DuQuesne al observatorio. Seaton comenzó a conectar los cascos a las válvulas de aire y oxígeno del tablero de mandos.

Seaton le indicó a Margaret que se sentara, le colocó el casco sobre la cabeza, la fijó al asiento y se giró hacia Dorothy.

Al segundo siguiente ambos estaban abrazándose. Sintió la respiración y el pulso acelerados de la muchacha y vio el miedo a lo desconocido en sus ojos color violeta, pero cuando lo miró fue una mirada firme.

-Dick, cariño, esto es una despedida...

-No lo es Dottie... aún así... yo...

Crane y DuQuesne habían finalizado su trabajo, así que Seaton terminó de asegurar a Dorothy. Crane se reclinó sobre su asiento; Seaton y DuQuesne se colocaron sus cascos y se sentaron frente al tablero de mandos.

En rápida sucesión hicieron subir la velocidad en veinte puntos. *La Alondra del Espacio* se alejó aceleradamente de la otra nave, que continuaba con su loca caída; una masa metálica tripulada por un cadáver precipitándose a su destrucción sobre la superficie desoladora de una estrella muerta.

Punto por punto, ahora más lentamente, la potencia siguió subiendo. Seaton abrió lentamente la válvula de gases, un punto a medida que hacía subir la aceleración, hasta que la concentración de oxígeno fue tan alta que no se atrevió a seguir adelante.

Como ambos hombres estaban decididos a ser él el que diera el último impulso a la nave, el duelo continuó hasta unos límites que ambos habrían creído imposibles. Seaton realizó el que pensó que sería su último esfuerzo y esperó... sólo para sentir, un minuto después, que la nave se agitaba; y eso significaba que DuQuesne aun era capaz de moverse.

No era capaz de mover un solo músculo de su cuerpo, que estaba oprimido por un peso insoportable. *Sus* desesperados intentos por respirar sólo le ayudaron a inspirar una pequeñísima cantidad de oxígeno. Se preguntó durante cuánto tiempo sería capaz de mantenerse consciente bajo tales circunstancias. Aún así, puso todo su empeño por empujar la palanca de aceleración un punto más allá. En ese momento miró hacia el reloj que se encontraba sobre el tablero, sabiendo que había hecho todo lo que era capaz de hacer y preguntándose si DuQuesne sería capaz de darle más impulso a la nave.

Minuto tras minuto siguieron moviéndose mientras la aceleración se mantenía constante. Seaton, consciente de que se encontraba ya sólo a cargo de la situación, luchó por mantenerse consciente mientras el segundero del reloj continuaba marcando el paso del tiempo.

Tras lo que pareció ser una eternidad, pasaron los sesenta minutos y Seaton intentó cortar la energía, sólo para darse cuenta de que el esfuerzo lo había debilitado tanto que no era capaz de alcanzar el mando de dirección. Sólo fue capaz de bajar la palanca de aceleración hasta que se cortó por completo la energía. Las correas de seguridad se tensaron impidiendo que los cuerpos salieran despedidos hacia delante a causa de la brusca deceleración.

DuQuesne se recuperó y apagó el motor.

-Eres mucho más hombre que yo, Gunga Din. -Le dijo mientras comenzaba a tomar datos-.

-Eso es por que te llegaba poco oxígeno, nada más... un impulso más y se me abría salido el cerebro por las orejas, -le dijo Seaton mientras se levantaba para liberar a Dorothy y a la otra muchacha-.

Crane y DuQuesne finalizaron sus cálculos.

-¿Lo hemos conseguido? -Les preguntó Seaton-.

-De sobra. Con un solo motor rebasaremos la estrella. Entonces, mientras Crane aún permanecía pensativo, DuQuesne continuó hablando:

-¿No me cree, Sr. Crane?

-Sí y no. La rebasaremos, sí, pero sin seguridad. Hay algo en lo que ninguno de nosotros ha caído, aparentemente... el Límite de Roche.

-El Límite no es aplicable a esta nave, -le respondió Seaton con aplomo-. El acero aleado de alta resistencia no se rompería.

-Sí podría, le dijo DuQuesne. -O al menos estaría muy cerca de romperse... Crane ¿qué masa podría absorber la nave? ¿El máximo teórico?

**Comentario:** N del T: Límite de Roche: La distancia a la que una luna se rompería por efecto de la gravedad de su planeta

-Sí que podría. La estrella no se acerca al máximo de la nave, pero se le aproxima bastante.

Dicho esto, ambos hombres volvieron a centrarse en los ordenadores.

-He calculado treinta y nueve punto siete puntos de aceleración. Casi el doble. -Dijo DuQuesne cuando hubo finalizado sus cálculos-. ¿Estamos de acuerdo?"

-Casi... punto seis cinco. -Le respondió Crane-.

-Cuarenta puntos... hmmm... -DuQuesne hizo una pausa-. Yo me desmayé a los treinta y dos... eso quiere decir que el aumento deberá ser automático. Hará falta tiempo, pero será la única...

-Podemos hacerlo... todo lo que hemos de hacer es programarlo. Pero nos hará falta una cantidad enorme de cobre y, además ¿cómo sobreviviremos? ¿Añadiendo más presión al oxígeno? ¿Qué sugerís?

Tras una consulta breve pero intensa, los hombres se esforzaron por hacer todo lo que estaba a su alcance para que la tripulación pudiera sobrevivir a la aceleración. Si habían hecho lo suficiente o no, nadie podía saberlo. Cómo corregirían su rumbo, con las reservas de cobre agotadas, y qué estrellas, soles o planetas se cruzarían en su camino de vuelta a casa fueron dudas que prefirieron ignorar.

DuQuesne era el único miembro de la tripulación que aún mantenía la calma, el silencio concentrado de los demás expresaba el temor al que estaban haciendo frente.

Todos se situaron en sus puestos. Seaton conectó el ordenador que haría avanzar automáticamente los dos mandos de potencia cuarenta puntos y luego se detendría.

Margaret Spencer fue la primera en perder el conocimiento. Inmediatamente después, Dorothy retuvo un impulso casi incontrolable de gritar y se hundió en el olvido. Medio minuto después se desmayó Crane, analizando fríamente sus sensaciones. Un poco más tarde, fue DuQuesne el que siguió a los demás sin hacer esfuerzo alguno por evitarlo, con la plena seguridad de que aquello no supondría ninguna diferencia cuando se aproximara el final.

Seaton, sabiendo que sería algo inútil, luchó por mantener la consciencia, contando los puntos de aceleración a medida que avanzaban los dos mandos.

*Treinta y dos.* Sintió lo mismo que cuando hizo avanzar con sus propias manos la palanca la ocasión anterior.

*Treinta y tres.* Una mano gigantesca le robó la respiración, aunque luchaba por el último sorbo de aire. Un peso intolerable se posó sobre sus ojos, casi incrustándose en el cerebro. El universo rotó a su alrededor en graciosos círculos; estrellas naranjas, negras y verdes pasaron frente a sus torturados ojos.

*Treinta y cuatro.* Las estrellas se volvieron más brillantes y adquirieron colores más variados, mientras que un punzón gigante grababa ecuaciones y símbolos a fuego en su febril cerebro.

*Treinta y cinco.* Las estrellas y el punzón explotaron en unos fuegos pirotécnicos de luz abrasadora y cegadora y Seaton se hundió en un abismo sin fondo.

Cada vez a mayor velocidad, *La Alondra del Espacio* se arrojó violentamente hacia su trayectoria casi completamente hiperbólica. Cada vez más rápido, a medida que pasaban los minutos, se acercó a la inmensa estrella muerta. Dieciocho horas después del comienzo de su fantástico salto, se lanzó en un arco perfecto que pasó rozando el cuerpo celeste. Es cierto que rebasó el Límite de Roche, pero por tan poco que el pelo de Martin Crane habría encanecido de poder haberlo presenciado.

Entonces, en la etapa final de su gigantesco arco, los cuarenta puntos dobles de aceleración comenzaron a dar todo su fruto. A las treinta y seis horas, la ruta de la nave ya no era ni aproximadamente hiperbólica. En lugar de frenar, a causa de la atracción casi mortal con que la atraía la estrella muerta, comenzó a acelerar de forma vertiginosa.

A los dos días, la atracción era muy débil.

Pasados tres días, el monstruo del que se estaba alejando era ya un cuerpo sin apenas influencia.

Impulsada locamente hacia delante, hacia arriba, hacia el espacio vacío por el inconcebible poder que le otorgaban los demonios de cobre que llevaba en su interior, la *Alondra* rompió a través del espacio interestelar a una velocidad impensable, casi incalculable, comparada con la cual, la velocidad de la luz era la de un caracol adelantado por la bala de un rifle de gran calibre.

## Capítulo catorce

Seaton abrió los ojos y miró a su alrededor preguntándose que había sucedido. Consciente sólo a medias, con todo el cuerpo magullado y dolorido, no podía recordar lo que había sucedido. Instintivamente se llenó los pulmones de aire y tosió cuando el gas le penetró en los pulmones a más presión de la normal; la reacción le hizo recordar

los sucesos pasados. Se quitó el casco y se precipitó en dirección al asiento de Dorothy.

¡Aún estaba viva!

La colocó con la cara mirando hacia el suelo y comenzó a aplicarle la respiración artificial. La muchacha recobró la consciencia con un ataque repentino de tos que fue un alivio para Seaton. Tras quitarle el casco, la abrazó largamente mientras ella lloraba convulsivamente sobre su hombro. Tras el primer impulso de felicidad por verse juntos de nuevo, sintió una punzada de culpabilidad.

-¡Dick! Ayuda a Peggy... me preocupa que...

-No te preocupes, -le respondió Crane-. Está recuperándose perfectamente.

Crane ya había reanimado a la otra chica. DuQuesne no estaba a la vista. Dorothy se sonrojó y soltó los brazos del cuello de Seaton. Seaton, también violento, dejó caer los brazos y se alejó flotando, agitando frenéticamente una mano en busca de asidero.

-¡Agárrame, Dick! -Le dijo en medio de un ataque de risa-. Seaton la agarró por una pantorrilla olvidándose de mantenerse asido a su anclaje, y ambos comenzaron a flotar juntos. Martin y Margaret, sujetándose a un pasamanos, rompieron a reír sin poder contenerse.

-Pio, pio... soy un canario, -les dijo Seaton mientras batía los brazos-. Échanos una mano, Mart."

-Querrás decir un Dick-bird<sup>7</sup>, -le dijo Dorothy-.

Crane estudió a la ingrátida pareja con fingida seriedad.

-Una postura muy curiosa, Dick. ¿Qué se supone que quieres representar? ¿A Zeus sentado en su trono?

-¡Lo que voy a hacer, botarate, es sentarme sobre tu cuello sino nos alcanzas ahora mismo esa cuerda!

Sin embargo, mientras seguía hablando se precipitó contra el techo de la sala, lo que le permitió impulsar a ambos de vuelta al suelo.

Seaton introdujo una barra en los motores y, tras encenderse la luz de aviso, dio un leve impulso a los motores. La *Alondra* pareció saltar bajo sus pies y todo volvió a recuperar su peso normal.

-Ahora que todo ha vuelto a la normalidad, -dijo Dorothy-, os presentaré a ambas a la señorita Margaret Spencer, una buena amiga mía. Estos son los chicos de los que te he hablado tanto, Peggy. Este es el doctor Dick Seaton, mi prometido. Sabe todo lo que se puede saber sobre átomos, electrones, neutrones y cosas así. Y este es el Sr. Martin Crane, que se limita a ser un maravilloso inventor. Él diseñó las máquinas y todos los elementos de esta nave.

-Creo que ya he oído hablar del Sr. Crane, -les dijo nerviosa Margaret-. Mi padre también era inventor, y solía hablarme de un caballero llamado Crane que inventó un montón de instrumentos para los aviones supersónicos. Decía que había revolucionado la aeronáutica. ¿Es usted ese señor Crane?

---

<sup>7</sup> N.del T.: Frase imposible de verter al castellano. El autor juega con el nombre familiar de Richard Seaton: Dick, que en inglés significa tanto el diminutivo de Richard como "polla". En este caso podría traducirse como "pájaro-polla" o "pájaro machote".



-Me ha alabado usted injustificadamente, señorita Spencer, -le respondió Crane incómodo-. Pero he hecho a lo largo de mi vida algunas cosas en esa línea que podrían señalarme como ese Crane.

-Si me permitís cambiar de tema, -les cortó Seaton-, ¿Dónde está DuQuesne?

-Se marchó a darse una ducha. Luego se dirigió a la cocina para ver si todo estaba en orden y comer algo.

-¡Un tipo listo! -Exclamó Dorothy-. ¡Comida! Y lo que es mejor... lavarnos... si entendéis saldréis corriendo hacia las duchas. Vamos, Peggy, se dónde se encuentra nuestro dormitorio.

-¡Qué mujer! -Exclamó Seaton mientras las dos mujeres se alejaban, Dorothy casi arrastrando a su amiga-. Está magullada por todo el cuerpo. Está casi muerta de agotamiento... no sería capaz de empujar ni tan siquiera un coche con la primera marcha metida; casi no puede ni andar ni tenerse en pie y no se ha quejado en ningún momento: Esto nos pasa todos los días, debe pensar aunque se esté muriendo. ¡Qué mujer!

-Incluye en tu discursito a la señorita Spencer, Dick. ¿Se ha quejado ella tampoco? Y, para empezar, no estaba en mejores condiciones que Dorothy.

-Tienes razón. -Convino Seaton, pensativo-. También tiene un buen par de pelotas. Esas dos chicas, Marty mi querido viejo verde, están emitiendo señales directamente en nuestra dirección... Bueno, vamos a darnos un baño y un buen afeitado. Y baja un par de grados el aire acondicionado ¿Quieres?

Cuando estuvieron de vuelta encontraron a las dos muchachas sentadas en una de las salas.

-¿Habéis tomado algún medicamento, Dot? -Le preguntó Seaton-.

-Sí, hemos tomado amilofeno. Como siga así voy a convertirme en una adicta. -Le dijo mientras ponía cara de estar pasando un síndrome de abstinencia-.

Seaton le guiñó un ojo.

-Lo mismo nos va a pasar a nosotros. ¡Guau! ¡Otro pico de amilofeno!

-Venid aquí y echad un vistazo por esta ventana. ¿Alguna vez habéis visto algo así?

Mientras las cuatro caras se asomaban apretadas por la ventana, un tenso silencio cayó sobre la sala. La negrura del espacio interestelar no es la negrura de la noche terrestre; es la absoluta ausencia de luz... una negritud frente a la cual el polvo de platino parece una bruma gris. Sobre aquel telón de oscuridad absoluta resaltaban los fantasmales brillos de las nebulosas; brillaban duramente, con fuerza, multicolores. Puntos sin dimensiones aparentes brillaban donde flotaban las estrellas.

-Joyas sobre terciopelo negro. -Dijo Dorothy casi sin respiración-. ¡Es tan exuberante... tan maravilloso!

Un pensamiento rompió el éxtasis de Seaton. Se precipitó hacia una terminal del ordenador.

-Mira, Mart. No reconozco ninguna formación ahí fuera, y me pregunto por qué. Nos estamos alejando de la Tierra y debemos estar cerca de la velocidad de la luz. El giro que hicimos para rodear aquella estrella debió desviarnos, claro, pero los motores debieron... ¿o no?

-Creo que no... improbable, pero no imposible. Al acercarnos tanto al Límite de Roche, provocamos lo inesperado.

-Creo que así debió ser. Debemos revisar cualquier deformación de la nave. Pero el objeto-compás aún funciona... vamos a comprobar cuán lejos estamos de casa.

Introdujeron los datos y ambos comenzaron a realizar los cálculos.

-¿Qué has obtenido, Mart? A mí me da miedo enseñarte mis resultados.

-Cuarenta y seis punto veintisiete siglos luz. ¿Estamos de acuerdo?

-De acuerdo. Estamos jodidos... el reloj marca veintitrés treinta y dos, la verdad es que has construido una máquina capaz de soportar cualquier cosa. Mi reloj se ha estropeado, y me figuro que todos los demás también. Bueno, volveremos a realizar lecturas dentro de una hora para ver a qué velocidad nos desplazamos. Creo que me voy a llevar tal sorpresa que me voy a quedar sin voz para leerlo en voz alta.

-La cena está servida, -dijo DuQuesne, que había permanecido apoyado en el quicio de la puerta escuchándoles-

Los viajeros, agotados, desanimados y magullados, se dirigieron a la mesa del comedor. Mientras cenaban, Seaton estuvo vigilando los motores... cuando no estaba mirando a Dorothy y hablando con ella. Crane y Margaret estaban charlando en voz baja. DuQuesne, a excepción de cuando alguien se dirigía directamente a él, se mantuvo en un silencio autosuficiente.

Tras una nueva revisión, Seaton le dijo:

-DuQuesne, nos encontramos a casi cinco mil años luz de la Tierra, y nos estamos alejando aún más: a casi un año luz por minuto.

-¿Me considerarías muy inculto si te preguntara cómo lo sabes? Podría ser. Las cifras son correctas. Y sólo nos quedan cuatro barras de cobre. Es suficiente para detenemos y damos un pequeñísimo impulso, pero no es suficiente para llevamos de vuelta, incluso aunque nos dejáramos llevar por el impulso... necesitaríamos varias vidas.

-Así que vamos a tener que tomar tierra en algún sitio para abastecemos de cobre.

-Correcto. Lo que quería consultarte... ¿No existe algún sol alrededor del cual rote un planeta de composición cobriza?

-Yo diría que sí.

-Entonces ocúpate del espectroscopio y busca algún planeta en nuestra ruta... arriba o abajo, al que podamos dirigimos. Y Mart, creo que sería mejor que volviéramos a hacer turnos de doce horas. No, de ocho. Será mejor que confiemos en este muchacho o tendremos que matarlo. Me toca la primera guardia. Todos a la cama.

-No tan deprisa, -le interrumpió Crane-. Si lo recuerdo bien, este es mi turno.

-La prehistoria no cuenta. Vamos a tirar una moneda al aire. Cara, yo gano.

Seaton ganó, y los derrotados viajeros se dirigieron a sus habitaciones... todos excepto Dorothy, que se demoró un poco para darle a su amante unas buenas noches más íntimas.

Sentada a su lado, con los brazos rodeándolo y la cabeza sobre su hombro, se sintió maravillosamente bien hasta que se dio cuenta de la falta de su anillo de compromiso. Se le cortó la respiración y abrió los ojos llenos de preocupación.

-¿Qué sucede, pelirroja?

-¡Oh, Dick! -Le dijo compungida-, ¡Me había olvidado que mi anillo se encuentra fundido en la máquina del doctor!

-¿Eh? ¿De qué me estás hablando?

Le contó lo sucedido y luego él le contó por todo lo que habían pasado Martin y él.

-¡Oh, Dick... Dick... es tan maravilloso volverte a tener al lado! -Exclamó finalmente-. ¡Parece que llevo años aquí fuera!

-Ha sido duro... lo has pasado tan mal como nosotros... pero me siento culpable al pensar cómo perdí los estribos en la fábrica de Wilson. Si no hubiera sido por que Martin mantuvo la sangre fría, nosotros... le debemos muchísimo, nena.

-Sí, tienes razón... pero no te preocupes por esa deuda, Dick. Sencillamente, límitate a no dejar que se te escape con Peggy una sola palabra sobre la fortuna de Martin, eso es todo.

-¿Así que ahora te has convertido en una celestina? ¿Porqué no? La opinión de ella no cambiaría ni un tanto así... esa es una de las razones por la que me voy a casar contigo; ya sabes... por tu dinero."

Dorothy sonrió llena de alegría.

-Lo sé. Pero escúchame, pobretón, busca fortunas atontado... si a Peggy se le pasara por la cabeza que Martin es nada menos que M. Reynolds Crane, se haría un ovillo y no volvería a levantar la cabeza. Se pensaría que él cree que anda buscándolo, y entonces sí que Martin comenzaría a sospecharlo de verdad. Mientras que de esta manera, se están comportando de forma totalmente natural. Jamás le había visto comportarse con tanta soltura con una chica, excepto conmigo, desde hace cinco años; ya mí no me dirigió la palabra con soltura hasta que no estuvo completamente seguro de que no andaba tras él.

-Podría ser, muñeca, -le dio la razón Seaton-. Una cosa sí es cierta... lo han intentado cazar tantas veces que se ha vuelto desconfiado como un gato.

Al finalizar sus ocho horas de guardia, Crane sustituyó a Seaton y éste se dirigió casi dando tumbos a su dormitorio, donde cayó en un profundo sueño de casi diez horas, como si se tratara de un hombre en trance. Luego, una vez que se hubo levantado, realizó algunos ejercicios y se dirigió al comedor.

Dorothy, Peggy y Crane se encontraban desayunando, por lo que Seaton se les unió. Hicieron la comida más relajada y cordial que habían tenido desde que abandonaron la Tierra. Algunas de las peores contusiones aún mostraban sus marcas, pero bajo la influencia del potente aunque doloroso amilofeno, todas los síntomas de dolor, rigidez y entumecimiento habían remitido.

Una vez que hubieron terminado la comida, Seaton les dijo:

-Me dijiste, Mart, que pensabas que los soportes de los giróscopos podría haber sufrido algún tipo de tensión más allá de su punto de resistencia. Voy a coger un goniómetro integrador...

-Habla en nuestro idioma, Dick... en el de Peggy y mío. -Le interrumpió Dorothy-

-Vale. Voy a coger unas herramientas y voy a mirar si alguna de las piezas ha sufrido algún tipo de torsión o rotura. Dot, sería una buena idea que te vinieras conmigo y me sujetaras la cabeza mientras pienso.

-Esa es una idea... y buena si no se te ocurre ninguna más,

Crane y Margaret se marcharon y se sentaron frente a una de las ventanas de la nave, Ella le contó su vida sin omitir detalles y con absoluta sinceridad, temblando y empalideciendo cuando le contó los sufrimientos y terrores que soportó hasta que Perkins fue muerto.

-Tenemos una deuda importante que saldar con la dirección de la Steel y con DuQuesne, -le dijo Crane lentamente-. Ahora lo podemos acusar de rapto. ¿Entonces la muerte de Perkins no fue un asesinato.

-Oh, no. Se comportaba como un animal enloquecido, Tuvo que matarlo. Pero el doctor, como lo llaman ellos, es igualmente de peligroso. Es tan infinitamente cruel y brutal, tan frío y científico, que me dan escalofríos sólo de pensar en él.

-¿Y aún así Dorothy afirma que le salvó la vida?

-Y lo hizo; la salvó de Perkins; pero fue algo perfectamente pragmático, como todo lo que hace, La quería viva: muerta no le habría servido de gran cosa, Es una máquina hasta donde puede llegar a serlo un ser humano; eso es lo que yo creo.

-Me siento inclinado a pensar como tú. Nada agradaría más a Dick que tener una buena excusa para matarlo.

-Y no es el único. Y la forma en que ignora nuestros sentimientos hacia él... ¿Qué ha sido eso?

La *Alondra* se había comenzado a girar visiblemente.

-Probablemente sólo se trate de un rodeo alrededor de una estrella, Miró en uno de los ordenadores y luego la condujo a través de una portilla. Estamos rodeando la estrella hacia la que nos dirigía Dick; nos movíamos demasiado de prisa como para detenemos. DuQuesne localizará otra, ¿Ves aquel planeta de allí? Señaló hacia un cuerpo luminoso. ¿Y aquel más pequeño, allí?

La muchacha vio dos planetas; uno como una pequeña luna y el otro mucho más pequeño, y pudo ver cómo el sol aumentaba rápidamente de tamaño a medida que la *Alondra* volaba a tal velocidad que cualquier distancia terrestre habría sido cubierta mucho antes de comenzar su recorrido. Tan elevada era su velocidad que la nave fue bañada en la luz del astro anaranjado sólo durante unos instantes, para volver a ser rodeada por la tinieblas poco después.

Su vuelo descontrolado de setenta y dos horas había parecido un milagro; ahora parecía completamente posible que pudiera navegar en una línea completamente recta durante semanas sin encontrarse con obstáculo alguno, tan vasto era el vacío en comparación con los escasos puntos luminosos que se observaban, De vez en cuando pasaban lo suficientemente cerca de una estrella como para apreciar la velocidad a la que volaban; pero la mayor parte de las veces, la estrellas permanecían quietas en su posición durante varios minutos.

Impresionados por la inmensidad del universo, ambos permanecieron frente a la ventana en silencio; no en un silencio embarazoso, si no en el silencio que mantienen dos amigos cuando se enfrentan a algo que se encuentra mucho más allá de las palabras, Mientras observaban el infinito, ambos sintieron como nunca antes lo insignificante del mundo que habían conocido, y lo vano del ser humano y sus esfuerzos y preocupaciones. En silencio, ambas mentes entraron en una profunda unión.

Inconscientemente, Margaret sintió un escalofrío y se acercó un poco más a Crane; y un gesto de ternura invadió el rostro de Crane mientras éste miraba hacia abajo y observaba a la bella joven que se encontraba a su lado. Porque en verdad era bella. El descanso y la comida habían borrado todas las señales de su encierro. La profunda fe que sentía Dorothy en las habilidades de Seaton y Crane había expulsado todos sus miedos y, como guinda de aquel pastel, el vestido que Dorothy le había regalado de su bien surtido (¡y excesivamente caro!) armario, y que le quedaba como un guante y con el que se sentía verdaderamente seductora, había culminado en un verdadero aumento de su belleza.

Él volvió a levantar la vista con rapidez y volvió a estudiar las estrellas; pero ahora, sumándose a la belleza del espacio, vió un espeso y ondulado pelo negro coronando una cabeza perfecta; unos profundos ojos marrones velados por unas larguísimas pestañas negras, unos labios dulces y sensibles, una barbilla de líneas perfectas y un cuerpo joven y maravillosamente formado.

-Qué increíble... qué maravilloso es esto... -Susurró Margaret-. Qué vasta inmensidad mayor que cualquier inmensidad de la Tierra... y aún así...

Se detuvo mordiendo el labio inferior entre sus blanquísimos dientes, luego continuó hablando:

-¿Pero no cree, señor Crane, que hay algo en el hombre más grande que todo esto? Algo debe haber, o ni Dorothy ni yo estaríamos navegando a través del espacio en una nave tan maravillosa como *La Alondra* que usted y Dick Seaton han construido.

Los días pasaban. Dorothy ajustó sus horas de vigilia a las de Seaton preparándole las comidas y acompañándolo en sus largas horas de guardia. Margaret tomó la misma determinación con Crane. Siempre se reunían en el comedor cuando DuQuesne se encontraba de guardia y, mezcladas con conversaciones más serias, las risas y las exclamaciones de diversión llenaban la gran sala. Margaret, formando parte del cuarteto ya con pleno derecho, demostró ser una excelente compañera, Sus agudas respuestas y sus rápidas y jocosas salidas, así como su facilidad de expresión, hacían las delicias de sus tres amigos.

Un día, Crane le sugirió a Seaton que deberían tomar notas de sus observaciones aparte de fotografías.

-Sé comparativamente poco de astronomía, pero, con los instrumentos de que disponemos, deberíamos ser capaces de obtener datos, en especial de los sistemas planetarios; resultarán de gran interés para los astrónomos. ¿Nos serviría de ayuda la señorita Spencer, que ha sido secretaria?

-Por supuesto, -le respondió Seaton-. Es una buena idea... nadie había reparado en ello antes.

-¡Me encantará hacerlo... soy una experta tomando notas! Gritó Margaret, y salió corriendo en busca de material de escritura.

Tras aquello, ambos comenzaron a trabajar juntos en las horas de guardia de Martin.

*La Alondra* atravesó un sistema solar tras otro a una velocidad tal que le era imposible tomar tierra. La asociación de Margaret con Seaton comenzó siendo puramente laboral, pero lentamente fue convirtiéndose en un auténtico placer para ambos. Trabajando juntos en sus investigaciones, sentados frente al tablero de mandos manteniendo una fluida conversación o en un silencio confortable, llegaron a establecer en pocos días una amistad que probablemente habría requerido meses.

Con cada vez más frecuencia, a medida que el tiempo transcurría y *La Alondra* se precipitaba a través del espacio, o encerrado en su camarote, Crane recordaba el sueño de tener un hogar al completo. Sin embargo, ahora la figura central de su visión, en lugar de ser una mancha borrosa era una figura con un perfil muy definido. Por su parte, Margaret se encontraba cada vez más atraída por aquel joven inventor, tranquilo y atento y con un amplísimo conocimiento.

Finalmente *la Alondra* frenó lo suficiente como para que le fuera posible realizar un aterrizaje, por lo que fue dirigida a un planeta cuyo sol mostraba rastros de cobre. A

medida que la nave se aproximaba al planeta una ola de excitación recorrió a cuatro de los cinco pasajeros. Observaron cómo crecía de tamaño el globo, aumentando su brillo y con el perfil borroso por la atmósfera que lo rodeaba. Poseía dos satélites; su sol, una estrella enorme y centelleante, era demasiado brillante y caliente como para que Margaret se encontrara tranquila.

-¿No resulta peligroso acercarse tanto, Dick?

-Nooo... Una de las tareas del piloto es vigilar los termómetros exteriores. Cualquier subida de temperatura que pudiera resultar peligrosa haría que nos sacara de aquí a toda velocidad.

Descendieron hasta tocar la atmósfera y bajaron un poco más, casi hasta la superficie del planeta. El aire era respirable: su atmósfera poseía una composición muy similar a la de la Tierra, excepto por el dióxido de carbono, que era sustancialmente elevado. Su presión atmosférica era un poco más alta, pero no en exceso; la temperatura, aunque elevada, era soportable. La gravedad del planeta era un diez por ciento superior a la de la tierra. El suelo estaba cubierto por una vegetación muy crecida, pero aquí y allá podían observar claros entre los árboles.

Aterrizando en uno de aquellos calveros, observaron que el suelo era sólido, por lo que salieron de la nave: Lo que en un principio les pareció un claro entre los árboles resultó ser roca; o algún tipo de metal del que sólo se podían observar algunos retazos. Al borde del claro crecía una planta arbórea, maravillosamente simétrica, pero de curiosa forma: sus ramas eran más gruesas en el extremo que en su nacimiento y presentaban enormes hojas de color verde oscuro, enormes espinas y unos extraños zarcillos en forma de sacacorchos. Permanecía firme, como un puesto avanzado del denso bosque que se encontraba más allá. Los helechos, elevándose más de cien metros en el aire, no se parecían en absoluto a los de la tierra. Mostraban un vívido color verde intenso y permanecían en absoluta quietud en el espeso y caliente aire.

No observaron señales de animales; todo el paisaje daba la impresión de hallarse sumido en un profundo sueño.

-Un planeta más joven que el nuestro, -dijo DuQuesne-. Aproximadamente en la era Carbonífera. ¿No se parecen esos helechos arborescentes a los encontrados en los cortes estratigráficos de las capas correspondientes a la Era Glaciar?

-Correcto. Precisamente estaba intentando precisar a qué me recordaban. Pero es este calvero el que me llamaba la atención. ¿Alguien ha podido hablar alguna vez de un filón tan grande de metal puro como éste?

-¿Cómo sabes que es puro? -Le preguntó Dorothy-

-No existen evidencias de corrosión, y ha debido permanecer expuesto desde hace millones de años. Seaton, que se dirigía hacia una de las pellas que sobresalían del terreno, la pateó con fuerza. No tan siquiera se movió.

Se inclinó para levantarla con una sola mano. Aún así ni tan siquiera se movió. Ayudándose con ambas manos y aplicando toda su fuerza, pudo levantarla a escasos centímetros del suelo, pero eso fue todo.

-¿Qué te parece, DuQuesne?

DuQuesne la sopesó, sacó un cuchillo y raspó la superficie. Estudió la capa recién expuesta del metal y las rayaduras; volvió a rascar y volvió a estudiar el resultado.

-Hmmm. Del grupo del platino, casi con certeza... y el único elemento de ese grupo que reacciona adecuadamente a tu elemento X.

-¿Pero no habíamos acordado que el cobre y X en estado libre no podía existir en el mismo planeta, y que los planetas con componente, cúprico giran alrededor de un sol cúprico?

-Sí, pero eso no quiere decir que sea verdad. Si esto es X, les van a estar dando dolores de cabeza a los cosmólogos durante los próximos veinte años. Me voy a llevar estas raspaduras y voy a hacer unos análisis muy breves.

-Hazlo; yo voy a reunir todas las pepitas sueltas que pueda encontrar. Si es X (y estoy casi seguro de que lo es), va a haber suficiente como para hacer funcionar todas las plantas de energía de la tierra durante dos mil años.

Crane y Seaton, acompañados por las dos mujeres, llevaron todas las pepitas sueltas a bordo de la nave. Luego, a medida que la búsqueda los llevó cada vez más lejos de la nave, Crane protestó.

-Esto ya no es seguro, Dick.

-A mí me parece perfectamente seguro. Tan tranquilo como una...

Margaret gritó. Tenía la cabeza girada hacia la *Alondra* y su cara era una máscara de terror.

Seaton desenfundó su pistola mientras se giraba, sólo para posar el dedo sobre el gatillo y bajar la mano.

-Llevo una carga de balas de X-plosivo, dijo mientras los cuatro miraban fijamente la figura que aparecía por detrás de la nave.

Sus cuatro patas, enormes y achaparradas, soportaban un cuerpo de casi cincuenta metros de largo, peludo y desgarrado; en el extremo del largo y sinuoso cuello se alzaba una cabeza pequeña que parecía estar compuesta exclusivamente por una cavernosa boca armada con filas y filas de dientes propios de un animal carnívoro. Dorothy jadeó de terror; las dos chicas se encogieron tras los hombres, que mantenían un tenso silencio mientras la enorme bestia deslizaba su cabeza por la superficie de la nave.

-No puedo disparar, Mart... el disparo destrozaría la nave... y aunque tuviera munición sólida, no creo que afectara mucho a ese bicho.

-No. Será mejor que nos ocultemos hasta que se vaya. Vosotras escondéos en ese saliente, nosotros nos ocultaremos en este.

-O alejáos lo suficiente de la *Alondra* como para que podamos atraerlo hacia nosotros.

Añadió Seaton mientras, con Dorothy pegada a su espalda, se ocultaba tras el pequeño saliente.

Margaret, con la mirada fija en el monstruo, permaneció inmóvil hasta que Crane la tocó suavemente y la ocultó a su lado.

-No te asustes, Peggy. Se marchará pronto.

-No estoy excesivamente... asustada. -Suspiró largamente-. Pero si no estuvieras aquí, Marty, me moriría de puro miedo.

Apretó los brazos a su alrededor; luego se obligó a que su abrazo fuera menos intenso. Este no era ni el momento ni el lugar.

Una ráfaga de disparos salió de la *Alondra*. La criatura rugió de dolor e ira, pero fue silenciada rápidamente por una lluvia de balas del calibre 50.

-DuQuesne se ha puesto en marcha ¡vamos! -Gritó Seaton-, y los cuatro salieron corriendo de su refugio. Apartándose del agónico animal, se precipitaron por la escotilla

de la nave. DuQuesne selló la nave. Todos se apiñaron frente a la puerta mientras un sonido apabullante crecía en el exterior.

La escena, tan tranquila hasta ese momento, había cambiado de forma horrible. El aire parecía lleno de espantosas criaturas. Lagartos alados de un tamaño prodigioso se precipitaban en picado para estrellarse contra el blindaje de la *Alondra*. Monstruosidades aladas, con garras de tigre, atacaban furiosamente. Dorothy gritó y saltó hacia atrás cuando una cosa en forma de escorpión de más de medio metro saltaba hacia la ventana a la que estaban asomados mientras que su aguijón derramaba veneno sobre el cristal. Mientras caía al suelo, una araña (si podía considerarse como tal a un animal de ocho patas, espinas en lugar de pelo, ojos facetados, y un hinchado cuerpo que debía pesar varios cientos de kilos) saltó sobre él y, enfrentando sus enormes mandíbulas al aguijón, comenzó una furiosa batalla. Cucarachas del tamaño de un gato trepaban con agilidad sobre el cadáver y comenzaban a alimentarse con voracidad del cuerpo de la criatura que había matado DuQuesne. Rápidamente fueron apartadas por otro animal, una pesadilla viviente propia de la era de los grandes saurios que mezclaba la naturaleza y el carácter de un *tiranosaurus rex* y la apariencia física de un tigre dientes de sable. El recién llegado se elevaba a una altura de siete metros hasta los hombros y poseía una boca desproporcionada incluso para su tamaño; una boca armada con aguzados dientes de sesenta centímetros. Sin embargo, apenas había comenzado a alimentarse cuando fue interrumpida por otra pesadilla; un animal vagamente parecido a un cocodrilo.

El cocodrilo cargó. El tigre le hizo frente, los dientes separados y las garras extendidas. Desgarrando, devorando, golpeando en una orgía de sangre, los combatientes lucharon a todo lo largo de la pequeña isla.

De repente, el gran árbol se inclinó y golpeó a ambos animales. Los atravesó con sus espinas, que los espectadores pudieron observar que acaban en una aguzadísima punta levemente engarfiada. Desgarró a ambos con sus largas ramas que en realidad eran letales lanzas. Las anchas hojas, equipadas con discos absorbentes se cerraron alrededor de las indefensas víctimas empaladas. Los largos y delicados zarcillos, cada uno de los cuales exhibía un ojo en su extremo, se apartaron hasta una distancia prudente.

Tras absorber todos los líquidos de los dos combatientes, el árbol retornó a su postura inicial, perfectamente quieto en toda su extraña y terrorífica belleza.

Dorothy se lamió los labios, tan blancos como el resto de su cara.

Creo que me voy a poner enferma, -dijo en un tono absolutamente normal-.

-De eso nada. -Le dijo Seaton agarrándola de un brazo-. Ánimo, campeona.

-Vale, jefe. Puede que no lo haga... por esta vez. El color volvió a sus mejillas. Pero, Dick ¿Me prometes derribar ese horrible árbol? No sería tan espantoso si fuera feo, como el resto de los animales, pero *¡es tan bonito!*

-Ten la seguridad de que así lo haré. Creo que será mejor que nos larguemos de aquí. Este no es un lugar para establecer una mina de cobre, incluso si aquí hubiera cobre, cosa que... Es X ¿verdad, DuQuesne?

-Sí, y de una pureza del noventa y nueve por ciento como poco. Eso me recuerda..., - y Seaton se giró hacia DuQuesne y le extendió una mano- ...que tú me lo robaste, Blackie. Ahora dime que hemos acabado con todos los enfrentamientos.

DuQuesne ignoró la mano.



-Por mi parte, no. Le dije con toda tranquilidad. Me comporto como uno más del equipo, y así lo haré mientras esté con vosotros. Sin embargo, cuando regresemos seguiré intentando quitaros de en medio. -Se giró y salió de la sala-

-Vale, ahora me siento como una... -Seaton omitió la palabra-. ¡No es un hombre, es un reptil con la sangre completamente helada!

-Es una máquina... un robot -Afirmó Margaret- ¡Siempre lo he pensado y ahora lo sé!

-¡Cuando regresemos ajustaremos cuentas! -Dijo Seaton-. ¡Ha estado pidiéndolo desde el comienzo... le voy a vaciar dos cargadores en el cuerpo!

Crane se situó ante el tablero de mandos y pronto estuvieron aproximándose a otro planeta rodeado por una espesa niebla. Descendiendo lentamente, descubrieron que era una masa de vapor ardiente y fuertes vientos sometidos a enormes presiones.

El siguiente planeta parecía muerto y agostado. La atmósfera era clara, pero mostraba un peculiar color verde amarillento. Los análisis demostraron que estaba compuesta por un noventa y nueve por ciento de cloro. Ningún tipo de vida podía existir sobre su superficie en condiciones naturales y la búsqueda de cobre, aún protegidos por los trajes especiales, sería extremadamente difícil si no imposible.

-Bien, -dijo Seaton una vez que estuvieron en el espacio de nuevo-, disponemos de suficiente cobre como para visitar unos cuantos sistemas solares más si fuera necesario. Ahí tenemos un planeta que parece valer la pena; quizá sea el que buscábamos.

Sumergiéndose en su atmósfera, la analizaron y descubrieron que no era peligrosa.

## Capítulo quince

Descendieron con rapidez, dirigiéndose hacia una ciudad construida en el centro de una inmensa llanura de aspecto idílico. Mientras la observaban, la ciudad se desvaneció, convirtiéndose en la cima de una montaña rodeadas de valles que descendían por sus faldas hasta una distancia que el ojo no podía alcanzar.

-¡Vaya! ¡Jamás he visto un milagro como este! -Exclamó Seaton-. De todas formas, aterricemos y nos daremos una vuelta.

La nave aterrizó suavemente sobre la cima, mientras sus ocupantes esperaban que de un momento a otro la montaña desapareciera bajo sus pies. Sin embargo, nada de esto sucedió y los cinco se amontonaron en la salida de la nave, dudando si desembarcar o no. No pudieron apreciar signo alguno de vida, pero todos sintieron la presencia de algo vasto e invisible.

De repente, un hombre se materializó en el aire ante ellos: un hombre idéntico a Seaton en todos sus detalles: desde el antojo que tenía bajo un ojo hasta el estampado de su camisa.

-Hola, chicos, -dijo con el mismo tono y cadencia que Seaton-. Veo que os sorprende que conozca vuestro lenguaje... me parece muy bien. Ni tan siquiera entendéis la telepatía, o el éter, o la relación que guardan el tiempo y el espacio. No entendéis ni tan siquiera la cuarta dimensión.

De repente perdió la forma de Seaton, adoptó la de Dorothy y siguió hablando sin realizar una sola pausa.

-Electrones y neutrones y cosas de esas... nada existe aquí. De repente fue DuQuesne.

-¡Ah! Un individuo de mente despierta, pero ciego, torpe, estúpido; otro don Nadie. Lo mismo que Martin Crane. Igual que Peggy, como era de esperar. Como todos sois nada en esencia, pertenecientes a una raza tan baja en la escala que han de transcurrir millones de años antes de que tan sólo seáis capaces de sobrevivir a la propia muerte y a las estúpidas necesidades que conlleva la muerte, tales como el sexo, me veo en la obligación de hacer de vosotros la nada ¡He de desmaterializaros!

Con la forma de Seaton, el ser fijó su mirada en éste, que sintió que los sentidos lo abandonaban bajo un tremendo golpe invisible. Seaton luchó desesperadamente por mantener la consciencia y siguió en pie.

-¿Qué es esto? -Exclamó el extraño sorprendido-. Es la primera vez en millones de ciclos que la simple materia, que es sólo una manifestación de la mente, se ha negado a obedecer a una mente hecha de poder. Algo fastidioso me está molestando. Cambió a la forma de Crane.

-Ah. No soy una copia perfecta... percibo una sutil diferencia. La forma externa es la misma, al igual que la estructura interior. Las moléculas que forman la sustancia están perfectamente ordenadas, como los átomos que forman las moléculas. Los electrones, neutrones, protones, positrones, neutrinos, mesones... no veo nada extraño en estos niveles. En el tercer nivel...

-¡Vamos! -Exclamó Seaton agarrando a Dorothy y precipitándose hacia la entrada de la nave-. Este tema de la desmaterialización puede que sea algo habitual para él, pero creedme, no me gusta un pelo.

-¡No, no! El extraño salió de su ensimismamiento. ¡Debéis quedaros y ser desmaterializados... vivos o muertos!

Sacó un arma. Con la forma de Crane, apuntó lentamente, al igual que hacía Crane y un disparo de Seaton le alcanzó de lleno antes de que tuviera tiempo de apretar el gatillo. El pseudo cuerpo se volatilizó, pero para asegurarse, Crane disparó un Mark V hacia el mismo lugar mientras se cerraba la escotilla de la nave.

Seaton salto hacia el tablero de mandos. Mientras así hacía, una criatura se materializó en el aire frente a él... y cayó violentamente contra el suelo mientras la nave aceleraba. Era un ser grotesco: dientes saltones, largas garras... y una pistola automática sujeta a una mano humana. Aplastado por la violenta aceleración, fue incapaz de levantarse para izar la pistola.

-¡Te hemos engañado! -Le gritó Seaton-. Conviértete en material y te haré correr conmigo hasta que me salga fuego de los talones!

-Eso ha sido algo pueril. Dice mucho a favor de vuestro valor, pero no de vuestra inteligencia. -Le dijo el animal mientras desaparecía-.

Un momento más tarde, el pelo de Seaton se erizó cuando observó cómo una pistola se materializaba sobre el tablero de mandos, anclada a éste por bandas de acero. La corredera se montó; el gatillo retrocedió y el percutor cayó. Sin embargo, no se produjo detonación alguna, sino un simple chasquido. Seaton, paralizado por la rápida sucesión de los acontecimientos, se sorprendió de verse vivo aún.

-¡Vaya! Estaba casi seguro de que no se iba a disparar, -dijo la recámara con una vocecilla aguda y metálica-. Verás, aún no he descifrado la fórmula de vuestra estructura submolecular; por tanto, aún no puedo formar un explosivo válido. Pero utilizando la fuerza bruta podría acabar con vosotros de muchas maneras diferentes...

-¡Dime una! -Exclamó desafiante Seaton.

-Dos, si lo deseas. Podría materializarme en forma de seis yunques de hierro sobre tu cabeza y caer a plomo. Por medio del suficiente esfuerzo de concentración mental, podría materializar un sol justo a tu paso. Estos métodos serían efectivos ¿verdad?

-Sí... creo que lo serían. -Admitió Seaton con un gruñido-.

-Pero tal tarea es sumamente desagradable y nunca, bajo condición alguna, es algo obligatorio. Es más, no sois en absoluto los elementos tan nulos como mi primer análisis señaló. En particular vuestro elemento DuQuesne posee los rudimentos de una cualidad que, aunque no puedo considerar como habilidad mental, con el tiempo sí podrían hacerle evolucionar hacia unas características que le permitieran elevarse hacia un estrato puramente intelectual.

-Aún más, me habéis hecho realizar una cantidad notable, y absolutamente inesperada, de ejercicio de la que he disfrutado por completo, y por lo tanto he decidido lo siguiente: voy a emplear los próximos sesenta minutos de vuestro tiempo en trabajar sobre la fórmula... la de vuestra estructura subnuclear. Sus derivaciones son comparativamente simples, y requieren sólo la resolución de noventa y siete ecuaciones diferenciales simultáneas y la integración de noventa y siete dimensiones. Si sois capaces de interfeir en mis cálculos lo suficiente como para evitar que consiga resolver la fórmula en el periodo estipulado de tiempo, os dejaré que regreséis con el resto de vuestros nadas compañeros tal cual estáis ahora. El primer minuto comenzará cuando la manecilla de ese cronómetro llegue al cero; es decir... *ahora.*"

Seaton redujo el impulso de la nave hasta una gravedad y se reclinó en su asiento, con los ojos cerrados fuertemente y con el ceño fruncido por el esfuerzo mental.

-¡No puedes hacerlo, maldito gusano inmaterial! -Pensó con ira-. Existen demasiadas variables. Por muy inhumano que seas, no hay mente que sea capaz de manejar más de noventa y una diferenciales a la vez... estás equivocado; eso es theta, no epsilon: Es X, no Y o Z. ¡Alfa! ¡Beta! Ah, un desliz de los gordos... tienes que retroceder y comenzar de nuevo... Nadie puede integrar más de noventa y seis grupos... nada ni nadie, aunque sea todo mente, puede hacerlo en todo este puñetero universo.

Seaton se deshizo de cualquier pensamiento acerca de lo espantoso de su situación. Se negó cualquier pensamiento dubitativo. Se negó a considerar la posibilidad de que ambos, él y su adorada Dorothy, pudieran ser convertidos en nada en un instante. Cerrando voluntariamente su mente a cualquier otra cosa, luchó contra aquella extraña entidad mental con todo lo que poseía: con toda su capacidad para concentrarse en un solo problema, con toda su fuerza de voluntad; con toda la fuerza y poder de su directo y agudo cerebro.

La hora pasó.

-Habéis ganado, -le dijo la recámara de la pistola-. Para ser concretos, debería comunicaros que vuestro elemento DuQuesne es el que ha vencido. Para mi asombro y goce he visto que uno de vosotros ha desarrollado toda su capacidad innata durante esta corta hora. Seguid por vuestro camino, tal y como habéis venido, mis inteligentes mortales; seguid estudiando a esos maestros occidentales tal y como los habéis estudiado hasta ahora; existe dentro del reino de las posibilidades una que me indica que, incluso en vuestra breve vida, podréis ser capaces de resistir la tensiones concomitantes a la inducción hacia nuestra categoría.

La pistola se desvaneció y lo mismo sucedió con el planeta del que se estaban alejando. El envolvente y desasosegador campo de fuerza mental se deshizo. Los cinco supieron, sin ningún género de dudas, que el ser, fuera lo que fuera, se había marchado.

-¿Ha sucedido todo de verdad, Dick? -Le preguntó Dorothy con voz temblorosa-, ¿O he tenido la madre de todas las pesadillas?

-Sí, ha suc... bueno, creo que ha sucedido... o puede ser que... Mart ¿Si pudieras introducir todo en el ordenador, qué respuesta crees que nos daría?

-Lo ignoro. Sencillamente, lo ignoro. -La mente de Crane, propia de un ingeniero de alto nivel, se rebeló. Ningún episodio de este increíble suceso podía explicarse por medio racional alguno. No debería haber sucedido nada de esto. Sin embargo...

-Pudo haber sucedido o pudimos haber sido hipnotizados. Si fue así ¿Quién fue el hipnotizador y dónde se encuentra? Y sobre todo ¿Por qué? Ha debido de suceder en realidad, Dick.

-Así lo aceptaré, aunque suene ridículo. ¿Y que hay de ti, DuQuesne?

-Ha sucedido. No sé ni cómo ni porqué, pero yo lo creo. Ya he renunciado a negar la posibilidad de todo esto. Si hubiera creído que tu bañera salió volando por la ventana por sus propios medios aquel día, ninguno de nosotros estaría flotando en el vacío ahora mismo.

-Si ha sucedido, tú has sido nuestra lancha de salvamento. ¿Quiénes demonios son esos maestros occidentales que has estado estudiando, y qué es lo que has estudiado de ellos?

-No lo sé. Encendió un cigarrillo y dio dos profundas caladas. Me gustaría saberlo. He estudiado varias filosofías esotéricas... quizá pueda hacerme una idea de cuál ha sido. De verdad que voy a intentarlo... por que ésa, caballeros, sería mi idea del cielo. Abandonó la habitación.

Les tomó algún tiempo a los cuatro el recuperarse del impacto emocional que les provocó el encuentro. De hecho, aún no se habían recuperado cuando Crane encontró un grupo de estrellas cercano que emitían una peculiar radiación verdosa que en el espectroscopio se mostró como un componente cúprico. Cuando se hubieron aproximado lo suficiente como para que su sol ocupara gran parte del espacio frente a ellos, Crane le pidió a Seaton que le relevara en el puesto de piloto mientras que Margaret y él intentaban localizar un planeta.

Bajaron hasta el observatorio, pero se dieron cuenta de que el cuerpo celeste se encontraba aún demasiado lejos, por lo que comenzaron a tomar notas. Sin embargo, la mente de Crane no se encontraba centrada en el trabajo, si no en la muchacha que se encontraba a su lado. Los intervalos entre las frases comenzaron a hacerse cada vez más largos, hasta que ambos permanecieron en silencio.

La Alondra dio una pequeña sacudida, tal y como había hecho un centenar de veces ya. Y como un centenar de veces anteriores, Crane extendió un brazo protector. Sin embargo, esta vez, en una atmósfera ya recargada, el gesto adquirió un nuevo significado. Ambos se sintieron repentinamente violentos, y mientras sus ojos se encontraban, ambos vieron reflejados en los ojos del otro la necesidad de mucho más.

Lentamente, como si fuera algo involuntario, Crane pasó su otro brazo alrededor del talle de la muchacha. Un velo de color púrpura se extendió por la cara de ella, pero sus labios se pegaron a los del hombre y sus brazos rodearon su cuello.

-Margaret... Peggy... He intentado esperar... ¿Por qué deberíamos esperar? ¡Sabes cuánto te amo, cariño!

-Sí... creo que lo sé... ¡Lo sé... Martin!

Poco después, ambos regresaron a la sala de máquinas deseando que no se les notara la profunda felicidad que les embargaba, que resultara invisible su nueva situación. Podrían haber ocultado su situación durante largo tiempo si Seaton no hubiera preguntado inesperadamente:

-¿Qué tal, Mart?

El siempre autocontrolado Crane miró hacia Margaret lleno de pánico; la cara de Margaret se tornó cada vez más sonrojada.

-¿Sí, qué habéis encontrado? -Les preguntó Dorothy con una repentina y alegre sonrisa de comprensión.

-Mi futura esposa, -les respondió Crane tranquilamente.

Las dos muchachas se abrazaron mientras que ellos se estrechaban la mano, sabiendo los cuatro que en ambas uniones no existía capricho ni enamoramiento pasajero alguno.

Localizaron un planeta y la *Alondra* se dirigió hacia él.

-Está muy oculto, Mart. DuQuesne y yo no tenemos aún datos suficientes como para trazar un mapa de este sistema de soles, así que no sabemos exactamente qué lugar ocupa cada uno de ellos, pero el planeta se encuentra en algún lugar justo en su centro. ¿Hace esto que cambiemos de opinión?

-No. Tenemos muchos otros planetas cerca, pero poseen demasiada masa o demasiado poca, o carecen de agua o de atmósfera o presentan algún otro impedimento. Adelante.

Cuando se aproximaron a su atmósfera y cortaron el impulso, contaron diecisiete grandes soles repartidos por todas las direcciones del cielo.

-La superficie presenta presión atmosférica, treinta libras por pulgada cuadrada. Composición, aproximada a la normalidad por un treinta por ciento de un gas oloroso e inerte que no me resulta familiar. Temperatura, veintiocho grados centígrados. Gravedad en la superficie, cuatro décimos de la terrestre, y siguieron otro informes.

Seaton hizo que la nave descendiera lentamente hacia un océano que se extendía bajo ellos; el agua era de un color azul intenso. Tomó una muestra, la hizo pasar por el analizador, y soltó un alarido.

-¡Sulfato amónico de cobre! ¡Por todos los perritos calientes de Nueva York! ¡Nos largamos! -Seaton marcó un rumbo hacia el continente más cercano.

## Capítulo dieciséis

A medida que La Alondra del Espacio se aproximaba a la orilla, sus ocupantes escucharon una rápida sucesión de detonaciones, que en apariencia provenían de la dirección que habían tomado.

-¿Qué será ese repiqueteo? -Dijo Seaton. Suena como si nos estuvieran disparando con armas de gran calibre cargadas con munición de alto explosivo, aunque no parece que sean atómicas.

-En efecto, -le respondió DuQuesne. Aunque la densidad del aire camufla el sonido, ese tipo de sonido no es propio de armas ligeras.

Seaton cerró todas las escotillas para aislarse del sonido y empujó la palanca de aceleración hasta que la nave se inclinó por efecto del empuje de los motores.

-Despacio, Seaton, -le advirtió DuQuesne. No nos gustaría frenar uno de sus proyectiles con la nave, puede que su munición no sea como la que conocemos.

-Ya voy despacio. Mantendré la nave elevada.

A medida que La Alondra se aproximaba, el sonido se volvió más claro y cobró mayor volumen, hasta que se tornó en una explosión continuada.

-Allí están. -Dijo Seaton que, desde su puesto de mando, obtenía una visión ampliada del exterior. A las seis en punto. Inclinación, a la cinco.

Mientras los demás iban buscando la dirección señalada por Seaton, Seaton continuó hablando:

-Naves de combate aéreas. Ocho. Cuatro poseen nuestra forma y volumen... no poseen alas. Se mueven como helicópteros. Nunca he visto nada parecido a las otras cuatro.

Tampoco habían visto nada parecido ni Crane ni DuQuesne.

-Deben ser animales, -decidió Crane finalmente. No creo que exista en ningún lado un ingeniero capaz de diseñar algo semejante.

Cuatro de los objetos eran animales. Un nuevo tipo de animal... un animal capaz de enfrentarse y destrozarse un destructor.

Cada uno de ellos poseía un cuerpo enorme en forma de torpedo, con larguísimos tentáculos en el extremo y una docena de alas inmensas. A cada costado mostraban una hilera de ojos y un pico en forma de espolón. Todos estaban cubiertos por una capa protectora de escamas transparentes; las alas y los tentáculos estaban hechos de la misma sustancia.

No había duda de que se trataba de una auténtica armadura verdaderamente efectiva, ya que cada nave de guerra estaba erizada de cañones y cada una de las baterías estaba soltando una auténtica lluvia de fuego. Los proyectiles explotaban contra las criaturas, provocando una enorme llamarada y una densa cortina de humo, mientras producían un trueno continuado que apabullaba por su intensidad.

Sin embargo, a pesar de esta desesperada concentración de fuego, los animales continuaban avanzando imperturbables. Los picos abrían vías de varios metros de anchura; las alas, al golpear, destrozaban las superestructuras; los tentáculos destrozaban a latigazos los cañones y destrozaban a los tripulantes. Una de las naves de combate, desarmada, fue retenida por los animales mientras los tentáculos daban buena cuenta de la tripulación. Luego, una vez destrozada, fue lanzada contra el suelo, en una caída de ocho mil metros. Un animal fue destrozado. Dos naves y dos animales más fueron destruidos.

La nave de guerra que quedaba estaba casi desarbolada, mientras que el animal que quedaba vivo se encontraba en perfectas condiciones. El duelo final no debería prolongarse mucho.

De repente, el monstruo se alejó a toda prisa del campo de batalla, atraído por algo que los tripulantes de la Alondra vieron por primera vez... una flotilla de pequeñas

aeronaves que se alejaba de la escena de la masacre. A pesar de que se alejaban a toda prisa, la criatura cubría tres kilómetros mientras que ellas sólo cubrían uno.

-¡No podemos quedarnos de brazos cruzados! -Grito Seaton, mientras aceleraba y hacía saltar a la nave hacia delante. ¡Cuando me haya aproximado lo suficiente, Mark, lárgales un Mark Diez!

El monstruo dio alcance a la nave mayor y más delicadamente decorada justo en el momento en que La Alondra se aproximaba hasta la distancia de tiro. En cuarto movimientos casi simultáneos, Seaton enfocó el rayo tractor sobre la enorme masa de la bestia, aumentó su arrastre, dirigió la nave hacia lo alto y aumentó su velocidad cinco puntos.

Se escuchó el crujido del metal en el momento en que el animal perdió su presa. Seaton se elevó unos cientos de metros más mientras luchaba contra una fuerza incomprendible e invisible que hacía que los miles de toneladas de peso de La Alondra se agitaran de un lado hacia otro como si se tratara de un barco de pequeño calado en medio de una tormenta.

Crane hizo fuego. Se escuchó una explosión ensordecedora que los ensordeció aún cuando se encontraban en el interior de la nave y rodeados por una atmósfera de escasa densidad. De pronto, se produjo una enorme bola que hervía con furia y se expandía a velocidades vertiginosas. La detonación de un Mark Diez no podía describirse; tenía que observarse, e incluso así no podía entenderse en su totalidad. Apenas podía creer el espectador lo que estaba presenciando.

Apenas quedaron rastros visibles de la criatura acorazada.

Seaton cambió de dirección e hizo descender la nave, alcanzando a la nave insignia cuando ésta se encontraba a penas a mil metros del suelo. Enfocó el rayo tractor e hizo descender a la nave lentamente hasta el suelo. Las otras naves, que habían estado rodeando a la nave insignia en un intento casi suicida de rescatarla, se posaron cerca de ésta.

A medida que La Alondra tomaba tierra junto a la destrozada nave, los terrestres vieron que se encontraba rodeada por una multitud; hombres y mujeres idénticos en sus formas y facciones. Constituían una raza de características depuradas. Los hombres eran tan fornidos como Seaton y DuQuesne; las mujeres eran considerablemente más altas que las dos mujeres terrestres. Los hombres llevaban unos collares metálicos, así como numerosos ornamentos del mismo material, de los cinturones y las bandoleras cuajados de piedras preciosas colgaban las armas. Las mujeres iban desarmadas, pero sus ornamentos eran muchísimo más ricos que de aquellos; brillaban de tantas joyas que lucían.

Los nativos iban desnudos, y sus delicadas pieles brillaban con un extrañísimo color oscuro y lívido en la luz amarillo verdosa de la atmósfera. Indudablemente, sus pieles eran verdes; pero de un verde desconocido en la tierra. La parte blanca del ojo era de un pálido color amarillento. El espeso pelo de las mujeres y los bucles de los hombres eran de un oscuro color verde, casi negro, al igual que sus ojos.

-Qué color, -dijo Seaton maravillado. Creo que son humanos... si no fuera por el color... pero por Júpiter ¡Qué color!

-La pregunta es, qué parte de su color se debe a la luz y qué parte se debe al pigmento de sus pieles, -le dijo Crane. Si estuviéramos en el exterior, lejos de nuestras lámparas solares, quizá nosotros también presentaríamos el mismo aspecto.

-¡Cielos, espero que no! -Exclamó Dorothy. Si voy a tener ese aspecto una vez que salga de la nave, no pienso poner un pie fuera!

-Lo harás, -le aseguró Seaton. Parecerás una pieza de arte moderno y tu pelo parecerá de azabache puro. Vamos, intentemos comunicarnos con los nativos.

-¿Entonces qué color voy a tener yo? -Pregunto Margaret.

-No estoy seguro. Probablemente de un verde muy oscuro y maravilloso, le dijo riéndose. Tengo el presentimiento de que esto se va a convertir en algo más que una mera visita. Esperad hasta que yo tenga algo que decir... ¿Vamos? Adelante, Dot.

-Recibido. Lo haré lo mejor que pueda. ¿Margaret?

-¡Adelante, Hijos de la Tierra!

Seaton abrió la escotilla y los cuatro se introdujeron en la esclusa, observando al gentío que se arremolinaba en el exterior. Una vez fuera, Seaton alzó los brazos por encima de la cabeza, en lo que pensaba que era el gesto universal de la paz. En respuesta, un hombre de apariencia hercúlea, tan espléndidamente guarnecido que sus correajes brillaban con la masa de joyas que lo engarzaban, movió una mano mientras gritaba una orden. Inmediatamente, la multitud se retiró dejando un claro de unos cientos de metros frente a la nave. El hombre desabrochó sus correajes y los dejó caer al suelo, avanzando despojado de cualquier atuendo hacia La Alondra, sus brazos imitaron el gesto de Seaton.

Seaton descendió al suelo.

-No, Dick, habla con él desde aquí. -Le advirtió Crane.

-Niq, -le dijo Seaton-. Le responderé a cualquier cosa que intente, a excepción de desnudarme rodeado de tal compañía. No sabe que tengo una pistola en el bolsillo, y no necesitaré más que media hora para extraerla si me veo en la necesidad.

-Adelante, pues. DuQuesne y yo te acompañaremos.

-Niq niq. Está el solo, y así debo presentarme yo. Tiene algunos hombres cubriéndole, así que cubridme vosotros a mí, pero mantener bajadas las armas.

Seaton terminó de descender y se dirigió al encuentro del extraño. Cuando se encontraron a una distancia de pocos metros, el extraño se detuvo, se irguió en toda su altura y flexionó su poderoso brazo izquierdo para tocarse la oreja del mismo lado con las yemas de los dedos mientras sonreía abiertamente, unos poderosos y brillantes dientes de color verdoso. Habló una extraña mezcla de sonidos ininteligibles. Su voz, proviniendo de un hombre tan grande, poseía un tono suave y delicado.

Seaton sonrió y le devolvió el saludo de la misma manera.

-Saludos, Oh Poderoso Panjandrum, -le dijo Seaton con tono cordial-, mientras su voz retumbaba en el denso aire. Traemos buenas intenciones, y me alegra que seáis pacíficos; me gustaría poseer los medios para poder decírtelo y que me entendieras.

*El nativo se golpeó con los dedos en el pecho.*

-Nalboon, -le dijo de manera clara y comprensible-.

-Nalboon, -repitió Seaton-.

A continuación, en tono diferente y señalándose de la misma manera, le dijo:

-Seaton.

-See Tin, -le dijo Nalboon mientras volvía a sonreír. Señalándose una vez más el pecho, le dijo:

*-Domak gok Mardonale.*

Esta frase era evidentemente el título que ostentaba, así que Seaton tuvo que autotitularse:



-Jefe del Camino, -le dijo mientras se erguía con orgullo-

Así, una vez hechas las presentaciones, Nalboon señaló la nave destrozada, inclinó su noble cabeza en señal de gratitud o de reconocimiento por la ayuda prestada (Seaton no supo por qué decidirse) y se giró hacia sus congéneres mientras levantaba un brazo. Gritó una orden de la que Seaton pudo distinguir algo parecido a:

-See Tin Geefed Elcamno.

*Al instante, los brazos derechos de toda la multitud se levantaron, los hombres izando sus armas, mientras que los brazos izquierdos se flexionaban en el saludo que había realizado anteriormente su jefe. Un poderoso clamor se elevó en el aire mientras todos repetían el nombre y el título de su importante visitante.*

Seaton se dio la vuelta.

-¡Mart, dispara uno de los cohetes de señales luminosas de cuatro colores! -Le pidió-

-¡Debemos de agradecerles una recepción semejante!

El resto del grupo salió al exterior, DuQuesne portando uno de los cohetes con una deferencia exagerada. Seaton encogió un hombro y una cajetilla de cigarrillos apareció en su mano. Nalboon lo miró fijamente y, a pesar de su autocontrol, no pudo evitar un gesto de sorpresa. La cajetilla se abrió y Seaton, tras coger un cigarrillo, le ofreció otro.

-¿Fuma? -Le preguntó afablemente-

Nalboon tomó uno de los cigarrillos, aun cuando no tenía ni idea de que hacer al respecto. Este asombro frente a un sencillo juego de manos y la absoluta ignorancia hacia el tabaco encandilaron a Seaton. Llevandoselo a la boca, le prendió fuego al extremo... lo que provocó que Nalboon diera un salto de varios metros hacia atrás. Entonces, mientras Nalboon y su gente lo miraban con asombro, Seaton aspiró profundamente, casi consumiendo el pequeño cilindro en dos profundas caladas, se tragó la colilla aún encendida, la expulsó con la punta aún brillante, dio otra calada y se tragó lo que quedaba del cigarrillo.

-He de admitir que soy bueno, pero no tan bueno. -Le dijo Seaton a Crane-. Los he dejado pasmados, la verdad es que nunca antes me había salido tan bien. Este cohete de señales los va a dejar clavados en el sitio. Apartaos todos.

Se inclinó profundamente ante Nalboon mientras cogía una cerilla que llevaba en la oreja y encendió la mecha. Se escuchó un rugido seguido de una lluvia de chispas, y el cohete salió disparado emitiendo una larga llamarada; pero, para sorpresa de Seaton, Nalboon observó la trayectoria del cohete como si le resultara algo cotidiano, limitándose a inclinar la cabeza en señal de reconocimiento por la cortesía.

Seaton le indicó a los demás que se acercaran y se dirigió a Crane.

-Mejor no, Dick. Déjales que piensen que sólo tenemos un jefe.

-No, de eso nada. Sólo hay un jefe entre ellos... si nos presentamos dos la cosa resultará más impresionante.

Presentó a Crane, con gran ceremonia, como "El Señor de La Alondra", tras lo cual se volvieron a repetir los grandilocuentes saludos.

Nalboon gritó una orden. Trece prisioneros se colocaron a sus espaldas con gesto desafiante. El hombre que llevaba el cinturón, que había estado estudiando a Seaton cuidadosamente, dijo algo y todos ellos se postraron de rodillas. Nalboon agitó una mano como si les ofreciera el grupo de prisioneros a Seaton y Crane. Aceptaron el regalo con los debidos aspavientos y los prisioneros se situaron tras sus nuevos amos.

*Seaton y Crane intentaron que Nalboon comprendiera sus necesidades de cobre, pero fracasaron rotundamente. Finalmente, Seaton condujo al nativo hasta el interior de la astronave y le mostró los restos de la barra de cobre, indicándole su tamaño original e informándole del número de ellas que necesitaban contando dieciséis veces con los dedos. Nalboon comprendió el mensaje y, saliendo al exterior, apuntó hacia el más grande de los once soles visibles, y levantó y bajó su mano cuatro veces en un arco que indicaba el anochecer y el amanecer. A continuación invitó a los visitantes a que abordaran su nave, pero Seaton se negó. Los seguirían, le explicó, en su propio vehículo.*

Mientras penetraban en La Alondra, los esclavos los siguieron.

-No quiero que suban a bordo, Dick, -protestó Dorothy-. Son demasiados. No es que me sienta exactamente asustada, pero...

-Debemos permitirselo, -le respondió Seaton-. Estamos comprometidos con ellos. Y además... acuérdate de lo que les sucedía a los esclavos romanos rechazados durante el imperio.

La nueva nave insignia de Nalboon encabezó la marcha; a continuación la siguió la Alondra, a unos centenares de metros por encima de la primera.

-No entiendo a este pueblo, -les dijo Seaton pensativo-. Poseen naves del siglo que viene, pero se asombran por un sencillo juego de manos. Los cohetes Clase Nueve ni les inmutan, pero una cerilla los deja boquiabiertos. Qué bien.

-Lo que resulta sorprendente es que su forma física sea exactamente igual a la nuestra, -le dijo Seaton-. Sería demasiado el esperar que su desarrollo técnico fuera paralelo al nuestro.

La flota se aproximó a una ciudad de grandes proporciones y los terrestres observaron con interés esta metrópolis de un mundo desconocido. Todos los edificios poseían la misma altura, eran de tejado liso y estaban dispuestos formando cuadrados, rectángulos y triángulos. No existían calles: el espacio entre las edificaciones estaba ocupado por parques.

Todo el tráfico era aéreo. Los vehículos voladores se desplazaban en todas las direcciones, pero la confusión era aparente; cada tipo de vehículo y cada dirección contaban con sus propios niveles.

La flota comenzó a descender hacia una inmensa estructura situada en el exterior de la ciudad y aterrizaron en su parte superior, a excepción de la nave insignia y de la Alondra, que aterrizaron en un aeródromo cercano.

Mientras desembarcaban, Seaton se dirigió a sus compañeros:

-No mostréis sorpresa por nada que pueda extraer de mis ropas... me acabo de convertir en un almacén andante de chatarra.

Nalboon los condujo hasta un ascensor que los llevó hasta el nivel del suelo. Las puertas se abrieron y el grupo se dirigió hasta el palacio del emperador de la gran nación de Mardonale atravesando filas de ciudadanos postrados de rodillas.

La escena presentaba un esplendor sobrenatural. Todos los colores y tonos del espectro luminoso podían apreciarse en formas sólidas, líquidas o gaseosas. Los árboles, la hierba y las flores de los paseos presentaban todos los colores imaginables. Las fuentes lanzaban chorros de diferentes colores y de intensidad cambiante. El aire era tenue y fragante, y jugueteaba a través de los arcos metálicos transformándose en oleadas de diferentes perfumes y colores. Colores y combinaciones de colores

imposibles de describir inundaban los ojos ya deslumbrados por aquella luz fantásticamente maravillosa.

-¿No os resulta estremecedor? -Susurró Dorothy-. Aún así, me gustaría disponer de un espejo... tenéis una pinta horrible ¿Y yo, en qué tipo de monstruosidad me he convertido?

-¿Alguna vez te has colocado bajo un arco de mercurio? Pues exactamente igual, no... peor. Tu pelo no llega a ser negro como yo pensaba, tiene algunos extraños reflejos verdes. Ahora bien, tus labios sí que están negros; pero tienes los dientes verdes y...

-¡Vale! ¡Los dientes verdes y los labios negros! Es suficiente... ¡No necesito un espejo!

Nalboon les condujo por el interior del palacio hasta un comedor donde estaba dispuesta una mesa. La sala presentaba una gran cantidad de ventanas que estaban festoneadas por piedras preciosas muy brillantes y luminosas. Las paredes estaban cubiertas por un paño que parecía cristal esmerilado o nylon y que caía sobre el suelo formando maravillosas cascadas de color.

Sin embargo, no había a la vista objeto alguno fabricado en madera. Las puertas, los paneles, las mesas y las sillas eran de metal. Una inspección más detenida de uno de los tapices les mostró que éste también estaba tejido con hilos de metal, aunque un centímetro cuadrado de su tela estaba formado por incontables millares de nudos. Con sus vivos pero armoniosos colores y su raro e intrincado diseño, parecía poseer vida propia a medida que sus colores cambiaban a la menor variación de la luz ambiental.

-Oh... ¿No os parece maravillosa esta tela? -Les preguntó Dorothy-.

-Daría cualquier cosa por un vestido hecho con este material.

-Tomo nota, -le respondió Seaton-. Cuando tengamos el cobre, te conseguiré veinte metros de tela.

-Será mejor que vigilemos atentamente los alimentos, Seaton, -le cortó DuQuesne mientras Nalboon les pedía por señas que tomaran asiento-.

-Tú lo has dicho. Cobre, arsénico, etc. Por muy poca cantidad que contengan los alimentos, para nosotros sería suficiente.

-Las chicas y yo esperaremos a que reviséis los alimentos vosotros dos, que sois químicos, -les dijo Crane-.

Los invitados tomaron asiento mientras que sus esclavos permanecían de pie a sus espaldas y los sirvientes entraban bandejas rebosantes de alimentos. En estas pudieron ver grandes trozos de carne; pájaros y pescados, crudos y cocinados en diferentes estadios; alimentos verdes, rosas, marrones, púrpuras y negros, así como vegetales y frutas casi blancos. Los esclavos les ofrecieron a los comensales unos extraños cubiertos (cuchillos afilados como hojas de afeitar, estiletes de agudadísima punta y unas anchas y flexibles espátulas que evidentemente servían tanto de tenedor como de cuchillo).

-¡No soy capaz de comer con estos cubiertos! -Exclamó Dorothy-.

-¡Pues aquí es donde se va a demostrar que sirvió de algo mi entrenamiento como maderero! -Se rió Seaton-. Soy capaz de comer con la hoja de una navaja cuatro veces más deprisa que tú con un tenedor. Pero vamos a ponerle remedio a tu problema.

Metiendo los dedos entre el pelo de la chica, extrajo tenedores y cucharas para gran sorpresa de los nativos.

DuQuesne y Seaton desecharon la mayoría de los alimentos sin discusión. Luego, probando pequeñas cantidades y discutiendo largamente en voz baja, aprobaron el resto de los platos. Sin embargo, su aprobación se restringió a unos pocos alimentos.

-Estos alimentos no nos envenenarán en exceso, -dijo DuQuesne señalando unas cuantas fuentes-, siempre y cuando no ingeramos en exceso y no volvamos a repetirlos en unos cuantos días. Este no me hace mucha gracia, Seaton.

-Estamos de acuerdo, -le dijo Seaton-. No creo que nos quede mucho por seleccionar la próxima vez.

Nalboon tomó un cuenco lleno de cristales azules y los espolvoreó en gran cantidad sobre su comida, a continuación le pasó el cuenco a Seaton.

-Sulfato de cobre, -dijo Seaton-. Menos mal que han sazonado la comida en la mesa, si lo hubieran hecho en la cocina no habríamos podido probar un solo bocado.

Devolviéndole el cuenco, hizo un nuevo juego de manos y extrajo de la nada un salero y un pimentero que, tras sazonar su comida, ofreció a su huésped. Nalboon probó con cuidado la pimienta; sonrió y casi vació el recipiente sobre su comida. Luego vertió unos cuantos granos de sal en la palma de su mano, los estudió detenidamente con creciente asombro, y tras unas rápidas frases los vertió sobre un plato que sostuvo uno de los mandatarios. Este estudió con igual detenimiento los pequeños cristales y luego lavó cuidadosamente la mano de su señor. Nalboon se giró hacia Seaton y, con gran ansiedad, le pidió que le regalara el salero.

-Naturalmente, mi viejo amigo. -Con los mismos gestos, extrajo del aire un nuevo salero que le ofreció a Crane-.

La comida discurrió agradablemente, con gran cantidad de gestos entre los dos grupos, de los que muy pocos fueron perfectamente entendidos. Resultaba evidente que Nalboon, normalmente taciturno y austero, se encontraba de un humor jovial y agradable.

Tras la comida, Nalboon se despidió educadamente de ellos, y fueron escoltados hasta un salón al cual comunicaban cinco dormitorios por el mayordomo real y un grupo de soldados, que quedaron fuera haciendo guardia.

Reunidos en uno de los dormitorios, hablaron sobre la manera de dormir. Las chicas insistieron en que dormirían juntas, y que los hombres ocuparían los dormitorios laterales. Cuando ellas se alejaron, las siguieron cuatro esclavos.

-No quieren dormir con estos hombres en la habitación, y no puedo conseguir que se vayan, -volvió a protestar Dorothy-. ¿Puedes echarme una mano, Dick?

-No lo creo. Creo que tenemos un vínculo con ellos mientras estemos aquí. ¿No opinas igual, Mart?

-Sí. Y por lo que he podido observar de esta cultura, deduzco que los ejecutarán si renunciamos a ellos.

-¿Eh? ¿Cómo...? Bien podría ser. Entonces, nos los quedamos, Dot.

-Si ése es el caso, estoy de acuerdo. Quedaos con los varones y nosotras con las mujeres.

-Ajá... -Exclamó Seaton volviéndose hacia Crane y poniendo voz de galán-, no quieren que durmamos en la misma habitación con estas bellezas... Me pregunto por qué.

Seaton envió a todas las mujeres a la misma habitación, pero éstas permanecieron en su sitio. Una de ellas corrió hacia el hombre que portaba el cinturón y le habló rápidamente mientras le rodeaba el cuello con los brazos en un gesto perfectamente

humano. El hombre meneó la cabeza, y mientras le respondía señaló varias veces a Seaton. Luego condujo a la muchacha con gestos suaves hasta el dormitorio de las mujeres mientras el resto de las esclavas le seguían. Una vez que Crane y DuQuesne se hubieron retirado a sus habitaciones con el resto de los esclavos, el hombre del cinturón comenzó a desnudar a Seaton.

Denudo ya, Seaton se estiró violentamente, contrayendo y extendiendo los músculos de sus fuertes brazos y sus anchos hombros mientras hacía girar la cabeza para relajar los músculos del cuello. Los esclavos observaron llenos de asombro tal despliegue de musculatura, luego hablaron entre ellos rápidamente y comenzaron a rebuscar por entre las ropas de Seaton. El jefe extrajo un salero, un tenedor de plata y algunos otros utensilios que habían caído de la ropa, pidiéndole por gestos permiso para hacer algo con ellos. Seaton asintió y se metió en la cama. Escuchó un sonido apagado de armas en la puerta y se levantó con una duda rondándole la cabeza. Asomándose a la ventana, observó que también habían soldados montado guardia en el exterior. ¿Eran invitados de honor, o se habían convertido en prisioneros?

A una palabra de su jefe, tres esclavos se tumbaron en el suelo y durmieron; aunque él mismo permaneció en vela. Abriendo un compartimento del aparentemente macizo cinturón, comenzó a extraer un gran número de pequeños instrumentos y varios rollos de cable. Luego tomó los objetos que Seaton le había regalado y, cuidándose de que no cayera al suelo un solo cristal de sal, se afaná en trabajar. A medida que avanzaba el trabajo, hora tras hora, comenzó a tomar forma bajo sus hábiles dedos un aparato extraño y extremadamente simple.

## Capítulo diecisiete

Seaton no durmió bien. Hacía demasiado calor. Le alegró poder levantarse después de ocho horas dando vueltas en la cama. Sin embargo, no había hecho más que levantarse para darse un afeitado cuando un esclavo le tocó un brazo para indicarle que tomara asiento sobre una silla mientras le mostraba una atiladísima hoja, larga y levemente curva. Seaton tomó asiento y el esclavo lo afeitó con una rapidez y una suavidad que nunca antes había experimentado, tal era la agudeza de la hoja. A continuación, el barbero comenzó a afeitar a su superior sin tratamientos preliminares a excepción de un aceite perfumado que extendió por su cara.

-Espera un segundo, -le dijo Seaton-, toma, es jabón, algo que te va a ayudar mucho más. Le embadurnó la cara con la brocha, y el hombre del cinturón lo miró con un gesto de placer mientras su barba desaparecía bajo la hoja sin que experimentara tirones.

Seaton llamó a los demás y pronto estuvieron todos reunidos en su dormitorio. Todos vestían ropas ligeras para aliviar la elevada e invariable temperatura, que se mantenía constante a 36 °C. Un gong sonó y uno de los esclavos abrió la puerta, facilitándoles la entrada a unos sirvientes que portaban una mesa llena de viandas. Los terrestres no probaron alimento alguno, decidiendo que podrían esperar ahora y comer a bordo de *La Alondra*. De esta manera, los esclavos se encontraron con muchos más alimentos de los que esperaban disponer.

Durante el desayuno, Seaton se asombró al escuchar que Dorothy mantenía una animada conversación con una de las mujeres.

-Ya sabía que se te daban bien los idiomas, Dottie, pero jamás me imaginé que aprenderías uno en un solo día.

-No, no puedo. Sólo he aprendido unas pocas palabras. Sólo entiendo retazos de lo que trata de decirme.

La mujer nativa habló rápidamente con el hombre del cinturón, que inmediatamente le pidió permiso a Seaton para hablar con Dorothy. Avanzando hacia ella, se inclinó y lanzó una parrafada tan larga que Dorothy tuvo que levantar una mano para que se detuviera.

-Más despacio, por favor, -le dijo y añadió un par de palabras en el idioma nativo-.

A partir de ese momento, se produjo una extraña conversación entre los dos esclavos y Dorothy, con gran cantidad de frases cruzadas entre los dos esclavos, frases dirigidas por ambos a Dorothy y una gran cantidad de gestos y mímica. Finalmente, Dorothy se giró hacia Seaton con un fruncimiento de cejas.

-No entiendo ni la mitad de lo que están intentando decirme, por lo que estoy intentando deducir el mensaje. Quiere que lo lleves a algún lado, creo que a otra habitación de palacio. Quiere conseguir algo. No entiendo de qué se trata, ni siquiera si anteriormente fue de su propiedad y se lo arrebataron, o si se trata de algo que quiere robar. No puede ir, solo. Martin tenía razón, los matarán si los encuentran lejos de nosotros. Y además dice (y de esto sí que estoy segura) que cuando lleguéis a aquel lugar, que no dejes entrar a los guardias.

-¿Qué piensas, Mart? Me siento inclinado a confiar en este grupo, por lo menos parcialmente. No me gusta en absoluta la "guardia de honor" que nos ha colocado Nalboon, apesta como si fuera pescado podrido.

Crane estuvo de acuerdo. Seaton y el esclavo se dirigieron a la puerta, y Dorothy los siguió.

-Será mejor que te quedes, Dottie. No tardaremos mucho.

-No pienso quedarme, -le respondió en voz muy baja-. No pienso apartarme de ti mientras estemos en este maldito mundo ni un segundo más del necesario.

-Vale, campeona, -le replicó él en el mismo tono-. Te sorprendería saber cómo te apoyo en lo que acabas de decir.

Precedido por el hombre del cinturón y seguido por media docena de esclavos, salieron al gran salón. No encontraron ningún tipo de oposición durante su recorrido, aunque la mitad de la "guardia de honor" se les unió a modo de escolta, la mitad de sus miembros observando a Seaton con una mezcla de reverencia y temor. El esclavo los condujo hasta una sala situada en una alejada ala de palacio y abrió la puerta. Cuando Seaton penetró en el recinto, se encontró con que era una sala de audiencias o de justicia y que no estaba vacía.

Los guardias se aproximaron a la puerta. Seaton los alejó con un movimiento de la mano, por lo que todos se retiraron hacia el otro extremo del pasillo a excepción del oficial que los mandaba, que se negó a moverse. Seaton, adoptando un aire de dignidad ofendida, miró de con aire arrogante a su ofensor, que le devolvió la mirada con interés mientras daba un paso adelante con la clara intención de ser el primero en penetrar en la sala. Seaton, apoyando la palma de la mano en el pecho del oficial, lo empujó bruscamente, olvidando que su fuerza, considerable de por sí en la Tierra, sería inmensa en ese mundo más pequeño. El soldado voló a lo largo del corredor derribando

a tres de sus hombres en su recorrido. Levantándose con celeridad, extrajo su espada de la funda mientras sus hombres se pegaban a las paredes del corredor llenos de miedo. Seaton no esperó a que llegara a su altura, si no que se lanzó en su busca. Con una agilidad muy superior, esquivó el tajo de la espada y le golpeó con el puño derecho a su contrincante en la garganta con toda la fuerza de su brazo y su hombro sumada a la inercia de su cuerpo de lanzarlo hacia delante. La cabeza del oficial se inclinó bruscamente hacia atrás mientras el sonido de los huesos rotos llenaba el corredor.

El cuerpo salió despedido una vez más por los aires, dio dos vueltas de campana, se estrelló contra la pared de enfrente y cayó desmadejado al suelo.

*Al observar estos hechos, algunos guardias comenzaron a extraer unas extrañas pistolas. Dorothy gritó una advertencia. Seaton extrajo a su vez su arma, y en una rápida sucesión de disparos, vació el cargador lleno de munición Mark 1, destrozando a los soldados y haciendo pedazos aquel extremo del palacio.*

Mientras tanto, el esclavo había tomado varias piezas electrónicas de un pequeño mueble y las había guardado en su cinturón. Deteniéndose un instante para observar un pequeño aparato que había encajado en la cabeza del oficial muerto, condujo de regreso a la habitación al grupo y se puso de inmediato a trabajar en el mecanismo que había estado construyendo durante el periodo de sueño, y lo conectó al extremo de una intrincada redcilla de cables con las piezas que había tomado de la sala.

-Sea lo que sea, es un trabajo excelente, -dijo DuQuesne con tono de admiración-. He construido varias veces elementos complejos, pero éste me tiene completamente anonadado. Me haría falta al menos una semana para desentrañar sus elementos y la utilidad de cada uno de ellos.

Poniéndose en pie, el esclavo ajustó varios electrodos a su cabeza y se dirigió hacia Seaton y los demás mientras hablaba con Dorothy.

-Quiere que nos pongamos esos aparatos en la cabeza, -tradujo ella-. Pero no puedo entender para qué sirven. ¿Lo hacemos?

-Sí, -decidió al instante Seaton-. Cada minuto que pase nos va a costar caro, y no hay tiempo para ser remilgados. Os he llevado demasiado lejos como para arrepentirme ahora. Además, tengo un presentimiento. Naturalmente, no estoy tomándome la libertad de decidir por ninguno de vosotros. De hecho, Dot, me gustaría que tú...

-No te equivoques conmigo, Dick. Donde vayas te seguiré, -le cortó Dorothy con tono tranquilo-, e inclinó su dorada cabeza ante el nativo.

-No me entusiasma la idea, -les dijo Crane-. De hecho, no me gusta ni un poquito. Pero, frente a las actuales circunstancias, parece lo adecuado.

Margaret imitó a Crane, pero DuQuesne les dijo con aire suficiente:

-Adelante, dejad que os convierta en zombis. *Nadie* me conecta a una máquina que previamente no sea capaz de comprender.

El esclavo movió un interruptor e, instantáneamente, los cuatro visitantes adquirieron un exhaustivo y detallado conocimiento de los idiomas y costumbres tanto de Mardonale, la nación en la que se encontraban, como de Kondal, el país al que pertenecían los esclavos; los dos únicos países civilizados de Osnome.

Mientras que el asombro por los conocimientos adoptados seguía reflejándose en los rostros de los terrestres, el esclavo (o, como supieron en aquel momento, Dunark, el *kofedix*, o príncipe coronado Kondal) comenzó a retirarles los casquetes a Crane y las chicas. Comenzaba a retirar el que cubría la cabeza de Seaton cuando se produjo un

fogonazo, un crujido y una humareda que se elevó de la máquina Dunark y Seaton cayeron inconscientes.

Sin embargo, antes de que Crane pudiera acudir en su ayuda, ambos se recuperaron de su desvanecimiento y Dunark les dijo:

-Este aparato es un educador mecánico, algo completamente nuevo. Hemos estado trabajando en su desarrollo durante varios años, pero aún se encuentra en su primera fase. No me gusta utilizarlo, pero me he visto obligado para advertiros de lo que Nalboon tiene previsto para vosotros y para comunicaros que vuestra salvación supondrá la nuestra. Pero algo ha fallado, problemamente se deba a que anoche trabajé a toda prisa. En lugar de detenerse al finalizar el proceso vuestro aprendizaje de nuestro idioma, ha creado un vínculo completo entre Dick y yo.

-¿Y qué os ha provocado el cortocircuito? -Le preguntó Crane-

-Permíteme responderle a mí, Dunark. Seaton no se había recuperado con tanta rapidez como el kondaliano, pero ya estaba completamente repuesto.

-Lo que hizo fue imprimir en el cerebro de cada uno, hasta en su más mínimo detalle, todo lo que el otro ha aprendido a lo largo de su vida. Toda la transferencia de datos se produjo en ese instante.

-Lo siento, Seaton, créeme que...

-¿Por qué? -Le respondió Seaton mientras reía-. Todo lo que hemos aprendido nos habría ocupado una vida entera, y ahora hemos doblado esa información. Ambos tenemos los mismos conocimientos ¿verdad?

-Cierto, y me alegro de que te lo tomes así. Pero el tiempo vuela...

-Déjame que les cuente lo que sucede, -le dijo Seaton-. Aún no sabes qué tipo de inglés utilizar, si el que hablo o el que escribo, y ni tú ni yo somos aún capaces de pensar con rapidez en el idioma del otro. Yo me ocupo del asunto. Os presento al Príncipe Coronado Dunark de Kondal. Las otras trece personas son parientes suyos; príncipes y princesas. Las patrullas de Nalboon los capturaron mientras estaban cazando... utilizando un tipo desconocido de gas nervioso que evitó que los prisioneros se quitaran la vida, cosa habitual por estos lugares.

-Kondal y Mardonale llevan en guerra desde hace seis mil años, una guerra que no conoce la clemencia. No hacen prisioneros, a excepción de aquellos que utilizan para aprender del enemigo. Una vez que aprendieron de los conocimientos de estos kondalianos, Nalboon los envió a un lugar (una especie de circo romano) donde iban a ser destinados a ser devorados por unos animales cuando fueron sorprendidos por aquellos seres voladores blindados (los llaman karlonos) El resto es historia.

-Ya sabéis cómo sucedió lo siguiente. Estas personas se encontraban a bordo de la nave de Nalboon; aquella que ayudamos a descender. Pensaréis que Nalboon se siente comprometido con nosotros por el favor, pero...

-Permíteme finalizar, -le interrumpió Dunark-. Sencillamente, no se os hará justicia. Por haberle salvado la vida, seríais merecedores de los más altos honores como invitados. Así habría sucedido en cualquier rincón del universo. Pero para los mardonalianos no existe el concepto de honor ni poseen conciencia. Al principio, Nalboon sintió miedo de vosotros, al igual que nosotros. Pensamos que veníais del decimoquinto sol, ahora que se encuentra en su solsticio, y tras ser testigos de vuestro despliegue de poder, esperamos que nos aniquilárais.

-Sin embargo, tras comprobar que *La Alondra* era una máquina, que andábais escasos de combustible y que sois gente amistosa (débiles, según él ¡y cuán



equivocado está!) en lugar de sanguinarios enemigos, Nalboon ha decidido asesinaros y quedarse con vuestra nave, lo que le supondrá la adquisición de nuevos poderes. Esto se debe a que, mientras que los osnomianos somos un pueblo que ignoramos por completo los misterios de la química, conocemos la mecánica y la electricidad. Ningún osnomiano ha tenido jamás la más remota idea sobre la existencia de la energía atómica; sin embargo, tras estudiar vuestros motores, Nalboon ya ha aprendido cómo liberarla y manejarla. Con el apoyo de *La Alondra* arrasaría Kondal; y para conseguir esto hará cualquier cosa.

-Además, él o cualquier otro científico osnomiano, incluyéndome a mí mismo, sería capaz de cualquier cosa, incluso de violar la Primera Razón, por conseguir uno de esos pequeños recipientes químicos que contienen esa maravillosa sustancia que llamáis *sal*. Es el elemento más raro y precioso de nuestro mundo. En este momento lleváis en vuestros bolsillos una cantidad mayor de la que jamás se soñó que se encontraría sobre Osnome. Su incalculable valor no se debe a su rareza; si no al hecho de que es el único catalizador conocido para nuestros metales más duros.

-Ya sabéis por qué desea Nalboon vuestra muerte; y nada de lo que hagáis o dejéis de hacer lo apartará de sus objetivos. Este es su plan: a lo largo del siguiente periodo de sueño (no soy capaz de utilizar vuestro término "noche", ya que ésta no existe sobre Osnome), penetrará en el interior de *La Alondra* y se hará con toda la *sal* que encuentre. Las fiestas circenses que han sido interrumpidas se reanudarán con vosotros, terrestres, como principales invitados. A los kordalianos se nos arrojará a los karlonos y, posteriormente, seréis asesinados y disolverán vuestros cuerpos para recuperar su contenido en *sal*.

Esto es todo lo que tengo que comunicaros. Su urgencia justifica mi precipitado uso del educador. He de añadir algo más en mi propia defensa: vuestras cinco vidas, terrestres, no son de suma importancia, mi vida y las de mis trece compañeros son aún más insignificantes. Todos somos prescindibles. Sin embargo, no es así para *La Alondra*. Si Nalboon se hace con ella, todos los kondalianos seremos masacrados en el plazo de un año. Esta circunstancia, y sólo ella, es la que provocó que viérais como yo, el kofedix de Kondal, me postraba ante Nalboon de Mardonale y que obligara a mi séquito a imitarme.

-¿Cómo es que tú, un príncipe de otra nación, sabes todo esto? -Le preguntó Crane-

-Una parte es de sentido común. Mucho he oído a bordo de la nave de Nalboon; otros datos los obtuve del cerebro del oficial que Dick mató. Era... un coronel de la guardia, y uno de los favoritos de Nalboon. El era el que debería haberse ocupado de penetrar en *La Alondra* y de mataros y disolveros a los cinco.

-Esto aclara mucho las cosas, -dijo Seaton-. Gracias, Dumark. Ahora la gran pregunta es ¿Qué vamos a hacer al respecto?

-Te sugiero que nos llevéis con vosotros a bordo de *La Alondra* y que nos marchemos de aquí... tan pronto como nos sea posible. Os llevaré a Kondalek, nuestra capital. Una vez allí, os aseguro que seréis recibidos y tratados como os merecéis. Mi padre os dará el tratamiento propio a un kardefix invitado. En lo que a mi respecta, si sois capaces de llevarnos hasta Kondal (o al menos si sois capaces de hacer que llegue hasta allí *La Alondra*, aunque sea sin nosotros) nada de lo que haga por vosotros durante el resto de mi vida conseguirá aliviar el peso de mi deuda contraída; pero os prometo todo el cobre que necesitéis, y todo aquello que deseéis y que esté al alcance de toda la nación de Kondal.

Seaton se sumió en una profunda meditación.

-Tú eres nuestra mayor oportunidad, -le dijo finalmente-. Pero si os facilitamos el acceso a la energía atómica, cosa que podríamos hacer si te lleváramos a tu hogar, Kondal arrasaría Mardonale... si así lo deseáis.

-Naturalmente.

-Así que, por pura ética, quizá deberíamos dejaros aquí a todos y tratar de llegar por nuestros propios medios a *La Alondra*. Posteriormente seguiríamos nuestro propio camino.

-Estáis en vuestro derecho.

-Pero no puedo hacerlo; y si se me ocurriera hacerlo, Dottie me despellejaría vivo y me untaría con sal durante todos los días de mi vida... además, Nalboon y su gente son la escoria del universo. Quizá me esté dejando influenciar por todos los conocimientos tuyos que he absorbido, pero creo que tomaría las mismas decisiones si tuviera todo el contenido de la mente de Nalboon en mi cerebro. ¿Cuándo intentaremos la escapada... a la hora siguiente a la segunda comida?

-Sí; a la hora del paseo. Veo que estás utilizando mis conocimientos al igual que yo hago con los tuyos.

-Mart, DuQuesne: nosotros iniciaremos la fuga justo después de la segunda comida, cuando todo el mundo se encuentre de paseo y de cháchara. A esa hora es cuando más se relaja la guardia y cuando tendremos la mejor oportunidad, ya que no disponemos de armaduras y tampoco tenemos posibilidad de conseguirlas.

-¿Pero qué hay de la muerte del oficial y de la destrucción de una de las alas de palacio? -Le preguntó DuQuesne-. No parece ser el tipo de individuos que se quedan sentados viendo pasar las horas. ¿No conseguiremos que así se precipiten los acontecimientos?

-No lo sabemos, ni Dunark ni yo. Depende en gran medida del sentimiento que le embargue ahora mismo: el odio o el miedo. Pero pronto lo vamos a averiguar. Debe estar reunido con su consejo y pronto veremos qué decide. Sin embargo, es un gran diplomático y puede ocultar con facilidad sus sentimientos. Pero recuerda esto. Su opinión es que la educación es equivalente a la debilidad, así que no te sorprenda si le parto la cabeza. Como vea que se pone muy violento lo parto por la mitad.

-Bien, -dijo Crane-, si hemos de esperar, será mejor que esperemos cómodamente, en lugar de quedarnos de pie en mitad de la habitación. En lo que a mí respecta, me gustaría hacer algunas preguntas.

Los terrestres tomaron asiento en unos sillones mientras que Dunark comenzaba a desmontar el artilugio que había construido. Los kondalianos permanecieron de pie, tras sus "amos", hasta que Seaton protestó.

-Por favor, que se siente todo el mundo. No hay necesidad de continuar con la farsa de que sois esclavos nuestros en tanto en cuanto nos encontremos a solas.

-Puede que tengas razón, pero a la primera señal de que recibimos visita volveremos a nuestros puestos. Ahora que tenemos un poco de tiempo y que somos capaces de entendernos unos a otros, os presentaré a mis compañeros.

-Compañeros kondalianos, saludad al kardefix Seaton y al kardefix Crane, viajeros de un distante y raro planeta llamado "Tierra".

Todos se saludaron formalmente.

-Saludad también a las nobles damas, la señorita Vaneman y la señorita Spencer, en breve esposas del kardefix Seaton y del kardefix Crane, respectivamente.

Una vez más se saludaron.

-Invitados de la Tierra, permitidme que os presente a la kodefir Sitar, la única de mis esposas que tuvo el infortunio de estar a mi lado cuando nos encontrábamos en medio de la desafortunada partida de caza.

Una de las mujeres se adelantó y se inclinó profundamente ante los cuatro, que le devolvieron el mismo saludo.

Ignorando a DuQuesne como si se tratara de un prisionero, continuaron las presentaciones de los demás kondalianos, que resultaron ser hermanos, hermanas, hermanastros, hermanastras y primos; todos miembros de la casa regente de Kondal.

-Ahora, después de que tengamos una conversación en privado, doctor Seaton, me complacerá ofrecerles cualquier información que deseen.

-También a mí me gustaría cruzar unas palabras contigo, amigo mío. Por pura prudencia no quise interrumpir tú ceremonia de presentación arguyendo tal y cual cosa, pero no soy, ni he sido, ni jamás seré, un kardefix; palabra que, según vuestra tradición sería algo parecido a un emperador. Soy un sencillo ciudadano.

-Lo sé... quiero decir que lo sé de manera intuitiva gracias a tus conocimientos transmitidos; pero no he sido capaz de entenderlo o de relacionarlo con algo de mi propia experiencia que se le asemeje. Tampoco puedo entender vuestra forma de gobierno; he intentado hacerme una idea de cómo funcionaría vuestro sistema aplicado a mi pueblo durante un año entero y casi me desmayo. En Osnome, Dick, los hombres con tus conocimientos y los de Martin son denominados karfedo. Por tanto, sois Doctores en Filosofía, os guste o no: Karfedix del Conocimiento.

-De eso nada, Dunark... ¡Olvídalo! ¿Qué era lo que querías contarme en privado?

-Dorothy y Margaret. Ya te habrá quedado grabado en algún lugar de la mente, pero lo que te voy a explicar lo encontrarás tal difícil de entender como me sucede a mí con muchas cosas vuestras. Vuestras mujeres son tan diferentes a las nuestras, tan impresionantemente bellas, que Nalboon no querrá matar a ninguna... durante un tiempo. Así que, si lo peor llega a suceder, asegúrate de acabar con las vidas de las dos mientras te sea posible.

-Lo entiendo... sí, ahora lo entiendo. La voz de Seaton era fría, mientras se endurecía su mirada. Gracias. Lo recordaré, y me ocuparé de cargárselo a Nalboon en su cuenta personal.

Uniéndose a los demás, se encontraron con que Dorothy y Sitar se encontraban sumidas en una interesante conversación.

-¿Así que un hombre posee una docena o más de mujeres? -Le preguntó Dorothy sorprendida-. Cómo podéis consentir eso... ¡yo me revolvería como una gata salvaje si a Dick se le ocurriera tan feliz idea!

-¡Cómo! ¡Pero si es una idea espléndida! Jamás se me ocurriría unirme a un hombre que... ¡que tuviera la desgracia de atraer a una sola mujer!

-Tengo una excelente noticia para ti y para Peg, Pelirroja. Dnark cree que sois dos bellezas, "impresionantemente bellas" fueron las palabras exactas.

-¿Qué? ¿Con esta luz? ¿De color negro, verde, amarillo y fungoso? ¡Tenemos un aspecto auténticamente repulsivo! Y si eso ha sido tu idea de un chiste...

-Oh, no, *Doraci* -Intervino Sitar-. Las dos sois muy bellas... verdaderamente maravillosas. Y posees una mezcla de colores tan armoniosa. Es una pena que ocultéis vuestros cuerpos con tantos ropajes.

-Sí ¿Por qué os ponéis tanta ropa? -Le preguntó Dunark mientras las dos chicas enrojecían violentamente-. Calló durante unos instantes, buscando entre los recuerdos de Seaton una respuesta que le satisficiera.

-Ya entiendo, veo que os vestís para protegeros, o para ciertas ceremonias en las que vestirse es un rito; pero cuando no es necesario, como en el caso actual, que hace tanto calor... -Se detuvo aturdido y continuó hablando-. Ayúdame, Dick. Me da la sensación de estar pisando un terreno bastante resbaladizo. ¿Qué he dicho para ofenderlas?

-Nada. No se trata de ti; simplemente se debe a que nuestra raza ha estado cubriéndose con ropajes desde hace siglos y no podemos... Mart ¿Cómo le explicarías el término "pudor" a la gente de esta raza? Hizo un gesto con la mano para cubrir los cuerpos completamente desnudos y libres de prejuicios de los catorce nativos y nativas. En cierto modo, sería capaz de explicárselo, pero dudo que incluso tú, Dunark, serías capaz de despojarte de tu heredad y entenderlo. Algún día, cuando nos sobren unas cuantas horas, lo intentaré si lo deseas. Hablando de otra cosa ¿De qué están hechos esos collares y qué significan?

-Son identificaciones. Cuando un niño está lo suficientemente crecido, se le coloca uno. Lleva impreso su nombre, su número nacional, y el dispositivo para abrir su casa. Al estar hecho de arenak, no puede alterarse ni modificarse sin matar al portador. No se concibe un osnomiano sin su collar; pero si alguna vez sucediera, se mataría al infractor.

-¿Ese cinturón es algo parecido? No, no es...

-No, se trata de un sencillo recipiente; pero incluso Nalboon piensa que es arenak macizo, así que no han intentado abrirlo.

-¿Las armaduras transparentes están confeccionadas del mismo material?

Sí, excepto que no se le añade nada al molde para darle color u opacarla. Es precisamente en el tratamiento de este metal donde la sal se vuelve imprescindible. Sólo funciona como un catalizador, recuperándola posteriormente; pero ninguna nación dispone de la suficiente sal como para hacer todos los blindajes que necesitan.

-¿No están esos monstruos... los karlonos, creo que los llamáis, recubiertos del mismo material? ¿Y qué son esos seres? -Le preguntó Dorothy-

-Sí, se cree que las propias bestias lo generan, al igual que los peces generan escamas. Pero nadie sabe cómo lo hacen... ni siquiera tenemos una remota idea. Sin embargo, se sabe poco de esos seres, a excepción de que son la peor plaga de Osnome. Varios científicos han descrito a los karlonos como aves, peces y vegetales; sexuales, asexuados y hermafroditas. Habitan en...

De repente, el gong resonó y los kondalianos corrieron a ocupar sus posiciones. El kofediz se dirigió a abrir la puerta. Nalboon lo apartó bruscamente y penetró en la habitación, escoltados por una escuadra de soldados completamente armados y con armaduras completas. Su cara estaba contraída por un gesto de furia; se encontraba completamente arrebatado por la ira.

-¡Detente, Nalboon de Mardonale! -Exclamó Seaton en idioma mardonaliano y con toda la potencia de su voz-. ¿Te atreves a violar la privacidad de tus invitados sin haber sido consentido?

La escolta retrocedió instintivamente, pero el emperador se mantuvo firme, aunque la sorpresa le había cogido desprevenido. Con un poderoso esfuerzo consiguió suavizar sus facciones hasta que pudo remedar una sonrisa.

-¿Puedo preguntar la causa por la que mis soldados han sido masacrados y mi palacio destruido por mis honorables invitados?

-Puedes. Lo permito con el fin de señalarte los errores que has cometido. Tus soldados, sin duda siguiendo tus órdenes, osaron invadir mis aposentos. Siendo clemente, les previne, pero uno de ellos fue lo suficientemente estúpido como para desafiarme, y por supuesto, fue destruido. Entonces, los demás intentaron levantar sus infantiles armas contra mí, y por supuesto, fueron destruidos. Con respecto al ala de palacio, sucedió que éste estaba dentro del rango de alcance de los poderes que utilicé.

-¿Honorables invitados? ¡Bah! Sabe, Nalboon, que si intentas tratar como un cautivo a un domak de mi raza, no sólo perderás la vida, si no que todos los ciudadanos de tu nación morirán también. ¿Percibes tus errores?

La ira y el terror combatieron por igual sobre los rasgos de Nalboon; pero una tercera emoción fue la que ganó: la duda. Él, Nalboon, estaba armado; le protegían una docena de hombres armados y blindados. Este extranjero no tenía nada; los esclavos eran menos que nada. Aún así, se mantenía arrogante, desafiante, amo del planeta, del sistema solar y del universo, gracias a sus poderes... ¿Y cómo? ¿Cómo había conseguido doblegar a cincuenta hombres armados y con armaduras? ¿Cómo había conseguido destruir mil toneladas de piedra y metal ultra duro? Nalboon decidió contemporizar.

-¿Puedo preguntarte cómo, ignorándolo por completo hasta ahora, conoces nuestro idioma?

-No, no puedes. Puedes retirarte.

## Capítulo dieciocho

-¡Buen farol, Dick! -exclamó Dunark mientras la puerta se cerraba tras Nalboon y sus guardias- La entonación correcta... lo acabas de inundar de dudas.

-Ha quedado sorprendido... de momento, pero me pregunto cuánto tiempo le va a durar la sorpresa. Es un intrigante de primera magnitud. Opino que lo más inteligente sería subir a bordo de la *Alondra* y salir de escapada, antes de que le de tiempo a reaccionar. ¿Qué opinas tú, Mart?

-Yo también lo creo. Somos muy vulnerables aquí.

Los terrestres recogieron todas las pertenencias que habían llevado con ellos. Seaton salió al gran salón, despidió con un gesto de la mano a los guardias y le pidió a Dunark que los condujera. Los demás kondalianos los siguieron manteniendo la actitud de esclavos y el grupo se dirigió con paso tranquilo hacia la salida más cercana al aeropuerto. Los guardias no presentaron ningún tipo de oposición, pero los siguieron con la mirada mientras los saludaban. Sin embargo, el oficial de guardia se llevó a los labios el micrófono, y Seaton supo que Nalboon estaba siendo informado en todo momento del desarrollo de los acontecimientos.

Una vez fuera de palacio, Dunark giró la cabeza.

-¡Corred! -exclamó. Todos lo hicieron- Si consiguen poner una nave de patrulla en el aire antes de que alcancemos el hangar nos vamos a ver en un serio aprieto. No nos han perseguido dentro de palacio por que no quieren que haya más destrozos, pero en el hangar la cosa va a ser diferente.

Rodeando una estatua metálica que se encontraba a unos cincuenta metros de la torre de control del hangar, vieron que la puerta de uno de los ascensores se habría y que dos guardias aparecían en su interior. A la vista del grupo, los soldados desenfundaron sus armas; pero por muy rápidos que fueron, Seaton lo fue más. En cuanto vio que la puerta se abrían, cruzó corriendo los veinte metros de distancia que lo separaban del ascensor y se arrojó contra los guardias como si hiciera un bloqueo de rugby. Antes de que pudieran hacer uso de sus pistolas, Seaton los estrelló contra la pared metálica del ascensor.

-Buen trabajo -le dijo Dunark-. Desarmó a los guardias y, tras pedirle permiso a Seaton, le entregó las armas a sus hombres. Quizá ahora podamos sorprender a los que nos estarán esperando en la planta superior del hangar. ¿Fue por eso por lo que no disparaste?

-No -le respondió Seaton con un gruñido-. Necesitamos el ascensor. No habría quedado muy entero si hubiera disparado una ráfaga Mark Uno -sacó a los mardonalianos de la caja del ascensor y cerró la puerta.

Dunark comenzó a manejar los controles. El ascensor salió disparado hacia arriba y lo detuvo un nivel por debajo del superior. Sacó de su cinturón un objeto tubular que fijó al cañón de la pistola de uno de los mardonalianos.

-¡Fuera todos! -les indicó Dunark-. Vamos a continuar el ascenso por las escaleras laterales, que están mucho menos vigiladas. Probablemente, nos encontraremos con unos pocos guardias, pero los despacharé yo. Por favor, que todo el mundo permanezca tras de mí.

Seaton comenzó a protestar, pero Dunark lo cortó.

-No, Dick, permanece atrás. Soy consciente de que sabes tanto de la situación como yo, pero no te va a ser posible reaccionar tan rápido como a mí. Te dejaré finalizar la tarea cuando llegemos a la parte superior del hangar.

Dunark se situó a la cabeza, con la mano que empuñaba su pistola pegada a la cadera. Al girar la primera curva del pasillo, se dieron de bruces con cuatro guardias. La pistola no abandonó su posición, pero se escucharon cuatro secos chasquidos en tan rápida sucesión que un hombre no habría sido capaz de contarlos, y los cuatro soldados cayeron al suelo.

-¡Vaya un silenciador! -le susurró DuQuesne a Seaton- Se supone que un silenciador no puede aguantar ese ritmo de disparos.

-No utilizan pólvora -le respondió Seaton en susurros, mientras que toda su atención se concentraba en la siguiente revuelta-. Los proyectiles son disparados por el impulso de un campo de fuerza.

Dunark acabó con varios grupos más de guardias antes de que pudieran alcanzar el final de la escalera. Una vez allí, se detuvo.

-Ahora te toca a ti, Dick. Estoy utilizando el inglés para evitar tener que explicarles a mis hombres que eviten situarse a tu lado. Necesitaremos de toda tu potencia de fuego y de toda tu rapidez. Nos vamos a encontrar a cientos de hombres en la parte superior del hangar, y van a utilizar cañones de alta velocidad para echamos encima una lluvia de fuego. Si Crane es tan amable de pasarme su arma, podrás abrir esa puerta de una patada en cuanto estés listo.

-Tengo una idea mucho mejor que esa -intervino DuQuesne-. Soy tan rápido como tú, Seaton, y, al igual que tú soy ambidiestro. Dadme un par de armas y limpiaremos la zona antes de que se hayan acabado de abrir las puertas.

-Esa es una idea magnífica, amigo; una idea absolutamente magnífica -le respondió Seaton-. Dale tu arma, Mart. ¿Listo, Blackie? En sus marcas... listos... ¡Ya!

Abrió la puerta de una patada y se escuchó un trueno continuado mientras las cuatro armas lanzaban un chorro ininterrumpido de fuego... un trueno continuo apagado por las repentinas y brutales explosiones de los proyectiles explosivos que barrían la parte superior del hangar con un abanico de muerte y destrucción.

Fue algo afortunado que los dos hombres que permanecían en el umbral fuesen maestros en el manejo de sus armas y que éstas dispararan munición cargada con explosivo de gran poder. Fila tras fila de soldados fueron masacradas; la destrucción se cebó en los ascensores, las zonas de acceso y las balaustradas.

Tan fiero y rápido fue el ataque que los entrenados artilleros no tuvieron ni tiempo de apretar los gatillos de los cañones. La batalla finalizó en unos segundos. Ya había finalizado cuando aún continuaban cayendo trozos retorcidos de los cañones automáticos y los fragmentos de metal y piedra de la estructura del hangar a través de una fina neblina que hacía un momento había sido hombres.

Una vez que se aseguró que ningún mardonaliano quedaba en pie, Seaton movió enfáticamente un brazo en dirección a su grupo.

-¡Aprisa! -ladró- ¡Esto se va a poner más caliente que las calderas del mismísimo infierno en menos de un minuto!

Los condujo a través del destruido y hollado hangar en dirección a *La Alondra*. La nave estaba en su lugar, aún inmovilizada por el rayo tractor ¡Que imagen se presentó ante sus ojos! Su blindaje estaba lleno de muescas, desgarrado y quebrado, y la mitad de las placas habían desaparecido.

No la había alcanzado un solo disparo. Todo el daño había sido provocado por los trozos de metralla y los cascotes del propio hangar; Seaton y Crane, que había desarrollado el explosivo, se sintieron impresionados por el efecto que había causado sus disparos.

Se introdujeron rápidamente en la nave y Seaton se precipitó hacia el puesto del piloto.

-Puedo oír las naves de guerra acercándose -les previno Dunark- ¿Se me concede el permiso para manejar una de las baterías?

-¡Todas las que quieras!

Mientras Seaton movía la palanca de potencia, el primer proyectil de puntería disparado por uno de los destructores explotó contra una de las paredes del hangar, frente a ellos. La mano movió apresuradamente la palanca mientras que otro proyectil pasaba aullando a escasos metros por encima de la nave; y cuando la palanca avanzó cinco puntos, lanzando la nave al aire, una salva cerrada de proyectiles de gran calibre explotó justo en el lugar que había ocupado hacía unos instantes.

Crane y DuQuesne dispararon varias salvas contra las naves enemigas, pero éstas se encontraban a tan gran distancia que no sufrieron mella. Sin embargo, la batería de Dunark no paraba de vomitar fuego; aunque no iba dirigido contra las naves perseguidoras, si no contra la ciudad que iban extendiéndose bajo sus pies. El nativo movía la batería en una espiral continuada, sembrando la ciudad con muerte y destrucción: Mientras miraban por las escotillas, la primera salva alcanzó el suelo, en el preciso instante en que Dunark se quedaba sin municiones. El palacio desapareció en medio de una inmensa nube de polvo; una nube que se esparció por encima de la zona, obscureciendo las ruinas de lo que antes había sido una ciudad.

Seaton detuvo el ascenso de la nave a una altura que consideró segura y salió de la sala de mandos para conferenciar con los demás.

-Sienta bien respirar aire limpio -le dijo mientras inhalaba profundamente el frío y leve aire de las alturas. En ese momento miró hacia los kondalianos, que, en lugar de sentirse enfermos por la brusca aceleración, estaban boqueando en busca de aire que respirar, mientras empalidecían por el frío.

-Si es esto lo que os gusta -le dijo Dunark mientras intentaba sonreír en vano entiendo perfectamente por que lleváis ropa.

Excusándose precipitadamente por la situación, Seaton volvió a la sala de mandos para hacer descender la nave, suavemente, en dirección al océano. Luego le pidió a DuQuesne que se quedara a los mandos y volvió a unirse al grupo.

-No es una cuestión de gustos -le dijo a Dunark- pero no puedo con vuestro clima. Es más caliente y húmedo que Washington en agosto "y eso", como dijo el poeta, "ya es algo importante". Pero no tiene sentido que nos quedemos aquí sentados, en medio de las tinieblas. Enciende la luz ¿quieres, Dottie?

-Por supuesto... ahora veremos *qué pinta* tienen de verdad... Vaya, pero si son guapísimos... a pesar de que tienen el pelo levemente verdoso *¡Son muy guapos!*

Pero mientras así hablaba, Sitar se volvió a la mujer que tenía al lado, cerró los ojos y exclamó:

-¡Qué luz tan *horrible!* ¡Apágala, por favor! -preferiría vivir toda la vida entre tinieblas...

-¿Has visto alguna vez la oscuridad? le interrumpió Seaton.

-Sí, una vez me encerré en una habitación completamente aislada, cuando era una niña... y me asusté tanto que casi me muero. Retiro lo dicho, pero esa luz...

-Dorothy ya la había apagado- ¡Era la cosa más espantosa que he visto en mi vida!

-¿Por qué, Sitar? -le preguntó Dorothy- *¡Así eres una auténtica belleza!*

-Ven las cosas de manera diferente a nosotros -le explicó Seaton. Sus nervios ópticos responden de manera diferente, y envían diferentes mensajes al cerebro. El mismo estímulo produce dos sensaciones enteramente diferentes. ¿Me explico con claridad?

-Vaya... no mucho -le respondió Dorothy dubitativa.

-Tomemos un ejemplo en concreto, el color que los kondalianos llaman *mlap*. ¿Eres capaz de describirlo?

-Es una especie de verde anaranjado... aunque no exactamente. Por lo que hemos aprendido con el intercambio con Dunark, es púrpura brillante.

-Eso es lo que pretendía decir. Bien, que todo el mundo se prepare: nos vamos a dirigir a toda velocidad a Kondalek.

A medida que se aproximaban al océano, varias naves de guerra mardonalianas trataron de cortarles el paso; pero la *Alondra* las esquivo y su velocidad hizo inútil cualquier intento de persecución, y poco después, atravesaban el océano a toda velocidad.

Dunark, que se encontraba transmitiendo por la potente radio de la *Alondra* en la misma frecuencia que la emisora privada de su padre, le fue comunicando todo lo que había sucedido; poco después, el emperador y el príncipe coronado estaban dándole forma a una versión modificada de los hechos para retransmitirla a toda la nación.

Crane tomó asiento junto a Seaton.



-¿En verdad crees que podemos confiar tanto en estos kondalianos como en los mardonalianos? Creo que sería más inteligente que permaneciéramos a bordo de la *Alondra* y que evitáramos adentrarnos en el palacio.

-Sí a lo primero; no a lo segundo -le respondió Seaton-. He de admitir que salí trasquilado la primera vez, pero esta vez tengo la totalidad del contenido de su mente dentro de mi cabeza, así que lo conozco mucho mejor que tú. Esta gente tiene algunas buenas ideas, pero son tan duros como el carburo de tungsteno y muy, muy sangrientos; pero básicamente son tan decentes como nosotros.

-Al respecto de quedarnos a bordo ¿qué beneficio habríamos de obtener? El acero, comparado con los materiales que manejan, resulta tan blando como el talco. Y, de todas maneras, no tenemos a dónde ir. No nos queda cobre: estamos quemando los restos; y aunque tuviéramos un cargamento repleto, este autobús está bastante averiado y necesita un repaso general. Pero no tienes de qué preocuparte esta vez, Mart. Sé que son nuestros amigos.

-La verdad es que no dices eso muchas veces -concedió Crane- así que cada vez que lo afirmas, te creo. Las objeciones no proceden.

Atravesando una inmensa ciudad, la *Alondra* fue a posarse sobre una pista construida sobre un palacio. Esta, con su hangar y sus instalaciones auxiliares, era muy parecida a la de Nalboon, el regente de Mardonale.

Desde la ciudad, el rugido de cientos de cañones dio la bienvenida a la *Alondra*. Las banderas y los estandartes flameaban desde todos los puntos de la ciudad. El aire estaba teñido y perfumado con una enorme variedad de colores y esencias. El éter y el aire estaban inundados de mensajes de bienvenida y de himnos triunfantes.

Una flota de destructores gigantes se les aproximó para dar escolta a la baqueteada esfera en medio de una impresionante ceremonia, hasta que tomó tierra en medio de un enjambre de naves más pequeñas. Miles de pequeños cazas monoplazas volaban de acá para allá sin orden aparente, y dando la impresión de que de un momento a otro se produciría una inevitable colisión, pero siempre conseguían esquivarse en el último instante. Preciosas naves de placer semejantes a gaviotas navegaban parsimoniosas; y, abriéndose paso a través del enjambre de cazas, grandes naves de pasajeros de múltiples cubiertas, impulsadas por enormes aspas, realizaban difíciles maniobras para rendir homenaje a aquella parte de la familia real kondaliana que tan milagrosamente había regresado al hogar.

A medida que *La Alondra* se aproximaba al techo del hangar, todas las naves tomaron tierra. En el hangar, a diferencia de la gran multitud que los terrestres habían creído que les recibirían, sólo se encontraba un reducido grupo de personas todas igualmente desnudos, como Dunark y todos los antiguos cautivos.

En respuesta a la sorprendida mirada de Seaton, Dunark le dijo con gran sentimiento:

-Mi padre, mi madre y el resto de mi familia. Sabían que veníamos despojados de todo aditamento, así que nos reciben en igualdad de condiciones.

Seaton hizo aterrizar a la nave. El y sus cuatro acompañantes permanecieron en el interior de la nave mientras se llevaba a cabo el encuentro familiar, que se produjo de manera similar a cualquier encuentro terrestre bajo semejantes circunstancias. A continuación, Dunark condujo a su padre al interior de la *Alondra* y los terrestres desembarcaron.

-Amigos, os presento a mi padre; os presento a Roban, Kardefix de Kondal. Padre, es un honor para mí presentarte a aquellos que nos rescataron de Nalboon y de Mardonale. Seaton, Kardefix del Conocimiento, Crane, Kardefix de la Abundancia; la señorita Vaneman y la señorita Spencer. El Kardefix DuQuesne (le señaló con un gesto de la mano) es una autoridad menor y está cautivo de los otros.

-El Kardefix Dunark exagera nuestros servicios -les respondió Seaton-, y omite el hecho de que nos salvó la vida.

Haciendo caso omiso de las afirmaciones de Seaton, Roban les agradeció los favores en nombre de Kondal y los presentó al resto del grupo. A medida que se aproximaban al ascensor, el emperador le dirigió a su hijo una mirada llena de perplejidad.

-Se que nuestros invitados son de un planeta muy lejano, y se de vuestro accidente con el educador, pero me resulta imposible entender los títulos de estos hombres. El Conocimiento y la Abundancia... no pueden ser... gobernados. ¿Estás seguro de haber entendido sus títulos correctamente?

-La traducción es imposible. Crane no posee título, y no deseaba que le aplicara uno. El título de Seaton, que es uno de los hombres más sabios, no tiene equivalente en nuestro idioma. Lo que hice fue ponerles los títulos más aproximados que poseerían entre nosotros si hubieran nacido aquí. Su gobierno no es, en definitiva, un gobierno, sino una locura: los gobernantes son elegidos por el propio pueblo, que cambia de opinión y de gobernantes cada uno o dos años. Y todos son iguales ante la ley, y hacen lo que les place...

-¡Increíble! -exclamó Roban- ¿Entonces, cómo puede funcionar nada?

-Lo ignoro. Sencillamente no lo entiendo. No parece importarles, como nación, si algo es justo o no, siempre y cuando cada hombre disfrute de lo que ellos llaman libertad. Pero eso no es lo peor, o lo más irracional. Escucha.

Dunark le contó a su padre todo lo relacionado al conflicto de Seaton y Crane con DuQuesne.

-Entonces, a pesar de todo, Crane le ofreció a DuQuesne dos armas y DuQuesne se situó al lado de Seaton, frente a la puerta, y entre ambos acabaron con todos los mardonalianos del hangar antes de que aquellos pudieran realizar un solo disparo... DuQuesne disparó toda la munición de ambas armas y no hizo intento alguno de acabar con Seaton o con Crane. ¡Y *aún* sigue cautivo!

-¡Increíble! ¡Qué sentido del honor tan distorsionado! Si cualquier otro me estuviera contando esto, pensaría que delira. ¿Estás seguro, hijo mío, de que esta historia es cierta?

-Estoy seguro. Vi cómo sucedía todo; y lo mismo presenciaron los otros. Pero en muchos otros aspectos no parecen... no parecen estar locos... sino incomprensibles. Los fundamentos de razón por los que nos regimos no parecen contar para sus ideas, conceptos y actos. Por ejemplo, el utilizar ropas. Sus valores y su ética son, en algunos aspectos, absolutamente inconmensurables para nosotros. Sin embargo, su sentido del honor viene a ser, en definitiva, tan importante y arraigado como el nuestro. Y, ya que Nalboon intento acabar con ellos, son gente nuestra.

-Al menos eso me resulta comprensible -el anciano meneó la cabeza-. Mi mente está llena de turbación. Un enemigo que es un aliado. O viceversa. O ambas cosas a la vez. Un amo que arma a un esclavo. Un esclavo armado que no atenta contra su amo. ¡Eso, hijo mío, es, sencilla y llanamente, una locura!

Mientras duraba esta conversación, llegaron a palacio tras atravesar zonas aún más lujosas y espléndidas que las del palacio de Nalboon. Una vez en el interior del edificio, Dunark en persona condujo a sus invitados a sus habitaciones, acompañado por el mayordomo y escoltados por la guardia. Las habitaciones estaban intercomunicadas y cada una de ellas poseía un cuarto de baño completamente equipado, incluso con una pequeña piscina, construida de metal pulido, junto a la bañera.

-Esto sería una maravilla -dijo Seaton señalando a la piscina- si dispusiérais de agua fría.

-Tenemos agua fría -Dunark abrió un grifo y salió un chorro de veinte centímetros de diámetro de agua templada. Cerró la llave con una sonrisa aborregada-. Pero me sigo olvidando de vuestro concepto de *frío*. Vaya dar instrucciones para que instalen unas máquinas refrigeradoras.

-Oh, no te molestes por eso, no vamos a permanecer aquí durante mucho tiempo. Sin embargo, se me ha olvidado comentarte algo. Comeremos nuestros propios alimentos, en lugar de los vuestros.

-Naturalmente. Nos cuidaremos de eso. Regresaré dentro de media hora para conducirlos a tomar la cuarta comida.

Apenas habían comenzado los terrestres a sentirse descansados, cuando su anfitrión estaba ya de vuelta; pero ya no era el Dunark que habían conocido. Llevaba puesto un correa de cuero y metal que refulgía de joyas. Del cinturón, abandonado ya aquel de metal hueco, le colgaban unas impresionantes armas. Su brazo derecho estaba prácticamente cubierto, desde la muñeca al codo, por seis brazaletes confeccionados con un metal azul cobalto casi transparente; cada una de las piezas tenía incrustada una piedra del mismo color. En la muñeca izquierda llevaba un cronómetro kondaliano. Este aparato se asemejaba a un odómetro, cuyos numerosos segmentos en espiral mostraban un número creciente de cifras: la fecha y la hora del día osnomiano expresados en números decimales según los años de la historia kondaliana.

-¡Saludos, oh invitados de la Tierra! Ya me siento un poco más yo mismo, ahora que llevo mis correajes y mis armas colgadas al cinto -ajustó un cronómetro en la muñeca de cada uno de ellos con un brazaletes de metal azul- ¿Me acompañaréis a la cuarta comida, o no estáis hambrientos?

-Te lo agradecemos de corazón -le respondió Dorothy con presteza-. En lo que a mí respecta, me muero de hambre.

Mientras se dirigían hacia el gran comedor, Dunark observó que Dorothy miraba fijamente sus brazaletes.

-Son nuestros anillos de boda. El hombre y la mujer intercambian estos brazaletes durante la ceremonia.

-Así, puedes saber si un hombre está casado y cuántas mujeres posee con sólo mirarle el brazo. Muy inteligente. Algunos hombres de la Tierra llevan anillos de boda, pero no tantos.

Roban se les unió a la entrada del comedor, y Dorothy pudo contar diez de aquellos peculiares brazaletes colgando de su brazo derecho mientras éste les iba indicando a cada uno un asiento cercano a él. La sala era una réplica del comedor osnomiano; y las mujeres iban adornadas con el mismo esplendor bárbaro, cuajadas de gemas y brillantes.

Tras la comida, que transcurrió apaciblemente, y que se realizó en honor al regreso de los hijos, DuQuesne se dirigió directamente a su dormitorio, mientras que los demás pasearon por los jardines hasta la hora cero. Una vez estuvieron de vuelta, las dos parejas se separaron, y cada hombre acompañó a su prometida hasta la puerta del dormitorio.

Margaret parecía incómoda.

-¿Qué sucede, cariño? -le preguntó Crane solícito.

Ella comenzó a jugar nerviosa con un botón de su camisa.

-No sabía que tú... yo ignoraba... Quiero decir que yo... -se interrumpió con un sollozo. Luego continuó hablando con la voz quebrada- ¿Qué quería decir Dunark al llamarte Kardefix de la Abundancia?

-Bueno, verás, tengo un poco de dinero... -comenzó a hablar Crane.

-¡Entonces eres el mismísimo M. Raynolds Crane!

Crane la rodeó con ambos brazos, la besó y la mantuvo estrechamente abrazada.

-¿Es eso lo único que te molestaba? ¿Qué tiene que ver contigo o conmigo el dinero?

-Nada... en lo que a mí respecta... pero ahora me siento contentísima de no haberlo sabido antes -le devolvió todos los besos que él le había dado con gran fervor-. Quiero decir que el dinero no importa si estás completamente seguro de que yo no andaba detrás...

*Crane, el hombre imperturbable, rompió en aquel momento con una costumbre fuertemente arraigada en él e interrumpió a la muchacha.*

-No digas eso, cariño. Ni tan siquiera lo vuelvas a pensar. Ambos sabemos que entre tú y yo jamás ha habido, al menos hasta ahora, ningún tipo de duda o sospecha.

-Si tuviera esa piscina llena de agua bien fría -dijo Seaton a Dorothy mientras permanecían en la puerta de la habitación- te tiraría dentro vestida y todo, bucearía junto a ti, y nos quedaríamos los dos en remojo durante toda la noche. ¿Noche? ¿He dicho noche? Este día interminable, este calor constante y esta humedad super saturada están haciendo que me empiece a fallar la cabeza. Tú tampoco pareces muy entera -le dijo mientras levantaba su dorada cabeza de su hombro y estudiaba su cara-. Parece como si hubieras estado encerrada en una sauna... y empiezas a tener ojeras.

*-Lo sé -le respondió la muchacha mientras volvía a recostarse en él-. La mayoría del tiempo lo paso verdaderamente asustada. Pensé que tenía los nervios templados, pero aquí es todo tan horrible que apenas puedo dormir... solía dormir con la ventana abierta, sólo las abría un poquito antes de meterme en la cama. Cuando estás conmigo en la cama, las cosas no son tan malas... de verdad que disfruto un montón de todo... pero los períodos de sueño ¡Buf! -se rodeó con sus propios brazos-. Puedes decir de ellos lo que te plazca, incluso puedes hablarme del cansancio mental y te daré la razón, pero... Me tumbo en la cama, tensa y rígida, y la cabeza se me va como si fuera un cohete. Peggy y yo nos acostamos juntas, abrazadas como dos niñas pequeñas. Me avergüenza decidir, pero es la única manera que tenemos de dormirnos.*

-Lo lamento, campeona -la abrazó con más fuerza-. Lo lamento tanto que no tengo palabras. Estás nerviosa, pero no voy a dejar que te derrumbes; puedes tener esa seguridad. Lo único que sucede es que no estás acostumbrada a estar fuera de casa durante mucho tiempo, y no te sientes cómoda en otro lugar. El motivo por el que te

sientes segura a mi lado, es por que yo me siento como en casa en cualquier sitio... si no fuera por la temperatura y todo eso.

-Vale... probablemente -Dorothy se mordió el labio inferior- No sabía que era una mujer pegajosa, pero eso parece. Es que me da terror tener que irme a la cama.

-Levanta el ánimo, cariño -Hizo una pausa- Me gustaría poder estar a tu lado continuamente... ya sabes cuánto lo deseo... pero no queda mucho. Vamos a arreglar el autobús y nos largaremos inmediatamente.

La muchacha lo empujó dentro de la habitación, lo siguió, cerró la puerta y le puso ambas manos en los hombros.

-Dick Seaton -le dijo mientras enrojecía violentamente-. No eres tan simple como yo pensaba... ¡Lo eres más! Si no eres capaz de decirlo después de una historia tan lacrimógena, lo diré yo. No existe *ninguna* ley que diga que, para ser legal, un matrimonio deba llevarse a cabo en la Tierra.

El la abrazó fuertemente su emoción era tan intensa que no pudo hablar durante un minuto. Luego, dijo:

-Jamás se me ocurrió una cosa así, Dottie -le dijo en voz baja y vibrante-. Y si se me hubiera pasado por la imaginación, jamás lo habría dicho en voz alta. Estando como estás tan lejos de casa, yo...

-Eso no tiene nada que ver -le interrumpió ella sin dejarle terminar la frase- ¿No te das cuenta, pedazo de asno, cabeza de ladrillo, que tenemos todo lo necesario? Nos necesitamos el uno al otro. Al menos yo te necesito mucho...

-Di -nos necesitamos-; es lo correcto. -le dijo él lleno de orgullo.

-Naturalmente, a mi familia le habría gustado presenciar la boda... pero, incluso eso tiene sus ventajas. A mi padre le habría hecho ilusión una boda por todo lo alto, y a ti también. Así que es mucho mejor que nos casemos aquí.

Seaton, que había estado intentando decir alguna palabra, le puso una mano sobre los labios para silenciarla.

-Dottie, estoy convencido de ello; lo he estado desde que salimos del shock. Soy tan feliz que no puedo expresado con palabras. Cada vez que pensaba en la boda me asustaba. Hablaré con el kardefix a primera hora de la mañana... ¿O qué tal si lo despertamos ahora mismo y le decimos que nos case?

-¡Oh, Dick, sé razonable! -sin embargo, los ojos de Dorothy brillaban de pura alegría- *Jamás* hagas eso. Incluso mañana sería demasiado precipitado. Y Dick, habla con Martin ¿quieres? Peggy está más aterrorizada aún que yo; y Martin, nuestro viejo y querido torpe, es aún menos capaz que tú de mover él primero un solo dedo en lo referente a bodas y cosas así. Y a Peggy le da mucho miedo sugerírselo. Dice que antes de hacer semejante cosa sería capaz de colgarse del cuello.

-¡Ajajá! -Seaton la levantó en vilo y la puso a la distancia de sus brazos- Veo una luz al final del túnel. Pensaba que existía algún tipo de trampa en toda esta maniobra. Mentira... tan falso como un billete de nueve dólares. Ya me estaba sonando extraño todo, incluso el numerito de las lágrimas... pensé que me estaba portando mal contigo. Pero quieres que haga un trabajo de casamentero ¿eh?

-¿Qué te crees? ¿Qué no soy capaz de hacerla por mí misma? Pues tienes razón, Dick -se abrazó a su cuello ruborizada de felicidad-. *Sólo un poquito, una pizquita de nada; eso será todo.*

Seaton abrió la puerta.

-¡Mart, ven aquí con Peggy!

-¡Por Dios, Dick! ¡Ten cuidado! ¡Lo vas a estropear todo!

-No, de eso nada. Déjame a mí... Admito humildemente que soy un maestro y un mago en estas artes. Sutil como un zorro.

La otra pareja se les unió en el dormitorio.

-Dottie y yo hemos estado charlando sobre algunas cosillas, y hemos llegado a la conclusión de que hoy es un día perfecto para una boda. Ella está asustada de este día continuado sin noches, y yo dormiría mucho más tranquilo si supiera dónde se encuentra en cada momento en lugar de tener que imaginármelo. Nos haría muy felices si opinárais igual e hiciéramos una boda doble. ¿Qué os parece? Si decís algo diferente a Sí, a ti, Mart, te ato como a una longaniza y a ti, Peg, te subo sobre mis rodillas y te pongo el culo colorado. Os doy un segundo para meditado.

Margaret enrojeció violentamente pero abrazó con más fuerza a Crane.

-Me sobra tiempo para la respuesta -le respondió Crane-. Una boda aquí sería reconocida en cualquier lugar; al menos eso creo... con un certificado en regla... si algún tribunal lo considerara nulo siempre podríamos volver a casarnos... Considerando las circunstancias creo que sería lo mejor -dijo Crane mientras bajaba la mirada hacia Margaret y enrojecía al ver sus ojos brillantes y su sonrisa de felicidad-. Nada de todo el universo es más sincero que nuestro amor. Naturalmente, es asunto de la novia establecer la fecha. ¿Peggy?

-Cuanto antes, mejor -le dijo Margaret enrojeciendo de nuevo- ¿Has dicho que hoy, Dick?

-Eso es lo que he dicho. Me iré a hablar con el kardefix tan pronto como nos levantemos -y las dos parejas se separaron.

-Soy feliz más allá de las palabras -susurró Dorothy al oído de Seaton mientras se despedía de él con un beso- Además, me importa un comino que esta noche pueda dormir o no.

## Capítulo diecinueve

Seaton se despertó sudando e incómodo, pero con el corazón saltando de alegría ¡Era el día de su boda! Saltando de la cama, abrió los grifos de *agua fría* de la piscina, que se llenó en unos momentos. Lanzándose con facilidad al agua, la atravesó limpiamente buceando... y salió del agua rápidamente con un jadeo de asombro. Dunark había cumplido fielmente su promesa: el agua se encontraba a sólo un par de grados por encima del cero. Tras unos minutos de nadar vigorosamente en el agua helada, se frotó vigorosamente con una toalla, se afeitó, se vistió y elevó su poderosa voz para cantar a voz en grito el coro de la marcha nupcial de *La Doncella de la Rosa*.

*-Rise, sweet maid, arise, arise;*

*-Rise, sweet maid, arise, arise;*

*-'Tis the lastfair morning for thy maiden eyes,<sup>8</sup>*

---

<sup>8</sup> Despertad, gentil doncella, arriba, arriba; / Despertad, gentil doncella, arriba, arriba; / Esta es la última mañana gloriosa que verán tus ojos virginales.

Entonó lleno de alegría, sintiéndose lleno de vida, hasta que se sintió sorprendido cuanto oyó que se le unían otras tres voces (soprano, contralto y tenor) para continuar con la canción desde las habitaciones adyacentes. Abrió la puerta.

-Buenos días, Dick, pareces feliz -le dijo Crane.

-Y todos vosotros también ¿Por qué será? ¡Mirad qué día es hoy! -les dijo mientras abrazaba a Dorothy ardientemente. Además, he encontrado esta mañana agua fría.

-Todo el mundo que estuviera en un radio de un kilómetros se ha percatado de tu hallazgo -rió Dorothy- Nosotras la calentamos un poco. Me gusta el agua fría, pero no el agua helada ¡B-r-r-r-r!

-No sabía que supiérais cantar, chicos -les dijo Margaret.

-Y no sabemos -le aseguró Seaton-, Cantamos en la ducha para pasar el rato. Pero sí parecía como si tu tuvieras formación musical.

-¡Os puedo asegurar que canta, y muy bien! -exclamó Dorothy-. ¡No lo había sabido hasta ahora, pero es la soprano solista en la Primera Iglesia Episcopal, nada menos!

-¡Vaya! -exclamó Seaton- Si puede aguantar la humillación, podremos formar un cuarteto para ganarnos la vida... cuando no haya ningún crítico delante.

Los cuatro permanecieron en silencio, pensando en lo que les depararía el día, hasta que Crane rompió el silencio:

-Sé que tienen aquí sacerdotes, y tengo algunos conocimientos sobre su religión, pero son muy vagos. Tú sabes más de su religión que nosotros, Dick... explícanos algo mientras esperamos.

Seaton se mantuvo pensativo unos instantes, con el ceño fruncido. Como alguien que estuviera recorriendo el índice de un libro, buscaba la respuesta para Crane en el amplio almacén de información osnomiana que había formado con los datos de Dunark. Al fin habló, más despacio que de costumbre y utilizando un lenguaje mucho más culto que de costumbre.

-Hasta donde soy capaz de entenderlo, consiste en una peculiar mezcla de teología y evolución darwiniana (o su equivalente osnomiano), con algunos rasgos puramente prácticos o de determinismo económico. Creen en un ser superior, su equivalente en inglés viene a ser algo así como la Primera Causa. Reconocen la existencia de un principio vital inmortal y desconocido; un alma. Creen que la Primera Causa ha establecido la supervivencia de los más aptos como ley fundamental, y a eso se debe la perfección de sus cuerpos...

-¡Físicos perfectos! Pero si son débiles como niños... -exclamó Dorothy.

-Eso se debe a la baja gravedad -le explicó Seaton-. Como habrás comprobado, un hombre de mi talla, pesa aquí unos sesenta kilos escasos, así que no necesita más músculos para mover su cuerpo que los que necesita un niño de doce años en la Tierra. Hasta cualquiera de vosotras dos, chicas, seríais capaces de tumbar al más fuerte de los osnomianos. Probablemente, a Dunark le haría falta toda su potencia muscular para limitarse a mantenerse de pie en la Tierra.

Considerando este hecho, tienen un cuerpo magníficamente desarrollado. Han conseguido este estado físico eliminando a los más débiles. No tienen hospitales para los de cuerpo o mente débiles; todos son ejecutados. Esta misma práctica es la que utilizan para mantener su pureza moral y espiritual, el vicio lo desconocen prácticamente. Una vida y un pensamientos puros generan un físico y una mente más fuertes.

-Especialmente por que corrigen los errores físicos y mentales de esa manera tan terrible que nos contó Dunark, -puntualizó Margaret.

-Quizá, aunque ese extremo es discutible. Tienen la firme creencia de que cuanto más puro sea el individuo, más rápido evolucionará y antes alcanzará lo que ellos llaman la Meta Final y la totalidad del conocimiento. Con la creencia de que sólo los sujetos mejor preparados han de sobrevivir, y pensando que ellos son la raza perfecta, el completo exterminio de la nación de Mardonale y de todos sus individuos es una meta que deben alcanzar.

-Sus ministros son elegido de entre los individuos más perfectos, pertenecientes a una rama cercana a la familia real, que es perfecta, y así debe mantenerse. Si su sangre descendiera de calidad, la familia real sería destituida y la sustituiría una familia más perfecta. Todos los mandatarios son fuertes, vigorosos y limpios; y han de ser tan buenos soldados como políticos.

Un sirviente anunció la llegada del emperador y de su hijo para atender los asuntos de estado; y, una vez que se hubieron intercambiado todos los ceremoniosos saludos, todos se dirigieron al comedor para tomar la primera comida. Después de esta, Seaton anunció su petición de realizar una boda doble, noticia que llenó de alegría al emperador.

-Kardefix Seaton, nada nos complacería más que llevar a cabo tal ceremonia en palacio. El matrimonio entre personas tan perfectas como vosotros cuatro es lo que exige la Primera Causa, de la que nosotros somos fieles cumplidores. A parte de esta razón, resulta de un alto honor para cualquier gobernante el recibir la petición de unir en matrimonio a otro kardefix ¡Y vosotros nos estáis duplicando semejante placer! Os lo agradecemos, y nos aseguraremos de hacer de esta ocasión algo memorable.

-Nada de grandes fastos, por favor -le dijo Seaton- Nos bastará con una sencilla ceremonia.

-Vamos a convocar al karbix Tarnan para que lleve a cabo el rito -continuó hablando Roban sin prestar atención a sus palabras-. Nuestra hora establecida para realizar matrimonios es la que sigue a la cuarta comida. ¿Les parece bien a todos los implicados?

A todos les pareció bien.

-Dunark, ya que tú estás más familiarizado con las costumbres de nuestros ilustres visitantes, te harás cargo de todo -dicho esto, el emperador abandonó la sala.

Dunark tomó un micrófono y comenzó a realizar llamadas.

Los ojos de Dorothy se iluminaron de alegría.

-Deben estar preparando una ceremonia por todo lo alto, Dick... ese karbix es la máxima dignidad de su iglesia ¿verdad?

-Sí, y también es el comandante en jefe de todas las fuerzas armadas de Kondal. Después de Roban es el hombre más poderoso de todo el imperio. Van a montar un auténtico escándalo... Vale, esto va a hacer que la boda más impresionante que hayas visto en Washington parezca una fiestecita de cumpleaños.

¡Y cómo te va a molestar a ti algo así!

-Ajá, ya me está molestando -le respondió ella con una explosión de carcajadas-. Lloraré amargamente durante toda la celebración ...no, no lo creo. Creo que vas a ser tú el que sufra en silencio ¿verdad?

-Tan en silencio como me sea posible. Hecho -le dijo con acento amargado-. De repente ella adoptó una actitud seria.



-Siempre quise tener una boda por todo lo alto, Dick... pero recuerda que lo rechacé y me limité a imaginármela.

-Siempre lo recuerdo, cariño. Como dije una vez, y vuelvo a repetir, eres lo más maravilloso y grande de todo el universo.

Cuando Dunark hubo terminado de realizar sus llamadas, Seaton habló con él.

-Dottie me ha comentado en privado que le gustaría disponer de un vestido hecho de la misma tela que los tapices... digamos que del mismo material pero con diferente estampado y más fina.

-Cuenta con ello -le dijo Dunark. En las ceremonias importantes de estado todos llevamos túnicas oficiales. Pero vosotros dos, los varones, no queréis llevarlas, por un motivo u otro.

-Nos vestiremos con pantalones blancos y camisas informales. Como ya sabes... si eres capaz de localizar la información, mientras que las mujeres visten en las bodas de manera rebuscada y fuera de lo común, los hombres solemos llevar traje y corbata.

-Cierto -el ceño de Dunark se frunció con perplejidad-. Otro de esos extraños sin sentidos. Sin embargo, ya que vuestra vestimenta será algo que jamás han visto los kondalianos, resultaréis más impresionantes que las propias novias.

-He convocado a los mejores sastres y modistas para que se encarguen de los vestidos. Será mejor que discutamos los detalles y ceremonias de la boda antes de que lleguen. Estas bastante familiarizado con nuestras costumbres, pero en el asunto que nos ocupa quiero que quede todo perfectamente claro. Cada pareja se casa dos veces: el primer matrimonio está simbolizado por el intercambio de brazaletes muy sencillos. Este matrimonio dura dos años, periodo durante el cual cualquiera de los dos puede divorciarse con sólo anunciar su intención.

-Hmmm -gruñó Crane- Ese sistema de matrimonio en prueba lleva años exigiéndose entre nuestro pueblo, pero está tan claro que degeneraría en una especie de amor libre, que ningún gobernante se ha atrevido a darle carta blanca.

-Nosotros no tenemos ese problema. Verás, tras este primer matrimonio, todas las parejas, desde las de clase más baja hasta las de la clase alta, pasan por un examen mental. Cualquier persona que muestra algún tipo de bajeza moral es eliminada.

Como no se produjeron más preguntas, Dunark siguió hablando:

-Al finalizar este plazo de dos años, se lleva a cabo el segundo matrimonio, siendo este ya irrompible. Los brazaletes sencillos son sustituidos por otros enojados. En el caso de personas pertenecientes a la clase alta, ambas ceremonias puede resumirse en una sola. Entonces, hay que llevar a cabo una tercera ceremonia, que sólo se realiza entre miembros de la nobleza, en la que se hacen votos de fidelidad durante toda la eternidad y se intercambian los faidons, los brazaletes de la eternidad. Estoy prácticamente convencido de que vosotros cuatro querréis hacer la ceremonia de la eternidad, pero eso no es suficiente: debo estar completamente convencido. Por tanto, si alguna pareja elige la ceremonia de la eternidad, debo examinarla aquí y ahora; de otra manera, si alguno de vosotros fuera rechazado por Tarnan, no sólo me decapitarían a mí, si no que mi padre se sentiría intolerablemente desgraciado.

-¿Eh? ¿Por qué? -le preguntó Seaton.

-Por que soy vuestro responsable -le respondió Dunark en voz baja- Ya oísteis cómo mi padre me responsabilizaba de que los preparativos de vuestros matrimonios, los primeros de este tipo en la historia kondariana, se llevaran a cabo cuidadosamente y con todo detalle. Si sucediera algo tan espantoso como un rechazo, sería culpa mía;

sería decapitado en el mismo momento por incompetente. Mi padre se quitaría la vida, porque sólo un incompetente delegaría una tarea de tal importancia en otro incompetente.

-¡Vaya código! -le susurró Seaton a Crane en voz muy baja- ¡Vaya código! luego añadió dirigiéndose a Dunark:

-Pero supón que tu no me rechazas y Tarnan sí lo hace ¿Qué sucedería entonces?

-Es imposible que suceda tal cosa. Los electroencefalogramas no mienten y no pueden ser falsificados. Sin embargo, no existe limitación alguna. Tienes libertad absoluta para elegir cualquiera de los tres tipos de matrimonio. ¿Cuál es tu elección?

-Quiero casarme de la mejor de las maneras, y durante cuanto más tiempo mejor. Voto por la boda eterna, Dunark. Tráete tu equipo de análisis.

-*Lo mismo para mí, Dunark -le dijo Dorothy con el aliento contenido.*

-Primero una pregunta -les dijo Crane- ¿Eso significa que mi mujer podría romper sus votos si se casara otra vez tras mi muerte?

-De ninguna de las maneras. Mueren hombres jóvenes todos los días; y sus mujeres vuelven a casarse. La mayoría de nuestros hombres tienen más de una esposa. Algunos matrimonios sí quedan vinculados por la eternidad tras la muerte de uno de sus miembros... es igual que en vuestro sistema químico: un número variable de átomos forman compuestos estables.

Crane y Margaret también acordaron adoptar el matrimonio eterno.

-En vuestro caso, sustuiremos los anillos por brazaletes. Tras la ceremonia, los hombres podrán deshacerse de ellos si así lo desean.

-¡Yo no! -exclamó Seaton- Lo llevaré el resto de mi vida.

Crane también afirmó lo mismo.

-Entonces, vamos con el primer examen. Colocaos uno de esos casquetes, por favor les dijo a Seaton y Dorothy mientras les ofrecía los aparatos.

Apretó un botón, e inmediatamente ambos pudieron conocer los pensamientos del otro hasta en sus más mínimos detalles; y ambos supieron que Dunark estaba leyéndoles el pensamiento, al mismo tiempo que realizaba cuidadosas lecturas de un aparato que sostenía con ambas manos.

-Ambos habéis pasado la prueba. Lo sabía -les dijo-. Un par de minutos después les dio la misma respuesta a Crane y Margaret.

-Tenía el pleno convencimiento -les aseguró Dunark- pero en el caso que nos ocupaba, con saberlo no era suficiente: tenía que demostrarlo de manera irrefutable... pero los sastres están esperando; chicas, marchad con ellos.

Mientras ambas se alejaba; Dunark se dirigió a los dos hombres:

-Mientras me encontraba prisionero en Mardonale, escuché retazos de conversación sobre un descubrimiento militar, a parte del gas cuyos efectos sufrimos. También oí que ambos secretos habían sido robados de Kondal. Resulta paradójico que vayamos a ser destruidos por nuestros propios inventos. Me han confirmado en palacio que lo que oí es cierto.

-Tranquilo, eso tiene fácil arreglo -le tranquilizó Seaton-. Pongamos a punto la *Alondra*, volemos hasta Mardonale y arranquemos a Nalboon de su palacio... si queda algo del palacio y aún está vivo... y leamos su mente. Y si no conseguimos a Nalboon, lo podremos hacer con algún otro ¿vale?

-Merecería la pena intentarlo -le dijo Dunark- Arreglemos la *Alondra* y recarguemos su carga de cobre lo antes posible.

Los tres hombres se dirigieron hasta el hangar donde reposaba la maltrecha nave y la examinaron cuidadosamente. El daño en su interior era grave y muy extenso; muchos instrumentos estaban rotos, incluido el *objeto-compás* que marcaba la dirección de la Tierra.

-Fue buena idea el traer tres repuestos, Mart. Recuérdame que te agradezca tu manía de pensar a lo grande -le dijo Seaton mientras desmontaba las piezas rotas y las arrojaba al hangar.

-Será mejor que las guardes, Dick -le dijo Dunark-. Quizá necesites esos desechos para más adelante.

-Nooo... para lo más que sirven es para chatarra.

-Entonces me los quedará yo. Puede que algún día necesite esta chatarra.

Les dio órdenes a los mecánicos para que todas las piezas fueran clasificadas y almacenadas.

-Bueno, creo que lo primero que hay que hacer es montar una bancada y empezar a arreglar el blindaje -les dijo Seaton.

-¿Y por qué no desmontáis esa porquería y cubrimos la nave con un blindaje de arenak? -les sugirió Dunark- Disponéis de muchísima sal.

-Esa ha sido una idea excelente. Sí, disponemos de sal para dos años. Más o menos unos cincuenta kilos.

Los ojos de Dunark se abrieron de asombro ante la cantidad mencionada, a pesar de sus conocimientos de las condiciones geológicas de la Tierra. Comenzó a decir algo pero se detuvo confundido; aún así, Seaton supo lo que iba a decir.

-Naturalmente, podemos regalaros unos seis kilos ¿verdad, Mart?

-Ciertamente. A la vista de lo que están haciendo por nosotros, insisto en ello.

Dunark les agradeció el regalo con los ojos brillantes y la voz emocionada aunque de manera escueta. El mismo traslado la preciosa carga hasta palacio escoltado por un gran número de oficiales. Cuando regresó, trajo consigo un equipo completo de construcción; y tras asegurarse de que las vigas de la estructura soportarían por igual el blindaje de arenak que el de acero, comenzó a repartir instrucciones a toda velocidad entre los operarios, luego se dirigió hacia Seaton.

-Sólo una cosa más, y los hombres podrán comenzar a trabajar ¿Qué grosor deseas que tenga el blindaje? Nuestros buques llevan uno de dos centímetros y medio; no nos es posible hacerla más grueso por la carencia de sal. Pero a vosotros os sobra; y como fabricamos el blindaje por proceso de copia automático, os sugiero un grosor de medio metro, que es el grosor actual del blindaje de vuestra nave. De esta manera, el proceso se reducirá considerablemente al no tener que volver a tomar medidas y rediseñar las monturas de los cañones.

-Entiendo. No creo que necesitemos jamás semejante blindaje... pero nos va a ahorrar un montón de tiempo, y además nunca estará de más. Adelante.

Dunark repartió más órdenes. Luego, cuando los mecánicos se pusieron a trabajar a una velocidad inusitada, permaneció en silencio, sumido en profundas reflexiones.

-¿Preocupado por Mardonale, Dunark?

-Sí. No puedo parar de pensar en esa nueva arma, sea la que sea, que posee ahora Nalboon.

-¿Por qué no construimos una réplica de vuestra nave, con medio metro de blindaje, y sencillamente borramos del mapa a Mardonale?

-Copiar la nave sería muy sencillo, pero el elemento X es algo desconocido. De hecho, ya sabes que aquí no puede existir.

-Resulta evidente que has cuidado mucho de este elemento, pero nosotros tenemos una enorme cantidad de él... te podemos dar una montaña entera.

-No puedo aceptarlo. No se trata de simple sal.

-Pues lo es. Podemos producir una tonelada de X cada vez que se nos antoje.

Tomó una porción del elemento y lo arrojó a alguien por la escotilla de acceso.

-Coge esta muestra y ponte en marcha.

Seaton observaba absorto cómo los mecánicos kondalianos se ponían a trabajar utilizando técnica y herramientas desconocidas en la Tierra. La estructura interior de la nave estaba sujeta por un complejo falso techo; poco a poco fueron cortando las paredes y los componentes como si estuvieran hechos de papel. La esfera, mantenida en el aire por medio de reflectores, y con las vigas y la maquinaria central intacta, fue cubierta por completo por una sustancia plástica. Pronto la sustancia adquirió una consistencia pétreo de la que se recortaron cuidadosamente todas las aperturas de la nave.

Finalmente, la estructura fue lavada con una solución muy diluida de sal por unos operarios especializados que cuidaron de que no se perdiera una sola gota del preciado líquido. Colocaron cerca unas placas de platino, y conectaron a una estación de energía unos cables plateados gruesos como la pierna de un hombre. Aplicaron la corriente y la masa se volvió casi invisible hasta que se transformó en arenak transparente.

Los terrestres vieron ante sí una nave como jamás habían soñado. Los cincuenta centímetros de blindaje, quinientas veces más duro y denso que el más duro de los aceros, estaban formados por una sola pieza montada sobre la estructura diseñada por el ingeniero más famoso de la Tierra... ¡Una estructura que ninguna fuerza conocida podría destruir jamás y conteniendo una potencia inusitada!

Retiraron el falso techo. Las columnas, los tabiques y todos los elementos estructurales fueron pintados de negro para hacerlas perfectamente visibles y opacos, mientras que dejaron algunas zonas en blanco para que sirvieran de miradores.

La segunda fase del trabajo fue construir un duplicado de la nave, tarea a la que asistieron Crane y Seaton con ojos maravillados.

-Completaremos ambas naves mañana, excepto los instrumentos, que ajustaremos a nuestras necesidades. Otro equipo seguirá trabajando durante el periodo de sueño, instalando los cañones y demás armamento.

Como las bodas se iban a llevar a cabo antes de la cuarta comida, los tres regresaron a palacio: Crane y Seaton para vestirse, Dunark para comprobar que todo marchaba como debía.

Seaton se dirigió al dormitorio de Crane acompañado de un sirviente que portaba una maleta.

-¡Mira que no traer trajes de etiqueta! ¡Qué vergüenza! -le dijo Seaton en broma- me imaginé que habías pensado en todos los detalles. Me estás fallando, chico listo.

-Eso pienso yo -le dio la razón Crane con calma-. Aún así, lo has hecho muy bien. Te felicito por tu rápida salida. Sólo Dunark sabrá que el blanco no es nuestro color formal.

-Y no va a decir ni pío -le respondió Crane.

Dunark llegó un poco más tarde.

-Échanos un vistazo -le pidió Seaton- ¿Pasamos el examen? Jamás en mi vida he estado tan preocupado; y te advierto que de todas las preocupaciones que me ocupan

la cabeza, esta de vestir de blanco es la menos importante... pero no se me ocurre otro tipo de ropa más adecuado en este momento.

Ambos iban vestidos con ropa deportiva, desde zapatillas de tenis hasta polos de color blanco. Las dos altas figuras (Crane estilizado, nervudo, completamente tranquilo; Seaton, ancho de hombros, lleno de músculos, moviéndose de un pie a otro) y los rostros, afeitados, y con marcas de nerviosismo por lo que se anticipaba, justificaron plenamente el aprobado de Dunark.

-Estáis perfectos, chicos, y no lo digo sólo por calmaros.

Siguiendo inconscientemente el reflejo de Seaton, les estrechó a ambos las manos mientras les golpeaba la espalda y les deseaba una eternidad de felicidad.

-La siguiente cita de nuestra agenda es que habléis con vuestras prometidas...

-¿Antes de la ceremonia? -le preguntó Seaton.

-Sí. *Y no debe evitarse. Las cogéis... no, no las cogéis. Ese es un detalle del que me he olvidado. Pensaríais (especialmente las chicas) que nuestros formalismos rozan lo indecor... no importa, no es algo que resulte divertido hacer en público. Limitaos a abrazarlas y besarlas. Vamos.*

A Dorothy y a Margaret las habían vestido de novias las seis mujeres de Dunark bajo la atenta mirada de su madre, la mismísima Primera Kardefix. Sitar las puso juntas y luego se alejó unos pasos para contemplar el efecto.

-¡Sois los seres más adorables de todo el planeta! -gritó.

-Si no consideramos esta horrible luz murmuró Dorothy-. Me gustaría que me vieran como de verdad soy... y a mí también me gustaría verme así.

Sitar rompió a reír con una risa encantadora y luego se dirigió a una de las sirvientas, que corrió las cortinas y pulsó un botón inundando la habitación de una luz blanca purísima.

-Dunark ordenó fabricar estas lámparas -les dijo Sitar con gran satisfacción- Sabía lo que ibais a pensar.

Los dos terrestres entraron acompañados por Dunark. Durante unos instantes, el silencio cubrió la habitación. Seaton fijó su mirada en Dorothy con asombro y casi sin creer lo que veía: el blanco era blanco, el rosa era rosa y su pelo brillaba con aquel maravilloso color bronce brillante característico.

Las dos mujeres, vestidas con los trajes kondalianos, presentaban una apariencia verdaderamente impresionante. Ambas llevaban pendientes cargados de joyas, por encima de los cuales brillaban unas diademas engastadas en gemas. Sus brazos y cuellos estaban tan adornados con brillantes y enjoyados brazaletes, gargantillas, collares y pulseras que apenas se podía ver la piel. Y los vestidos eran algo inimaginable.

Estaban confeccionados con una tela de suave tacto, infinitamente más delicada que la seda formada por una finísima trama de hilos metálicos desconocidos en la Tierra, y que hacían que los vestidos se ajustaran a las curvas del cuerpo como una segunda piel.

Para Margaret, cuyo pelo era negro y mientras que tenía una piel marfileña, la princesa kondaliana había elegido una tela casi blanca, sobre la que había bordado intrincados diseños con innumerables joyas de brillo aterciopelado. El vestido de Dorothy era de un verde oscuro y lustroso, cuya superficie estaba plagada de gemas púrpuras y verdes de un brillo deslumbrante... las gemas típicas de este extraño mundo.

Ambas llevaban las espesas melenas casi sueltas, siguiendo la costumbre kondaliana para las novias, y tan cepilladas que parecían brillantes auras. Sólo llevaban una pequeña diadema de extraña filigrana y cuajada de brillantes.

Seaton desplazó su mirada de Dorothy a Margaret, y volvió a mirar a su prometida. Se sumergió en su profunda mirada violeta, llena de expectación y amor, más maravillosa que la más maravillosa piedra de su exuberante atuendo. Sin hacer caso de los nobles que entraba abarrotando la habitación, la muchacha posó ambas manos sobre los hombros de Seaton; él posó las suyas sobre sus redondeadas caderas.

-Te amo, Dick. Ahora y para siempre le dijo, y su propio violín no habría emitido flotas más maravillosas que su voz.

-Te amo, Dot. Ahora y para siempre le respondió él; y de repente, ambos perdieron todo el sentido del protocolo. Aún así, su demostración de amor pareció satisfacer los requisitos kondalianos.

Dorothy, con los ojos brillantes, se apartó de Seaton y le señaló a Margaret.

-¿No es el ser más adorable que has visto en toda tu vida?

-Ciertamente, a menos que... pero dejemos que Mart siga pensando que lo es.

Acompañados por el emperador y su hijo, Seaton y Crane se dirigieron a la capilla; que si ya de por sí era un edificio esplendoroso, había sido decorada con aún mayor lujo. A través de los amplios arcos los terrestres observaron por primera vez a los osnomianos llevando prendas de vestir; el gran salón estaba lleno por la más alta nobleza de Kondal vistiendo sus mejores galas.

Mientras los hombres entraban en la sala por una puerta, Dorothy y Margaret lo hicieron por otra, acompañadas por la emperatriz y por Sitar. Los invitados se pusieron en pie y se inclinaron al paso de la comitiva; una melodía marcial comenzó a sonar y los dos grupos avanzaron uno hacia el otro, deteniéndose sobre una elevada plataforma en la que los esperaba el karbix Tarnan; un hombre atractivo y elegante que sobrellevaba con facilidad sus ochenta años. Tarnan elevó ambos brazos y la música cesó.

El espectáculo era solemne e impresionante. La sala, de paredes forradas de metal pulido y cubiertas por una intrincada decoración, la armonía constantemente mutable de las luces de colores hábilmente camufladas; el grupo de nobles, atentos más allá de cualquier influencia externa mientras el karbix elevaba los brazos invocando a la Primera Causa... todo aumentaba la solemnidad del impresionante momento.

Cuando Tarnan habló, su voz, más conmovida de lo habitual incluso para aquellos que lo conocían, llegó con facilidad a todos los rincones de la sala:

-Amigos míos, es un privilegio asistir hoy a este suceso más que notable: el enlace matrimonial de cuatro seres procedentes de otro mundo. Por primera vez en la historia de Osnome, un kardefix ha tenido el honor de participar en la boda de otro. Sin embargo, no se debe sólo a este hecho la memorabilidad de esta ceremonia; un motivo mucho más profundo nos contempla hoy: posiblemente la primera vez en la historia del universo en que dos razas pertenecientes a mundos infinitamente distantes se encuentran y se hermanan; dos razas con grados de desarrollo, evolución, condiciones de vida y condiciones ambientales completamente diferentes. Aún así, estos extranjeros están imbuidos por el espíritu de la buena fe y el honor que inunda a todo ser merecedor de la Primera Causa, frente a cuyos indiscernibles proyectos todo se convierte en su humilde instrumento.

-En honor a la amistad de nuestros dos mundos, procederemos con la ceremonia.

-Richard Seaton y Martin Crane, intercambiad vuestras sortijas más sencillas con Dorothy Vaneman y Margaret Spencer.

Así lo hicieron ante el karbix, intercambiando votos de amor y fidelidad.

-Que la Primera Causa sonría a este matrimonio temporal y lo dote de permanente firmeza. Como siervo y representante de la Primera Causa, os declaro a ambos, maridos, y a ambas, mujeres. Pero todos debemos recordar la escasa visión del mortal para penetrar el velo del futuro, que es diáfano cristal para el ojo vigilante de la Primera Causa. Aunque os améis unos a otros, algún día devendrá lo inesperado que interferirá en la vuestra perfecta felicidad. Por tanto, se os concede un plazo durante el cual descubriréis si vuestras uniones son perfectas o no.

Tras hacer una pausa, Tarnan continuó hablando:

-Martin Crane, Margaret Spencer, Richard Seaton, Dorothy Vaneman: os encontráis ante nosotros para realizar los votos finales que unirán vuestros cuerpos durante toda la vida, y vuestros espíritus durante toda la eternidad. ¿Habéis considerado la solemnidad de este paso lo suficiente como para llevar a cabo este matrimonio sin dudas ni reservas?

-Sí, -respondieron los cuatro al unísono.

-Sostened, durante un instante, estos casquetes sobre vosotros.

Así lo hicieron y, sobre cada uno de los cuatro osciloscopios, aparecieron cientos de líneas irregulares. Un silencio sepulcral cayó sobre el salón mientras Tarnan estudiaba ciertos trazos sobre las gigantescas pantallas, que eran visibles para todos los asistentes a la ceremonia.

-Veo... cada hombre y mujeres de esta congregación ve... que cada uno de nuestros cuatro visitantes posee el estado de evolución necesario para llevar a cabo el matrimonio eterno. Retirad los casquetes... intercambiad los anillos enjorjados. ¿Cada uno de vosotros, en su propio nombre, jura en presencia de la Primera Causa y ante los jueces supremos de Kondal, que seréis leales y fieles, que ayudaréis al otro elegido en todo, ya sea grande o pequeño, que nunca, en toda la extensión de la eternidad, por pensamiento u obra, vuestra mente, vuestro cuerpo o vuestro espíritu se apartarán del camino de la verdad y el honor?

-Lo juro.

-Os declaro casados por matrimonio eterno. Al igual que el faidon que portáis, la joya eterna que ningún hombre es capaz de transformar o deformar y que ofrece su brillo interior sin cambio y sin fin, perdurará a través de ciclos infinitos, el metal del anillo que lleváis se herrumbrará y destruirá; que así suceda con vuestros espíritus, antes separados en dos entidades y ahora formando una sola e indisoluble; que progrese en una ascensión imparabile a través de toda la eternidad una vez que la base material que lo sostiene y que es vuestro cuerpo haya muerto y haya regresado al material básico del que una vez salió.

El karbix dejó caer los brazos y los dos matrimonios se dirigieron hacia la puerta pasando bajo un arco de armas desenfundadas. Los condujeron a otro salón, donde las dos parejas firmaron un registro. Posteriormente, Dunark firmó dos certificados de matrimonio confeccionados en unas placas de brillante metal púrpura, grabadas en dos columnas paralelas escritas en inglés y kondaliano y profusamente adornadas en sus bordes con piedras preciosas. Los testigos y jueces firmaron bajo ambas columnas y las firmas fueron grabadas en el metal.

Finalmente, todos fueron escoltados hasta el comedor, donde se sirvió una comida verdaderamente principesca. Entre plato y plato, los nobles fueron felicitando a ambas parejas y deseándoles la felicidad eterna. Tras la comida, Tarnan les habló una vez más, con una voz conmovida por la emoción que sorprendió a todos.

-Toda la nación de Kondal se encuentra con nosotros acompañándonos espiritualmente, participando con nosotros en la bienvenida a nuestros invitados, cuya amistad no encontraría mayor muestra que esta de invitarnos a tener el privilegio de asistir como testigos de sus matrimonios. No sólo nos han permitido asistir a un suceso que perdurará en los anales de Kondal mientras ésta exista como nación; si no que nos han dado muestras fehacientes de que la Primera Causa está a nuestro lado; de que nuestra antiquísima reverencia por el honor es el único medio merced al cual una raza es digna de eternizarse. A la par, ellos se han convertido en el vehículo para mostrarnos que nuestro odiado enemigo, apartado por entero del honor, y construyendo sus fundamentos con el salvajismo sediento de sangre, está tomando el camino equivocado y no tardará en desaparecer de la faz de Osnome.

Mientras los asistentes lo escuchaban impresionados por sus palabras, aún cuando no entendían el significado de su discurso, continuó hablando:

-¿No lo entendéis? Resulta inevitable que dos pueblos tan enteramente diferentes como los nuestros posean conocimientos y habilidades enteramente diferentes. Estos amigos, llegados desde su remoto mundo, han hecho posible que tengamos la capacidad de construir máquinas de destrucción que destruirán por completo a Mardonale.

Un fiero grito de alegría interrumpió el discurso mientras los nobles se ponían en pie, saludando a los visitantes con las armas desenfundadas. Tan pronto como volvieron a sus asientos, Tarnan continuó hablando:

-Este es el designio, y la reivindicación de nuestra evolución se explica con igual facilidad. Estos amigos aterrizaron primero en Mardonale. Si Nalboon los hubiera recibido con honorabilidad, el designio hubiera sido suyo; pero intentó asesinar a sus invitados y robarles el tesoro, con los resultados que todos conocéis. Sin embargo, nosotros a cambio de los pobres y escasos servicios que hemos sido capaces de ofrecerles, hemos recibido algo de mucho más valor que lo que recibió Nalboon; incluso si sus planes no hubieran sido neutralizados por el estado de evolución infinitamente superior de nuestros invitados.

Se escuchó un clamor de saludos cuando Tarnan tomó asiento. Los propios nobles formaron una escolta de honor y condujeron a las dos parejas a sus apartamentos.

A solas en su dormitorio, Dorothy miró a su marido con los ojos inundados de lágrimas.

-Dick, cariño, ¿no ha sido el discurso más maravilloso que jamás has escuchado? Maravilloso, en el sentido que se le da a maravilloso en nuestro viejo mundo... verdaderamente maravilloso. Y ese anciano estuvo estupendo; jamás lo olvidaré.

-Cierto que fue así, Dot. Me quedé clavado donde estaba; tanto que no fui capaz ni de parpadear mientras duró el discurso.

Pero, siendo de carácter sencillo, Seaton había tenido suficientes solemnidades para un solo día.

¿Pero sabes que aún no te he podido echar un buen vistazo bajo una luz en condiciones? Quédate ahí, cariño, y deja que me alegre la vista.



-De eso nada -le respondió ella con tono arrobador- Yo todavía no he podido mirarme, y eso es tan importante como...

-Lo es más -la interrumpió él con una sonrisa de felicidad-, así que pongámonos frente al espejo de cuerpo entero y alegrémonos ambos la vista.

-Naturalmente, pude ver a Peggy durante un segundo, pero no me acuerdo muy bien de ella. Sólo se que estaba ma... -se interrumpió en mitad de la frase mientras se miraba en el espejo.

-¿Esa soy yo?- Jadeó. -¿Es esa Dorothy Vaneman... quiero decir Dorothy Seaton?

-Esa es Dorothy Seaton -le aseguró él- Sí. Indudablemente lo es.

Se alejó unos cuantos pasos para examinarse mejor en el espejo. Se levantó la falda muy por encima de las rodillas para estudiar los ligeros y las medias. Se colocó las manos en las caderas y comenzó a balancearlas suavemente mientras miraba fijamente la caída del vestido. Se dio la vuelta y repitió los movimientos, mientras observaba el larguísimo escote que dejaba la totalidad de su espalda al aire. Estudió fijamente el elaborado peinado y se dirigió hacia Seaton, con la máxima felicidad reflejada en su cara.

¿Sabes, Dick? -exclamó llena de alegría- ¡Pienso ir vestida, exactamente así, al baile del presidente!

-De eso nada. No puedes. Nadie lo soportaría.

-Que te crees eso. Pero tú no eres una mujer... ¡Gracias a Dios! Sencillamente, espera y verás. ¿Conoces a esa pelirroja envidiosa, Maribel Whitcomb?

-Te he oído hablar de ella... no muy favorablemente.

-Espera a que vea esto ¡Esa zorra copiona y mal teñida! Se le saldrán los ojos como si se los arrancaran, y se morirá de envidia y frustración en el mismo momento en que me vea... ¡No va a poder copiarme esto!

-Vale... más proverbial que mis nueve decimales. Pero será mejor que nos cambiemos ya, o llegaremos tarde.

-Valevalevale, ya voy -le respondió ella mientras se alejaba del espejo sin apartar la mirada de la imagen reflejada-. De todas maneras, te aseguro una cosa, Dickie mío: no entiendo mucho de los sentimientos masculinos ¡Pero estoy para comerme!

## Capítulo veinte

-Estas joyas me tienen confundida, Dick. ¿Qué son? -preguntó Crane mientras los cuatro esperaban la primera comida. Levantó su dedo corazón, sobre el que brillaba la joya real de Kondal, engarzada sobre una montura de arenak azul transparente- Sé cómo se llama: Faidon. Pero es lo único que sé.

-Eso es todo lo que sabemos. Eso y que en su estado natural se muestra tal cual; azul y transparente, emitiendo constantemente ese brillante fulgor azulado. No puede ser tallada, modificada o cortada, e incluso no puede ser rallada. No arde ni cambia de estado bajo ninguna influencia externa, al menos bajo ninguna condición que son capaces de crear los kondalianos... y, créeme que lo estoy diciendo lleno de reservas. Tampoco sufre cambio alguno sumergida en belio líquido. En otras palabras, Mart, parece que es inerte.

-¿Has probado con los ácidos?

-Estoy dudando de hacerlo, y también estoy pensando utilizar mezclas en fusión y cosas así. Los osnomeanos están muy atrasados en lo que respecta a la química. Voy a ver si consigo otra pieza y puedo romperla, de alguna manera u otra. No logro convencerme de que existe una estructura atómica tan densa.

-No, eso sería impensable para mantener el buen equilibrio atómico -Crane se dirigió a las mujeres- ¿Qué opináis de vuestros solitarios?

-Son perfectamente maravillosos, y la montura de Tiffany es exquisita -le respondió Dorothy entusiasmada- Pero son excesivamente grandes. Me parece que son tan grandes como un diamante de diez quilates.

-Aproximadamente -le dijo Seaton- Y eso que son los más pequeños que han sido capaces de encontrar Dunark. Dice que han estado tirados por ahí durante años, ya que nadie quería unas piedras tan pequeñas. Ya sabéis que les gustan grandes. Espera a estar de vuelta en Washington, Dot. La gente va a pensar que llevas engarzado el culo de una botella, hasta que lo vean brillar en la oscuridad; y entonces van a pensar que tiene una bombilla oculta. Pero cuando corra la voz... ¡Caray! Los joyeros van ofrecer millones de pavos por cada uno de ellos, para vendérselos por más millones aún a las viejas ricachonas que siempre están buscando algo que no posee nadie más ¿Vale?

-Dick tiene razón -dijo Crane pensativo- Como los llevemos siempre encima, los joyeros acabarán por enterarse. Cualquier experto en joyería se dará cuenta inmediatamente de que son piezas únicas, desconocidas y que poseen un valor incalculable. De hecho, y tal y como sucede con las joyas fabulosas, nos van a meter en serios problemas.

-En efecto... no había pensado en ello... bueno ¿Y qué hacemos? Comportémonos como si fueran joyas del montón, como si se trataran de baratijas que llevamos por puro sentimentalismo, eso al menos es cierto... y, además, nos vamos a llevar un cargamento completo para venderlo y vivir el resto de nuestras vidas de las rentas; ni números rojos, ni acreedores. Y si nuestras chicas quieren llevar sus vestidos al Baile del Presidente, como dice Dot que quiere hacer, que lo haga. Nadie... *nadie*... llevaría un vestido con tres kilos de joyas engarzados en él si fueran de verdad.

-Eso al menos evitaría que alguien quisiera asesinar a nuestras mujeres por los anillos exclusivamente.

-¿Has leído vuestro certificado de matrimonio, Dick? -le preguntó Margaret.

-No. Vamos a echarle un vistazo, Dottie.

La chica sacó el macizo y enjoyado documento y ambas cabezas, la de pelo cobrizo y la de color castaño, se unieron para leer la parte traducida al inglés del certificado. Sus votos estaban reflejados allí, palabra por palabra, firmados de su puño y letra, todo ellos grabado profundamente en el metal. Seaton sonrió mientras leía en voz alta la fórmula legal grabada bajo las firmas:

-Yo, cabeza de la iglesia y comandante en jefe de las fuerzas armadas de Kondal, en el planeta Osnome, certifico que en el día de hoy, en la ciudad de Kondalek, de dicha nación y planeta, se han unido en los indisolubles lazos del matrimonio, Richard Ballinger Seaton, Doctor en Filosofía, y Dorothy Lee Vaneman, Doctora en Música; ambos residentes en Washington D.C., Estados Unidos de América, en el planeta Tierra, en estricto cumplimiento de las leyes de Kondal y del Distrito de Columbia.

*"Tarnan, Karbix de Kondal.*

*"Testigos:*

"Roban, Emperador de Kondal.

"Tural, Emperatriz de Kondal.

"Dunark, Príncipe Coronado de Kondal.

"Sitar, Princesa Coronada de Kondal.

"Marc C. DuQuesne, Washington, Estados Unidos de América, Tierra.

-Es un documento en toda regla -les dijo Seaton-. ¿Cómo sabía que este documento cumplía con los requisitos legales del Distrito?- Aunque tengo algunas dudas; "indisoluble" y "eternidad" son palabras demasiado gruesas para el matrimonio medio norteamericano. ¿Pensáis que sería mejor que nos volviéramos a casar cuando estemos en la Tierra?

Ambas mujeres protestaron vigorosamente, mientras Crane decía:

-No, no lo creo. Creo que lo mejor sería dejarlo tal cual y someter el documento a un juez. Demostraré que es indudablemente legal.

-Yo no estoy muy seguro de eso -le respondió Seaton- ¿Existe algún precedente legal por el que la promesa dada por un hombre vincule su alma inmortal por el resto de la eternidad?

-Lo dudo. Sin embargo, tengo la seguridad de que existirá tal precedente una vez que nuestros abogados solucionen el caso favorablemente. Olvidas, Dick, que la Compañía Seaton-Crane, Ingenieros, tienen un departamento legal muy bueno.

-Es cierto; lo había olvidado. Estoy seguro de que se lo van a pasar estupendamente con ese caso. Me gustaría poder regresar a casa ya.

-A mí también -dijo Dorothy- Además, no puedo acostumbrarme a no tener noches, y...

-Pasa mucho tiempo entre una comida y otra -añadió Seaton- tal y como dijeron los dos gobernantes con referencia a las bebidas<sup>9</sup>.

-¿Cómo sabías lo que iba a decir?

-Intuición marital -se rió él- aumentada y corregida por un estómago que está acostumbrado a recibir alimentos cada seis horas.

Tras la comida, los hombres se dirigieron a la *Alondra*. Durante el periodo de sueño, los repulsores habían sido alineados, y las armas e instrumentos, incluyendo un sistema de radio kondaliano completo, ya habían sido instalados. A excepción del combustible, ya estaba lista para alzar el vuelo. La nave kondaliana aún carecía de combustible y de instrumentos.

-¿Cómo se encuentra el asunto del cobre, Dunark? -le preguntó Seaton.

-Aún no lo sé con exactitud. Han salido equipos para rastrear por la ciudad todo el cobre disponible, pero no van a encontrar mucho. Ya sabéis que no utilizamos el cobre con la misma profusión que el platino, el iridio, la plata y el oro; metales mucho más ordinarios para nosotros. Estamos trabajando a turnos completos para levantar la planta transformadora de cobre, pero aún hace falta tiempo para que llegue el día en que podamos producir cobre virgen. Voy a dedicarme a los instrumentos y controles... si no tenéis nada que hacer, os invito a que me echéis una mano.

---

<sup>9</sup> N.del T.: Hace referencia al capítulo 8 de la obra Alicia en el País de las Maravillas, de Lewis Carroll.

Ambos hombres se alegraron por ser de alguna utilidad; Crane estuvo encantado de aprender cómo funcionaba aquel metal extremadamente duro y denso llamado iridio, del que estaban fabricados todos los instrumentos kondalianos.

Camino del taller, Seaton le dijo a Crane:

-Pero lo que más me fascina es el arenak, y no sólo por su capacidad para fabricar armaduras y cosas así: ¿Has observado tu navaja de afeitar?

-¿Cómo podría haberlo evitado?

-No me explico cómo puede haber un metal tan duro, Mart. Cuarenta años dentro de una máquina abrasiva de arenak (cosa que no aguantaría ni el polvo de diamante) para sacarle filo y, a partir de ese momento, es capaz de afeitar a diez hombre todos los días durante un milenio sin perder *un ápice* de su agudeza. Esto es lo que yo llamo una auténtica contribución para la ciencia.

La extraordinaria habilidad de Dunark, sumada a las herramientas aún más extraordinarias, hicieron que el proceso de fabricación de los instrumentos resultara realmente breve. Mientras se encontraban trabajando, el capataz encargado de la búsqueda del cobre regresó para informar de la búsqueda. Habían encontrado suficiente material para fabricar dos barras de cobre y que sobraran unos gramos. Las barras ya estaban instaladas en la dos naves.

-Bien hecho, kolanix Melnen -le dijo Dunark alegremente- No esperaba que encontraseis tanto.

-Nos hemos hecho con cada partícula de cobre que había en la ciudad -le dijo el capataz lleno de orgullo.

-¡Estupendo! -le felicitó Seaton- Con una barra por nave, podemos esperarlos tranquilamente.

-No queremos que vengan; queremos ir allí -le dijo Dunark- Una pieza para cada nave no va a ser suficiente.

-Tienes razón -acordó Seaton- No tenemos suficientes fuerzas como para llevar a cabo una invasión. Te prestaría nuestra nave; pero no conseguirías nada con dos.

-No. Necesitamos al menos cuatro, y pienso construir ocho. Necesitamos urgentemente finalizar la planta de transformación de cobre, pero no se me ocurre ningún método.

-¿Acelerar la construcción? Ya estamos construyendo a una velocidad considerable. En la Tierra hacen falta meses, no días, para levantar fundiciones y refinerías.

-Tengo alguna idea al respecto, pero...

-Con el *pero* nos vale -le interrumpió Seaton- Estás más capacitado que ninguno de nosotros para empujar a los hombres.

-Podría ser, pero...

Mientras el príncipe kondaliano seguía dudando, les llegó una llamada de socorro. Una nave de carga estaba siendo perseguida por un karlon a algunos kilómetros de distancia.

-¡Esta es tu oportunidad para estudiar a uno de esos seres, Dunark! -exclamó Seaton- Lo traeremos en bandeja ¡Convoca a tus científicos!

La Alondra alcanzó al monstruo antes de que éste alcanzara al carguero. Seaton enfocó el rayo tractor y aplicó la máxima energía, haciendo que la bestia se agitara arriba y abajo. Cuando el animal observó el relativamente pequeño tamaño de la Alondra, abrió su cavernosa boca y se lanzó al ataque. Seaton puso en funcionamiento los repulsores esperando que les hubieran aumentado la potencia. El monstruo saltó

hacia atrás hasta que se situó entre los dos campos de energía, luchando inútilmente mientras su enorme masa pendía en el aire.

Seaton mantuvo al animal dentro de los límites de ambos campos y, haciendo avanzar y retroceder la nave mientras aumentaban o disminuían la intensidad de los rayos de la *Alondra*, los tres terrestres consiguieron hacer que el monstruo tomara tierra; pero no sin que antes, desde la nave de Dunark, hubieran neutralizado sus terribles tentáculos. Los científicos estudiaron a la criatura tan a fondo como les fue posible sin apearse de las naves y desde carros blindados.

-Me gustaría poder matarlo sin que tuviéramos que hacerla volar en pedazos -les dijo Dunark por radio- ¿Se os ocurre algún método?

-No... a no ser que utilicemos algún veneno, y como desconocemos qué elemento puede resultar venenoso para esa bestia, no veo el caso. También podríamos liberarlo de forma controlada y observar dónde vive.

Una vez que los científicos hubieron hecho todas las investigaciones que les fueron posibles, Seaton elevó al animal unos cuantos kilómetros y lo liberó de las fuerzas que lo retenían. Se escuchó un fuerte crujido, y el karlon, intuyendo que no podía enfrentarse con la nave, se alejó en un rápido vuelo.

-¿Qué ha sido ese ruido, Dick? -le preguntó Crane.

-No lo sé... ha sido algo nuevo. Probablemente le hemos roto al animal algunas placas del blindaje -le respondió Seaton mientras dirigía la *Alondra* en persecución del animal.

Humillado por primera vez en su existencia por un adversario que podía volar y hacerle frente al mismo tiempo, el karlon puso todas sus fuerzas al servicio de sus inmensas alas. Voló sobre la ciudad de Kondalek, sobre los territorios que la rodeaban y paso sobre el océano. A medida que se acercaban a la frontera de Mardonale, vieron que una flotilla de naves de combate se aproximaba al monstruo, por lo que Seaton, no deseando que vieran el enemigo que la *Alondra* había sido reparada, impulsó a más altura al animal. Este se dirigió de nuevo al océano en un vuelo perpendicular, y Seaton enfocó sobre él un *objeto-compás*.

-Adelante, bicho -murmuró- Te seguiremos aunque te dirijas al fin del mundo.

Hubo un tremendo chapoteo cuando perseguido y perseguidor se hundieron en las aguas. Dorothy tomó aire mientras se sujetaba a uno de los agarraderos y cerraba los ojos; pero sintió tan sólo levemente el choque contra la superficie del océano, tan poderoso era el nuevo blindaje de la *Alondra* y tan potente la energía que la impulsaba. Seaton encendió los focos de la nave y se sumergió más. A más profundidad se sumergió la bestia; estaba claro que ésta poseía su hogar tanto en el aire como en el agua.

La luz de los focos revelaron extrañas formas de vida, entre las que pudieron observar peces de ojos enormes, prácticamente ciegos a causa de las penumbras del fondo del mar. A medida que el karlon se sumergía más, los seres vivos se volvieron más escasos; pero aún así, los terrestres pudieron observar, de vez en cuando, las pesadillas vivientes que habitaban las aplastantes profundidades de aquellos extraños océanos. Finalizando su descenso, el karlon se posó sobre el lecho oceánico, soltando un chorro de burbujas.

-¿A qué profundidad estamos, Mart?

-A unos cinco mil metros de profundidad. Aún no hemos llegado a los seis mil.

-Ya veo ¿Los medidores de tensión siguen estables?

-Ni se han movido del cero.

-¡Bien! Eso son buenas noticias, aunque ya me lo imaginaba, me lo acabas de confirmar. Si aún tuviéramos el blindaje de acero, ya estarían acercándose a la zona roja. Este arenak es un material maravilloso. Bien, parece que ha encontrado un sitio cómodo para echarse una siesta. ¡Vamos, bicho, llévanos a tu casa!

De repente, la bestia y la nave salieron disparadas.

Al alcanzar la superficie, el monstruo decidió ganar altitud, y se elevó a tal altura que Seaton no pudo menos que asombrarse.

-¡Jamás me imaginé que ese animal pudiera sobrevivir a tal altitud! -exclamó.

-El aire es muy tenue a esta altura -apuntó Crane- doscientos gramos por centímetro cuadrado.

-Creo que ha alcanzado su techo. Me pregunto cuál va a ser su siguiente movimiento.

Como si respondiera a la pregunta, el karlon se precipitó hacia las tierras bajas de Kondal: una zona pantanosa con una raquítica vegetación ponzoñosa y habitada por reptiles venenosos. A medida que se aproximaban al suelo, Seaton redujo la velocidad de la *Alondra*.

-Más vale que ese bicho reduzca la velocidad, o va a reventar contra el suelo.

Pero el animal no redujo su velocidad; si no que golpeó la cabeza contra el pantano y desapareció.

Pillado por sorpresa por un acto tan inesperado, Seaton detuvo en seco la *Alondra* y comenzó a descender con los rayos tractores funcionando a su máximo rendimiento. La primera extracción no trajo nada más que una inmensa porción de musgo; la segunda, un ala y un brazo; la tercera extrajo al animal debatiéndose con más furia que antes.

Seaton disminuyó la potencia del rayo. -Si vuelve a sumergirse, nos vamos detrás.

-¿Soportará la nave un impacto semejante? -le preguntó DuQuesne.

-Esta nave aguanta lo que le echés; pero más os vale que os agarréis bien, ya que desconocemos la profundidad del pantano.

Pero la profundidad del pantano era considerable. Una vez que la *Alondra* se hubo sumergido, y hubo continuado su descenso durante un minuto, Seaton miró de reojo a Crane. Este continuaba sentado ante su tablero de mandos, con los brazos cruzados y sonriendo para sí mismo.

-¿De qué te ríes, gato de Cheshire?

-Me estaba preguntando qué querrás comprobar con semejante chapuzón. Los instrumentos están parados, marcando todos cero. Están diseñados para el aire, no para un fluido.

-Vale, ya lo he cogido... No nos valen de nada las luces, ni el radar, ni... Podríamos construir un sonar, o un velocitómetro.

-Hay un puñado de cosas que podríamos hacer; si crees que merecería la pena.

-Naturalmente que sí.

Tras unos minutos más, Seaton volvió a impulsar al animal hacia la superficie. Una vez más, éste se debatió con enorme furia.

-Bueno, parece que esto es suficiente. Aparentemente no se dirige a casa... a menos que tenga su hogar bajo el cieno, cosa que dudo. No podemos perder más tiempo, así que será mejor que acabemos con él.

Los Mark Cinco salieron disparados, reventando el animal y haciéndolo saltar en pedazos.

-¡Eh, se me acaba de ocurrir algo! -exclamó Seaton-. Podríamos haberlo subido hasta la órbita del planeta y lo podríamos haber abandonado ahí. Sin aire, agua o comida, habría muerto en algún momento... Y habríamos conseguido un espécimen perfecto para su estudio.

-¡Pero, Dick, qué idea más espantosa! -los ojos de Dorothy centellearon mientras se dirigía al ingeniero- ¡Ni un monstruo como ese se merecería una muerte semejante!

-No, creo que no. Es un luchador consumado. Dejemos que, llegado el momento, Dunark lo haga bajo su propia responsabilidad.

La *Alondra* aterrizó en el aeropuerto de palacio justo antes de la cuarta comida, y mientras comían Dunark le comunicó a Seaton que la planta de producción de cobre entraría en funcionamiento en breves horas, y que la primera barra de combustible estaría lista en *punto treinta y cuatro*; en otras palabras, inmediatamente después de la primera comida del día siguiente.

-¡Estupendo! -exclamó Seaton- Que carguen primero la *Kondal*. Toma las primeras ocho barras y despegas. ¡Fffuumm...! ¡Allá vamos, Mardonale!

-Eso es imposible, como ya sabrás si piensas un poco.

-Ah... ya veo... el Código. Nada más lejos de mi intención que lo rompas... pero podría ser... ¿No posee el Código la suficiente elasticidad como para prevenir situaciones como estas?

-No, de ninguna manera -le respondió envarado.

-Pero supón que... Te ruego me disculpes, Dunark. Mi ignorancia... nunca le he prestado la suficiente atención al asunto. Tienes razón. Iré yo.

-¿Qué sucede, Dick? -le susurró Dorothy en un aparte- ¿Qué le has hecho? Por un momento pensé que le iba a dar una lipotimia.

-Le he dicho algo que debería haber pensado antes de soltar la lengua, -le respondió lo suficientemente alto como para que Dunark también lo oyera- tampoco debería haberte contado los planes que tengo en mente. Han cambiado por completo. La *Alondra* recibirá primero su cargamento de cobre, luego lo hará la *Kondal*. Y Dunark no despegará hasta que no lo hagamos nosotros primero. Desconozco el motivo de la misma manera que Dunark no llega a comprender por qué tu Y yo vamos siempre vestidos. Un asunto de códigos de comportamiento.

-¿Pero qué diferencia hay en que tardéis media hora más o menos en despegar?

-Quizá una entre un millón; con todas esas barras de cobre saliendo de la cinta transportadora... no, después de todo, media hora de diferencia entre una nave y otra no es significativo. Supongo que tus hombres ya estarán cargando el platino, Dunark.

-Sí. Ya han llenado el almacén de la Número Tres.

-Buen trabajo, Seaton -intervino DuQuesne-. Siempre deseé obtener algún método para obtener platino para joyería e investigación, y tú lo has conseguido. Ni se me ha pasado por la cabeza que tratarás de ganar un millón de pavos con este sistema; pero me encantaría ver a los joyerías inundadas de platino. ¿Me pregunto cómo les sentará a los joyeros darse cuenta de que el platino deja de ser un elemento de alta joyería?

-Oh, podrán seguir utilizándolo siempre que lo deseen -le respondió Seaton con tono inocente-. Al mismo valor que el acero inoxidable.

-¿Con quién te piensas que estás bromeando? -la frase de DuQuesne no fue una pregunta, sino una advertencia.

A la *mañana* siguiente, inmediatamente después del *desayuno*, ya había la cantidad suficiente de barras de cobre como para cargar por completo ambas naves. Primero se

cargo la *Alondra*, y posteriormente la *Kondal*. Ambas naves despegaron, atravesaron los campos aledaños a la ciudad, y aterrizaron en el aeropuerto de palacio. Ambas tripulaciones desembarcaron y permanecieron alerta junto a sus naves; los tres americanos vestidos de blanco y los veinte oficiales kondalianos vestidos con sus trajes de ceremonia.

-Toda esta ceremonia es para las naves -dijo Seaton entre dientes para que sólo Crane pudiera oírlo-. Vamos a permanecer aquí el tiempo suficiente como para que la población pueda recrearse en ellas -Sus ojos se elevaron para observar las naves que flotaban sobre ellos- Luego aparecerán todos los peces gordos y los chicos importantes escoltando a nuestras mujeres, todas las naves de guerra nos saludarán y... ¡Malditas ceremonias!

-Pero piensa lo que van a disfrutar nuestras chicas -le respondió Crane hablando de la misma manera que Seaton- Y, te pongas como te pongas, vas a tener que pasar por ello, así que tómatelo con filosofía.

-Me gustaría algo más de emoción... Me gustaría pedirle a Dot que, en plena ceremonia, se pusiera a bailar... pero no vaya hacerla. Sabiendo cómo es Dunark, tengo que aguantar el tipo; pero no tiene por qué gustarme.

## Capítulo veintiuno

De repente, el silencio se rompió. Las sirenas aullaron, las alarmas tronaron y se escucharon pitidos por todas partes. Cada radio, visiset y comunicador de la ciudad y sus alrededores se pusieron en marcha. Todos estaban retransmitiendo la misma llamada: la alarma extraordinaria de invasión; de inminente y catastrófico peligro proveniente del aire.

Seaton se precipitó al ascensor más cercano; pero se giró inmediatamente y corrió hacia la *Alondra* incluso antes de que Dunark tuviera tiempo de hablarle.

-No lo intentes, Dick... no vas a tener ninguna posibilidad. Todo el mundo va a tener tiempo de sobras para protegerse en los refugios antiaéreos. Estarán a salvo... si podemos impedir que los mardonalianos desembarquen.

-Nadie va a desembarcar... como no sea en el mismísimo infierno.

Los tres se precipitaron al interior de la *Alondra*; Seaton se dirigió a los mandos de la nave, y Crane y DuQuesne tomaron los controles de la artillería. Crane abrió su micrófono.

-Transmitid en inglés, y que las chicas no respondan -les ordenó Seaton-. Pueden localizar cualquier transmisión con facilidad. Decidles que estamos bien y que se mantengan a cubierto mientras nos ocupamos de esta pandilla de golfos que se acerca.

DuQuesne se apresuró en abrir caja tras caja de cintas de munición.

-¿Qué prefieres primero, Seaton? No hay suficiente munición de ningún calibre como para mantener una batalla de larga duración.

-Vamos a comenzar por los Mark Cinco y, cuando se acaben, seguiremos por los Mark Diez. Con eso debería resultar más que suficiente. Si no fuera así, seguiremos con los Mark Cuatro e iremos bajando de calibre.

-De Cinco a Diez; de Cuatro para abajo. Oído.



De repente, se escuchó un silbido en crescendo provocado por enormes toberas, seguido por un racimo de explosiones mientras un ala del palacio desaparecía en una nube de polvo y cascotes.

El cielo estaba lleno de naves de guerra mardonalianas. Se trataba de varias escuadras de enormes destructores erizados por cientos de piezas de artillería. Una lluvia continuada de misiles estaba reduciendo la ciudad a ruinas.

-¡Esperad! -la mano de Seaton, lista para impulsar la palanca de potencia, se detuvo en seco-. Mirad a la *Kondal*... ¡Algo le está sucediendo!

Dunark se encontraba sentado frente a los controles, y cada hombre de su tripulación se encontraba en su puesto; pero todos se retorcían en una intensa agonía incapaces de contener sus espasmos. Mientras Seaton terminaba su frase, toda la tripulación de la *Kondal* quedó inerte, inconscientes o muertos en los puestos que estaban ocupando.

-Han acabado con ellos de alguna manera... ¡Adelante! -gritó Seaton.

La cubierta del hangar que protegía la nave se derrumbó y los tres hombres pensaron que había llegado su final, mientras una lluvia de proyectiles golpeaba la *Alondra* y explotaban violentamente. Pero el blindaje de arenak de medio metro de grosor era impenetrable y Seaton hizo que la nave se elevase directamente hacia el centro de la flota de Mardonale. DuQuesne y Crane abrieron fuego seleccionando cuidadosamente sus blancos, y disparando con toda la rapidez que les permitía la escasez de munición. Cada vez que un proyectil alcanzaba una nave, ésta reventaba en una violenta explosión cuyo sonido hacía que las deflagraciones de los misiles mardonalianos apenas fueran audibles.

-¡No has conectado los repulsores, Dick! -exclamó Crane.

-No, maldita sea... ¡Qué cabeza la mía!

Los conectó y luego, mientras el insoportable estrépito se reducía hasta un leve murmullo, les dijo:

-¡Eh, deben estar repeliendo casi todo lo que nos viene encima!

La *Alondra* estaba sufriendo en ese momento el ataque de casi todas las naves de guerra de la flota mardonaliana. Todas las naves habían abandonado su tarea de bombardeo para intentar derribar aquella invulnerable e imparable máquina de destrucción.

Desde cada punto que rodeaba la nave, desde arriba y desde abajo, les llegaba un torrente de proyectiles. No se trataba sólo de munición de gran calibre; también recibían el impacto de misiles guiados (torpedos aire-aire guiados por radio) cargados con cabezas de guerra de alto poder explosivo. Pero nada conseguía alcanzar el arenak. Todos los proyectiles explotaban contra una barrera invisible hecha de energía pura que rodeaba a la nave a una veintena de metros de distancia, creando un aura incesante de fuego y furia.

-Mientras, Crane y DuQuesne seguían abriendo fuego. La mitad de la flota invasora había sido destruida y ahora estaban disparando munición Mark Seis y Mark Siete; y cada nave que era golpeada por un Mark Siete no saltaba simplemente en pedazos, si no que era desintegrada, volatilizada; casi desmaterializada.

De repente, la lluvia de fuego que caía sobre ellos se detuvo y la *Alondra* se vio rodeada por un cegador fulgor proveniente de un centenar de proyectores; una intensa y abrasadora luz que habría consumido la carne y que se habría abierto paso por las cuencas de los ojos hasta llegar al mismo cerebro.

-¡Cerrad los ojos! -gritó Seaton mientras hacía avanzar la palanca de potencia ¡Bajad la cabeza!

De repente, se vieron flotando en el vacío.

-Eso ha estado a un paso de la explosión de una bomba atómica -les dijo DuQuesne incrédulo- ¿Cómo es posible que hayan sido capaces de generar tal cosa?

-Lo ignoro -le respondió Seaton-.

Pero esa no es la cuestión. ¿Cómo podremos hacerles frente?

Los tres debatieron durante unos instantes, y posteriormente vistieron sus trajes de vacío, que cubrieron previamente con una espesa capa de pintura roja. Aparte de los cascos, se pusieron gafas oscurecidas casi hasta el negro.

-Con esto bastará para que podamos hacer frente a esa cosa -les dijo Seaton mientras precipitaba a la *Alondra* una vez más contra la flota mardonaliana.

Les hicieron falta quince segundos a las naves enemigas para volver a enfocar sus proyectores, tiempo suficiente para que desaparecieran volatilizadas alrededor de veinte navíos de combate; pero esta vez la luz asesina no actuaba sola.

Los tres hombres oyeron, más bien sintieron, una intensa y baja vibración; algo parecido a una silenciosa onda sonora, un sonido que golpeó los tímpanos como ningún sonido era capaz de hacer. Una vibración que descoyuntaba las articulaciones y torturaba los nervios como si el cuerpo se desintegrara lentamente. Tan repentina fue la respuesta del enemigo que Seaton emitió involuntariamente un aullido de sorpresa mientras volvía a remontar la nave hasta la seguridad del vacío.

-¿Qué demonios ha sido eso? -preguntó DuQuesne a nadie- ¿Son capaces de generar y proyectar infrasonidos?

-Sí -le respondió Seaton- Son capaces de hacer muchas cosas que ignoramos.

-Si tuviéramos trajes de amianto... -comenzó a hablar Crane, e inmediatamente hizo una pausa- Pongámonos toda la ropa que llevemos en la nave y coloquémonos tapones en los oídos.

-Creo que podemos hacer algo mejor -Seaton estudió durante un momento el tablero de mandos- Voy a cortocircuitar esta resistencia para que pase más potencia hacia los repulsores. De esa manera podré crear un campo de vacío más intenso; lo suficientemente intenso como para que detenga cualquier onda que se propague por el aire.

De regreso a la flota enemiga, DuQuesne se dirigió a su puesto de artillería y gritó:

-¡Retirada!

Una vez situados a una distancia segura, DuQuesne les explicó:

-Ese mando de artillería está cargado de voltaje, y posee una buena carga. Afortunadamente, estoy tan acostumbrado a manejar elementos de riesgo que jamás poso la mano completamente en ningún objeto. La solución es sencilla. Guantes gruesos y petos de caucho es todo lo que nos hace falta. Es una suerte que tengas la costumbre de pilotar con guantes, Seaton.

-Así debieron acabar con Dunark y su tripulación. ¿Pero cómo es que a vosotros no os ha afectado? Ah, ya veo... la onda estaba sintonizada para el iridio; desconocen lo que es el acero... a menos que hayan conseguido una muestra en algún sitio... así que esta vez han conseguido la longitud de onda deseada.

-Parece que sabes todo lo que ha sucedido -le dijo Crane- ¿Nos puedes decir lo que van a hacer ahora?

-Del todo, no. Esto último ha sido una sorpresa... era el nuevo arma que Dunark tenía tanto. Lo demás sí; pero la defensa contra la invasión es un asunto puramente kondaliano, en lo que se refiere a técnicas y materiales; así que nosotros vamos a tener que apañárnoslas solos. Con referencia a lo que va a pasar ahora... -se detuvo unos instantes para meditar, y luego continuó hablando- Daría algo por saberlo. Ya sabéis, tengo tantísima información en la cabeza que la mayoría de los datos son como recuerdos neblinosos que toman cuerpo justo cuando suceden las cosas. Pero puede que al mencionar ciertos factores, las respuestas salgan a la luz. Veamos... ¿Qué nos han echado encima?

-Nos han echado de todo -le respondió DuQuesne con cierto tono de admiración-. Luz, ultravioleta e invisible; sonidos, infrasonidos y ultrasonidos y oleadas casi sólidas de alta tensión eléctrica. Aún no han hecho uso de rayos X, ni de partículas aceleradas de luz, ni de ondas hertzianas, ni calor infrarrojo...

-¡Eso es: calor! -exclamó Seaton- Son capaces de proyectar una onda que induce olas de calor en el arenak. Disponiendo del tiempo suficiente, son capaces de derretir un blindaje de grosor regular.

-Nuestro sistema de refrigeración puede hacer frente a una buena temperatura -le respondió Seaton.

-Es cierto... aunque su límite depende de la cantidad de agua que llevamos a bordo... y cuando se nos acabe el agua, podemos precipitar la nave contra el mar y hacer que se enfríe el casco... siempre y cuando dispongamos del tiempo suficiente. ¿Estamos preparados?

Se lanzaron una vez más a la lucha, y pronto la *Alondra* se vio rodeada por una flota completa que le enviaba desde todos los ángulos muerte y destrucción. Una vez más, los buques abandonaron su tarea de devastación contra la indefensa ciudad para enfrentarse a su enemigo más pequeño, pero increíblemente poderoso. Y DuQuesne, el más hábil de los dos encargados de la artillería, se encontraba ya disparando munición Mark Diez... y frente a cada una de aquellas explosiones increíblemente violentas provocadas por los proyectiles terrestres, diez o doce naves de guerra se vieron reducidas a sus componentes atómicos.

Tras unos pocos minutos, el blindaje de la *Alondra* comenzó a adquirir una elevada temperatura, por lo que Seaton se vio en la necesidad de hacer que los refrigeradores, en funcionamiento ya, trabajaran a su máximo rendimiento, hasta que corrió el riesgo de sufrir una sobrecarga. Incluso así no fue suficiente. Aunque en el interior de la nave la temperatura era confortablemente fresca, ya que el blindaje de la nave, al ser tan grueso, conducía lentamente el calor hacia su interior. De repente, las capas exteriores de arenak comenzaron a tomar un color rojo cereza que pronto viró al rojo blanco. Los cañones de las piezas de artillería, montados sobre candeleros de arenak, comenzaron a derretirse; por lo que fue imposible continuar abriendo fuego. Los focos repulsivos también comenzaron a fundirse y a desprender ardientes gotas de arenak líquida, por lo que los proyectiles y misiles se acercaban peligrosamente.

-Bueno, parece ser que nos han detenido de momento -dijo DuQuesne con un tono de voz absolutamente indiferente, como si no hubiera sucedido nada- Vámonos a tomarnos algo.

Se retiraron una vez más a la seguridad del espacio. Apenas habían comenzado a planear una nueva estrategia cuando les llegó una llamada por la línea general y sin codificar.

-Karfedix Seaton... Karfedix Seaton... Responda, por favor... Karfedix Seaton... Karfe...

-¡Seaton al habla!

-Aquí el karfedelix Depar, al mando de cuatro fuerzas de choque, El karbix Tarnan me ha ordenado que me ponga...

-¿Entonces le ha ordenado romper el silencio en las transmisiones? -le interrumpió Seaton.

-Así lo he hecho -el karbix ni dio ninguna explicación más, ni si quiera si lo había hecho por necesidad o por que ya no era necesario seguir manteniendo el silencio. Seaton comprendió ambas razones.

-¡Bien! -Seaton procedió a explicar tanto al comandante de las fuerzas como al comandante en jefe la naturaleza de la nueva arma de Mardonale- Karfedelix Depar, continúe con sus explicaciones.

-El karbix Tarnan me ha ordenado que me ponga bajo su mando. Una flota mardonaliana se aproxima por el este. ¿Tengo su permiso para atacar? ¿Señor?

-¿Puede aislar contra veinte kilovoltios todo el iridio con el que están en contacto directo sus hombres?

-Eso creo, señor.

-Aún así, no creo que sea suficiente. Si le es posible, tome tierra y aisle toda la nave antes de enfrentarse a cualquier buque mardonaliano. ¿Hay más fuerzas a su mando en ruta?

-Sí, señor. Tres a un cuarto de hora de distancia; tres más a una, dos y tres horas respectivamente, señor.

-Pídale que se pongan en comunicación y permanezca a la escucha -Seaton permaneció pensativo. *Tenía* que nombrar a un almirante, pero no quería consultar a los mandos de las escuadras, con todo Kondal a la escucha, si Depar tenía dotes para tal puesto. -Karbix Tarnan. Señor.

-Tarnan a la escucha.

-Señor ¿Cuál de sus oficiales, de los que se encuentran actualmente en vuelo, es el más indicado para hacerse cargo de la flota de defensa que estamos formando?

-Señor, el karfedelix Depar.

-Gracias, señor. Karfedelix Depar, lo envisto de la autoridad y la responsabilidad necesarias para hacer frente a la lucha que se aproxima. ¡Tome el mando!

-Gracias, señor.

Seaton soltó el micrófono.

-Acabo de cometer un asesinato -les dijo a Crane y DuQuesne- La *Alondra* es más rápida que cualquier proyectil, y tiene infinitamente más masa. Posee un blindaje de arenak de medio metro de grosor... y ellos sólo disponen de dos centímetros. La arenak no comienza a fundirse hasta que no recibe una alta dosis de radiación ultravioleta. Atémosla corto, que este baile va a ser largo.

Una vez más, la *Alondra* se zambulló hacia la atmósfera. Sin embargo, en lugar de permanecer quieta, se precipitó contra el buque más cercano a veinte unidades de potencia. Chocó contra la nave enemiga sin tan siquiera reducir su velocidad. Partido por la mitad por aquel proyectil, y con los propulsores y los motores destrozados, el buque se precipitó al suelo desde una altura de cuatro mil metros.

Precipitándose de un lado hacia otro, la nave espacial destrozó nave tras nave de la flota de Mardonale. Se había convertido en un misil guiado: un misil irresistible que

alojaba un cerebro humano, el cerebro de Richard Seaton, inundado de furia y luchando en el combate de su vida.

A medida que los focos repulsivos fueron destruidos, el murmullo de la batalla adquirió un sonido cada vez más elevado. Fue zarandeado por terroríficos impactos, casi desvanecido por los violentos giros de la nave; aún así, con los dientes fuertemente apretados y los ojos de fría mirada gris como el acero fijos en la pantalla, Richard Seaton continuó combatiendo. Proyectil y cerebro convertidos en una sola máquina.

Aunque resultaba imposible para los ojos seguir las trayectorias de la nave espacial, los mecanismos de fijado de tiro de Mardonale la seguían manteniendo en su foco y los proyectores continuaban enviándole una considerable porción de muerte. Las baterías enemigas seguían rociándola con sus ráfagas de proyectiles; pero, a diferencia de las ondas, los proyectiles se movían a una velocidad considerablemente más lenta que la de la su blanco, al que raramente alcanzaron. Muchos buques de gran calado se precipitaron al suelo derribados por el fuego de sus propios compañeros.

Seaton echó un vistazo al termómetro. La aguja se había detenido muy cerca de la línea roja que marcaba el punto de fusión de la arenak. Pero, mientras la miraba, ésta comenzó a retroceder muy lentamente. No había ya suficientes buques para mantener fija la temperatura. También se sintió mucho mejor: los infrasonidos seguían siendo molestos, pero ya resultaban soportables.

La batalla concluyó en un minuto; los buques de guerra enemigos que quedaban en el aire se retiraron a toda velocidad. Pero incluso en su retirada continuaron con su destrucción, convirtiendo su camino de regreso en un reguero de destrucción. Casi decidido a permitirles la retirada, Seaton cambió de opinión en cuanto vio lo que estaban haciendo con las ciudades sobre las que pasaban. Se lanzó en su persecución, y hasta que no hubo derribado el último buque, no hizo aterrizar a la *Alondra* entre las ruinas de lo que había sido una vez el palacio. Aterrizó al lado de la *Kondal*, que aún se encontraba derribada en el sitio en el que había caído.

Tras varios intentos por recuperar la totalidad de sus sentidos, los tres hombres fueron capaces de ponerse en pie. Abrieron la escotilla de acceso y saltaron fueran, sin tocar la ardiente estructura de la nave. La primera acción de Seaton fue la de llamar a Dorothy, quien le comunicó que la familia real saldría al exterior tan pronto como los ingenieros lograran abrirse paso. A continuación, los tres hombres se quitaron los cascos, revelando unas facciones pálidas y agotadas, y se dirigieron hacia la *Kondal*.

-No hay manera de entrar... ¡Ah, bien! ¡Se han levantado!

Dunark abrió la escotilla, y salió dando tumbos.

-Os estoy tan agradecido que ofreceros mi vida sería poca cosa -les dijo con una voz quebrada más por la emoción que por la experiencia vivida mientras daba la mano a los tres hombres-. He permanecido consciente la mayor parte del tiempo, y he podido presenciar lo sucedido. Habéis salvado a la nación de Kondal.

-Gracias, aunque no es para tanto -le respondió Seaton incómodo-. Ya antes ambas naciones han sufrido una serie de raids.

-Cierto; pero jamás habíamos sufrido nada parecido a esto. Esto debe ser el final. Pero debo darme prisa; te ruego que dimitas de tu cargo, Dick, para que pueda restaurar al karbix. Naturalmente, la *Kondal* será el buque insignia.

Seaton se cuadró y saludó.

-Kofedix Dunar, señor, le cedo mi mando.

-Karfedix Seaton, señor, agradeciéndole los servicios prestados, acepto con gusto su mando.

Dunark se alejó deprisa, hablando con los oficiales supervivientes de las naves que habían tomado tierra.

Pocos minutos después, el emperador y su corte aparecieron rodeando un grupo de ruinas. Dorothy y Margaret gritaron al unísono cuando vieron los cansados rostros de sus esposos y los trajes que goteaban algo de color rojo. Seaton corrió hacia Dorothy mientras se quitaba el traje.

-No es nada más que pintura roja –le aseguró mientras la levantaba del suelo.

Por el raballo del ojos vio cómo los kondalianos miraba boquiabiertos de asombro a la *Alondra*. Se giró para mirar. ¡La nave era una bola de hielo y nieve!

Mientras Seaton regresaba con las chicas después de desconectar los refrigeradores de la nave, Roban se les acercó para agradecerles a los terrestres, en nombre de toda la nación, los servicios prestados.

-¿Se le ha ocurrido, kardefix Roban le preguntó Margaret con gran educación que, de no haber sido por su rígido cumplimiento del Código, ninguno de nosotros, los terrestres, habríamos estado sobre Osnome cuando Mardonale les atacó?

-No, hija mía... no lo he pensado... y no consigo verle la lógica a tu pregunta. Te ruego que me lo expliques.

-La intención de Dick fue que las primeras ocho barras de cobre fueran cargadas en la nave de Dunark y que éste se dirigiera a Mardonale. A continuación, nosotros habríamos cargado las siguientes cuarenta barras... que habrían tardado en fabricar media hora... y habríamos partido hacia la Tierra. Más tarde, cuando Dunark hubiese llegado sobre Mardonale, habría sido derribado ¿Verdad?

-Indudablemente... Ahora comienzo a entender, pero continúa.

-¿Cuánto tardó, aproximadamente, en llegar hasta aquí la flota mardonaliana?

-Unas cuarenta horas vuestras.

-Entonces, asumiendo que Dunark no se hubiera entretenido en su viaje, nosotros habríamos partido de viaje en treinta y nueve horas y media... ¡Pero eso no es apenas tiempo! ¡Ya se encontraban en marcha cuando nosotros hubiéramos comenzado a cargar el cobre!

-Muy cierto, hija mía, pero el resultado final habría sido exactamente el mismo. Os habríais ido hacia una hora, y para nosotros habría sido como si os hubierais ido hace cien años.

El kardefix Roban se encontraba frente a los terrestres. A sus espaldas se alineaba toda la familia real, los altos oficiales y la nobleza; más atrás se amontonaba una multitud.

-¿Se me permite, karfedo, que os recompense humildemente por los servicios que habéis prestado a mi nación? -Les preguntó Roban-

-Se os permite, -respondieron Seaton y Crane al unísono; a continuación, Roban dio un paso al frente y, tras ofrecerle una pesada bolsa a DuQuesne, le colocó en la muñeca izquierda el emblema de la Orden de Kondal.

-Te doy la bienvenida, kardefix DuQuesne, a la más alta nobleza de Kondal.

A continuación, ajustó alrededor de la muñeca de Crane un brazalete de metal de color rojo rubí que llevaba incrustado un disco profusamente enjoyado ante cuya visión los nobles saludaron. Seaton, sospechando de qué se trataba, se sintió sorprendido.

-Kardefix Crane, te invisto con este símbolo que proclama, a lo largo de todo el osnome kondaliano, que eres mi representante y que posees mi autoridad ante todas las cosas, grandes y pequeñas.

Acercándose a Seaton, Roban levantó en su mano un brazalete que presentaba siete discos para que todos los presentes pudieran contemplarlo. Los nobles se arrodillaron mientras que él pueblo se postró.

-Kardefix Seaton, no existe, en idioma alguno hablado por los hombres, palabras para expresar nuestra deuda contigo. Como ínfimo y parcial reconocimiento de nuestra deuda, te invisto con estos símbolos, que declaran que eres el Gran Señor, la primera y última autoridad sobre todo Osnome.

Levantando ambos brazos sobre la cabeza, continuó hablando:

-Que la gran Primera Causa os sonría a lo largo de todo vuestro camino hasta que descubráis el Misterio Definitivo; que vuestros descendientes alcancen la Meta Definitiva. Adiós.

Seaton, en respuesta, pronunció un breve discurso lleno de sentimiento y los cinco terrestres se dirigieron a su nave. Mientras se aproximaban a la *Alondra*, el emperador y toda la nobleza se inclinaron dos veces... un raro honor.

-¿Qué hacemos ahora? -les susurró Seaton- Se me han acabado las ideas.

-Inclinarnos, naturalmente -le respondió Dorothy.

Se inclinaron, lenta y profundamente, y penetraron en la nave espacial; y mientras la *Alondra* se elevaba por el cielo, la flota real de Kondal disparó sus cañones en saludo.

## Capítulo veintidós

Los primero que hizo DuQuesne al llegar a la intimidad de su camarote, fue abrir la bolsa que le había regalado el emperador. Esperaba encontrarla llena de raros metales, quizá algunas joyas; pero todo el metal que encontró fue el de un tubo fuertemente aislado... ¡Medio kilo de radio metálico!

Los elementos de menos valor del regalo recibido consistían en cientos de diamantes, rubíes y esmeralda de diversos tamaños y de una perfección extrema. Siendo elementos meramente ornamentales para Roban, éste había sido consciente de su valor en la Tierra. A este tesoro de piedras preciosas, Roban había añadido una buena cantidad de joyas, de gran valor económico y artístico, típicas de su mundo; sólo faltaba en la colección el faidon. La tranquilidad innata de DuQuesne casi lo abandonó a medida que revisaba el contenido de la lista y lo evaluaba.

Sólo el radio tenía un valor de millones de dólares; y el científico que llevaba en el interior comprendió exultante sus usos y aplicaciones, independientemente de su valor económico. Hizo un recuento de las piedras más conocidas, al mismo tiempo que sumaba su valor... se perdió cuando llevaba una cantidad astronómica. Dejó aparte las joyas y piedras exóticas, que llenaban la mitad de la bolsa brillando y parpadeando con un fulgor esplendoroso. Las extrajo de la bolsa y las contó, aunque no hizo esfuerzo alguno por valoradas; sabía que obtendría de ellas el precio que se le antojara.

-¡Ahora -murmuró- podré seguir mi propio camino!

El viaje de regreso a la Tierra se produjo sin incidentes. A medida que transcurrían los días, la *Alondra* fue evitando los campos gravitatorios de las gigantescas estrellas;

los pilotos ya habían aprendido las normas básicas de seguridad del viaje interestelar. Los indicadores automáticos y los goniómetros eran vigilados constantemente, y se les había instalado alarmas que saltaría en cuanto la ruta se desviara dos segundos del arco; la velocidad y la aceleración se revisaban por duplicado cada ocho horas por medio de la triangulación y aplicando el Método de Schuyler.

Cuando hubieron recorrido la mitad de la distancia, retiraron la barra de combustible y continuaron su viaje por medio del impulso, a medida que la *Alondra* tomaba un ángulo de ciento ochenta grados.

Días más tarde, Seaton, que se encontraba de guardia, creyó reconocer Orión. No se parecía a la constelación a la que estaba acostumbrado; parecía que estaba abandonando su antigua y familiar configuración ¡Pero era Orión!

-¡Acudid todos! -llamó.

-Esto, amigos míos, es la visión más maravillosa que estos ojos de pecador han visto desde hace infinitas e incontables lunas. ¡Hurra!

Todos gritaron varias veces "¡Hurra!", y desde ese momento, el piloto de guardia ya no estuvo solo. Todos los que deseaban permanecer de guardia lo hacían, mirando a la pantalla mientras el firmamento adquiría un aspecto cada vez más familiar.

Identificaron el Sol, y un poco más tarde pudieron distinguir los planetas del Sistema Solar.

Crane aumentó todo lo que le fue posible el tamaño de las imágenes, y las chicas observaron excitadas los contornos de los continentes y los océanos sobre la mitad iluminada del disco.

No pasó mucho tiempo hasta que los contornos fueron perfectamente visibles sin necesidad de ampliaciones. La Tierra presentaba un color verdoso levemente brillante, con zonas parcialmente cubiertas por la nubes y los polos brillando con un blanco cegador. Los viajeros miraban hacia su mundo con el corazón en la garganta, mientras Crane se aseguraba de que no entrarían en la atmósfera a una velocidad excesiva.

Las muchachas se retiraron a preparar la comida y DuQuesne tomó asiento junto a Seaton.

-¿Ya han decidido, caballeros, cuáles son sus intenciones para conmigo?

-No. Aún no lo hemos discutido, y no puedo tomar una decisión en este momento. Sólo puedo decirte que me gustaría verme frente a ti, en un ring, y con unos guantes de boxeo de cuarto de libra. He de reconocer que nos has sido de gran ayuda en este viaje, y que sería injusto verte colgado. Al mismo tiempo, eres demasiado peligroso como para dejarte suelto... Personalmente, no me gusta la idea de dejarte; y tampoco me gusta la idea de castigarte. ¿Qué nos sugieres?

-Nada -le respondió DuQuesne tranquilo- Ya que no corro el peligro de que se me encarcele, ni de que se me cuelgue, nada de lo que podáis hacer me molesta. Mantenedme preso o liberadme, lo que deseéis. Colaboraré: ya que he hecho una fortuna en este viaje, nada me liga a la Steel, a menos que yo personalmente así lo desee. Planeo para el *futuro* hacerme con el monopolio del X. Si sucediera así, Crane y tú, y posiblemente algunas personas más, podríais morir. Sin embargo, sin importar lo que pueda suceder o dejar de suceder en el *futuro*, esta historia ha terminado en lo que a mí respecta. Se acabó. Fini.

-¿Nos vas a matar? Hablas como un alucinado. Inténtalo, muchacho, siempre que quieras. Podemos doblegarte, vencerte, derribarte y patearte... somos más fuertes, más rápidos, más duros... y no nos faltan los medios para...



Un pensamiento le golpeó con tal fuerza que toda su ira desapareció de golpe. Su mirada se volvió más fría y su rostro perdió toda emoción mientras miraba directamente a DuQuesne, que seguía sentado inmutable.

-Escúchame, DuQuesne -le dijo Seaton lentamente, pronunciando cada palabra lenta y claramente- Hablo en mi nombre y en el de Crane, en el de nadie más. Me podrían arrestar si dijera en voz alta lo que pienso de ti; y si se te ocurre alguna vez tocar a Margaret o a Dorothy de cualquier manera, te mataré como si matara a una serpiente... o peor. Te haré pedazos con la misma frialdad que desmonto un aparato de laboratorio. Esto no es una amenaza. Es una promesa. ¿Entendido?

-Perfectamente. Buenas noches.

Durante largas horas, la Tierra estuvo cubierta por las nubes, por lo que el piloto no tenía idea de qué territorio se encontraba bajo la nave. Para poder orientarse, Seaton hizo descender la nave sobre la zona de penumbra hasta que *fue* capaz de ver la superficie, y en ese momento encontró que se encontraban prácticamente sobre el extremo oriental del Canal de Panamá. Descendiendo aún más lentamente hasta una altura de dos mil metros, Seaton detuvo la nave para que Crane pudiera efectuar los cálculos necesarios para dirigirse hacia Washington.

DuQuesne se había retirado, mostrando como era habitual su aspecto más *frío* y taciturno. Tras asegurarse de que no se había olvidado de nada, se puso el traje de cuero que había llevado cuando despegaron de la Tierra. Abrió un armario y extrajo de su interior un paracaídas de confección kondaliana y, luego, asegurándose de que nadie seguía sus pasos, se dirigió a la escotilla de acceso y penetró en ella.

Así, cuando la *Alondra* se detuvo sobre el istmo, ya se encontraba preparado. Sonriendo sardónicamente, abrió la escotilla exterior y saltó al vacío. El color neutro del paracaídas se fundió con el entorno en penumbras segundos después de abrirse éste.

Una vez establecido el curso de navegación, Seaton empujó el mando de potencia y la *Alondra* se lanzó hacia delante. Cuando ya había recorrido la mitad del camino, Seaton exclamó:

-¡Nos hemos olvidado de DuQuesne, Mart! Sería mejor que lo encerráramos bajo llave ¿De acuerdo? Más tarde decidiremos si lo dejamos en libertad o lo conducimos a la cárcel.

-Voy a por él -le respondió Crane. Poco después regresó con la noticia:

-Ha debido de coger un paracaídas kondaliano. Lo tenía todo planeado; pero no puedo decir que sienta su marcha... De todas maneras, lo atraparemos en cuanto queramos, ya que el compás aún debe estar señalando su posición.

-Opino que se ha ganado su libertad. -Les dijo Dorothy-

-Lo que se merece es que lo fusilen -le respondió Margaret- pero me alegro de que se haya marchado. Cada vez que me miraba me recorría un escalofrío por la columna.

Al finalizar el tiempo que había calculado, vieron que bajo ellos brillaban las luces de una gran ciudad; y los dedos de Crane se cerraron sobre el brazo de Seaton mientras señalaba hacia abajo. Allí estaban las luces del aeropuerto de Crane... siete luces de señalamiento lanzando sus poderosos haces hacia la noche.

-Nueve semanas, Dick -le dijo emocionado- y Shiro las habría mantenido en funcionamiento aunque hubiesen pasado nueve años.

La *Alondra* se posó suavemente y los viajeros descendieron de ella para recibir la bienvenida de un japonés medio histérico. El peculiar lenguaje de Shiro le falló y se limitó a inclinarse repetidas veces mientras una enorme sonrisa iluminaba toda su cara.

Crane, con un brazo rodeando el talle de su esposa, atrajo a Shiro con la otra mano y lo abrazó en silencio.

Seaton levantó por las caderas a Dorothy hasta que esta perdió el contacto con el suelo y ambos se fundieron en un apasionado abrazo.

**FIN**

*Libros Tauro*  
[www.LibrosTauro.com.ar](http://www.LibrosTauro.com.ar)